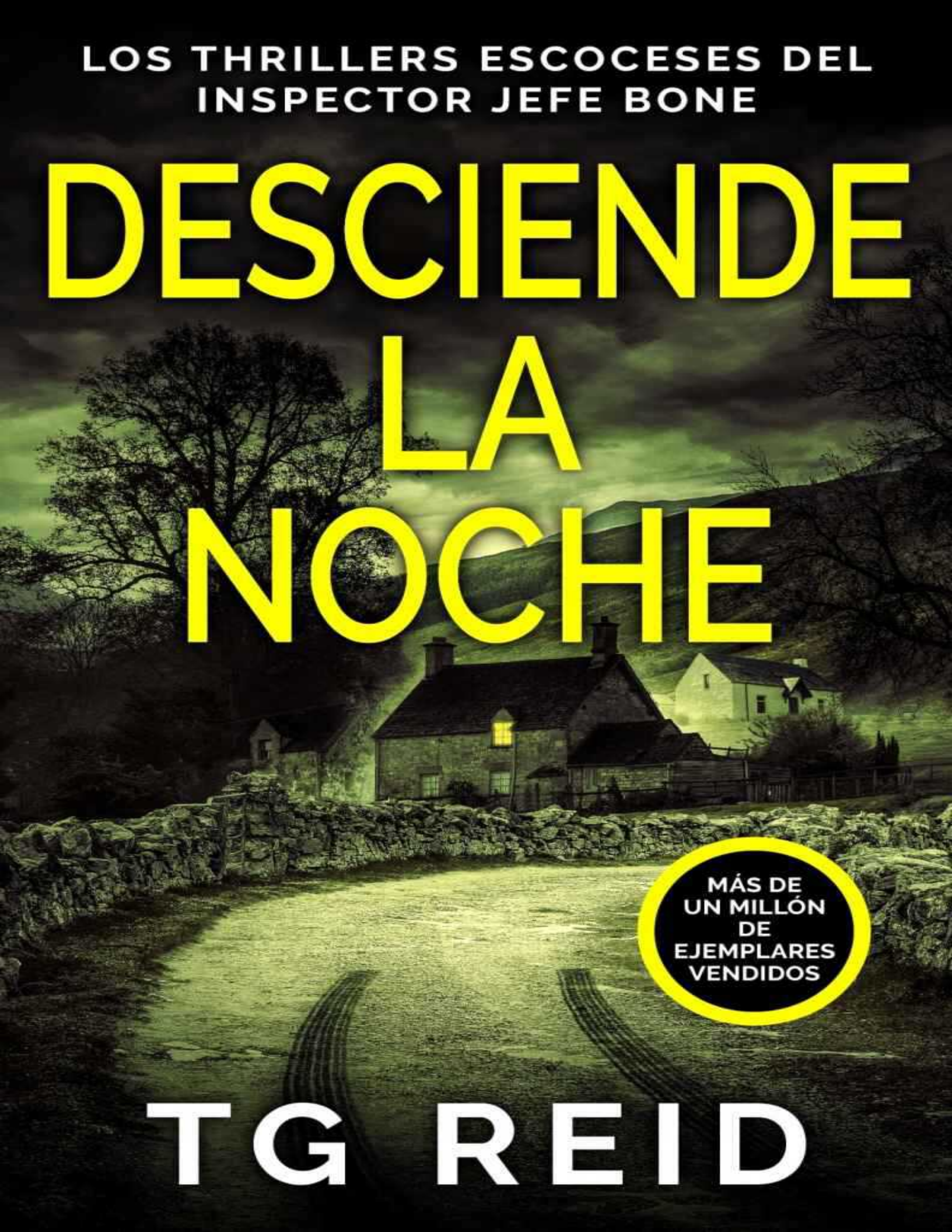
LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

DESCIENDE LA NOCHE



MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS

TG REID

Desciende la Noche

Un thriller escocés del inspector jefe Bone

TG Reid

TRADUCIDO POR

Raphael Benavides

Glass Work Press

Índice

Prologue

1. Uno
2. Dos
3. Tres
4. Cuatro
5. Cinco
6. Seis
7. Siete
8. Ocho
9. Nueve
10. Diez
11. Once
12. Doce
13. Trece
14. Catorce
15. Quince
16. Dieciséis
17. Diecisiete
18. Dieciocho
19. Diecinueve
20. Veinte
21. Veintiuno
22. Veintidós
23. Veintitrés
24. Veinticuatro
25. Veinticinco
26. Veintiséis
27. Veintisiete
28. Veintiocho
29. Veintinueve
30. Treinta

31. Treinta Y Uno
32. Treinta Y Dos
33. Treinta Y Tres
34. Treinta Y Cuatro
35. Treinta Y Cinco

Epílogo

el inspector jefe bone regresa en…

Desciende La Noche

Publicado en todo el mundo por Glass Work Press.
Esta edición se publicó en 2025.
Derechos de autor © 2025 por TG Reid. El derecho de todas las personas nombradas a ser identificadas como autoras de esta obra ha sido reivindicado de conformidad con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, salvo el uso de citas breves en una reseña.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en este libro son ficticios. No se pretende ni debe inferirse identificación alguna con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Editoras: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de cubierta: Andrew Dobell (creativeedgestudios.co.uk)
Maquetación: Emmy Ellis
Traducción y edición: Raphael Benavides
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, UK

La traducción es un arte imperfecto y varía de un traductor a otro. Si encuentra algún error en esta novela, envíe un correo electrónico a translations@tgreid.com para que podamos corregirlo.

Prologue

Martin Burns pedaleó hasta la cima de la colina y se metió en un apartadero para recuperar el aliento. Había sido un turno largo en la fábrica, y el trayecto de seis millas hasta casa le estaba pasando factura a sus piernas y pulmones de cuarenta y dos años.

Abrió la riñonera, ceñida con fuerza alrededor de su panza en expansión, y sacó un porro que había liado en los baños antes de salir del trabajo. Lo encendió y dio una calada profunda, reteniendo el humo unos segundos para maximizar el colocón. Exhaló y se desplomó hacia delante contra el manillar; el skunk le masajeaba suavemente los músculos y el cerebro, haciéndole sentir de inmediato un poco mejor después de que el dolor de cabeza le hubiera obligado a acortar el turno. Dio un par de caladas rápidas más y guardó el resto para más tarde.

—Quedan dos cuestas más —jadeó, y siguió adelante.

Al coronar la última cuesta, divisó las luces de su gasolinera de siempre más adelante. El estómago le rugió ante aquella visión acogedora, y giró hacia la entrada para hacerse con sus provisiones nocturnas. El nuevo horario ampliado de la gasolinera era a la vez una bendición y una maldición. Aunque ahora podía comprar comida y tabaco a cualquier hora del día, incluso de camino a casa, su peso casi se había duplicado y le daba miedo calcular las unidades de su consumo de alcohol.

Se bajó de un salto, dejó la bici en un soporte al lado de la explanada y cerró el candado en D alrededor de la rueda trasera. Echó un vistazo por la ventana; las brillantes luces fluorescentes le deslumbraron un segundo.

—Dios, no —murmuró.

Una anciana con el uniforme morado de la empresa y gorra a juego estaba detrás de la caja, repasando unos recibos. Se planteó salir por piernas.

—A la mierda. Entró.

Cuando hubo cogido tres bridies del mostrador de comida caliente y una bolsa familiar de Doritos, se acercó de mala gana a la caja.

La empleada mayor ya le había clavado la mirada.

—Buenas noches, Jean —dijo Burns.

—Para usted, señora Black —replicó la mujer, con una mirada feroz que le taladraba el cráneo.

—Hoy le toca cerrar tarde, ¿eh? —intentó Burns una broma amistosa.

—¿Cree que debería estar encerrada en una residencia? ¿Es eso?

—No, solo digo que es la una menos cuarto de la madrugada, y que esto está bastante apartado, ¿sabe?

—¿Esto es un atraco?

Burns se echó a reír. —No sea tonta.

—Puede que tenga ochenta y siete, pero sé defenderme, así que ni se le ocurra.

—No lo dudo. Ni por asomo. Burns hizo una mueca.

Dejó su botín sobre el mostrador frente a ella.

—Cenando solo otra vez, por lo que veo —dijo la señora Black con sarcasmo.

—Ya estamos —murmuró Burns—. Mire, señora Black, he tenido un turno largo y solo quiero llegar a casa.

—Así que otra ronda de darse a la comida. ¿Se le han acabado ya las mujeres vulnerables?

Burns negó con la cabeza, decidiendo no entrar al trapo. —Un paquete de Golden Virginia y papel de liar grande, por favor.

—Eso le va a matar, ya lo sabe. Toda esta porquería que se está metiendo en esa barriga que no para de crecer. Sacó el tabaco del mueble que tenía detrás.

—¿Puede cobrarme esto, por favor?

—Se lo digo en serio. Con suerte, llegará a los cincuenta, lo cual será un gran alivio, estoy segura, para todas las mujeres con las que vaya a estar trasteando en el futuro.

—Vale, ya está bien. Si quisiera una charla moralizante, me matricularía en una clase en la universidad.

La señora Black pasó la compra por el escáner.

Extendió la mano. —Diecisiete libras con cincuenta y seis.

Acercó la tarjeta al terminal y metió las provisiones en su mochila.

—No sé qué demonios le he hecho, Mrs Black —se quejó Burns, colgándose la bolsa a la espalda.

—Es lo que les ha hecho usted a todas esas pobres ex suyas que cayeron en su red. Tiene que meter su culo en el siglo XXI, joven, y dejar de tratar a las mujeres como malditos felpudos.

—¿Se acabó el sermón? —alzó las manos.

—Me he casado tres veces, y todos mis hombres me trataron con el mayor respeto y dignidad, y ellos habían pasado por la guerra. Ninguna excusa.

Burns resopló inflando las mejillas y se escabulló hacia la puerta.

—Sé perfectamente quién es usted —dijo Mrs Black, señalándole con su huesudo dedo.

Salió disparado al exterior, soltó la bici a toda prisa y pedaleó de vuelta al camino.

Al bajar una marcha, se le resbaló el pie del pedal y se arañó la espinilla con el borde.

—¡Bruja! —aulló en la oscuridad de la noche.

Siguió por el camino, y en la distancia aparecieron las luces mortecinas de la aldea de Cullenbrae. Con otro suspiro pesado, metió piernas para el último empujón hacia casa.

El tramo por delante se iluminó de golpe. Un vehículo se acercaba por detrás. Acercó la bici al arcén para dejarlo pasar, pero pareció aminorar y seguirle.

Le hizo señas para que adelantase, pero se negó a hacerlo. Lo intentó de nuevo y echó un vistazo atrás, pero casi hizo eses y estuvo a punto de volcar.

El vehículo le adelantó con un chirrido, y el espejo retrovisor lateral le golpeó en el hombro. La bici se salió del camino y subió por el talud. Cayó de lado, aterrizando sobre un matojo de brezo crecido, con la pierna aún enredada en el cuadro.

Sin aire, intentó zafarse, pero el amasijo de cables y metal estaba demasiado apretado.

—¡Joder!

El coche aceleró, y el rojo de sus luces traseras fue encogiéndose poco a poco en la distancia.

Entonces se detuvo.

—Hala, venga. ¡Vamos a ello! —gritó Burns e intentó liberar de nuevo el tobillo.

El vehículo permaneció inmóvil.

—¡Suelta de una vez mi maldito pie! —alzó el cuadro de la bici que tenía encima, pero un dolor lacerante le subió por la pierna—. ¡Oh, Cristo, no!

Algo no iba bien en el tobillo. Miró hacia el vehículo. Daba marcha atrás hacia él.

—¿Qué está haciendo? —gritó hacia los faros que se le echaban encima.

El coche siguió acelerando.

—¡No, pare!

Alzó la mano, pero el parachoques trasero del coche le golpeó de lleno en la cara. El torso salió catapultado hacia atrás, y la nuca se estrelló contra una roca que sobresalía del arcén.

El motor, que aullaba, se paró, y el coche rodó unos pocos metros hacia delante. El cuadro abollado de la bici se levantó de golpe, y la rueda delantera se enganchó al tubo de escape, arrastrándola junto con el cuerpo ensangrentado y molido de Burns hacia el centro del camino.

A pesar del brutal impacto, Burns seguía de algún modo medio consciente. Levantando la cabeza del frío asfalto, entornó los ojos, llenos de sangre, hacia la parte trasera del coche.

Se abrió la puerta del conductor. Aparecieron una zapatilla deportiva y el bajo de un pantalón.

Burns gimoteó a través de un amasijo de dientes rotos y la mandíbula hecha añicos. La cabeza se le cayó. Estaba perdiendo el conocimiento. Intentó volver a gritar, un ruego de ayuda, pero lo único que salió fue un alarido de dolor. La cabeza golpeó el asfalto.

La zapatilla se acercó a su cara. Una figura se cernió sobre él. Alzó la mano para suplicar de nuevo. La figura se arrodilló. La garganta le gorgoteó, y alzó la mano para agarrar a su atacante.

Pero, con un movimiento rápido y letal, la figura clavó una fina púa de metal en la cuenca del ojo izquierdo de Burns, aniquilando cualquier esperanza que tuviera de sobrevivir al asalto. Mientras los estertores de la muerte retorcían y contorsionaban sus miembros destrozados, y el cuadro de la bici brincaba sobre el asfalto, repicando como una campana fúnebre desafinada, las luces rojas del vehículo se fueron apagando poco a poco hasta desaparecer por fin en la impenetrable oscuridad de la noche.

Uno

—¿Duncan Bone? —llamó la enfermera.

inspector jefe Bone dejó de nuevo el sobado ejemplar de *Good Homes* en la mesa baja del centro de la atestada sala de espera del hospital y la siguió por el pasillo hasta el despacho del especialista.

—Un momento, por favor —dijo cuando llegaron a la puerta. Llamó, entró y cerró tras de sí. Unos segundos después, volvió. —Adelante, entonces. No muerde. —Sonrió y regresó a la zona de recepción.

—Duncan, hola —dijo el doctor Malcolm Sewell, neurólogo de cabecera de Bone, rodeando el escritorio para estrecharle la mano.

—Buenos días, doctor —respondió Bone con ansiedad.

—Creo que ya nos conocemos lo bastante para que me llames Malcolm. —El especialista sonrió.

—Prefiero seguir con «doctor», si no le importa. Me resulta reconfortante.

—Me alegro de oírlo —asintió Sewell—. Tome asiento.

—¿Ese «tome asiento» es de cortesía o de «será mejor que se siente»?

El médico hizo un gesto, y Bone obedeció.

—He de decir que la hora de su cita me ha pillado un poco por sorpresa. Pensaba que empezábamos pronto, pero ¿las siete y media?

—Estamos intentando ponernos al día con la lista de espera. No me importa, así puedo irme pronto a las pistas de squash.

Bone soltó un suspiro. —Vale, se acabó dar largas. ¿Cuál es el daño, entonces? —Se pasó inconscientemente el dedo a lo largo de la cicatriz, desde la línea del cabello, bajando por la sien hasta la mejilla.

—Bueno, para empezar, no hay absolutamente ninguna razón para que esté preocupado por nada, Duncan —comenzó Sewell.

Bone se hundió en la silla, aliviado. —Entonces, ¿qué pasa con los sueños, con las nuevas alucinaciones de las que le hablé?

—Aquí es donde se pone interesante —dijo el especialista—. Deje que lo ponga en el monitor. —Tecleó en el teclado que tenía delante, y la pantalla de la pared tras él cobró vida. Apareció el perfil del cráneo de Bone.

—Bien, esta es su resonancia del martes y, si acerco la imagen... —Ajustó la imagen.

—...aquí puede ver dónde está alojado el fragmento de hueso, bien dentro del lóbulo temporal superior.

Bone se inclinó hacia delante. —¿Y no hay indicios de infección o tumor?

—Más limpio que una patena.

Bone volvió a suspirar.

—¿Está bien? —preguntó el especialista.

—Siempre resulta inquietante ver que el ADN de ese bastardo asesino sigue ahí dentro.

—Desde luego, es una lesión poco común, pero, como le he dicho muchas veces, es usted un hombre con mucha suerte. Si el fragmento de fémur hubiera sido un poco mayor o hubiera entrado más arriba o más abajo, habría sido su fin.

Se volvió hacia el ordenador. —Pero, por interesante que sea... —alzó la vista— desde el punto de vista médico... —sonrió— hay algo aún más intrigante en marcha. La pantalla parpadeó y apareció una segunda imagen. Recolocó ambas para que quedaran una junto a la otra.

—Bien, a la izquierda está su resonancia de hace seis meses. —dejó que Bone estudiara ambos perfiles un momento—. ¿Ve algo?

Bone se encogió de hombros.

—El cuerpo extraño, en este caso el fragmento de hueso, está mostrando lo que en el gremio llamamos migración espontánea intracraneal.

—¿Qué es eso? —La expresión preocupada le volvió al rostro a Bone.

—En términos sencillos, el objeto se está moviendo.

—Estará bromeando.

—Es raro, pero no del todo infrecuente.

—Entonces, ¿eso explica las alucinaciones recientes que he estado teniendo?

—Lo más probable es que sí. El fragmento se ha desplazado más adentro y más hacia el lóbulo temporal, así que puede provocar cambios en la manera en que se manifiesta su TEPT, pero, como siempre, es la forma que tiene su cerebro de desarrollar resiliencia.

—¿Es peligroso? Quiero decir, ¿debería preocuparme?

—No veo riesgos inmediatos. Evidentemente, si sigue moviéndose, tendremos que reevaluar impactos y efectos, pero en la gran mayoría de los casos como este, este fenómeno inusual suele ser pasajero y el objeto vuelve a estabilizarse.

—A una apacible vida de atormentar a su huésped.

El especialista apagó el monitor. —Entonces, ¿están aumentando otra vez estas manifestaciones?

—No, no exactamente, pero el chiquillo es bastante inquietante. Bone frunció el ceño.

—Recuérdemelo, perdone —apremió Sewell.

—Bueno, ya lo sabe todo sobre la criatura; llevo años dándole la lata con él.

—En efecto. A veces tengo la sensación de que sé más de Cucú-Tras que de usted, Duncan. Sewell alzó las cejas.

—Perdón por eso. Mi terapeuta de TEPT me anima a contarlo todo, incluso de más.

—Así que su amigo del fémur le ha abandonado, ¿entonces?

—No estoy seguro. Pero, en lugar de él, viene a verme un crío.

—¿Un niño?

—Un chico pelirrojo, de un rojo encendido, de unos nueve o diez años.

—¿Y qué dice o hace?

—Nada. Me despierto y está a los pies de la cama, mirándome. O estoy en la cocina y él, junto a la ventana, ahí, sin más, observándome.

—¿Entonces viene cuando usted está en pie y haciendo vida normal?

—En pie y haciendo vida normal, en la cama, a medianoche, igual que Cucú-Tras, pero, como no está hecho una brasa, resulta menos inquietante. Curiosamente, me hace sentir bastante tranquilo.

—Yo diría que esto es un avance.

—¿De verdad? —preguntó Bone.

—Soy neurólogo, no psiquiatra, pero me atrevería a decir que, si la amenaza percibida ha disminuido, esto es sintomático de un TEPT en retirada. Se frotó la barbilla. —Y antes de que apareciera el chico, ¿también iban disminuyendo sus encuentros con la criatura?

—Desde luego, y creo que en parte se debe a mi terapeuta y a las sesiones de grupo, que son estupendas.

—¿Sigue acudiendo a ellas? —preguntó el especialista.

—Dos veces al mes; a veces más, si lo necesito —respondió Bone —. Eso, y los cambios de estilo de vida que inicié el año pasado, junto con mi vida en casa, que ahora está más asentada que antes.

—Ah, sí; el baño en aguas abiertas y las actividades al aire libre sin duda habrán ayudado al proceso de curación, por no hablar de su forma física.

—¿No le tienta probarlo? Literalmente me ha salvado la vida.

—Los beneficios psicológicos son incuestionables, pero hay que equilibrarlos con el trauma de los genitales congelados. Sonrió. —Así que, en conclusión, está física y mentalmente más sano que la mayoría del personal médico de aquí, y no hay motivo para preocuparse por sus últimos episodios de TEPT. Se puso en pie. —Pero si estas alucinaciones cambian o empeoran, o le vuelven los dolores de cabeza, pida otra cita, ¿de acuerdo?

Bone asintió y se levantó.

—Nos vemos en seis meses. No espero verle antes. Sewell abrió la puerta.

Bone se marchó.

Fuera, en el aparcamiento, se dejó caer en el asiento del conductor de su reconfortantemente vetusto Saab 96 y agarró el volante como si quisiera anclarse de nuevo a la tierra. Su móvil sonó, sacándolo de su momento de quietud meditativa.

Carraspeó y contestó. —Hola, cariño.

—¿Alguna novedad? —preguntó al otro lado Alice, su esposa, preocupada.

—Todo bien, sin problemas —dijo, optando por no mencionar las últimas andanzas de Cucú-Tras por el interior de su cráneo.

—Ay, cariño, qué alivio. He estado aquí mordiéndome la taza del café.

—Perdona que haya tardado tanto. La sala de espera estaba a reventar.

—¿Y ninguna complicación ni cambio?

—No, solo...

—¿Vas a volver a casa? —le interrumpió Alice—. Aquí hay un chaval que quiere darte un abrazo enorme, por no hablar de su madre, que está de los nervios.

—Voy a darme un baño rápido.

—¿En la cabaña? —dijo Alice, sorprendida.

—Dios, no; en el embalse. Me pilla de camino de vuelta y, después de todo eso, me vendría muy bien despejar la cabeza.

—Vale, pero no tardes.

—Una hora como mucho, así que guarda esos abrazos.

Bone se despidió, con su hijo pequeño gritando de fondo.

—¿Qué dice Michael? —preguntó Bone.

—Dice bye-bye, heid the baw.

—Encantador. No tengo ni idea de dónde saca eso. Bone se rió y colgó.

Puso en marcha el Saab. Tosió, carraspeó y cobró vida, y él dio marcha atrás para salir del aparcamiento. —A esta vieja máquina le queda cuerda —murmuró Bone y giró hacia la salida.

Dos

En el embalse de Auchenbarrie, acababa de completar una vuelta al lago artificial cuando vio a un miembro del personal haciéndole señas desde el embarcadero. Cruzó a nado, esquivando a los nadadores que pasaban, y subió al muelle.

—Una llamada urgente para ti, Duncan —dijo el joven socorrista.

—¿Quién es? —preguntó Bone, tiritando.

—Una inspectora, la inspectora Walker, de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Es compañera tuya?

—Sí, ¿está en la línea ahora?

—No. Cuando le he dicho que estabas en el agua, ha dicho que la llamaras. Será mejor que entres en calor y te seques —añadió.

—Gracias. ¿Por qué hace tanto frío hoy? —preguntó Bone, frotándose los brazos erizados.

—No más de lo habitual. ¿Por qué? ¿Te parece más frío?

—Helado como un témpano. Los dientes le castañeteaban, y salió corriendo a los vestuarios para una ducha rápida.

Diez minutos después, sacó el móvil de su mochila de lona y llamó a su compañera.

—¿Rhona?

—Perdona que te moleste, jefe, pero ha habido un accidente por Cullenbrae que nos necesita.

—¿Dónde?

—Ya sabes, la aldea en los Campsies, entre Kilwinnoch y Drumbeck.

—Sí, vale, ya te sigo. Eso está en el quinto pino. Bone se sentó en el banco del vestuario. —¿Qué tipo de accidente?

—Un atropello con fuga. La víctima ha aparecido muerta esta mañana. La científica ya está en el lugar.

—Joder, el hombre de negro está rápido al quite esta mañana.

—Últimamente han estado muy callados, así que hoy vendrán con los colmillos fuera —dijo Walker.

—Paso a recogerte en un rato, ¿vale?

—Mi coche de la flota es cómodo y fiable, jefe. Estaría encantada de conducir.

—No, estoy por la cantera. Paso con la Bertha, sin problema. Bone sonrió.

—Tratándose de tu tartana, las preocupaciones vienen de serie, jefe.

—Hombre de poca fe. Bone colgó y llamó de vuelta a Alice para avisarla de que iba a tardar un poco más de lo previsto.

Cuando Bone llegó a la casa de Walker, tocó el claxon y, unos momentos después, se abrió la puerta. Walker salió, seguida de su pareja, Maddie, que llevaba en brazos a su hija de dos años, Erin, la cual se retorcía intentando zafarse. Bajaron por el sendero a saludarle. Bone se apeó.

—¡Mírate, qué niña más guapa!

Erin se dio la vuelta.

—Me quedo con eso, gracias —dijo Maddie—, sobre todo después de haber dormido solo dos horas anoche, con esta dándolo todo como Beyoncé en la cuna hasta las tantas.

Le hizo cosquillas a su hija, y la pequeña chilló de alegría.

—Saluda a Duncan, Erin —dijo Walker.

Erin hundió la cabeza en el pecho de Maddie.

—Tengo ese efecto en todas las chicas.

—Ya lo sabemos —replicó Walker.

—¿Has tomado yogur esta mañana, entonces? —preguntó Bone.

Erin negó con la cabeza.

—Pues entonces no sé qué es eso que llevas por toda la cara, pero, sea lo que sea, lo quiero. Se inclinó y le hizo cosquillas bajo los brazos. Ella volvió a chillar.

—¿Nos vamos, entonces? —preguntó Walker.

—¿Tenemos que? —suspiró Bone—. Me alegro de veros, Maddie y Erin. Deberíais pasaros por la granja. Alice ha hecho maravillas. A Erin le encantarían las gallinas y los patos.

—¡Cuac, cuac! —gritó Erin.

—Muy bien, ¿y cómo hace una gallina? —preguntó Bone.

—¡Muu! —articuló Erin.

—Eso es una vaca, tontuela —intervino Maddie.

—¡Muu, muu! —siguió Erin.

—Vámonos antes de que llegue toda la manada —Walker soltó una risita. Besó a su hija y a Maddie.

—Despídete de Duncan, Erin —dijo Maddie.

Erin saludó con timidez y luego volvió a esconder la cara en la bata de su madre.

Los detectives regresaron al coche y se subieron.

—Ha crecido muchísimo desde la última vez que la vi —dijo Bone, sacando las llaves del bolsillo.

—Literalmente por horas. Pasamos la mayor parte del día moviendo sin parar todo lo de la casa fuera de su alcance. Si puede cogerlo, puede comérselo.

Bone giró la llave y su Saab antiquísimo arrancó a la primera.

—Madre mía. O sea, ¿cómo es posible? —Walker levantó las manos, incrédula.

—Acaba de pasar por el taller. Suele portarse bien al menos un par de semanas.

—Menuda chorrada. A los pocos días vuelve al tos-resuello.

—Puede que haya exagerado un pelín. Venga, lo admito. Le sonrió.

—¿Qué? —preguntó, echándose hacia atrás.

—Estuve en el rastro el fin de semana. Siguió sonriendo.

—¡Dios, no! ¿Qué has comprado?

Guardó silencio.

—Esto no es justo. ¿Qué demonios me vas a encasquetar esta vez?

—He conseguido pillar otra caja de sonidos para nuestro reproductor retro setentero de cartuchos. Dio unos golpecitos en el reproductor de 8 pistas encastrado en el salpicadero.

—Ese trasto no seguirá funcionando, ¿no?

—Oh, sí. ¿Y adivina lo que encontré entre los trastos?

—¿No será free jazz? Por favor, no me castigues otra vez con eso. Ya he tenido más que suficiente de ese tipo de cacofonía con el circo de anoche con Erin.

Bone apretó el botón enorme de reproducción del frontal del panel.

La máquina hizo clics y clacs mientras el cartucho intentaba engranar con el mecanismo.

Los compases iniciales de *'Delilah'* arrancaron de repente.

—¡No, Tom Jones no! ¡Maldita sea! —gimió Walker.

Bone rebuscó la caja en el bolsillo de la puerta y se la entregó.

—¿Pero tú lo ves? Maldita sea. Hizo una mueca ante la portada, con Jones vestido de pies a cabeza en todo su esplendor setentero de cuero y encaje.

Bone se puso a cantar. La miró de reojo.

—Vamos, sabes que te apetece —insistió.

—¡Ni de coña! —Walker se cruzó de brazos.

Condujo hasta la carretera principal y aceleró, saliendo de Kilwinnoch.

Cuando llegaron al borde de los Campsies, subió el volumen al máximo para el estribillo. Walker se llevó las manos a la cabeza.

Rugió la antesala. —No seas tímida. Le dio un golpecito en el codo.

—¡Es una canción absolutamente ofensiva! —gritó por encima del estruendo.

—Lo sé. Es brillante, ¿a que sí? Ahí viene.

—Mierda —Walker hizo una mueca.

Bone canturreó el estribillo fatal.

Walker farfulló siguiéndole.

—¡Ahora te tengo! —se rió Bone.

—¡Delilah! —gritaron los dos al unísono y continuaron con la canción; la voz de Walker enseguida se elevó más alta y potente que la de Bone.

En las colinas, un conductor que repostaba en una gasolinera se quedó boquiabierto con la ruidosa pareja cuando el Saab pasó rugiendo.

Cuando la canción por fin terminó, se echaron a reír los dos.

—La verdad es que ha sido bastante liberador —croó Walker, con la voz casi completamente destrozada.

—Te lo dije. ¿Quién se resiste a un poco del Elvis galés?

—Bueno, al menos no era esa música de gato estrangulado que sueles escuchar.

—Que sepas que, si no fuera por gente como...

—Parece que hemos llegado —interrumpió Walker. Asintió hacia el despliegue de vehículos forenses y la cinta de acordonamiento que cruzaba el carril.

Se acercó al control. Al reducir la marcha, bajó la ventanilla. Un agente joven con chaleco de alta visibilidad se acercó al coche.

—inspector jefe Bone —mostró su acreditación.

—Buenos días, señor. ¿Podría aparcar allí? —se echó atrás y le echó un vistazo al Saab—. Por cierto, vaya coche —sonrió y luego miró de nuevo a Bone—. Perdón, señor, me he extralimitado.

—¿Por qué? ¿Está siendo sarcástico? —preguntó Bone.

—No, no, en absoluto. Soy muy fan. Mi abuelo tuvo un montón.

—Vaya, gracias. —Bone esbozó una sonrisilla.

—No, no, no quiero decir que usted sea mayor ni nada, bueno, quiero decir que es mi superior, así que sí es mayor, pero no anciano, pero... eh... en fin.

—¿Tenía uno en un precioso verde chillón, como esta vieja Bertha? —Bone sacó al chaval del jardín en el que se había metido.

—No, era rojo, creo. Sí, definitivamente rojo, porque recuerdo que pensé que era una nave espacial. —alzó la vista—. Tenía cinco años, por cierto. No fue la semana pasada.

—¿Cómo se llama, hijo?

—Agente Green, señor.

A Bone se le agrandaron los ojos.

—No, de verdad que es Green, Norman Green.

—Bien, agente Green. Me ha impresionado mucho y he de decir que probablemente sea usted el primero del cuerpo que no se ha cachondeado de mi elección de transporte.

—En absoluto, señor. Me encanta.

—Le dejaré darle una vuelta algún día si le apetece.

—Sería estupendo. Gracias, señor.

Bone aparcó y, con un gesto de despedida al recluta entusiasta, se agachó bajo la cinta y se encaminó hacia la batería de focos en lo alto de la colina.

A mitad de camino, se acercó un agente con un mono blanco de escena.

—Ya sé lo que va a decir —dijo Bone, y extendió los brazos.

—Buenos días, señor. —El rostro y las gafas del agente detective Harper asomaron desde la capucha.

—¿Qué demonios... Will?

—Solo pasaba por aquí y me ha parecido que esto era lo más animado del lugar.

—De verdad tenemos que trabajar tu sentido del humor, Will —dijo Walker.

—No, estaba en casa de Catriona en Stirling, y esto pilla en mi atajo hacia el curro. Me metieron en esto antes de que pudiera decir... —se inclinó—. ¿Cómo es que llamáis otra vez al equipo de la escena del crimen? —susurró.

—Teletubbies.

—El jefe de la Científica, Cash, me ha dicho que les dé esto. Les entregó monos de escena y calzado de protección.

—¿Has entrado ya, entonces? —preguntó Bone.

—No, todavía no —respondió Harper, empujándose las gafas hacia arriba por el puente de la nariz—. He de decir que me siento como un pollo en una bolsa de asar con esto.

—Te sienta bien, Tinky-Winky —dijo Walker.

Tras unos minutos extenuantes peleándose con el equipo, y cuando Bone dejó de maldecir, los detectives echaron a andar hacia la batería de focos instalada en el camino de delante.

Bone se acercó a un agente que descargaba cajas de uno de los vehículos de la Científica. —¿Dónde está Cash?

—Allí. El agente indicó con un gesto a un grupo de agentes de Criminalística apiñados bajo los focos.

Fueron hacia allí.

El jefe de la Científica, Cash, estaba de rodillas junto al cuerpo de un hombre tendido boca arriba sobre el asfalto, con el cuadro y las ruedas de la bicicleta, retorcidos y abollados, aún enredados en sus piernas. La cara del hombre estaba casi por completo pulverizada, sus rasgos apenas reconocibles, y le faltaba el ojo izquierdo en la órbita.

Harper se echó atrás, horrorizado.

Junto a Cash, dos agentes se situaban a horcajadas sobre la víctima, uno haciendo fotos con una cámara de objetivo largo, mientras el otro tomaba muestras de debajo de las uñas de la mano ensangrentada.

—Buenos días, Andrew —avisó al jefe de la Científica.

Cash se volvió, sorprendido.

—Ah, justo estaba pensando: me pregunto qué estará haciendo esta mañana el inspector jefe Bone. Apuesto a que le encantaría volver a pasar el rato conmigo en el culo del mundo.

—¿Ya has conocido al agente detective Harper? —preguntó Bone.

—Ah, así que ese es quien se esconde ahí debajo. Bienvenido a la casa de la diversión, agente detective Harper. Y buenos días también para ti, inspectora detective Walker.

Walker asintió y se metió un mechón rebelde de pelo rojo bajo la capucha del mono.

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó Bone, arrodillándose junto a la víctima.

—Esta mañana, sobre las siete y media, una corredora local ha descubierto el cuerpo de este varón, de entre treinta y muchos y cuarenta y pocos, con lesiones graves en la cabeza, posibles fracturas múltiples de cráneo.

—¿Una corredora local, dices? —preguntó Bone.

—Sí, vecina de Cullenbrae, una tal señora Annie Hepworth.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que los agentes la han llevado de vuelta a su casa en la aldea. Supongo que estará bastante conmocionada.

—No es la mejor manera de empezar el día —dijo Bone.

—Excepto el nuestro, ¿eh, Duncan? —sonrió Cash.

—Entonces, ¿ha sido un atropello y fuga? —continuó Walker.

—Bueno, es lo que hemos pensado al principio. Quizá Tráfico pueda determinar la velocidad del coche, y con suerte sacaríamos marcas suficientes para identificar la marca, pero tienen pinta de bastante bastas, así que no contéis con ello.

Bone miró a lo largo del camino. Dos agentes forcejeaban con cada extremo de una cinta métrica, mientras un tercero avanzaba a gatas al lado.

—También hay más arañazos y marcas en el asfalto que sugieren que arrastraron a la víctima desde el arcén hasta su lugar de reposo final aquí. Cash señaló un rastro de barro y porquería secos que cruzaba la carretera y se perdía en el talud. —Así que un verdadero popurrí de recogida de indicios esta mañana. ¿No es la vida una gozosa cornucopia de misterio y asombro?

—¿Al principio? —inquirió Bone, apartando a Cash de otro de sus inminentes precipicios existenciales.

—Ah, sí. Y para añadir a la fiesta, está esto. Cash señaló con un dedo enguantado de goma la cuenca vacía del ojo. —Tendré que examinar más de cerca la herida, pero la inspección inicial sugiere que el globo ocular ha sido hecho completamente papilla, más que estallado por el impacto, por así decir.

—Precioso. Harper volvió a hacer una mueca.

—¿Está bien, Will? —preguntó Bone.

—Voy a echarme un poco atrás, si no les importa —Harper dio unos pasos hacia atrás lentamente.

—Al chaval el muesli le debe de estar sentando mal esta mañana —rió Cash.

—¿Podría ser una parte sobresaliente del vehículo que lo golpeó? —prosiguió Bone.

—Posiblemente. Hay algunos fragmentos de pintura visibles alrededor de la herida. Lo mandaremos al laboratorio y a ver si nos devuelve marca y modelo de vehículo —Cash miró a Harper, que se

retorcía al otro lado de una furgoneta—. Perdón, mala expresión —sonrió.

—¿Qué es ese logotipo en su chaqueta? —preguntó Bone.

Cash sacó una espátula y una pequeña bolsa de evidencias de plástico del cinturón de su mono de escena. Con cuidado despegó unas motas de barro que se agarraban a la tela y las dejó caer en la bolsa. Alzó la vista. —Love Candy.

Bone se arrodilló y examinó el diseño rojo, con forma de labios, bordado en el bolsillo del pecho.

—¿No lo sabes? —dijo Cash.

—¿No?

—Pues debes de ser la única persona en Kilwinnoch que no.

—Es la empresa de juguetes sexuales —dijo Walker—. Su fábrica está en Bantone Mill.

—¿Juguetes sexuales en Kilwinnoch? Vaya oxímoron que nunca pensé oír.

—Una industria en crecimiento, por así decirlo —dijo Cash.

—No me creo que no hayas oído hablar de ellos —dijo Walker—. Llevan funcionando tres o cuatro años ya. El dueño empezó el negocio en su dormitorio, y ahora es una de las empresas emergentes más grandes y exitosas de la región.

—Llevo una vida muy recogida. Entonces, ¿iba de camino a casa desde esa fábrica?

—Una deducción razonable —dijo Cash—. Es muy tarde para salir a dar un paseo en bici por un tramo de concentración de accidentes.

Un grito más arriba del camino interrumpió al jefe de la científica.

Se levantaron y se acercaron a un agente de la policía científica, que estaba abajo en una zanja, junto a las marcas de neumáticos en la calzada.

—¿Harry? —preguntó Cash.

—He encontrado esto, señor —dijo el agente, señalando un objeto que sobresalía del barro.

Cash bajó con cuidado por el talud y se arrodilló junto a su compañero. Al cabo de un momento, miró hacia los detectives. —Es un sacacorchos. Y encaja a la perfección en una cuenca del ojo —se

encaramó de nuevo a la carretera—. Disculpadme un segundo —volvió con los agentes junto al cadáver.

—Y yo que pensaba que le daríamos el visto bueno rápido a esto y tráfico se encargaría —suspiró Bone.

—Todos los caminos llevan al asesinato —dijo Walker.

—Habrá que esperar a ver qué nos dicen la policía científica y tráfico, pero esto claramente no es un simple accidente que se ha torcido.

Cash regresó, acompañado por el fotógrafo.

—La bici tiene una etiqueta de seguridad con un número —dijo Cash.

El agente pulsó unos botones en su cámara y giró la pantalla.

Walker sacó un iPad de su bolso y apuntó el número de serie que había fotografiado el agente.

—Con suerte, eso nos dará una pista sobre el pobre desgraciado —dijo Bone.

—A menos que la bici fuera robada, claro.

—Sí, siempre está esa —Bone alzó la vista por la carretera—. Entonces, ¿a qué distancia está Cullenbrae?

—Está literalmente al pie de la colina, como a una milla —dijo Cash.

—Entonces, ¿juego sucio? —preguntó Bone.

—¿Off the record? —Cash hizo una pausa—. Siempre he querido decir eso —sonrió—. Asesinato de los más viles, pero, otra vez, no me citéis —suspiró—. Perdón, he estado haciendo un maratón de *CSI*.

—¿No es un poco como irte de vacaciones para hacer lo mismo que en el trabajo?—preguntó Walker.

—Ya lo sé. Échale la culpa a mi mujer. Está completamente obsesionada. Dice que ojalá se hubiera casado con la estrella en vez de conmigo. Empecé a verlo solo para ponerle pegas, pero, Dios, es adictivo. Sopló por las mejillas. —¿Qué demonios me está pasando? Antes era un tipo reflexivo, filosófico, y ahora digo cosas como «no me cites» y «esto, off the record». Nuestro viaje por el mundo puede resultar muy cansado a veces.

—Te dejamos con lo tuyo, Andrew—interrumpió Bone.

—Sí, tienes razón. Ya estoy despotricando otra vez. Os dejo ir, porque estamos, literalmente, hasta el cuello de restos de la escena del crimen.

—Esa es una frase de *CSI*, ¿verdad?—dijo Walker.

—Jesús, es verdad, lo es. Necesito ayuda. Cash negó con la cabeza. —Os mantendré al tanto.

—Gracias—dijo Bone—. Pongámonos en marcha. Sonrió.

—Ni se te ocurra. Cash frunció el ceño y volvió con la víctima.

Bone y Walker dejaron su ropa de protección junto al agente en el cordón.

Harper salió por el otro lado de un vehículo. —Perdón, señor.

—No tiene que disculparse, Will. Todos hemos pasado por eso, y a mí también hay cosas que me impresionan.

—Sí, ¿recuerdas aquel caso en el que la piel de la víctima había quedado hecha jirones después de caer en aquella cosechadora?—preguntó Walker.

Harper se tapó la boca y salió corriendo detrás de uno de los Land Rover de forense.

—Qué mala eres—dijo Bone.

Cuando Harper volvió, Bone alzó la mano antes de que pudiera disculparse de nuevo.

—Will, ¿puede localizar al propietario de la bici? Rhona ha conseguido el número de seguridad grabado en el cuadro. Rhona, más te vale entrevistar a la testigo mientras lo tiene fresco y subir a un par de agentes de uniforme para empezar con el puerta a puerta.

—La acerco. Mi coche está al otro lado del cordón—dijo Harper.

—Vale, dame un minuto para redactar un cuestionario para los de uniforme. ¿Adónde vas?—preguntó Walker a Bone.

—Volveré a la sala de incidentes y avisaré al superintendente. Pararé en la gasolinera por la que pasamos al entrar y comprobaré si vieron algo anoche.

—Bien pensado. Miró por encima de su hombro. —Con cuidado, eso sí, que los todopoderosos paparazzi han aterrizado. Indicó con un gesto a un corrillo de periodistas reunidos junto a la cinta del cordón. —Eso ha sido rápido.

—Otra vez enganchados a las radios de la policía, las comadrejas.

—Pero ni rastro de la Comadreja Número Uno.

—Siempre preocupa cuando McKinnon no está en la fosa de purines. ¿Dónde demonios está, entonces?

—Estoy seguro de que lo sabremos más pronto que tarde, señor.

—En efecto. Bien, reunámonos en comisaría para ponernos al día. Bone miró el reloj. —¿A las diez? El hombre de negro debería haber enviado las imágenes para entonces, y a ver si tenemos algo más con lo que trabajar.

Se acercó a la cinta y se agachó para pasar por debajo. Los periodistas lo rodearon, disparando preguntas, con cámaras y micros en alto. Se abrió paso, saltó al Saab y giró la llave de contacto. Nada.

—Vamos, Bertha, no me falles. Volvió a intentarlo. El motor carraspeó, resopló y arrancó a trompicones. Una bocanada de humo negro salió del escape, envolviendo a los periodistas que llegaban en una nube de gases.

—Esa es mi chica. Metió la primera con un crujido y el coche subió la cuesta a tirones.

Tres

La aldea de Cullenbrae estaba situada en el fondo de un barranco húmedo, encajada entre dos colinas empinadas que se alzaban por encima y tapaban el sol la mayor parte del día.

Un grupo de edificios se apiñaba en torno a un pub cuyos días de gloria quedaban muy atrás. Harper aparcó su Yaris junto al letrero mohoso del pub, colgado en ángulo precario de un poste de madera dura medio podrido. Más adelante, un modesto monumento a los caídos se erguía en el centro de la aldea, con unas cuantas coronas descoloridas aún prendidas a la fachada de piedra.

Se acercó un coche patrulla y aparcó detrás. Dos agentes se apearon.

—Vale, yo me encargo de ellos —dijo Walker—. Aquí tiene el número de la etiqueta de seguridad. Le tendió el iPad a Harper.

—En ello. Luego iré a buscarla.

Walker salió y se acercó a los agentes. Mostró su acreditación colgada del cuello.

—Buenos días. ¿Pueden empezar a llamar a las puertas del extremo más alejado de la aldea y volver hacia la plaza? Sacó el guion escrito a toda prisa. —Aquí tienen las preguntas que deben hacer. Le entregó la nota al primer agente. —Asegúrense de ceñirse a ellas, ¿de acuerdo?

—Señora —dijo el agente.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde está Cullenbrae View?

Los dos agentes se encogieron de hombros.

—Supongo que estará más arriba si la calle se llama "View" —dijo el segundo agente.

—Muy útil, agente, gracias por el apunte. Puso los ojos en blanco. —En fin, a lo nuestro.

Los agentes echaron a andar por la plaza.

—Y no se olviden de completar las fichas descriptivas. No queremos que se nos escape nada —les gritó.

El primer agente hizo un gesto con la mano y siguieron.

Walker barrió con la mirada los edificios de la plaza y distinguió una construcción nueva de acero y piedra, encaramada al borde del acantilado del desfiladero que se cernía sobre la aldea. Echó a subir por la cuesta empinada. Arriba, se detuvo un momento para tomar aliento.

La casa estaba justo enfrente y parecía en plena reforma, con materiales de obra apilados en la entrada y dos contenedores delante. Se acercó a la puerta principal, encajada entre dos ventanales tintados del suelo al techo que desentonaban en la fachada de la vieja casa eduardiana. Estaba a punto de llamar, pero la puerta estaba abierta.

—¿Buenos días? —llamó, pero no hubo respuesta. Empujó un poco más la puerta y entró en un salón moderno de planta abierta. —¿Hola? —volvió a llamar. Escaneó la habitación. Un enorme sofá esquinero de seis plazas dominaba el espacio, junto con una tele de pantalla plana descomunal que ocupaba todo el ancho de la pared lateral. Se volvió. La aldea y las colinas circundantes llenaban la vista espectacular desde las ventanas.

Un hombre de treinta y tantos, con traje azul marino, apareció en el arco abierto al fondo de la estancia.

—¿Quién es usted? —preguntó con brusquedad.

—Inspectora detective Walker, de la comisaría de Kilwinnoch. Disculpe, la puerta de entrada estaba abierta.

—Ah, sí, claro. Supongo que quiere hablar con Annie —dijo el hombre, con un acento del oeste de Londres teñido de un deje del escocés central.

—La señora Hepworth, sí, así es.

—Está aquí. Está bastante alterada —dijo.

—¿Y usted es?

—Soy su marido, Simon Hepworth. Acompañó a Walker por el arco hasta una cocina amplia con más ventanales de suelo a techo.

Annie Hepworth, en bata, estaba desplomada a la mesa de la cocina. El pelo mojado se le pegaba a la cara y le tapaba los rasgos.

—Annie, esta es la inspectora detective Walker.

La señora Hepworth alzó la vista y se apartó el pelo de los ojos, enrojecidos e hinchados.

—Siento molestarla, señora Hepworth. Tengo que hacerle unas preguntas.

—¿Sabe cuándo abrirán la carretera? —interrumpió el señor Hepworth— —Es que tengo que ir a la oficina.

—Estamos trabajando todo lo rápido que podemos. Cuando hay un fallecido, hay ciertos procedimientos y protocolos que debemos seguir —dijo Walker.

—Es que tengo una reunión importante esta mañana y ya llego tarde. Es una puñetera molestia. Cuando cierran el camino, nos quedamos literalmente atrapados aquí. Hepworth soltó el aire.

—Es un incidente grave, señor.

—Seguro que podría simplemente dejarme pasar a la fuerza.

—Puede salir por el camino del otro lado de la aldea. Ese sigue abierto.

—¿Está de broma? O está inundado o bloqueado por ovejas o por maquinaria agrícola, y tendría que conducir prácticamente hasta Stirling antes de poder salirme de él.

—Como le he dicho, señor. —Y mientras tanto, nuestro negocio se va al garete —dijo.

—Simon, por favor, déjalo —dijo Annie.

El señor Hepworth negó con la cabeza y volvió a paso rápido al salón.

—Lo siento, inspectora detective. Mi marido a veces es un gilipollas.

Walker se sentó a su lado en la mesa. —Sé que probablemente ya ha pasado por esto con un agente de uniforme, pero ¿podría decirme qué ha pasado esta mañana?

—Ha sido tan horrible. No sé si... Annie se enjugó la humedad de la mejilla.

Walker sacó un paquete de pañuelos de su bolsillo. —Lo siento. Tómese su tiempo.

Annie se dio toques en la cara. —Salgo a correr 5 km mañana sí, mañana no.

—¿A qué hora ha sido?

—A las seis y media. Me ayuda a empezar el día.

—¿A qué se dedica?

—Trabajo en marketing, pero casi siempre trabajo desde casa.

—Entonces, ¿salió a las seis y media?

—Sí, mi ruta habitual: por la plaza, por detrás del molino viejo y luego por el camino de la granja hasta la carretera. Annie se detuvo y tomó un par de respiraciones profundas.

—¿Vio a alguien?

—Cuando pasé corriendo junto a la granja de los Dow. El granjero estaba fuera, en el patio, pero no me vio.

—¿Y luego?

—Bajé del camino hasta la carretera. Normalmente sigo hasta la gasolinera y, allí, doy media vuelta y rehago el trayecto de vuelta a casa. Pero apenas había avanzado unos cientos de metros cuando le vi en la calzada. Al principio pensé que era alguien que se acababa de caer de la bici, o quizá le había golpeado un coche, pero no esperaba... —Annie resopló—. Estaba en un estado horrible, espantoso. Se me quedó la mente en blanco un minuto. Le palpé la muñeca para ver si tenía pulso, pero no pude sentir nada.

—¿Y entonces llamó al 999?

—Supongo que sí. A decir verdad, no me acuerdo. Estaba en estado de shock. Sabía que probablemente estaba muerto, pero mi cabeza se negaba a creerlo, ¿sabe?

—¿Y después qué hizo?

—Seguí en línea y la mujer me dijo que esperara a la policía y a la ambulancia. Luego llegaron ustedes.

—¿Y reconoció al hombre que encontró?

—Tenía la cara tan machacada y el ojo... Dios, no lo olvidaré nunca. Ojalá no lo sea, pero creo que podría ser Martin Burns.

—¿Es vecino de Cullenbrae?

—Sí. Vive en el número veintiocho de Brae Hill. Le he visto por ahí en la bici unas cuantas veces. Creo que también va en bicicleta al trabajo. Es que no me lo puedo creer.

—¿Entonces conoce usted al señor Burns?

—Él hizo e instaló nuestra cocina.

Walker echó un vistazo a los muebles y puertas de roble macizo, hechos a medida, algunos con incrustaciones de diseños intrincados. —Vaya, es un trabajo impresionante.

—Sí, es muy... Perdón. Annie se sonó la nariz. —Es carpintero.

—¿Trabaja también en la fábrica de Love Candy?

—Sí. Como limpiador, creo. No gana lo suficiente con la ebanistería, así que lo complementa con trabajos así.

—¿Cuándo hizo el trabajo para ustedes?

—Habrá sido hace un año, más o menos. Compramos el bungalow en 2019, pero nos llevó una eternidad dejarlo listo para instalarnos. Y él también fue muy lento. Pero mereció la pena la espera, creo. Annie volvió a sorber. —Nuestras reformas no han sido bien recibidas en el caserío. Ha habido mucha hostilidad, quizá en parte porque Simon es de Londres. —A decir verdad, es él quien insiste en que aguantemos aquí, pero lo he odiado desde el minuto en que nos mudamos. Hay un rollo raro, ¿sabe? No es un sitio muy amigable, y eso se necesita donde vive, ¿no? Si fuera por mí, vendería y me iría.

—¿Hay algo más que pueda recordar?

—Cuando llegaron los servicios de emergencia, una chica de la ambulancia muy amable me puso una manta encima y me dio un té de su termo. Para entonces estaba hecha un desastre.

—¿Y no vio ningún vehículo ni a nadie más mientras corría?

—No. La carretera estaba completamente desierta. Programo la carrera temprano, en parte para esquivar el tráfico de gente que va a trabajar y el de las granjas.

—De acuerdo, gracias, señora Hepworth. Eso es todo por ahora. De nuevo, siento mucho que haya tenido que pasar por esto. Aquí tiene mi tarjeta. Si se le ocurre algo más, llámeme, ¿de acuerdo?

—Había otra cosa. Annie miró por encima del hombro. —¿Podría cerrar la puerta?

—Claro. Walker hizo lo que la señora Hepworth le pidió y volvió.

—Cuando Martin estuvo aquí instalando la cocina, él... eh...

—¿Qué?

—Me propuso algo.

—¿Lo intentó con usted?

—En realidad no, ya sabe, no me tocó ni hizo nada asqueroso de ese tipo, pero me invitó a salir, más de una vez. Al principio fue casi en plan broma, pero cuando me di cuenta de que iba en serio, le dije que dejara de insistir.

—¿Se lo contó a su marido?

—Dios, no, lo mataría a palos. Annie se detuvo. —No, de verdad, no sabe nada y preferiría que siguiera así. En fin, me siento mal hablando así de alguien que... No está bien. Podía ser un poco un capullo mujeriego, pero no merecía morir.

—¿Cree que están relacionados? —preguntó Walker.

—No, quiero decir, nadie se merece morir.

—¿Tenía entonces cierta fama?

—Sí, pero la señorita Ingenua de aquí solo se enteró después de que hubiera terminado nuestra cocina. Es lo que hace, o hacía, por lo visto. Encandila a las clientas con su buen hacer y su encanto. Es de lo más superficial.

—¿Conoce a alguna otra mujer a la que insinuara algo o con la que saliera?

—No, lo siento. Me mantuve bien alejada después de aquello.

—De acuerdo, señora Hepworth. No olvide mi tarjeta. Si se le ocurre algo más, puede llamarme directamente a ese número.

La señora Hepworth intentó leer la tarjeta, pero le temblaban las manos. —Estoy hecha un manojo de nervios.

—Necesitará mucho descanso. Aún está en estado de shock.

La puerta se abrió y el señor Hepworth regresó.

—Por ahora he terminado aquí. Gracias, señora Hepworth.

—Le acompaño a la puerta, inspectora —dijo el señor Hepworth —. Siento haber perdido los papeles antes. He tenido comienzos de día mejores.

—Su esposa ha pasado por un trauma bastante serio —replicó Walker—. No sería mala idea que estuviera a su lado esta mañana.

—Por supuesto, inspectora, pero me temo que cuando todo mi sustento depende de una reunión a la que no puedo asistir, la vida se complica un poco más que eso.

—Solo una pregunta rápida antes de irme, señor. ¿Dónde estuvo entre las diez de anoche y las siete de esta mañana?

—¿Cree que estuve merodeando en mi coche buscando víctimas? Negó con la cabeza.

Walker siguió mirándole, impasible.

—Me quedé frito. Había estado en una serie de reuniones todo el día. Doce malditas horas seguidas sin comer. Volví sobre las nueve. Me bebí casi una botella de vino tinto, de Borgoña; la botella está en el contenedor de reciclaje si quiere comprobarlo, y luego me desplomé sobre el sofá hacia las diez y media, vestido, con la tele puesta. Annie me despertó sobre las cinco y me fui a la cama. ¿Algo más?

—¿Se lleva bien con el señor Burns?

—¿Llevarme bien? ¿En qué sentido?

—Ya sabe, ¿tenía una relación cordial con él?

—Era nuestro profesional. No éramos uña y carne. Nuestra relación consistía en que yo le firmaba cheques y él terminaba el trabajo a nuestra satisfacción. Punto.

—¿Quedó satisfecho con su trabajo?

—Sí, hizo un gran trabajo. Pero vamos, cocinas son cocinas. Fue mi mujer quien la eligió. Yo solo solté la pasta y me callé, como siempre. Un momento. ¿Es él el implicado en el accidente? ¿Ha atropellado a alguien o le han atropellado?

—Estamos intentando reconstruir lo que pasó.

—Bien, antes de que lo pregunte, no estaba patológicamente furioso con él porque usara el color equivocado de pintura en las puertas. Su trabajo fue excelente. Sin quejas, salvo por lo que tardó en terminarlo. ¿Quiere revisar nuestro coche, quizá? Está ahí fuera. O a lo mejor piensa que hice reparar los daños en mitad de la maldita noche.

—Gracias, señor. Entiendo que esto debe de ser muy angustioso para ambos.

—Si no hay nada más, inspectora, de verdad tengo que volver a mi mesa e intentar salvar este acuerdo antes de que la mierda dé contra la pared.

—Eso es ventilador, señor.

—¿Perdón?

—La mierda da contra los ventiladores. Le avisaremos en cuanto se abra la carretera. Walker se alejó, maldiciendo por lo bajo. Cuando él cerró la puerta, ella se volvió y comprobó la parte delantera y trasera del Audi aparcado junto a la casa. Pasó la mano por el paragolpes impecable.

Divisó a Harper en lo alto de la colina.

Él echó a correr hacia ella.—Ya tengo el rastreo de la moto, señora. Está registrada a nombre de una tal Diane Moffatt—

—¿Una mujer? —interrumpió Walker, sorprendida.

—Es el nombre que consta en el sistema, señora.

—¿Y la dirección?

Consultó las notas en su teléfono.—Catorce Balloch Drive, Kilwinnoch. ¿Está bien?

—¿Sabe que hay caras que dan ganas de arrearles con una llave inglesa?

—Oh, sí, ya lo creo —Harper asintió.

—¿Y usted? ¿Se encuentra mejor?

—Sí. Lo siento otra vez.

—No sea tonto. Nunca resulta más fácil. Nosotros lo tragamos un poco mejor que usted. Le diré al inspector jefe que aumente su experiencia en escenas del crimen para que, en adelante, el contenido de su estómago se quede donde debe.

—Gracias. ¿Ha visto eso, por cierto? —Se volvió y señaló al otro lado del desfiladero una mansión de estilo gótico, tapiada y casi en ruinas, que asomaba por encima de una hilera de árboles— Da yuyu, ¿verdad?

—Bates Motel. Este sitio es raro.

—Ajá.

—Bien. Haga el seguimiento de la moto. El jefe quiere que estemos de vuelta en la comisaría a las diez.

—De acuerdo, hecho, señora. ¿Cómo volverá usted?

—Cogeré prestado uno de los coches patrulla.

Regresaron a la plaza.

Walker vio una luz encendida en el Clachan Arms.—Parece que el encargado ya está en pie. Lo veo luego.

—De acuerdo —dijo Harper, y se subió a su coche.

Cuatro

El joven dependiente de la estación de servicio pareció sorprendido cuando Bone le mostró su acreditación colgada al cuello.

—Anoche no estuve yo. Fue Mrs Black. ¿Alguien se ha marchado otra vez sin pagar o qué?

—No, nada de eso —replicó Bone.

—Ya me lo parecía. Cuando está Jean, nadie se atreve a hacer nada—. Aspiró por la nariz.

—¿Está por aquí Mrs Black esta mañana?

—No, vuelve a entrar a las siete esta noche. Hace el turno de tarde, de siete a una.

—¿Está su encargada…? —Bone estudió su placa con el nombre —. ¿Cliff?

—Eh… no. Ha llamado para decir que llega un poco tarde, pero debería estar aquí en media hora o así. Yo estoy al pie del cañón. —Lanzó una mirada nerviosa por encima del hombro de Bone hacia la explanada de los surtidores—. ¿Qué pasa con todos los coches de policía y todo eso por el camino?

Bone ignoró la pregunta.—¿Cómo se llama su encargada?

—Sarah O'Connell. Esto suena serio—. Cliff intentó sonreír, pero la boca no le acompañó.

—¿Tiene algún contacto de Mrs Black?

—Sí. Tengo su número en el móvil. Vive en los pisos de Craigfallon, en Campsie.

Bone le tendió su tarjeta al chaval.—¿Eso está bastante lejos de aquí?

—Ha conseguido que la empresa le pague un taxi. Ni idea de cómo lo hace. Menuda es—. Cliff se echó a reír—. Entonces, ¿qué ha pasado?

—¿Y quién entra después de ella?

—Calum Ferguson, de una a siete, y luego entro yo.

—¿Podría darme también sus datos? —pidió Bone.

—Claro.

—Y supongo que tienen cámaras de CCTV en la explanada —prosiguió Bone.

—Sí, claro. Y en la tienda—. Cliff señaló una cámara detrás de su cabeza.

—¿Podemos echar un vistazo a las grabaciones de anoche?

—Por supuesto, sí, pero no estoy seguro de poder dejar la caja hasta que llegue la encargada. Y además no me está permitido tocarlo.

—¿Cuándo ha dicho que tiene previsto llegar la encargada? —preguntó Bone.

—Ahora mismo —interrumpió una mujer justo detrás de ellos—. Soy Sarah O'Connell, la encargada de servicio. ¿Cuál es el problema? —Frunció el ceño al mirar al joven dependiente.

—Ha habido un incidente un poco más arriba del camino —dijo Bone— y me gustaría ver las grabaciones de sus cámaras de CCTV.

—¿Y quién lo dice?

—Perdón. Inspector jefe Duncan Bone, de la comisaría de Kilwinnoch.

—Ah, vale, disculpe. Ja. La cara de Cliff me ha hecho pensar que era usted un tipo chiflado.

—Me pasa a menudo —bromeó Bone.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente, y estamos intentando recomponer lo sucedido, averiguar si hay testigos, ese tipo de cosas.

—Ah, bueno, será mejor que pasen. Las grabaciones seguirán en el sistema. Normalmente se borran a las cuarenta y ocho horas, pero si fue anoche, entonces…

Rodeó el mostrador, se escurrió junto al dependiente y abrió la puerta del despacho.

—¿Quiere que vaya con ustedes? —preguntó Cliff, cohibido.

—Sí, claro, dejemos la tienda vacía y pongamos el combustible y la comida gratis para todo el día—. Puso los ojos en blanco.

Bone la siguió hasta una sala estrecha y cargada, con cajas apiladas a ambos lados.

—Su dependiente ha dicho que una tal Mrs Black hizo el turno de noche ayer, ¿no?

—Eso es, de siete a una, creo, aunque a menudo se queda un poco más tarde. Es muy concienzuda, a veces un pelín demasiado, pero desde luego deja en evidencia a los jóvenes.

Se sentó junto a una máquina negra y fina, apoyada en una mesa auxiliar al lado de un monitor portátil. Filas de diminutas luces amarillas y verdes parpadeaban cada vez que se movían.

Bone recorrió la habitación con la mirada. —¿Tiene una cámara aquí también?

Señaló una cámara en la esquina. —Y allí. Asintió hacia otra en el lado opuesto. —La caja fuerte está aquí, así que es nuestra prioridad de seguridad. Se inclinó hacia la caja. —A ver qué tenemos aquí. Hace tiempo que no hago esto. Normalmente se actualiza sola.

Tocó unos cuantos botones. No pasó nada.

—Ah, espere un momento. Se agachó y conectó el monitor. La pantalla cobró vida. —Así sí. Bien. Pulsó el botón de reproducir y las imágenes comenzaron a rodar.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Bone acercó una silla, junto a la pantalla. —Esto es de hace dos días.

—Sí, un momento. Pulsó un botón y las imágenes saltaron una hora aproximadamente, luego detuvo la cinta. —Esta es la explanada a las nueve de la noche de ayer.

Todo estaba desierto.

—¿Podemos ver las imágenes de la otra cámara al mismo tiempo?

—Sí, creo que sí, pero quizá se vean bastante pequeñas. Trasteó de nuevo y la pantalla se dividió en tres secciones en las que ahora se veían la explanada, la tienda y un plano desde detrás del mostrador.

Mrs Black entraba y salía de varios planos, reponiendo estanterías, limpiando la mampara del mostrador y vaciando las papeleras de la explanada.

—Desde luego, con Mrs Black amortizamos lo que nos cuesta. No para nunca —dijo la encargada.

—¿Puede avanzar un poco más?

Giró la pequeña palanca del frontal de la máquina. Cuando la marca de tiempo llegó a las diez y treinta y tres, apareció un coche en la explanada y tres jóvenes con chándales y sudaderas con capucha saltaron fuera.

—¿Alguna idea de quiénes son?— preguntó Bone.

—Niñatos amantes de la velocidad. Usan el carril como un maldito circuito.

Los hombres entraron en la tienda del taller y rodearon a Mrs Black. Ella les hizo aspavientos con los brazos durante un momento.

—Les está cantando las cuarenta.

—Sí. Esa es Mrs Black. No se anda con chiquitas.

—¿Puede congelar la imagen en sus caras?

La encargada dio unos golpecitos a la máquina y captó a uno de los tres a plano completo.

—Tiene pinta de tener doce años —dijo Bone.

—Siempre lo parecen. Deberían subir la edad mínima para conducir. Idiotas como esos se matan cada maldito día.

—No podrá imprimir eso, ¿verdad?

—Lo siento, pero puedo enviarle las imágenes. Ya hemos tenido que facilitar grabaciones a la policía por robos de combustible.

—¿Les pasa mucho eso por aquí, en medio de la nada?

—Antes sí, bastante, pero hicimos una batida hace unos meses y ustedes nos ayudaron con eso. Desde entonces, muy poco. Tendré que ponerme en contacto con la central para que nos den el visto bueno para enviárselas, pero lo dejaré resuelto esta mañana.

—Gracias.

—¿Sigo?

Bone asintió.

Los chicos salieron de la tienda, volvieron a subirse al coche y salieron del garaje. La encargada detuvo de nuevo las imágenes cuando el coche salió.

—Perdone, creo que el borde del tejadillo de los surtidores tapa la vista del coche —dijo. Siguió. Poco después de las once y media, una figura con abrigo desapareció de la explanada.

—¿Puede rebobinarlo un poco?— preguntó Bone.

Ajustó de nuevo y apareció en el mostrador de la tienda una figura con un sombrero gris de ala ancha. Mrs Black entró en plano y pasó unos artículos por el escáner. El ángulo del sombrero, calado bien bajo sobre la cara del cliente, hacía imposible distinguir ningún rasgo.

—¿Hay alguna otra cámara que pueda identificar a este hombre o a esta mujer?

—Creo que es una mujer. ¿No es ese pelo largo asomando por debajo del sombrero?

—Puede. ¿Cree que la señora Black podría identificar a esta persona?

La encargada se encogió de hombros.—Eso tendría que preguntárselo a ella. Lo siento.

—No hay ningún coche en los surtidores—dijo Bone.

—No, así que probablemente algún vecino en busca de comida a deshoras.

—¿Le pasa mucho?

—Oh, sí. Ahora que abrimos veinticuatro horas, la tentación de darse atracones nocturnos o montar botellones es demasiado fuerte para algunos.

—Y cuando dice local, ¿se refiere a Cullenbrae?

—Sí, viene gente de allí, pero también nos llegan clientes desde Kilwinnoch o incluso que cruzan por arriba desde tan lejos como Carrbridge. Se detuvo.—Lo estoy pintando como si fuera Sauchiehall Street. La mayoría del tiempo está totalmente muerto y, para ser sincera, no sé por qué la petrolera se molesta en mantener esto

abierto más allá de la una. Probablemente alguna artimaña fiscal. Le lanzó a Bone una mirada de soslayo.—No les diga que he dicho eso.

Pulsó reproducir. El cliente metió la compra en una bolsa.

—¿Qué está comprando?

—Parece que patatas fritas y chucherías. Ya se lo he dicho: festines de medianoche.

El cliente salió, cruzó la explanada entre dos surtidores y se marchó por una verja cerca de la entrada.

—¿Adónde lleva eso?

—Es un sendero público hacia Cullenbrae. Bueno, llega hasta Brae Burn y luego hay que volver al camino para el último tramo. No me haría gracia ir por ahí de noche. Acabaría de culo en el arroyo.

—¿Entonces es usted de Cullenbrae?

—No. Vivo en Kilwinnoch. Solo conozco el sendero porque una vez hicimos copas de despedida en el pub y cometimos el error de probar suerte. Y sí, acabé con el culo en el arroyo.

—¿Y su asistente en la caja?

—Es de Lennoxfield.

—¿Cómo llega hasta aquí arriba?

—En un ciclomotor. Está detrás.

Volvieron a la pantalla.

—¿Puede adelantar despacio hasta un poco antes de medianoche?

Pulsó el botón y la cinta siguió a cuádruple velocidad. Un objeto cruzó la explanada como un destello.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Bone.

Hizo una pausa y rebobinó.

Un ciervo joven pasó tranquilamente junto a los surtidores, se detuvo ante el cubo de arena, olisqueó y se pavoneó fuera de plano.

—Sí, por aquí aparece toda clase de fauna. Los tejones son una puñetera pesadilla. Estoy segura de que llevan cortaalambres en bolsillos ocultos.

A las doce y cuarenta, un ciclista con capucha apareció en la explanada. Aseguró la bicicleta con un candado y entró en la tienda. Instantes después, estaba en la caja.

—¿Puede parar ahí un segundo?—preguntó Bone.

La imagen tembló y los rasgos del hombre se sacudieron de lado a lado.

—Perdone, no se ve muy bien. Volvió a conmutar la grabación y se estabilizó.

—¿Qué diría que es ese logo de la chaqueta del cliente?— preguntó Bone.

La encargada se inclinó hacia el monitor.

—No estoy segura. Se ve muy borroso. ¿Son unos labios? Ah, podría ser el logo de Love Candy.

—Eso mismo estaba pensando.

—No es que esté yo demasiado familiarizada con esa empresa, conste. Soltó una risita.

El hombre salió de la tienda con una bolsa de la compra, desenganchó su bicicleta y pedaleó de noche, en dirección a Cullenbrae.

—¿Sabe quién es?

—Ni idea, lo siento. La cinta siguió corriendo, pero no apareció ningún otro cliente. A la una y cinco, llegó el siguiente dependiente para relevar a la señora Black.

—Voy a tener unas palabras con Calum. Nunca debería llegar tan tarde. Y menos cuando se trata de la señora Black.

—De acuerdo. Está bien, gracias.

Detuvo la cinta.

—Si puede hacérnosla llegar cuanto antes, sería estupendo.

—Lo haré. La encargada asintió.

Volvieron a la tienda.

—En la cinta hay un grupo de niñatos quemados que anoche pasaron por la estación —dijo Bone al joven dependiente—.

—¿Conducen una ridícula lavadora súper trucada, con alerones atrás y ruedas enormes?

—Esos mismos. ¿Han pasado por aquí recientemente?

—En mi turno no, pero la señora Black se queja mucho de ellos. Una vez cometieron el error de ser groseros con ella.

—¿Alguna idea de quién es el conductor del coche?

—Lo siento, no.

—Había otra persona en la cinta. Un hombre o una mujer con un sombrero de ala ancha, tipo fedora o homburg. ¿Sabe quién podría ser?

—¿Pelo largo?

—Sí.

—Suena a Stu Mason. Viene bastante. Antes era colega de mi padre.

—¿Antes lo era?

—Mi padre murió hace tres años. Compartían el mismo pésimo gusto musical. Iban juntos a conciertos y esas cosas.

—Lo siento muchísimo. ¿Sabe dónde puedo encontrar al señor Mason?

—Sí, vive en Cullenbrae. Él y su mujer son artistas. Hacen cerámica y cosas así.

—¿Tiene su dirección?

—Su casa está al final de ese sendero de ahí fuera. ¿Ve el portillo? Señaló por la ventana delantera de la tienda.

—¿A qué distancia está?

—Está cerquísima; diez minutos andando, como mucho. Eso sí, quizá esté algo embarrado.

—Gracias.

Se les unió la encargada. Frunció el ceño al dependiente y él se puso a trajinar en la caja.

—Siento entretenerla. ¿Tiene los datos de contacto de la señora Black?

—Sí, espere un segundo. La encargada volvió a desaparecer por la parte de atrás y regresó al cabo de unos momentos con un papelito. —Teléfono y dirección, pero quizá pierda el tiempo si va a su casa, porque probablemente esté con su hermana.

—¿Tiene la dirección de su hermana?

—Está en la unidad de Cuidados Paliativos del Falkirk General. Coral, creo que se llama. Es terriblemente triste. Coral está en sus últimos días, pero Jean es un auténtico roble. Sube allí todos los días y se queda con ella hasta que empieza su turno. He organizado que un taxi la recoja directamente del hospital. No sé de dónde saca las fuerzas. Tiene ochenta y ocho años, ¿sabe?

—No lo sabía. No aparenta esa edad en las imágenes de CCTV.

—Como le digo, está hecha de acero. La encargada sonrió.

—De acuerdo, muchísimas gracias por su ayuda.

—Le enviaré esas imágenes en cuanto me sea posible.

Bone cruzó la explanada hasta la puerta del lado opuesto. El sendero serpenteaba por un campo y desaparecía en un grupo de árboles. Miró la hora y trepó por encima.

Cinco

Walker empujó la cancela carcomida por la carcoma del Clachan Arms y sorteó barriles de cerveza vacíos a ambos lados del sendero. La puerta principal estaba cerrada con llave, así que rodeó por el lateral. Deslizándose entre más barriles y cajas, vio una puerta trasera abierta y fue directa hacia allí.

—¿Hola? Walker sacudió el marco podrido. Metió la cabeza y un hedor a desagüe le golpeó la nariz. Se echó atrás y volvió a llamar. —¿Hay alguien?

—¡Aquí abajo! —gritó una voz desde debajo de sus pies.

Se arrodilló junto a la trampilla de hierro oxidado del suelo.

—¿Hola?

—Estoy limpiando las bombas. Déjalos en la cocina.

—Soy la inspectora detective Walker, de Kilwinnoch. ¿Podría hablar con usted? —llamó por la rendija de la puerta.

El metal chasquió y la trampilla vibró. Se echó atrás y una de las hojas se abrió y cayó al suelo con un fuerte clang. Primero apareció un brazo y luego una cabeza.

—¿La poli? —preguntó el hombre canoso, de mediana edad avanzada y frente sudorosa. Del agujero salió una oleada de olor a cerveza rancia y a alcantarilla.

—Siento molestarle, señor. ¿Es usted el dueño del pub?

—No, soy el rey del inframundo —dijo.

—Ha habido un incidente en el camino, a las afueras de Cullenbrae. Estamos haciendo indagaciones casa por casa para intentar establecer qué pudo pasar.

—Espere —dijo el hombre, y desapareció de nuevo por el agujero pestilente.

Unos momentos después, estaba en la puerta trasera. Walker se acercó, pero él pasó a su lado con un cubo rebosante de un líquido espumoso amarillento-marrón; la misma pestilencia rancia le seguía la estela.

Al pasar junto a ella, parte del contenido fue a parar a los relucientes brogues Doc Martens de Walker. Ella suspiró.

Vació el cubo contra una pared al otro lado de un diminuto patio descuidado, con bancos de picnic mohosos apilados a ambos lados. Volvió.

—A las rosas les encanta —dijo con una sonrisa que dejaba ver un juego de dientes de un color no muy distinto al del líquido maloliente que acababa de dejar junto a la pared.

—¿Han atropellado a alguien otra vez? —preguntó, dejando el cubo junto a la puerta.

—¿Por qué lo dice, señor...?

—Ese camino es una maldita trampa mortal. Conductores jóvenes y quinquis suben de la ciudad, se ponen hasta las cejas y luego acaban en un campo o mandan a alguien a un campo. Pasa todo el maldito tiempo.

—No debería permitir que sus clientes conduzcan borrachos, señor...?

—No es asunto mío lo que hagan —bufó el dueño del pub—. Quiero decir, yo compruebo, y me dicen que han venido andando. ¿Cómo demonios voy a saber dónde narices han escondido los coches y las motos?

—¿Cómo se llama? Estaba molesta porque él había esquivado sus intentos anteriores.

—Dave Gronin. No me va a cerrar el local, ¿verdad?

—¿Puedo pasar un momento?

—No es un espectáculo agradable ahí dentro. Tenemos problemas con los desagües y...

—He visto y olido cosas mucho peores, señor Gronin.

El dueño del pub la hizo pasar.

—Pase al bar un momento. La condujo por una cocina antiquísima y mugrienta, con cajas y marañas de tuberías destripadas apiladas en nudos que cubrían casi todo el suelo. En la esquina, un fregadero Belfast agrietado rebosaba de cacharros sucios.

—Espero tener esto arreglado para la hora de abrir, pero ahora mismo no pinta bien. Lo último que quiero es soltar a una docena de hombres en unos aseos que no tragan.

—Probablemente también sea un riesgo para la salud —añadió Walker.

Fueron sorteando los escombros y pasaron al sombrío bar. Él encendió las luces. El interior era sorprendentemente atractivo, con ese aire rústico de pub campestre. Las paredes estaban atestadas de la parafernalia habitual: herraduras de latón y marcos repletos de fotos que mostraban la aldea y el pub en una época pasada. La atención de Walker se fijó en un perro pastor a tamaño real, con la boca abierta y la lengua fuera.

—¿Qué es esto? preguntó.

—Ese es Héctor el Héroe.

—¿Está disecado? Ella hizo una mueca.

—Ya estaba aquí cuando mi padre asumió el arrendamiento. Iba a tirarlo, pero los vecinos montaron en cólera. Al parecer, si le das una palmadita en la cabeza al salir, se supone que te da buena suerte, o alguna gilipollez por el estilo. Si trae clientes por la puerta, entonces a mí me vale tener un perro disecado que da yuyu en la entrada. La verdad es que hasta le he cogido bastante cariño.

—¿Cuántos años tiene este sitio, entonces?

—Ni idea, quizá trescientos años. Estamos justo fuera del límite de la zona seca en la que solía estar Kilwinnoch, así que tiene ya unos cuantos añitos. ¿Quiere tomar algo, inspectora? preguntó el dueño, deslizándose tras la barra. Encendió las luces del bar.

—No, está bien —dijo Walker—. El hedor a cerveza rancia y a desagüe seguía pegado al interior de sus fosas nasales.

Se sentó en la mesa más cercana. La superficie estaba pegajosa, y arrastró la silla un poco más atrás.

—¿En qué puedo ayudarla, detective?

—Ha habido un incidente grave en el carril a las afueras de Cullenbrae y estamos investigando un posible atropello con fuga.

Se sentó a su lado. —Ese maldito carril es una trampa mortal. Siempre estoy diciéndoles a mis clientes que ni se les ocurra irse andando a Kilwinnoch a la hora de cierre.

—¿Ha habido ya unos cuantos incidentes, entonces?

—Con los años, ya lo creo. El ayuntamiento lleva prometiendo una mejor iluminación desde hace años, pero nunca se molestan. Por suerte, no ha muerto nadie, pero es cuestión de tiempo —negó con la cabeza—. Le diré una cosa, eso sí. Si alguien ha sido arrollado, la primera persona con la que debería hablar es Gary Speed —se detuvo—. Ya, ya, parece de chiste. Él y sus colegas van por ese carril como si fuera Montecarlo, a todas horas, día y noche.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a ese Gary Speed?

—Espere. Lo he dicho así, sin pensar. No le estoy acusando de nada, en realidad. No quiero problemas en el pub.

—Solo una dirección. Es lo único que quiero.

—Ni idea.

—¿Y qué coche conduce?

—Dirección y coche. Es usted insistente, ¿eh?

—Es mi trabajo, señor.

—Un ridículo coche de jubilado, trucado. Seguro que se lo birló a su abuela.

—¿Honda Jazz, Corsa, Citroën Saxo?

—Saxo, ese mismo. ¿Entiende de coches, entonces? —sonrió, enseñando otra vez los dientes.

—¿Conoce a Martin Burns? —Walker ignoró su velado comentario machista.

—¿Martin? ¿Por qué va a por él? Digo «a por», pero ya me entiende —se rió y luego se le cayó la cara—. No estará metido en esto, ¿verdad? ¿O es que lo han atropellado?

—Me gustaría hablar con él.

—Eh... vale, sí. Está cuesta arriba, en el Brae, en el número veintiocho. ¿Está bien?

—Entonces lo conoce.

—Es difícil no conocer a todo el mundo por aquí, detective —volvió a soltar una risita despectiva Gronin—. Hacía algún turno en el pub, cuando teníamos trabajo —puso los ojos en blanco—. Y hacía alguna que otra chapuza. Es carpintero de oficio, hace muebles y cocinas, ese tipo de cosas. Pero es un buen manitas. Me vendría de perlas ahora para arreglar estos malditos desagües.

—¿Le hizo algún mueble a usted?

—¿Está de broma? Lo suyo se me va de presupuesto. Eso es para la gente fina, como los de la pecera de ahí arriba.

—¿Los Hepworth?

—Esos mismos.

—Así que no son amigos, entonces.

—¿Con esos pijos? Sí, hombre. Son un problema desde el minuto en que llegaron a Cullenbrae. El marqués y la marquesa de pacotilla, en la jodida casa piloto —alzó la vista—. Perdone la expresión.

—¿Vio u oyó algo raro anoche? —prosiguió ella.

—¿De cuándo hablamos? Cerré el pub temprano porque estaba totalmente muerto y el problema del desagüe no ayudaba.

—¿Cuándo?

—Ah, sobre... —se rascó la barbilla llena de rastrojo—. ¿Las diez y media?

—¿Y Gary y sus colegas?

—Bastante antes que eso. Quizá a la hora del té. Las seis, algo así. Pero se fueron sobre las nueve. Luego, más muerto que un dodo.

—¿Dijeron adónde iban?

—¿A mí? ¿Está de broma? Suelen subir al antiguo aeródromo de Cumnock y allí intentan matarse entre ellos o a sí mismos. Ustedes tendrían que poner coto a eso. Son unos auténticos coñazos, pero más pronto que tarde alguno o más de uno va a acabar palmándola. No me ha contestado a la pregunta. ¿Está bien Martin?

—De momento solo estamos ampliando información sobre el incidente, señor.

Se puso en pie y se escurrió con cautela alrededor de la mesa pegajosa. —Vale, gracias. Si oye algo más, por favor llame a la comisaría o puede ponerse en contacto conmigo directamente —le tendió su tarjeta—. Por cierto, ¿qué pasa con esa casa en ruinas en las afueras de la aldea?

El casero la miró fijamente un par de segundos.

—¿La Brae Hill House? —dijo.

—La que está cerrada a cal y canto; parece que lleva así años.

—Seguro que de eso tendrá que saber algo, ¿no?

Walker se encogió de hombros.

—¿Es la casa de los Sneedon?

—¿Quiénes son?

—¿En serio? —replicó sorprendido el casero—. Yo era un crío, pero salió en todas las noticias nacionales.

Walker volvió a sentarse.

—Mi viejo llevaba el pub por aquel entonces.

—¿De cuándo hablamos?

—De los setenta. Yo tendría unos doce. Debió de ser el setenta y seis, algo así. Henry Sneedon y sus padres vivían en esa casa. Llevaban allí toda la vida con su hijo, que tampoco consiguió marcharse nunca. Mi padre solía cachondearse de él, porque para entonces debía de andar ya por la treintena. Se detuvo a pensar un momento.—Era peón agrícola, callado. Mi padre decía que parecía un tipo sencillo e inofensivo al que todo el mundo apreciaba, pero...

—Adelante —apremió Walker.

—Resultó que Henry Sneedon estaba enfermo, muy enfermo, de la cabeza. Una noche volvió de la granja donde trabajaba, en su tractor. Pero en lugar de aparcar y echarse una pinta rápida como hacía siempre, arrolló a un par de vecinos en la plaza. Siguió hasta su casa, cogió una escopeta y se llevó por delante a sus padres y luego a sí mismo.

—Qué macabro. ¿Los vecinos a los que atropelló en la plaza murieron?

—Uno murió, y otro quedó con lesiones que le cambiaron la vida. Perdió las dos piernas.

—Horrible.

—Y no acaba ahí. Cuando la policía fue a la propiedad, encontraron al vecino de al lado de Sneedon en el sótano. Le habían metido un anzuelo y estaba colgado del gaznate. El casero se estremeció.—Un monstruo desquiciado, absoluto.

—¿Llegó la policía a saber por qué Sneedon mató a su vecino?

—Fue hace tanto... Algo tan absurdo como una disputa de lindes entre los padres y el vecino, o el perro del vecino, que ladraba día y noche —exhaló—. Dios.

—Debe de ser difícil para una comunidad tan unida como esta superar algo así —dijo Walker.

—No ha sido fácil, pero casi cincuenta años ayudan a quitarle la mancha.

—¿Por qué la casa sigue así? ¿No es como un recordatorio permanente?

—Dos familiares llevan años peleándose por la propiedad.

—¿Viven en Cullenbrae?

—Ay, por Dios, no. La hermana de Sneedon, creo, está ahora en Bristol. Se mudó para alejarse de la pesadilla, sin duda. No sé dónde está el hermano, eso sí. Puede que ya esté muerto —alzó la vista de nuevo—. ¿Sabe? No pensaba en esta historia de terror desde hacía años.

—Siento removerlo todo otra vez —respondió Walker.

—En fin, por eso ese adefesio sigue ahí pudriéndose poco a poco, como el maldito gilipollas del hijo de los Sneedon. Disculpe. Esta mierda me toca la fibra.

—No hay problema. ¿Podría hablar con su padre sobre esto?

—Podría intentarlo si conoce a un médium de fiar. Lleva doce años muerto.

—Siento su pérdida. ¿Hay alguien más que pueda recordar más detalles, que siga aquí en Cullenbrae?

—La mayoría de los viejos han muerto o sus hijos los han colocado en residencias. Está Donald Fagan, que está como una cabra, vive enfrente de Brae Hill House. Puede que sepa más de lo que pasa. Es un pirado de las conspiraciones y tiene como mil cámaras por toda su propiedad. Pero, siendo sinceros, es más fácil sacarle sentido a una mopa Vileda. Es un auténtico incordio. Cuando

viene a tomarse algo, tengo que mantener un ojo avizor porque me enerva a los clientes con sus chorradas de ovnis y la maldita Área 51. Jesús. Ya es bastante difícil conseguir que entre la gente por la puerta como para que ese tarado me los espante.

Walker se puso en pie de nuevo.—Gracias, señor Gronin.

El casero descorrió el cerrojo de la puerta principal y la acompañó a la salida.

—Gracias.

—Solo para advertirla, eso sí. Tendría mucho cuidado al hablar con la gente sobre Henry Sneedon. Fue hace mucho tiempo, y nadie quiere que le recuerden lo que hizo ese monstruo.

Cerró la puerta de un portazo.

Walker salió a la plaza y respiró hondo dos o tres veces para despejarse la nariz de aquel hedor rancio.

Uno de los agentes se acercó desde el otro lado.—Acabo de comprobarlo con algunos vecinos, y ninguno vio ni oyó nada anoche.

—¿Ha probado en el número veintiocho, Brae Hill?

—¿Es ahí arriba? Señaló por el callejón.

—Eso es.

—He llamado, pero no ha contestado nadie.

—De acuerdo. ¿Puede asegurarse de que un agente se quede allí y mantenga el edificio seguro, que no entre ni salga nadie?

—¿Ni siquiera el propietario?

—Poco probable.

—¿Es él el pobre desgraciado de la carretera?

—Esté atento, ¿de acuerdo?

—Señora. El agente se marchó.

Seis

Una vez que Bone dejó atrás el bosque, el sendero se ensanchó y serpenteó cuesta abajo hacia la aldea. A mitad de bajada, llegó a un grupo de edificios y cobertizos destartalados. Estaba a punto de llamar a una vieja puerta principal de madera cuando esta se abrió de golpe. Una joven con aspecto alterado, vestida con un peto raído y una camiseta tie-dye, casi chocó con él.

—¡Oh! —Se echó hacia atrás, sorprendida.

—Siento haberla asustado, señora. inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch.

—¿Policía? —dijo, abriendo mucho los ojos.

Bone sostuvo su acreditación. —Estamos investigando un incidente en la carretera a las afueras de Cullenbrae.

—Dios mío. No me he enterado. ¿Qué ha pasado?

—Un ciclista fue tirado de la bicicleta. ¿Vive aquí el señor Mason?

—Ese camino necesita farolas. Llevo años diciéndolo.

Apareció detrás de ella un hombre de pelo largo con una camiseta descolorida de Pink Floyd. —¿Qué pasa?

—¿El señor Mason? —preguntó Bone.

—Sí, ¿y quién quiere saberlo? —repuso Mason con suspicacia.

La sujetó por los costados y se inclinó para asomarse alrededor de ella. Ella se apartó de lado y él bajó las manos.

—Este es el inspector jefe Bone de la comisaría de Kilwinnoch. Ha habido un accidente en esa carretera —dijo la mujer.

—Estamos intentando hacernos una idea más clara de lo ocurrido. ¿Podría pasar un momento?

La mujer miró por encima del hombro. —Claro. O sea, por supuesto.

Le hicieron pasar a Bone. El hombre fue por delante y cerró la primera puerta antes de que Bone llegara.

Grandes cuadros abstractos modernistas, coloridos, que iban del suelo al techo, adornaban el pasillo y parecían fuera de lugar en las antiguas paredes enlucidas con cal.

Bone se detuvo a admirar uno. —Son magníficos.

—Mi preciosa pareja tiene mucho talento —dijo Mason.

Intentó cogerle la mano a su pareja, pero ella volvió a apartarse.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Bone a la mujer, tensa.

—Caitlin.

—¿A eso se dedica, Caitlin?

—Llámeme Cait. Antes me dedicaba a eso, pero no da dinero, así que ahora hago arte cerámico para los turistas.

—Creemos que la cerámica es un camino más fácil para ganarse la vida —se metió Mason.

—Eso dice él. —Cait frunció el ceño.

—Perdonen. No estaré interrumpiendo nada, ¿verdad?

Mason sonrió. —Oh, no, no se preocupe. No es nada. Solo una bronca por la cena. Nada serio. Quiero decir, no vamos a matarnos ni nada —dijo, y se calló.

El pasillo quedó en silencio por un momento.

—Aún no, de todos modos —dijo por fin Cait.

—Me alegro de oírlo. Bone sonrió.

Ambos rieron con nerviosismo.

—Entonces, ¿son ustedes los dos artistas?

—Soy electricista de oficio, pero ahora hago las instalaciones de iluminación para los cacharros de Cait.

—No son cacharros. Son baratijas para turistas. Venga, se lo enseño.

Llevaron a Bone por la parte trasera de la cocina, a través de un pequeño patio, hasta un cobertizo. Dentro hacía mucho calor y estaba seco.

—Disculpe el desorden y el calor. El horno está al máximo —Cait indicó con la cabeza un enorme horno de hierro en el rincón del fondo.

Bone desabotonó el abrigo y miró alrededor. Estantes repletos de cerámica, casitas encaladas y edificios de granja montados sobre pedestales abarcaban la habitación. Algunas piezas estaban encajadas en paneles con forma de montaña y cumbres nevadas.

—¿Es Cullenbrae?

—¿Lo dice en serio? No, es una mierda de Brigadoon imaginaria que a los turistas americanos y japoneses les encanta comprar.

Se acercó a una y accionó un interruptor en la parte de atrás. Se encendieron las diminutas ventanas de la casita.

—¿Ve a qué me refiero?

—Tienen un aire muy pintoresco. En realidad, son encantadoras.

—Pero no es arte.

—Vendemos en ferias de artesanía y abastecemos a tiendas de turistas repartidas por las Highlands —dijo Mason.

Bone se acercó a un banco de trabajo al fondo del estudio, con hileras de tarros y platos de varias formas y tamaños, algunos a medio hacer, otros rematados con elegantes dibujos lineales de estilo art déco en tonos pastel.

—Son elegantes. Bone cogió una jarra con un asa en forma de tulipán, esculpida, de un morado intenso, que se curvaba hacia arriba y alrededor del cuerpo.

—Una línea nueva. Espero que funcionen bien —dijo Cait—. Necesito exorcizar mis frustraciones.

—De ahí la bronca —interrumpió Mason.

—No me cargues tu mierda, Stu —replicó Cait con brusquedad.

Bone echó un vistazo detrás del banco de trabajo. Un estante alto con una docena de bombillas se apoyaba en la pared. —¿Qué hacen con esto?

—Focos de fotografía para fotos promocionales —dijo Mason.

—Acabo de pasarme por la Estación de Servicio Star al final de su camino. Señor Mason, anoche, sobre la medianoche, usted pasó por allí; ¿es correcto?

—¿Ah, sí? —dijo Mason.

—Uno de los dependientes le reconoció en las imágenes de las cámaras de seguridad.

—¿Ha revisado sus cámaras de seguridad?

—El incidente ocurrió a apenas unos cientos de metros del taller, así que estamos intentando establecer exactamente qué pasó y hablar con posibles testigos.

—Vale, sí. Creo que sí. Eso es. Nos pegamos una buena cena y unas copas de tinto, y me mandaron a por provisiones para picar.

—Yo no te mandé a ninguna parte. Me fui a la cama—dijo Cait.

—¿Condujo hasta allí?—preguntó Bone.

—No, nuestra furgoneta está hecha polvo. Fui por el sendero. Está un poco embarrado y oscuro, pero claramente es mucho más seguro que el carril.

—¿Vio u oyó a alguien en el sendero o en el carril cuando fue hasta allí?

—A nadie en el sendero. Era muy tarde. No vi ningún coche, y el sendero se desvía bastante de la carretera.

—¿Y fue directamente y volvió sin detenerse?

—Dios, sí. Hacía un maldito frío.

—¿Y vio u oyó algo inusual anoche, Cait?

—¿Aparte de él roncando como un condenado? No, nada. Esto parece un tanatorio.—Lanzó una mirada a Bone. Perdón, no sé si ha sido apropiado.

—¿Podría echar un vistazo rápido a su furgoneta?—preguntó Bone.

—Está en el taller. Básicamente, se ha desfondado. Estoy esperando a que me digan que no merece la pena arreglarla.

—Más malditos gastos—dijo Cait.

—¿Qué taller es?

—Kilwinnoch Motors. ¿Lo conoce? Son muy buenos, pero cuestan un ojo de la cara.—Mason se detuvo—. Espero que no piense que tuve nada que ver con este incidente. Aún no nos ha dicho qué ha pasado.

—Como le digo, nuestra investigación sigue en curso. Si se les ocurre algo más, por favor, no duden en llamarme directamente.—Bone le entregó a Mason su tarjeta.

Mason se quedó mirando el logotipo de Police Scotland en la parte delantera.

—Sí, claro—dijo por fin.

—Gracias por enseñarme la casa—dijo Bone.

—Espero que estén bien—dijo Cait.

—¿Quién?

—Quienquiera que se hiciera daño en el carril.

De camino por el pasillo, Bone advirtió que la primera puerta cerca de la entrada estaba entreabierta. Redujo el paso y echó un vistazo al pasar. Daba la impresión de que un minitornado había arrasado el salón: cristales rotos esparcidos por las tablas de madera lijadas, un sillón patas arriba y la gran televisión de pantalla plana sobre la chimenea de rincón colgando de sus soportes de pared en un ángulo precario.

—Por aquí, detective—dijo Mason, apremiándole a dirigirse a la puerta principal.

—Gracias de nuevo—dijo Bone.

Mason sonrió con nerviosismo y volvió a entrar.

Siete

Cuando Harper llegó al octavo piso de Hillview Heights, en la zona sur de Kilwinnoch, salió al rellano abierto y se detuvo para tomar aire.

Se apoyó en la barandilla y miró hacia la ciudad, hacia los Campsies que se alzaban detrás. Un racimo de cumulonimbos con forma de coliflor pasó por la cumbre y las colinas desaparecieron en un momento.

—Glorioso. Sonrió y siguió.

Al final del pasillo, se paró en el número trece y llamó. Instantes después, la puerta vibró y se abrió de golpe. Un perrito salió disparado entre las piernas de una joven y echó a correr por el pasillo, chillando a todo pulmón.

—¡Cójalo! —gritó la mujer.

Ambos salieron tras él. El perro, que parecía un cruce entre un Jack Russell y una cobaya gigante, bajó las escaleras a toda pastilla, a punto de caer en el primer peldaño cuando sus patitas frenéticas no alcanzaron el suelo.

—¡Que no llegue a la carretera! —chilló ella.

Harper bajó de dos en dos, pero de algún modo el chucho en miniatura mantenía la distancia. Al llegar abajo, salió por el portal y se metió en el aparcamiento.

—¡Deprisa! —gritó la mujer.

Al otro lado del aparcamiento, un gato negro apareció de debajo de una furgoneta. El perro ladró y salió disparado hacia él.

—¡Dios mío! —Harper aceleró el paso.

El perro se lanzó directo al gato, que parecía completamente imperturbable ante el hámster que se le venía encima. Cuando Harper se desvió hacia la pareja, el perro se detuvo. El gato se acercó ladeándose. El perro agachó la cabeza y su rival le lamió el cuello. Harper recogió al perro en brazos, y la dueña apareció detrás de él.

—Gracias a Dios —dijo la mujer, quitándole el perro del fuerte agarre de Harper—. Ese es Potty, mi gato. Siempre le echa un ojo. Vamos, vosotros dos —les dijo a sus mascotas. Se dio la vuelta para regresar a los pisos, y el gato la siguió pegado a la pierna.

—¿Diane Moffatt? —jadeó Harper.

—Sí. ¿Le conozco? —preguntó ella, con el perro retorciéndose furioso en sus brazos.

—Soy el agente detective Harper, de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Podría hablar un momento sobre su bici?

—¿Mi bici? —dijo Moffatt, sorprendida—. No deben de tener nada mejor que hacer ahí abajo si asignan a un sargento detective a perseguir el robo de una bici.

Volvieron al portal y ella empezó a subir otra vez. Harper se detuvo.

—¿Está bien? —preguntó Moffatt.

—Solo un poco de déjà vu. Tengo esta extraña sensación de que acabo de subir por aquí.

Moffatt se rió. —Lo sé. Se acostumbra. Puse esa queja hace meses. Pensé que no iban a hacer nada. Siguió subiendo.

—¿Denunció que le robaron la bici?

—No exactamente. Denuncié que una lapa de exnovio se negaba a devolvérmela.

—¿Le importaría darme un vaso de agua?

—Será mejor que pase entonces.

Harper la siguió hasta su piso y ella le llevó a la cocina. Dejó al perro en el suelo. Se puso panza arriba y Potty reanudó su régimen de acicalado perruno.

—Es porno de mascotas, día y noche —se burló—. Muy mono, la verdad, aunque un poco inquietante.

Harper hizo una mueca.

Le sirvió un vaso de agua y él se lo bebió de un trago.

—Gracias —dijo.

—¿Otra?

—No, estoy bien. Entonces, ¿quién es el novio que se llevó la bici?

—Martin Burns, el puñetero. Y exnovio. ¿Está diciendo que la bici es suya o algo así? No me sorprendería nada. Se sentó a la mesa de la cocina.

Harper sacó el móvil. —Voy a tomar unas notas. ¿Le parece bien?

—Me lo parecerá cuando me diga de qué va esto.

—Y dijo que denunció que él se llevó su bici sin su consentimiento —prosiguió Harper, ignorando su comentario—.

—Puede ser muy persuasivo y convincente. Yo tendría cuidado si fuera usted, detective. Tiene labia para quitarle los pantalones al más pintado. Se detuvo. —¿Ha pasado algo?

—Encontraron su bici en el camino que lleva a la aldea de Cullenbrae.

—Ahí es donde vive.

—Dijo que se llevó su bici. ¿Cuándo fue?

—¿Ha tenido algún tipo de accidente? No lo soltaba. ¿Está bien?

—Estamos solo recabando información por el momento, señora Moffatt. ¿Cuándo tomó prestada su bici? —insistió Harper.

—Cuando salíamos juntos.

—¿Y cuándo fue eso?

—Lo dejamos hace más de cuatro meses.

—¿Y luego se negó a devolverle su propiedad?

Siguió mirando el bloc de Harper.

—¿Señora Moffatt? —apremió Harper.

—Entrábamos y salíamos de nuestras casas como Pedro por su casa. Cuando lo dejamos, me dejé unas cuantas cosas allí, incluida mi bici, pero cuando le pedí que me devolviera mis cosas, se negó.

—¿Qué más dejó en la de él?

—CDs, maquillaje, nada importante, pero yo adoraba esa maldita bici y no había manera de que me la devolviera.

—¿Tiene la dirección del señor Burns en Cullenbrae?

—Sí, en el veintiocho de Brae Hill. ¿Es que aún no ha hablado con él, entonces?

—¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con el señor Burns?

—Hace quizá un par de meses. Lo llamé para decirle que, si no me devolvía mis cosas, iría a la policía y lo denunciaría por robo.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Otra bronca monumental. Se me echó encima. Fue absolutamente horrible.

—¿Y no ha tenido contacto desde entonces?

—Después de lo que me dijo, ¿lo dice en serio? —chasqueó la lengua.

—¿Cuándo denunció el robo?

—Fue a finales de mayo. ¿El veintiuno, algo así? No me acuerdo. Llamé al número de no emergencias y rellené uno de esos formularios en línea, pero nunca me devolvieron la llamada.

—Perdone por eso. ¿Puedo preguntarle por qué rompieron?

—¿Y eso por qué es importante? —se puso en pie, cada vez más alterada.

—Perdone, no intento entrometerme en su vida privada. Como le decía, estamos tratando de hacernos una idea de lo que ha pasado.

—Aún no me ha dicho qué ha pasado, detective. —suspiró—. Bueno, si quiere saberlo, es un asqueroso, repugnante, mujeriego de mala calaña. —se rió—. ¿Sabe que intentó colarlo como una adicción, su retahíla de...? Decía que era solo una cosa de sexo. Qué cobarde, pero para entonces el cerdo ya me tenía, como a todas las demás, sin duda, y ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —inquirió Harper.

—Me cameló hasta asegurarse de que podía romperme el maldito corazón. —Exhaló y se dejó caer en la mesa de la cocina.

—¿Puedo preguntarle por qué el señor Burns no quería devolverle la bici y el resto de sus pertenencias?

Se enjugó una lágrima con brusquedad. —Creo que con lo demás solo estaba siendo un cabrón desagradable, controlador y rencoroso.

Tenía algo mío para tenerme a raya y además se ahorraba comprarse otra. Ah, sí, se me olvidaba esa: también era un tacaño de mierda.

—¿Dónde trabaja?

—Es limpiador en la fábrica Love Candy, en Kilwinnoch. La enferma y pervertida ironía de eso no deja de revolverme el estómago. Pero también es carpintero. Hace muebles a medida y se los vende a pardillos que pagan un ojo de la cara por su basura.

—¿Y cómo se conocieron los dos?

—Por desgracia, así fue como me enganchó. ¿Ve ese armario? —Señaló un mueble exento de roble en la esquina de la cocina, con las puertas dobles bellamente talladas con un motivo floral.

Harper se acercó. —Está muy bien hecho.

—Oh, sí, es muy habilidoso con las manos. Eso forma parte de su encanto. Yo solo le pedí un armario básico para almacenaje y apareció con eso y un montón de cumplidos. Para cuando te quieres dar cuenta, ya se te ha metido en la cabeza con su maldito martillo y su cincel. Debería coger un martillo y hacer trizas el puñetero cacharro.

—¿La maltrataba entonces?

—Puños no, pero traición y negación en bucle, y luego rabia con solo insinuar que él estaba equivocado. Misoginia a escala industrial. Yo a eso lo llamo maltrato, detective. ¿Usted cómo lo llamaría?

—De acuerdo, gracias, señora Moffatt. Solo una pregunta más. ¿Dónde estuvo anoche entre las diez de la noche y las siete de la mañana?

—En la cama, ¿por qué?

—¿Sola? Perdón, tengo que preguntarlo.

—Si quiere saberlo, sí, lo estaba —resopló—. Y así va a ser de ahora en adelante. Por mí, que los hombres se tiren de cabeza a un pozo. —miró a Harper—. Sin ofender.

—No me doy por ofendido. —Harper sonrió. Se empujó las gafas hacia el puente de la nariz.

Hurgó en el bolsillo y sacó una de sus tarjetas. —Puede que volvamos a ponernos en contacto, pero, mientras tanto, si se le

ocurre algo que pueda ayudarnos con la investigación, llámeme a mí o a la comisaría.

—Sé que ya le he dicho que no soporto a ese cerdo, pero, por favor, detective, ¿le ha pasado algo?

—Nuestras investigaciones siguen en curso. ¿Tiene coche?

—No, no tengo carné. Por eso, que me quitara la bici fue una represalia deliberada por haberle dejado. La uso para moverme. Ahora dependo de unos autobuses que no son de fiar. Y si lo tuviera, probablemente también me lo habría birlado.

—Bien, eso es todo por ahora. Gracias por su tiempo. —Harper volvió al pasillo.

La perra dejó de prestarle atención al gato y echó a correr por delante de ellos. La señora Moffatt la cogió antes de que volviera a escaparse y abrió la puerta.

Harper se volvió. —Perdón, solo una más. ¿Sabe si tiene novia actualmente?

—¡Ja! —dijo la señora Moffatt—. Yo usaría el plural ahí, detective. ¿Cree que tengo el más mínimo interés en su vida amorosa... perdón, en su vida sexual?

—De acuerdo, gracias otra vez.

La perra ladró y ella cerró la puerta antes de que se le escabullera.

Ocho

En el vestíbulo de la comisaría de Kilwinnoch, Brody, el sargento de guardia, forcejeaba con un enorme unicornio hinchable de colores del arcoíris.

—¿Pero qué demonios? —dijo Bone, esquivando el impacto.

—Lo siento, señor, no controlo este jodido cacharro que he comprado para inflar al maldito. Perdón por la blasfemia.

—¿Vamos a montar un Mardi Gras luego o qué?

—Es el tercer cumpleaños de mi hija esta tarde, y pensé darle un intentillo a esta basura de autoinflador que compré por internet. No consigo apagar el jodido trasto.

Con un estallido repentino y fuerte, el unicornio se le escapó de los brazos y salió disparado por el vestíbulo, rebotando en las paredes y en la mampara de recepción hasta que por fin cayó al suelo, medio desinflado y resoplando patéticamente sus últimos alientos.

—Parece que su unicornio ya no está entre nosotros —dijo Bone.

—Por el amor de Dios. He destrozado su regalo —dijo Brody. Recogió los restos flácidos y aplastados.

—Será mejor que apague eso antes de que haga volar la comisaría por los aires. —Bone señaló el inflador, cuya manguera de goma silbaba y se retorcía furiosa en la esquina—. Aquí ya hay aire caliente de sobra —sonrió—. ¿Pilla por dónde voy?

Brody negó con la cabeza y se abalanzó sobre la fiera de goma.

—¡Ya sé por dónde va esto! —dijo Brody, arrancando el mecanismo de la pared y tirándolo sin miramientos a la papelera, junto con su difunta criatura mítica.

—¿Plan B, entonces? —sonrió Bone.

—C —suspiró Brody.

—Hablando de aire caliente, ¿está el jefe?

—No, está en la central —respondió Brody—. ¿Cree que me pondría a ejecutar una monstruosidad hinchable si estuviera por aquí? Ha dicho que volvería en menos de una hora.

—Bien, pues será mejor que recoja a Mi Pequeño Pony Muerto antes de que vuelva y sea a usted al que haga saltar por los aires.

—Ja. Ya veo lo que ha hecho ahí —se rió Brody.

—¿El qué?

—El chistecito de volar por los aires. Era una referencia a usted, ¿no?

Bone le frunció el ceño. A Brody se le cayó el alma a los pies.

—Lo siento muchísimo, señor. No pretendía sacar el tema otra vez. Yo y mi maldita bocaza.

Bone sonrió. —Por supuesto que era eso, zoquete. Es usted facilísimo.

Dejó a Brody recogiendo los maltrechos restos del regalo arruinado del cumpleaños de su hija y subió a la sala de incidentes.

De camino, Walker le dio alcance en el pasillo.

—No llego tarde, ¿verdad? —preguntó ella, apartándose de la cara sonrojada un rebelde rizo pelirrojo.

—No, acabo de entrar yo también. ¿Qué tal ha ido?

—Interesante, como poco. Me fui poco después de que llegaran los agentes. Están yendo puerta por puerta.

—¿Y Will? ¿Dónde está?

—Tenemos la identificación del dueño de la moto. Él está tirando de ese hilo.

—Bien, pues manos a la obra —dijo Bone.

Entraron. La sargenta detective Sheila Baxter estaba frente al panel de la investigación, poniendo en marcha el nuevo caso.

—Buenos días, señor. —Se ajustó la chaqueta de tweed y siguió escribiendo en el panel.

—¿No está el sargento detective Mullens, entonces?

—Todavía no, señor.

—Ni café, por lo que veo. —Walker alzó la cafetera vacía.

—Perdón. He estado liada —Baxter se volvió hacia Bone—. ¿Cómo llamo a este caso?

—Atropello con fuga, de momento —dijo Bone.

La puerta se abrió de golpe y Mullens irrumpió tambaleándose.

—Me alegro de que se nos una, sargento detective —empezó Bone, y entonces reparó en su atuendo—. ¿Pero qué demonios lleva puesto? Se quedó boquiabierto ante los imposibles pantalones cortos de licra para correr de Mullens.

—Ni empiece —dijo Mullens—. El tío de la tienda me convenció para comprar estos, porque juró que mantendrían todo en su sitio. Pero aprietan tanto que la RSPCA va a venir a por mí por maltrato doble de haggis. —Se agarró la entrepierna y recolocó el bulto.

—Por el amor de Dios, Mark. Guarda eso —se quejó Sheila, tapándose los ojos.

—En serio, ¿habéis intentado correr con estos cabrones? Es como si un caballo Clydesdale te estuviera dando patadas en los huevos todo el rato. Voy a denunciar al gilipollas de primera que me los vendió.

—¿Pero por qué? —preguntó Baxter, apartando la mirada.

—¿El qué, por qué?

—¿Por qué demonios te los pones siquiera?

—Bah, échale la culpa a Sandra. Me convenció de que ir corriendo al trabajo mantendría el motor, bueno, latiendo. Sigue convencida de que tengo el culo gordo, aunque ahora soy una máquina implacable de torturar haggis, delgada y peligrosa. —Volvió a agarrarse los cojones.

—Acoso sexual en el trabajo. Es algo real, ¿sabes? —dijo Baxter.

—Vale, basta de haggis, Mark —dijo Bone—. Le sugiero que saque a esas pobres bestias de su miseria y se ponga algo más apropiado para el trabajo, o sea, un maldito traje.

Cuando Mullens volvió, Bone reunió a todos.

—Anoche hubo un atropello con fuga a las afueras de la aldea de Cullenbrae. Un ciclista fue embestido por un vehículo y un corredor

matutino lo encontró muerto en mitad de la carretera. La víctima presentaba lesiones graves en el cráneo y el rostro. También llevaba un forro polar con un logotipo de empresa en el bolsillo del pecho: Love Candy.

—¿La fábrica de consoladores? —preguntó Mullens.

—La empresa de juguetes sexuales, Mark —dijo Walker.

—¿Es uno de sus empleados o solo un cliente habitual? —sonrió Mullens.

—Bien, antes de seguir —dijo Bone—, puedo prever adónde va a acabar esto, y me estoy dirigiendo a usted, Mark. Estamos ante un probable asesinato, así que respeto al fallecido en todo momento, ¿de acuerdo?

—Me callaré, señor —dijo Mullens.

—Bien.

—¿Parecía que alguien entró en pánico y se dio a la fuga? —preguntó Baxter.

Bone negó con la cabeza. —Cash y su equipo han descubierto que hay algo más. Cree que movieron a la víctima y luego la apuñalaron por la cuenca del ojo. El propio ojo había sido arrancado o pulverizado.

Mullens dobló el envoltorio por la parte superior de la barrita Snickers que estaba comiendo a escondidas, tragó con dificultad y deslizó la barrita en el bolsillo de su traje.

—¿No podría un impacto con un vehículo a gran velocidad causar una lesión así? —preguntó Baxter.

—Eso pensé yo también, Sheila. Pero mientras estábamos en el lugar, los de Científica encontraron un sacacorchos tirado en una zanja cercana. He pedido a Cash que le envíe las imágenes a Will. Con un poco de suerte, llegarán en breve.

—Ya estoy aquí —dijo Harper, entrando en la sala de incidentes —. Lo siento, señor, me he pasado por casa del dueño de...

—Sí, no se preocupe, Will. Rhona me ha puesto al día. Ha llegado en el momento perfecto. ¿Puede comprobar si las fotos forenses han llegado ya a su bandeja de entrada?

—Déjeme comprobarlo ahora mismo. Harper fue a su mesa.

—¿Tenemos identificación de la víctima? —preguntó Mullens.

—Oficialmente no, pero ha salido varias veces el nombre de un vecino llamado Martin Burns.

—Ese es el nombre que me dio el dueño de la bici —dijo Harper.

—Un momento, Will. Hagámoslo de forma sistemática —le interrumpió Bone—. Siga buscando las imágenes. —Se volvió hacia Walker—. ¿Qué tiene hasta ahora, Rhona?

—Bien, esta mañana entrevisté a la testigo que encontró a la víctima, la señora Annie Hepworth, vecina de Cullenbrae. Salió a correr y se topó con el fallecido sobre las siete y media. Cree que la víctima podría ser un tal Martin Burns.

—Ahí vuelve a salir —dijo Mullens.

—No vio tráfico ni a nadie en la carretera durante su carrera. Su ruta la lleva junto a una granja, y el granjero estaba fuera, pero no cree que la viera. Ella estaba bastante afectada, pero el marido, Simon Hepworth, fue posiblemente la persona más irritante que he conocido en mi vida, y creedme, mi lista es larguísima, así que tiene mérito. Lo único que le interesaba era que abrieran la carretera cuanto antes para poder ir a trabajar. Ni una pizca de empatía por su pobre mujer, que acababa de presenciar una matanza horrible, ni por la posible víctima.

—¿Entonces conocían a la víctima? —preguntó Baxter.

—Burns les hizo e instaló la cocina, que, he de decir, es espectacular. Han modernizado por completo la casa: de ser un bungalow coqueto y pequeñito ha pasado a ser, básicamente, una enorme caja de cristal en una colina. Dijo que sus reformas habían levantado ampollas en la aldea.

—¿Alguien con rencor contra Burns por haberles ayudado? —sugirió Harper.

—Es posible —respondió Bone.

Baxter apuntó la información en la pizarra.

—¿Algo más?

—Dijo que él le tiró los tejos varias veces y que, al final, tuvo que mandarlo a tomar por culo.

—Menudo canalla —dijo Mullens.

—¿Y el marido, cómo se tomó eso? —preguntó Bone.

—Según la señora Hepworth, no lo sabe. Pero, cito sus palabras textuales, dijo que «lo mataría» si se enteraba. Lo abordé después de entrevistarla y, aunque fue completamente odioso, no creo que estuviera al tanto del comportamiento de Burns. Aun así, yo diría que lo pongamos en la pizarra, Sheila. También conseguí la dirección de Burns, veintiocho de Brae Hill. Pero, como cabía esperar, no había nadie y la casa estaba cerrada a cal y canto. También pasé por el pub del pueblo, el Clachan Arms.

—¿No es un poco pronto, incluso para usted, Rhona? —dijo Mullens.

—Y entrevisté al propietario, un tal señor David Gronin. El pub es absolutamente infecto, igual que su dueño. Era un tipo bastante desagradable. Me dijo que anoche estuvo tranquilo, así que echó el cierre temprano, sobre las diez y media. Pero me dijo que hubo unos macarras del volante en la carretera a primera hora de la tarde y que se pasaron por el pub sobre las seis y media. Dio el nombre de uno de los chavales, Gary Speed, y luego se cerró en banda.

—¿Speed, dices? —dijo Baxter—. Si es quien estoy pensando, puede que representara a su padre, Kenny Speed, en mis tiempos de abogada.

—¿Ganaste? —preguntó Mullens.

—Claro que no. Pruebas irrefutables, pero el muy capullo insistió en declararse inocente.

—¿Por qué delitos? —preguntó Bone.

—Lo que quieras. Pero ahora está cumpliendo dos cadenas perpetuas por matar a un funcionario de prisiones mientras estaba dentro por robo a mano armada. Un elemento peligroso, y suena a que el hijo va por el mismo camino.

—¿Podría mirar si puede conseguir la dirección del hijo?

—Debería ser bastante sencillo. Y aunque la familia se haya mudado desde entonces, sospecho que Gary Speed ya habrá acumulado bastantes encontronazos con nuestros compañeros de uniforme de abajo.

—Vale, dejadlo un segundo. ¿Algo más, Rhona?

—Sí, el propietario siguió contando un cuentecillo interesante. Por lo visto, allí en la aldea hubo un asesinato muy sonado a

mediados de los setenta.

—Claro —dijo Baxter, chasqueando los dedos—. Los asesinatos Sneedon. Llevas toda la vida en Kilwinnoch, Mark. Seguro que te acuerdas de Henry Sneedon.

—Sé que me han operado del corazón y ya he muerto dos veces, pero, aunque parezca mentira, a mediados de los setenta ni siquiera era un proyecto en la cabeza de mi viejo. Pero ahora que mencionas el nombre...

—Siga, Rhona —apremió Bone. Se apoyó en la mesa más cercana.

—Henry Sneedon, vecino de Cullenbrae, embistió con su tractor a dos residentes, mató a uno y dejó al otro con lesiones que le cambiaron la vida; luego subió a la casa de sus padres en Brae Hill y les pegó un tiro a ambos y después a sí mismo. Cuando la policía investigó, también encontró al vecino de al lado en el sótano, con la garganta degollada y colgando de un gancho de carnicería.

—Santo cielo —dijo Bone.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Harper.

—Años setenta —dijo Walker.

—El setenta y seis —precisó Baxter.

—Lo raro es... —continuó Walker.

—¿Y eso no es raro? —interrumpió de nuevo Mullens.

—Mark. —Bone le lanzó una mirada torva.

—La casa sigue ahí, intacta, porque está en algún tipo de litigio entre los parientes de Sneedon. El señor Gronin mencionó que hay un anciano, Donald Fagan, o, como lo describió, más loco que una cabra, que vive enfrente y que se ha arrogado la tarea de vigilar la propiedad. No parecía tenerle mucho aprecio; lo llamó un incordio. Da la impresión de que el señor Fagan tiene unas ideas de lo más disparatadas sobre el mundo.

—Un pub no es un pub sin al menos uno —dijo Mullens.

—No pensarán que esa historia de terror guarda relación con el atropello con fuga, ¿verdad? —preguntó Harper.

—Puede que sí, puede que no, pero por mis primeras impresiones, Cullenbrae es un sitio bastante deprimente y hay poca comunidad, por decirlo suavemente —respondió Walker.

—Justo lo que nos faltaba. —Bone soltó un suspiro— McKinnon y su familia de cochinillas van a hacer su agosto con esto.

—Han llegado las fotos forenses, señor —dijo Harper.

—Antes de eso, ¿cómo le ha ido?

—Ah, sí. Entrevisté a la dueña de la moto y afirma...

—¿Una mujer? —preguntó Bone—. Entonces, ¿la moto está robada?

—Sí, bueno, no. La propietaria, una tal Diane Moffatt, dice que su ex, Martin Burns, se negó a devolverla junto con más de sus pertenencias cuando rompieron. También asegura que denunció el robo el... —consultó el móvil— el veintiuno de mayo de este año, pero la policía no le dio seguimiento.

—Vaya por Dios —dijo Bone.

—Pero también le puso a caer de un burro. Dijo que era un mujeriego y un tramposo, y alguna que otra cosa más.

—La señora Hepworth vino a decir lo mismo —dijo Walker.

—Sí, estaba bastante cabreada.

—¿Moffatt tiene coartada? —preguntó Bone.

—Dijo que anoche estaba sola en casa, que se acostó temprano. No parecía nerviosa ni renuente a colaborar, solo enfadada porque él le había birlado sus cosas y porque no habíamos hecho seguimiento. La verdad, me pareció bastante creíble. Y, a juzgar por las horribles lesiones que sufrió la víctima, parece un poco extremo para una bici robada.

—Te has lucido, Agatha Christie —dijo Mullens.

—Mente abierta, Will —dijo Bone— Bien, ahora parece muy probable que nuestra víctima sea Martin Burns.

Mullens se rió. Alzó la vista. —Perdón, señor.

—De vuelta —dijo Bone—, entrevisté a la encargada y a su ayudante en la gasolinera Star, a las afueras de Cullenbrae. Está abierta veinticuatro horas, con una tienda de conveniencia añadida. Así que la usan mucho los vecinos de Cullenbrae. La encargada confirmó que una tal señora Jean Black estaba anoche en el turno de siete de la tarde a una de la madrugada, pero que puede que se quedara un poco más esperando a que llegara el siguiente turno.

—¿Ha hablado con ella ya? —preguntó Walker.

—No. Por lo visto, tiene una hermana en fase terminal y pasa el día en la unidad de cuidados paliativos del General de Falkirk. Iré a buscarla después de esto. Revisé las cámaras y un hombre encapuchado en una bici se pasó por allí a las doce y cuarenta de la madrugada.

—Burns —dijo Mullens.

—La cara no se le veía, pero eso parece. Compró algunas cosas y siguió, en dirección a Cullenbrae.

—¿Algún vehículo siguiéndole?

—Nada en la grabación, pero la paré justo después de la una y habrá que peinarla con peine de púas finas. Le he pedido a la encargada que te la envíe, Will.

—Lo pasaré por mi ojo mágico.

—Creo que quizá quieras cambiarle el nombre —Mullens soltó una risita.

—No lo pillo —dijo Harper.

—No lo expliques, Mark. Simplemente no —interrumpió Walker, antes de que Mullens pudiera hablar.

—Además, un grupo de niñatos culigordos se pasó por el garaje a las diez y media, en un Citroën Saxo con preparación deportiva.

—Eso cuadra con lo que contó el casero, pero las diez y media es bastante más tarde.

—En efecto. Entonces, ¿qué estuvieron haciendo durante esas cuatro horas? —preguntó Bone.

—Y las dos de después —dijo Harper.

—La ayudante identificó a un vecino de Cullenbrae, melenudo y con sombrero de ala ancha, que quedó grabado en el CCTV como el señor Mason. Compró unos aperitivos a las once y media de la noche. La ayudante dijo que pasa por allí con regularidad porque hay un sendero que va desde la gasolinera hasta su casa, en las afueras de Cullenbrae. Lo comprobé y me acerqué andando. Es un camino sorprendentemente rápido, teniendo en cuenta lo sinuoso que es el carril; menos de diez minutos. Le tomé declaración a él y a su pareja, Caitlin. Son artistas, aunque él es electricista de oficio.

—¿Pudo el asesino utilizar el sendero de alguna manera? —preguntó Walker.

—Es posible, pero es muy estrecho y en tramos es un barrizal. No sé cómo lo recorrió a oscuras. Supongo que, cuando te lo conoces...

—Entonces, si fue andando, ¿queda descartado? —preguntó Baxter.

—No descarto a nadie. Me dijo que su furgoneta estaba en el taller.

—Qué oportuno. ¿Qué taller? —preguntó Mullens.

—Kilwinnoch Motors. Pero había algo que no terminaba de cuadrar en ellos. Los dos estaban en plena bronca. El salón parecía que hubiera explotado una bomba. Claramente se estaban despellejando vivos.

—Igual que Sandra y yo —Mullens se echó a reír.

—Póngalo en el tablón, Sheila. Bone se volvió hacia Harper. —Vale, Will, hora de la galería fotográfica forense.

Harper hizo una mueca. —Déjame trastear con los archivos un segundo. Tecleó en su teclado, y el monitor de la pared cobró vida. —Ha enviado unas cuantas.

—Ve pasando de una en una.

Harper volvió a teclear y apareció la primera imagen: un plano general de la víctima tendida en cruz en la calzada.

—Asqueroso —dijo Mullens.

La segunda toma era un primer plano del rostro mutilado de la víctima. Harper apartó la mirada.

Bone se acercó a la pantalla. —Aquí podéis ver dónde el ojo ha quedado casi completamente destrozado.

—Es lo de «casi» lo que me revuelve el estómago —dijo Baxter.

—Vale, Will, pase —ordenó Bone.

La tercera imagen mostraba las marcas de neumáticos en la carretera.

—¿Hay ya algo sobre eso, o sobre las motas de pintura?

Harper comprobó el correo. —No.

—El vehículo tendría que ir bien lanzado para dejar una marca de ese largo —dijo Walker.

—Tráfico debería poder darnos en breve una velocidad aproximada sobre eso —dijo Bone—. Siga, Will.

Apareció un primer plano del sacacorchos, con el mango sobresaliendo de su lecho de barro en la cuneta.

—¿Puedes acercar eso un poco más? —preguntó Baxter.

El monitor se quedó en negro un segundo y luego el objeto casi llenó la pantalla por completo.

Baxter se acercó al monitor. —Eso no es un sacacorchos, es un escariador cónico —dijo al fin.

—¿Un qué? —preguntó Bone, entornando de nuevo los ojos ante la pantalla.

—Lo sé porque me he tenido que patear ferreterías con mi marido comprando todos estos tipos de herramientas especializadas, puñeteras todas, para sus mandolinas.

—¿Toca la mandolina? —se mofó Mullens—. Espero que con traje completo de juglar medieval.

—Las fabrica.

—No lo sabía —dijo Bone.

—No quiere que nadie lo sepa, por el mismo motivo que Mark acaba de dejar patente. Se puso con ello cuando se jubiló. Dijo que era o mandolinas o whisky.

—Una me llevaría a la otra —dijo Mullens.

—¿Son buenos? ¿Los que fabrica? —preguntó Bone.

—Ni idea. Me lo deja en paz, que es lo principal, y mientras no intente tocármelas, ¿quién soy yo para quejarme?

—¿Y qué le hace estar segura?

—Reconozco la marca. ¿Ves ese logotipo pequeñito en el lateral del mango? Es de una famosa empresa de herramientas para instrumentos. No me acuerdo... Se detuvo. —No, tendría que mirarlo o preguntarle a Jim.

—¿Alguna más, Will?

—Solo una.— Pulsó el teclado. La pantalla parpadeó de nuevo y apareció el cuadro de la bicicleta con el número de serie claramente visible.

—Ah, sí, eso nos devuelve a la señora Moffatt —dijo Bone.

—Un momento. Harper volvió a la primera imagen. —Sí, eso pensaba.

—Suéltelo, Will —apremió Bone.

—Cuando estaba en el lugar, aunque el cuadro estaba completamente destrozado, se me pasó por la cabeza que parecía un cuadro bajo, pero entonces yo...

—¿Se distrajo?Bone sonrió a su joven colega, ahorrándole el sonrojo. —¿Podría imprimir estas imágenes y ponerlas en el tablón?

—Entonces, ¿esto es oficialmente una investigación por asesinato ya? —preguntó Baxter.

—Desde luego, pero tendremos que esperar el dictamen oficial de Cash y compañía sobre la causa de la muerte, así que, por ahora, sigue siendo sospechosa. Bone se puso en pie de nuevo. —Vale, Sheila, ¿puede hacer unas comprobaciones sobre Martin Burns y los residentes de Cullenbrae? Averigüe si Burns tiene algún familiar al que debamos contactar. Saque algo más sobre ese asesinato múltiple que tuvo lugar allí en los setenta, además de identificar la marca de ese... ¿Cómo lo llamó?

—Escariador cónico.

—¿Es ese tu nombre porno, Sheila? —preguntó Mullens.

—Recuerde lo que he dicho, Mark— interrumpió Bone. Suspiró. —Probablemente me arrepienta de esto, pero ¿podría ir con Will a averiguar si el señor Burns trabajaba en la fábrica Love Candy?

—¿Quiere que vaya con él a una fábrica de juguetes sexuales? —preguntó Harper.

—Llámelo una prueba, Mark. A ver si ese botón puede mantenerse bien cerrado.

—Por favor, no me haga esto, señor.

Mullens miró a Harper y sonrió de oreja a oreja.

—Mientras tanto, Rhona, si vuelve a Cullenbrae y continúa la búsqueda, yo iré a ver a la señora Black en el Hospital General de Falkirk y luego me reuniré con usted —dijo Bone.

—¿Y el super? ¿Deberíamos ponerle al día? —preguntó Walker.

—Está en la central, probablemente encerrado en otra reunión de racionalización del presupuesto, así que no estará de muy buen humor.

Cogieron los abrigos y se fueron.

Nueve

Cuando Walker regresó a la escena del crimen, ya se habían llevado el cadáver y el equipo de la Policía Científica estaba centrado en un registro forense del área inmediata. Esperó unos minutos hasta que un agente con mono forense le indicó con la mano que cruzara el corte de carretera.

Aparcó en la parte alta de la plaza y subió hasta la casa de Burns. Otro agente uniformado apareció por detrás de un cobertizo, junto al callejón.

—¿Algún avance?

—Ni rastro. Mi compañero está vigilando el número veintiocho, como dijo. No le envidio ahí arriba. Tiritó.

—¿Todo bien?

—Esa casa de arriba me da yuyu.

—Brae Hill House. Entonces conoce su historia, ¿no?

—Mi abuelo trabajó en la investigación.

—¿Cómo se llama, agente?

—Agente Greaves, señora.

—Y su abuelo, ¿sigue vivo?

—Sí, sí, tiene ya noventa y ocho y sigue dando guerra. Sonrió. Solía hablar de Henry Sneedon y de lo que hizo. Esas cosas se le quedan, ¿sabe?

—Gracias, agente. Siga con el puerta a puerta.

—Señora. El agente asintió y, al ver a un segundo policía al fondo del callejón, siguió bajando para reunirse con él.

A mitad de subida, Walker se detuvo ante la propiedad de Burns, una modesta casita encalada al final de una hilera destartalada. Probó la puerta y miró por la ventana de guillotina, baja, adyacente. Echó un vistazo alrededor, se inclinó hacia el marco, examinó la cerradura y frunció el ceño.

—Ventanas nuevas. Suspiró.

Siguió subiendo hacia Brae Hill House. La fachada antaño encalada del imponente edificio estaba cubierta de moho verde y negro. Las ventanas y las puertas habían sido tabicadas con paneles de acero atornillados a los marcos, y la finca estaba cercada por un vallado alto de alambre con coronación de espino y un sinfín de carteles que advertían a ladrones y merodeadores que permanecieran fuera. Un destello de sol relampagueó y ella alzó la vista. Una pequeña buhardilla en el tejado no estaba cubierta. Una sombra cruzó el cristal. Se frotó los ojos y volvió a entornar los párpados. Un cuervo graznó con fuerza a su espalda. Dio un salto.

—¡Jesús!

Volvió a mirar arriba, pero la ventana estaba negra. Se acercó a la parte delantera. La casita de Donald Fagan quedaba justo enfrente. Se fijó en varias cámaras en el tejado y otra en un poste telefónico junto a la cancela de su jardín. En la valla perimetral, sacudió el portón oxidado. La cadena con candado traqueteó. Arrodillada, estudió el tipo de cerradura.

—¿Qué cree que está haciendo? —gritó una voz a su espalda.

Se incorporó. Un hombre mayor, desaliñado, con camiseta interior y pantalones de pijama se acercaba blandiendo un bate de béisbol.

—Esta propiedad está prohibida. Si está trasteando con esa cerradura, llamo a la poli. Alzó el bate.

—¡Eh, quieto ahí! —dijo Walker, sorprendida—. Yo *soy* la policía. inspectora detective Walker, de la comisaría de Kilwinnoch. Alzó su acreditación.

El hombre bajó el bate. —Pues me da igual que sea el puñetero inspector Clouseau, ahí no entra nadie.

—Estamos investigando un incidente en el camino, a las afueras de Cullenbrae.

—¿Qué está pasando?

—Ha habido un atropello con fuga.

—No me sorprende. Ese camino es una maldita trampa mortal. No sería alguien de por aquí, ¿no? ¿Está bien?

—Estamos haciendo las primeras indagaciones en la aldea —preguntó Walker—. ¿Cómo se llama, señor?

—Donald Fagan.

—¿Y esa es su casa?

—Sí.

—Un agente ha llamado a su puerta antes. ¿Por qué no abrió?

—No abro si no sé quién es. ¿Qué hace husmeando por lo de los Sneedon?

—¿Conocía a los Sneedon?

—El señor Sneedon me puso a cargo de la seguridad. Soy sus ojos y oídos en lo que respecta a eso. —Señaló la valla con el bate.

—¿Cuál de los señores Sneedon?

—Craig Sneedon, el propietario.

—¿Es pariente de Henry Sneedon? —preguntó Walker.

A Fagan se le cayó el alma a los pies. —De él no hablamos —respondió—. El señor Sneedon heredó la propiedad después de... —Volvió a quedarse callado.

—Entonces, ¿la propiedad está vacía?

—Sí —replicó Fagan.

—Es que me ha parecido ver a alguien en aquella ventana de arriba —señaló.

—Está viendo cosas. La casa lleva vacía años.

—Entonces, ¿a qué viene tanta cámara?

—Mis ojos y oídos. Me tomo mi trabajo muy en serio.

—Ya lo veo —dijo Walker—. ¿Le paga el señor Sneedon, entonces?

—En absoluto. Aunque él pagó todo el equipo. A mí también me hace sentir seguro, así que encantado de echarle una mano.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con el señor Sneedon?

El anciano se rascó el pelo ralo y revuelto. —Tres, quizá cuatro meses. Hubo un allanamiento. Unos quinquis buscando levantar el plomo del tejado. Pero vista de águila, ahí, los pilló, y supieron que más les valía no meterse con esto. —Alzó el bate y lo hizo girar por encima de la cabeza.

—Vale, mejor deje eso en el suelo antes de que alguien salga herido.

—Solo se harán daño si yo quiero que se hagan daño, detective. Estoy más que acostumbrado a poner en su sitio a los niñatos del barrio, créame. Serví en Afganistán. Me sé unos cuantos truquillos, y todos lo saben.

—No lo dudo —dijo Walker—. Pero aun así.

El hombre bajó el bate.

—¿Tiene algún contacto suyo?

—Sí, pero nunca contesta al teléfono. Me llama una vez al mes, más o menos.

—Si tiene el número, de todos modos, sería estupendo.

—Está dentro, espere un momento.

—Le sigo dentro, si le parece bien. Me interesa bastante su montaje —Walker asintió, fingiendo entusiasmo.

Fagan arrastró los pies por el sendero. —Esto es un auténtico estercolero. Mi limpiadora está de vacaciones.

—¿Tiene limpiadora?

—Sí, claro, y un mayordomo, un ayuda de cámara y un chófer —Fagan negó con la cabeza—. Por aquí.

El pasillo estaba abarrotado a ambos lados con torres tambaleantes de periódicos y revistas, apenas quedaba espacio para pasar de lado. Cuando llegaron al final, Fagan empujó la puerta con el hombro. Se abrió lentamente con un chirrido fuerte, y él se deslizó por el hueco. Walker le siguió.

En el salón había más caos: las paredes empapeladas con recortes de artículos de periódico y fotos.

—Como puede ver, me gusta documentarme mucho —dijo el anciano.

Apartó un arcón de la entrada.

—¿Ese es su montaje? —Walker señaló una estantería con grabadores de vídeo y monitores negros y grises sobre una mesa de comedor al fondo de la habitación.

—Sí —dijo el anciano.

Fueron abriéndose paso entre los trastos.

—¿Cuántas cámaras tiene, entonces? —preguntó Walker, echando un ojo a otros dos grabadores bajo la mesa.

—Cinco en total, aunque una está fuera de servicio ahora mismo.

—¿Y todo esto lo paga el señor Sneedon? Le debe de costar un buen pastón.

—Todo lo que le pido, me lo proporciona.

—Aparte de las dos cámaras instaladas en el lateral de su casa, ¿dónde están las demás?

—Hay una en el poste del teléfono del camino junto a la casa del señor Sneedon, otra en la valla de seguridad de atrás y la última encima de la puerta principal de la propiedad. Esa es nocturna. También coloqué un par de dispositivos de sonido en la valla que detectan intrusos, pero suelen ser zorros o ciervos, o el gato del vecino. Así que son un poco un coñazo, la verdad.

—¿Y todas están cableadas a estas unidades de aquí?

—Sí. Estuve en Transmisiones con el ejército, y me pagaron una carrera de ingeniería eléctrica, así que me manejo bien con el cableado.

—Además de un bate de béisbol, ¿eh?

—¡Oh, sí! —sonrió Fagan.

—¿Y entonces sus cámaras captaron a los intrusos?

—Pillados antes de que pudieran ni tirarse un pedo junto a la valla.

—¿Lo denunció a la policía?

—Lo hice, sí. Pero ya se habían largado cuando llegó el coche patrulla. Menudo atajo de inútiles —la miró—. Quiero decir, con todos los recortes y tal, no debe de ser fácil.

—¿Ha habido otros intentos o robos de verdad en los últimos días o semanas?

—No.

—¿Y a qué viene tanto Fort Knox? ¿Tiene lingotes de oro ahí dentro o qué?

—No, el señor Sneedon solo quiere proteger el patrimonio de su familia de la escoria.

Walker examinó algunos de los recortes pegados con celo en las paredes. —¿Qué tipo de investigación está haciendo, señor Fagan? ¿Son OVNIs?

—No OVNIs. Odio que la gente use ese término. Son IFOs.

—¿IFO?

—Identified Flying Objects. Objetos Voladores Identificados. El ejército estadounidense lleva años y años estudiando y haciendo experimentos con muchos de estos objetos recuperados.

—¿Cree que de verdad tienen algunos de esos OV... perdón, IFOs en su poder?

—No lo creo. Las pruebas son sólidas y contrastadas. Tenemos que estar preparados.

—¿Para qué?

—Para la invasión. Llegará. Están esperando.

—Fascinante —replicó Walker—. Espero que traigan un buen suministro de Lemsip. Ese resfriado común podría aniquilarlos antes de que siquiera sacaran las pistolas láser.

—Puede que se lo tome a broma, pero esto no tiene ninguna gracia y la invasión no será con láseres, sino con virus. Guerra biológica. Será una nueva cepa mortal del resfriado la que nos borrará del mapa.

—He sabido que la propiedad de Brae Hill House está en disputa. Walker desvió la conversación con rapidez antes de que se volviera aún más rara.

—Sí, ella.

—¿Quién es?

—Bernadette Sneedon, la hermana de Craig.

—¿Así que hay algún tipo de enfrentamiento entre ellos?

—Más bien una guerra. No tiene absolutamente ningún derecho a esa propiedad. Fue una bruja con sus pobres padres y ahora también lo es con su hermano. Craig incluso me enseñó el testamento.

—Vive en Bristol, ¿es correcto?

—Hasta donde sé, sí; aunque Marte tampoco estaría lo bastante condenadamente lejos.

—¿La conocía entonces, cuando vivía aquí?

—Nunca estaba aquí. Siempre largándose a la India a encontrarse a sí misma o viviendo en un piso okupa de drogas con algún pringado, malgastando la generosa asignación de sus padres.

—¿Iba de drogas?

—A todo. ¿A qué no iba? El señor y la señora Sneedon estaban desesperados con ella.

—¿La oveja negra, entonces?

Fagan chasqueó la lengua. —No es así como la describiría.

—¿Tiene el número de contacto de Craig Sneedon?

—Ah, sí. Fagan se acercó a una mesita y, tirando del cajón, metió la mano y rebuscó. La mesa se balanceó y casi tiró al suelo una pila de carpetas. Por fin, sacó la mano, aferrando una libreta cutre. —A ver. Lo puse en mi agenda. Pasó páginas hacia delante y se detuvo. —Aquí está. Déjeme que lo apunte.

—Si me da la libreta, lo meto en mi teléfono. Walker se estiró y Fagan le entregó la agenda.

—¿Lo ve, Craig Sneedon?

—Sí. Walker recuperó su teléfono y tecleó el número de móvil. —¿Y qué hay de Bernadette Sneedon?

—¿Lo dice en serio? —dijo Fagan—. Si tuviera su número, estaría dándole la tabarra todos los días. Cantándole las cuarenta, la muy arpía.

Walker estaba a punto de devolverle la libreta cuando vio una entrada debajo. —Tiene aquí el número de Henry Sneedon. ¿Lo conocía?

—Ya se lo he dicho, inspectora, de ese hombre no hablamos.

—¿Era amigo suyo?

—Por desgracia, era vecino.

—Entonces, ¿vio u oyó lo que pasó allí?

Fagan frunció el ceño. —No quiero volver allí.

—Debe de haber sido una época terrible para usted y el resto de Cullenbrae.

—La peor de las épocas. No tenía ni idea de lo que pasaba allí y, cuando nos enteramos de lo que les hizo a sus padres y a los vecinos que perdieron la vida por su locura... Fue absolutamente chocante para todos.

—¿Estaba usted en casa esa noche?

—Oí los disparos. Me despertaron. Luego oí sirenas y...

—¿Cuánto tiempo conoció a los Sneedon?

—Desde que vivían aquí, que serían unos treinta años. Conocía a Henry cuando era un chavalín. Fagan exhaló. —Inspectora, no estoy para esto. Ya he tenido suficiente morbo y no tengo el menor deseo de volver a aquel tiempo oscuro.

—Lo siento, señor Fagan. Estamos realizando indagaciones casa por casa y solo necesito confirmar que la casa está vacía.

—Es la segunda vez que me lo ha preguntado. Fagan suspiró. —No veo por qué me hace volver sobre esto otra vez. ¿Sabe que tuve a la prensa mundial aparcada delante de mi puerta durante semanas?

—Me imagino que tuvo que ser horroroso.

—Sí, lo fue, así que entenderá por qué no quiero hablar de ello.

—De acuerdo. Gracias por el número.

—Pero le diría que no había una sola persona en Cullenbrae que supiera de lo que era capaz Henry Sneedon. Así que, cuando revisen sus registros y archivos, que estoy seguro de que lo harán, por la razón absurda que sea, cualquier nota o informe que sugiera lo contrario está completamente equivocado. Nos dejó a todos conmocionados.

—Hemos pasado antes por el número veintiocho, justo bajando por el callejón, pero no estaba.

—Sí, la casa de Martin Burns.

—¿Lo conoce?

—He hablado con él unas cuantas veces, pero suelo ir a lo mío.

—¿No lo vio anoche por ahí, en su bici, ni a nadie más, ya puestos?

—¿De cuándo estamos hablando?

—Entre, digamos, las once y la una de la madrugada. Quizá sus cámaras captaron algo.

—Si lo hubieran hecho, me habría despertado. Tengo una alarma en la mesilla, pero he dormido del tirón. La primera vez en malditas semanas. Deben de estar los zorros de vacaciones. ¿Han atropellado a Martin, entonces?

—¿Por qué lo dice?

—Ya sabe, por el atropello y fuga. ¿Lo tiraron de la bici? Es peligrosísimo andar o ir en bici por ahí a oscuras, y esos idiotas conduciendo no ayudan.

—¿Conoce a un chaval llamado Gary Speed?

—¿Es uno de esos descerebrados que van rugiendo por ahí? Me mantengo bien lejos. Y si cualquiera de ellos se acerca a mi casa o a la de los Sneedon, se va a enterar.

—¿Estaría dispuesto a compartir con nosotros las grabaciones de anoche?

—¿Para qué? Ya le he dicho que los ojos de águila no captaron nada.

—Por si se le escapó algo. Tenemos tecnología para realizar un examen forense de las imágenes.

—Créame, no se me escapa nada. Perderán el tiempo, inspectora.

—Vale. Ya no le doy más la lata —dijo Walker, y se abrió paso como pudo entre el caos hasta la puerta.

Fagan la acompañó a la salida. —Espero que Martin, o quien fuera al que atropellaron, esté bien y que pillen a los idiotas que lo hicieron.

—Si ve u oye cualquier otra cosa que crea que pueda ayudar a nuestras pesquisas, llámeme, ¿de acuerdo? Aquí tiene mi número directo. Le tendió su tarjeta.

Fagan la examinó un segundo. —¿Exactamente qué se supone que tengo que mirar u oír? —preguntó.

—Ojos y oídos, ¿eh? Walker saludó con la mano a las dos cámaras que asomaban sobre ellos.

Fagan resopló y cerró la puerta.

De vuelta hacia la plaza, Walker se detuvo y volvió a mirar hacia la ventana de buhardilla expuesta de Brae Houses. Algo en las

respuestas de Fagan no terminaba de cuadrarle. Sacó el móvil y llamó a Bone.

Diez

Harper se metió en el asiento del copiloto del coche de servicio.

—Bien, antes de que sigamos a más, como empieces con tus eufemismos guarretes de crío de nueve años, te las apañas tú solo. No me puedo creer que el jefe... —Se detuvo. —¿Qué es ese olor?

Mullens tenía las manos enterradas en una bolsa grande de papel. Alzó la vista, avergonzado. —¿Qué olor?

—Curry. ¿Es eso lo que hay en la bolsa?

—Bah, eso es de anoche.

—Enséñame lo que hay en esa bolsa —insistió Harper.

—Es solo un bocadillo de ensalada —protestó Mullens.

—Enséñamelo.

Mullens sacó lentamente un recipiente de aluminio con arroz, seguido de un segundo, lleno hasta los topes de una salsa roja espesa y cremosa; luego, dos naan, uno a medio comer.

—¡Dios mío!

—Tentempié de media mañana. Me muero de hambre. Anoche lo único que tomé fue una ensalada de cuínju. La última maldita obsesión de Sandra.

—¿Una ensalada de qué?

—Cuínju, que-no-sé-qué, quinu...

—¡Para! —exclamó Harper.

—Bah, esa mierda sabe a mugre reseca de entre los dedos del pie.

—Quinoa, quieres decir.

—Sí, eso. El esmegma del diablo.

—A mí me gusta. Está llena de proteínas.

—Eso es lo que me preocupa, sobre todo cuando se te queda entre los dientes.

—Me voy a poner malo. Harper miró fijamente el pringue aceitoso de comida en el regazo de Mullens. —No deberías estar comiendo eso, Mark.

—Precisamente por eso sabe mejor. Es como comida de riesgo. Se volvió hacia Harper. —Por favor, no se lo digas a Sandra ni a nadie, compañero.

—No me vengas con el soborno de 'compañero'. Si te vas a quedar aquí zampándote eso a lo cochino, tengo doble motivo para largarme.

—Pero entonces preguntarán. Déjame solo dar un mojadito rápido y lo guardo.

—Tira, entonces.

Harper apartó la vista mientras Mullens doblaba el naan en dos, pegaba un señor baño en el masala y se metía el contenido en la boca, ansioso.

—Uf, esto es mejor que follar.

—Ay, Dios mío —gimió Harper—. ¿Por qué me destinaron a esta comisaría?

—En el fondo me quieres, joven Skywalker —murmuró Mullens con la boca llena. Cogió otra cucharada rápida y devolvió los cartones y el pan a la bolsa.— Ya te echo de menos —dijo, y colocó la bolsa en el asiento trasero.

—Vas a poner aceite por toda la tapicería —dijo Harper.

—Al menos no es la sangre ni el vómito de siempre.

—Va a haber sangre en un minuto si no nos ponemos en marcha.

—Uy, drama. Me encanta cuando te pones tan asertivo.

—Y eso que aún ni hemos llegado a la fábrica de consoladores, como tan elegantemente lo has llamado.

Mullens soltó una risita.

—Ay, Señor. Harper se frotó la frente.

Mullens arrancó el coche y, con un rugido, salió del aparcamiento de la comisaría.

La recepción de Love Candy resultó sorprendentemente austera, dada su marca. Las paredes estaban desnudas y grises, y el mostrador de entrada parecía un básico de IKEA montado en casa. La única pista de que los detectives estaban en el sitio correcto era un gran par de labios carmesí iluminados con el nombre de la empresa en un rótulo de neón curvilíneo en la boca abierta. Mullens se acercó a la recepcionista, que estaba liada con un contenedor de plástico lleno de paquetes.

—sargento detective Mullens y agente detective Harper, de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Podríamos hablar con alguien acerca de un posible empleado suyo, un tal señor Martin Burns?

La recepcionista se dio la vuelta de golpe. Se le quedó la boca abierta, una pálida imitación del enorme par sobre su cabeza.

—¿Señorita? —dijo Mullens.

—¿No están aquí por el cumpleaños de Carol?

—¿Cómo?

—¿Son ustedes los strippers del karaoke?

—¿Los qué? No.

Alzaron sus acreditaciones.

Ella sonrió y les guiñó un ojo. —Muy bien. He de decir que dan el pego.

—Somos agentes de policía, señora. Estamos investigando un incidente grave y nos gustaría hablar con uno de sus directores.

La sonrisa de la recepcionista se desvaneció. —Ah, vale. Entonces no son cantantes.

—Puede que él sí, pero no quiere oír cantar a esto —dijo Mullens. Se dio unos golpecitos en el pecho.

—Ni verle hacer un striptease —añadió Harper.

—Permítanme comprobar si Richard está por aquí. —Cogió el teléfono.

—El director general se llama Dick —susurró Mullens al oído de Harper.

—Ahora mismo sale. —Siguió escaneando paquetes con un aparato de mano.

—¿Son algunos de sus productos? —preguntó Mullens.

—Ay, jolín —suspiró Harper.

—Son devoluciones —dijo ella.

—¿Devoluciones? ¿Quiere decir que la gente devuelve cosas usadas?

—Exigimos que todo se devuelva en su embalaje original, pero nos llega alguno que otro con el que los clientes no han quedado, ejem... satisfechos. —Hizo una mueca.

—¡Qué asco!

—Y que lo diga. Por suerte, si hay el más mínimo indicio de eso, van directos a la basura. Créame, recibimos todo tipo de comentarios.

—Me lo imagino.

Un hombre de mediana edad, en camiseta y vaqueros, salió por una puerta al fondo de recepción. Se acercó a la pareja, sonriendo.

—Richard Croft, director general de Love Candy. ¿En qué puedo ayudar?

—Buscamos información sobre uno de sus empleados, un tal Martin Burns.

El director general miró de reojo a la recepcionista.

—Es nuestro vigilante nocturno, Rich.

—Ah, sí, es verdad. Ando un poco desconectado ahora mismo: nos llegan los auditores en cualquier momento y tenemos un auténtico infierno que no voy a aburrirles contando. Quizá sería mejor que hablaran con nuestra responsable de RR. HH., pero les advierto que estará tirándose de los pelos esta mañana. Fiona, ¿puede avisar a Sue de que vamos para allá?

Siguieron al director general por otro pasillo desangelado.

—Entonces, ¿dónde tiene lugar toda la acción? —preguntó Mullens, con los ojos como platos.

—¿Empaquetado, quiere decir? —dijo el director general.

—Bueno, ya sabe.

—Ah, se refiere a nuestros productos. En la zona de producción todo es muy aburrido: solo cajas, bolsas y envíos. Ya hemos llegado. —Se detuvo ante una puerta y llamó suavemente.

—Adelante —dijo una voz aguda al otro lado.

Una mujer agobiada estaba encaramada tras un escritorio ordenado, al fondo de una sala igual de organizada.

—Hola, Sue, perdone que la moleste. Han venido dos detectives y quieren información sobre uno de nuestros empleados.

—¿Conmigo, ahora mismo?

—Sargento detective Mullens y agente detective Harper, señora. No nos llevará más de un par de minutos.

Ella exhaló. —Perdonen, detectives. Esto es una locura. Literalmente nos han dado tres días para poner todo en orden y el sistema se nos ha caído. —Lanzó una mirada fulminante al director general.

—Estamos en ello, Sue. De hecho, será mejor que vuelva y eche una mano. Cerró la puerta.

—¿Echar una mano? Ese tío se pasea como un señor. Apenas aparece por aquí. Debe de estar gastándose los millones en su segunda o tercera casa. —Se detuvo—. Perdón, ha sido muy poco profesional por mi parte. Estoy un poco alterada. ¿Con qué empleado quieren hablar?

—Martin Burns.

—¿Quién?

—Creemos que trabaja aquí, como vigilante nocturno.

—Ah, sí, claro. Perdón. Tengo la cabeza en otra parte. Permítanme comprobarlo. —Se volvió hacia el ordenador.

—¿No se les ha caído el sistema? —preguntó Harper.

—El de contabilidad, convenientemente. —Puso los ojos en blanco—. Perdón, otra vez poco profesional.

Tecleó en su teclado. —Creo que el señor Burns empezó con nosotros hace tres años. No trato mucho con él porque trabaja de noche, claro. —Entornó los ojos hacia la pantalla—. Sí, empezó con nosotros en 2018.

—¿Siempre ha trabajado de noche?

—¿De qué va todo esto? ¿Ha pasado algo? ¿Está bien?

—Estamos investigando un incidente en Cullenbrae.

—¿En el que está implicado el señor Burns?

—Como he dicho, la investigación sigue en curso.

—Bien. Repasó la pantalla. —Sí, eso es lo que consta en su expediente. Hace turno de seis a medianoche, de jueves a domingo, ambos inclusive.

—¿Y están contentos con su trabajo, entonces?

—Lleva tres años trabajando aquí, pero no ha estado exento de incidentes, si mal no recuerdo. Déjeme echar un vistazo rápido a su expediente. Hizo una pausa para leer. —Tiene un par de amonestaciones por impuntualidad. Un momento. Avanzó con el scroll. —Ah, sí, eso es.

—¿Qué?

—Hace unos cinco meses le pillaron en una cámara trayendo a una jovencita a las instalaciones.

—¿En su turno de noche? —preguntó Mullens.

—Yo era partidaria del despido, pero Richard insistió en una advertencia. Es demasiado blando con el personal.

—¿Tiene esa grabación?

—No lo creo. Ha pasado demasiado tiempo, y recuerdo que Richard ordenó que se borrara la cinta antes de que acabara en internet. Lo último que necesita un minorista de juguetes sexuales.

—¿Y desde entonces no ha habido más problemas?

Ella volvió a consultar su expediente. —No, todo bien. Creo que debió de aprender la lección, aunque, en lo que respecta a su vida amorosa, por alguna razón no me lo creo.

—Entonces, ¿el señor Burns tiene cierta fama?

—No debería decir nada. Sería muy...

—Si cree que podría ayudar a nuestras pesquisas.

—Bueno, en la oficina las mujeres le llaman el rompecorazones.

—¿Sabe con quién salió?

—No estoy segura de que así lo llamaran las desafortunadas, pero no podría darles nombres. Sería una violación de la confidencialidad. Me despedirían al instante. Al fin y al cabo, soy la jefa de Recursos Humanos. Quiero decir, ¿cómo quedaría eso?

—Quizá podría correr la voz de que nos gustaría que cualquiera que haya estado o esté familiarizado con el señor Burns se presente. ¿Qué le parece? Y también, si alguien pudiera saber quién era la

mujer captada por la cámara. Pero me temo que podríamos llegar a un punto en que tengamos que entrevistar a todos los empleados.

—Me aseguraré de que se enteren y les animaré todo lo que pueda a hablar con ustedes.

—¿De cuántos empleados estamos hablando aquí? —preguntó Harper.

—Sé de una que se sentó donde están ustedes hace unos meses llorando a moco tendido, pero podrían ser más. Hay veces en la vida en que unas tijeras de podar vendrían de perlas —dijo la jefa de Recursos Humanos. —La verdad, no sé qué le ven todas. No es precisamente George Clooney, ¿saben?

—¿Tiene un número de teléfono suyo? —preguntó Harper. —¿Y una foto?

—Déjeme comprobarlo. Tecleó en el teclado. —Oh, me temo que no. No parece que haya ningún registro aquí. Un momento, sí, eso es. Le hemos pedido al señor Burns unas cuantas veces que facilite un número de contacto, pero dice que no tiene teléfono.

—Entonces, ¿cómo se ponen en contacto si, por ejemplo, está enfermo y no puede venir a trabajar? —preguntó Harper.

—En realidad nunca ha faltado un día de trabajo. Tarde, sí, pero sin ausencias. Creo que, si tiene algún problema, viene el día antes y habla con un supervisor.

La fotocopiadora al otro lado de la oficina cobró vida.

—Esa es la foto que tenemos en el archivo —dijo.

Harper recogió la foto en blanco y negro de busto de Burns. Llevaba el forro polar de la empresa, miraba directamente al objetivo y sonreía.

—La dejamos seguir con lo suyo. Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme a mí o a la comisaría si surge algo más —dijo Mullens.

—¿Vendrá el señor Burns a trabajar esta noche?

—Me temo que eso no lo sé —replicó Mullens—. Aunque quizá le convenga pensar en organizar cobertura.

—Pues si ha hecho algo malo, por mí, tiren la llave. Los acompaño a la salida.

—No, no, siga —interrumpió Mullens.

—Necesito hablar con Richard otra vez, así que síganme, caballeros. Salió de detrás de su mesa en una silla de ruedas eléctrica.

Los detectives se apartaron para dejarla pasar y fueron detrás de ella.

—Puede que con las cuentas sea un desastre, pero en cuanto a accesibilidad ha estado muy bien.

—No podría echar un vistazo rápido a sus operaciones, ¿verdad? —preguntó Mullens.

Harper negó con la cabeza.

—Sí, iba a atajar por ahí de todos modos.

Subieron por una rampa, atravesaron una puerta corredera y entraron en la fábrica principal. Las cintas transportadoras movían cajas y paquetes de un lado a otro del vasto espacio. Trabajadores con monos de la empresa se alineaban a lo largo de bancos de trabajo, empaquetando juguetes sexuales de vivos colores y de formas y tamaños variados. Al pasar, un empleado luchaba por encajar en una caja un falo azul de sesenta centímetros.

—Vaya bicharraco —dijo Mullens.

—Uno de nuestros superventas. Creo que son los colores de la bandera escocesa lo que hace que triunfe.

Mullens se echó a reír. —Eso le da una vuelta de tuerca a *Braveheart*.

—Por aquí, detectives.

Siguieron por unas puertas de plástico hasta una segunda zona, más pequeña.

—Esta es nuestra sala de pruebas de prototipos —dijo Sue.

Unos cuantos empleados con monos blancos estaban distribuidos por las mesas, ocupados con objetos irreconocibles. Mullens vio a un hombre arrodillado junto a una pelota saltarina con un apéndice descomunal que sobresalía.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Mullens.

Sue se detuvo y giró la silla.

—¿En qué está trabajando, Josh? —le gritó—. Ese es Josh; es el jefe de pruebas.

—¿Es usted una especie de Q pornográfico? —bromeó Mullens.

—Mark —dijo Harper, cada vez más avergonzado.

Josh cogió una caja de la mesa de trabajo contigua y se reunió con ellos.

—Se lo enseño. Apuntó la caja a la pelota saltarina y esta se estremeció. —Un momento, mientras ajusto el alcance. Trasteó con los botones del frontal. La pelota saltarina volvió a sacudirse y luego rebotó hacia ellos, con el apéndice del extremo aleteando arriba y abajo.

—Genial —dijo Mullens.

Josh se apartó, giró la ruedecilla y la criatura de goma cargó directamente contra Mullens. Él se echó atrás, pero le embistió la pierna.

—Jesús, qué ganas tiene, ¿eh? —se retiró más, pero la pelota saltarina insistía. Mullens cruzó la sala y la pelota cachonda salió detrás de él dando botes.

Harper rompió a reír a carcajadas.

—Vale, se acabó la broma. Apáguelo —gritó Mullens.

Cuando la pelota saltarina tuvo a Mullens acorralado en una esquina, con su apéndice gomoso golpeándole el lateral de la pierna, Josh por fin pulsó el botón de apagado y el juguete cayó de lado como si estuviera exhausto.

—Parece que tienes un admirador —dijo Harper entre risitas.

—La madre que lo parió, tío, eso es letal —dijo Mullens, mirando por encima del hombro por si a su nuevo admirador le entraban ganas de repetir—. Lo ha hecho a propósito, ¿verdad?

—Lo siento, no. —Josh disimuló una sonrisa—. Tenemos que hacer algunos ajustes menores, pero estoy muy satisfecho con cómo está quedando este.

—¿Satisfecho? Yo lo encerraría. Es un maldito salido.

—Sí, de eso se trata, más o menos.

—De verdad tengo que seguir, detectivess —dijo Sue—. Aunque podría dejarle aquí si lo desea, detective Mullens.

—Con Randy Andy ahí al fondo, yo me largo.

Al final de otro pasillo, llegaron a la puerta de salida. Sue se inclinó desde la silla y marcó un código.

—Ya estamos.

La siguieron hasta el aparcamiento principal.

—Gracias por la visita —dijo Harper con una sonrisa—. Suerte con la auditoría.

—Me temo que necesitaremos algo más que suerte. Dio media vuelta y rodó con la silla por una pasarela elevada de vuelta a recepción.

—Me siento utilizado —dijo Mullens.

Subieron al coche.

—Joder, qué peste a garam masala, es insoportable —dijo Harper.

—Con todo el susto me ha entrado un hambre de mil demonios.

—¿Hambre postcoital? —bufó Harper—. Curiosamente, a mí también.

—¿Lo compartimos?

—Dios, ahora sí que me has pillado. Vale —cedió Harper.

—Fantástico. ¡Al apartadero, vamos! Mullens arrancó.

—Seguro que hay para tres. Podría volver a entrar.

—No llegarías ni a la puerta. Mullens se abrochó, metió primera y salieron acelerando del aparcamiento.

Once

—Si toma asiento, inspector, iré a ver dónde están. A veces Jean saca a Coral a los jardines —dijo la enfermera del mostrador de Cuidados Paliativos.

Bone echó un vistazo a la sala de espera. Estaba pintada en colores pastel relajantes, con láminas de paisajes serenos repartidas por el espacio. Hasta los muebles parecían cómodos y acogedores.

—Deberían hacer todas las salas como esta —dijo.

—No es el primero que lo dice. La enfermera rodeó el mostrador.

Pasó a la sala principal.

Bone se sentó y sonrió a una pareja joven que leía revistas. Uno de ellos articuló un hola. Bone asintió. Unos momentos después, salió del pabellón otra pareja mayor, sosteniéndose el uno al otro. La mujer iba llorando y el hombre, con el gesto adusto. Una enfermera los seguía y los condujo por un pasillo hasta una habitación del fondo.

La enfermera reapareció con una anciana a su lado.

La mujer se acercó a Bone. —¿Quiere verme?

—¿Mrs Black?

—Eso es, sí.

—inspector jefe Duncan Bone, de la comisaría de Kilwinnoch. Siento interrumpirla.

La pareja joven volvió a alzar la vista, sorprendida.

—¿Ha pasado algo en mi casa? ¿No será un robo, por Dios?

—No, no. ¿Quizá podríamos ir a algún sitio un poco más privado? La pareja volvió, con culpabilidad, a sus respectivas revistas.

—¿Tardará mucho? Estoy aquí con mi hermana.

—Sí, su encargado en la gasolinera me lo ha dicho. Lo siento muchísimo.

—Bah, estamos preparados. Simplemente estamos aprovechando todo lo que podemos mientras nos dejen.

—No debería llevar más que unos minutos.

Se acercó a recepción y, después de unas palabras, volvió.

—Podemos usar la sala familiar dos. Por aquí.

Echó a andar con paso decidido, y Bone tardó unos segundos en igualarle el ritmo.

Entraron.

—Un momento —dijo.

Bone se quedó en el umbral, sin estar seguro de a qué se refería.

Se acercó a un pequeño equipo de música sobre la mesa. Se inclinó y lo desconectó de la corriente. La música suave y relajante, de la que Bone apenas había sido consciente, se detuvo de golpe.

—No soporto toda esa pamplina de la Nueva Era. Bien, vamos al grano —miró fijamente a Bone—. ¿Va a sentarse, entonces, o su entrenamiento policial también se extiende a los burletes?

Bone se acercó a un sofá y tres sillas. Se decidió por el sofá, pero cambió de opinión y se sentó en un sillón. Ella le ponía un poco nervioso.

—Solo quería comprobar un par de cosas con usted, Mrs Black. Anoche trabajó en la gasolinera entre las siete y la una y veinte de la madrugada, ¿es correcto?

—Bueno, ya ha hablado con mi encargado, así que eso ya lo sabe.

—Esta mañana han encontrado a un ciclista en Brae Lane, aproximadamente a un cuarto de milla de la Star Service Station, cerca de Cullenbrae.

—¿Vivo o muerto? —preguntó, tajante.

—Me temo que ha muerto en el lugar.

—¿Atropellado, entonces? Esa carretera es una trampa mortal de mil demonios.

—Aún estamos investigando la causa, pero no descartamos un atropello con fuga.

—¿Así que sin conductor, eh? Apuesto a que han sido esos malditos quemados que suben y bajan por ese camino como si estuvieran en Brands Hatch.

—Creemos que la víctima pudo ser golpeada anoche tarde, en algún momento poco después de medianoche.

—No pudo estar tan cerca de la gasolinera; lo habría visto.

—Entonces, ¿no vio nada sospechoso?

—No he dicho eso. He dicho que no vi el atropello y fuga.

—Entonces sí vio algo sospechoso.

—Agatha Christie debe de estar la mar de preocupada con sabuesos de primera como usted compitiendo con los Poirot de turno.

—Si no le importa que lo diga, parece bastante... eh... mayor para estar ahí fuera sola en un lugar tan aislado —perseveró Bone.

—A mí eso no me inquieta. La encargada no encontraba a nadie para cubrir el turno y me ofrecí como voluntaria. He pasado una guerra y, créame, me ha tocado lidiar con bastante más que cuatro chavalillos gamberros intentando robar gasolina o saquear la tienda.

—Puede que no sea tan sencillo, señora Black.

—Cuando estoy yo, nadie me torea; así de simple.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿cuántos años tiene?

—En agosto cumplo ochenta y ocho. ¿Cree que tiene alguna posibilidad, inspector? —guiñó un ojo.

—Pues me deja impresionado.

—¿Que sigo respirando?

—Que tiene un espíritu tan joven.

—Pues cuando me mudé aquí, me pasaba el día sentada en mi piso pudriéndome como una yegua vieja, lista para el matadero o, peor aún, una puñetera residencia. Hasta empecé a ver tele de día. Maldito *Place in the Sun* con todas esas ballenas varadas mirando un cuchitril en una carretera de circunvalación por cuatro perras. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Así que cuando vi el trabajo anunciado en el *Courier*, me planté allí mismo y le dije a la encargada que me diera el puesto.

—Y eso fue lo que hizo —sonrió Bone.

—Creo que al principio le di pena, pero pronto se le pasó. Aun así, es muy buena conmigo. Cuando le dije que tenía que coger tres autobuses para llegar al trabajo y que no tenía manera de volver a casa, convenció a la empresa para que me pagaran los taxis.

—Es generoso por su parte. Deben de valorarla.

—O muertos de miedo, una de dos —sonrió.

—Revisamos las grabaciones de CCTV de anoche y tuvo uno o dos clientes, ¿verdad?

—Sí, los lunes por la noche suelen ser un puñetero cementerio. Déjeme pensar.

—¿Un grupo de chavales con un Saxo trucado entró en la tienda hacia las diez y media?

—Ah, sí, eso es. Les puse en su sitio, ya se lo digo yo.

—Se veía en las imágenes. ¿Dieron alguna pista de adónde iban?

—No me extrañaría que fueran ellos los del atropello y fuga.

—¿Y volvieron en algún momento o los vio de nuevo por la carretera más tarde?

Movió la cabeza en señal de negación.—No, creo que los espanté.

—Luego, a las once y media, entró alguien a pie, creo, y compró algunas cosas en la tienda. Llevaba un sombrero de ala ancha.

—A ese sí le conozco. Es Stuart Mason. Se pasa de vez en cuando y compra snacks, chocolatinas, patatas, esa porquería. Creo que le da a la maría. Tiene esa cara de pasmao, como si se le fuera la pinza, pero no va bebido. Y créame, eso es muchísimo peor. Las veces que he tenido a gente vaciando todos los bolsillos encima del mostrador buscando dos peniques. Dan ganas de escupir. Él solo tenía los ojos vidriosos y esa sonrisa bobalicona permanente. Pero no me gusta su cola de rata. Eso no le sienta bien a un hombre.

—¿Cómo sabe su nombre?

—Le conozco desde hace años. Solía vivir en Campsie. Cuando era un crío. Iba al mismo colegio que mi nieta.

—¿Va conduciendo hasta la gasolinera?

—No, no, como ha dicho, normalmente se viene andando. No estoy segura ni de que tenga coche, la verdad. Antes era electricista,

pero ahora hace unas macetitas que se iluminan, para turistas y ferias de artesanía y tal. No creo que saquen mucho entre los dos, él y su pareja. Ella también es artista. Se detuvo. —Y luego estuvo Martin Burns. Entró poco después.

—¿Fue sobre la una menos veinte?

—Correcto. Cuando yo ya debería de ir camino de casa. Él venía a por sus suministros habituales de comida sana.

—¿Otro conocido suyo, entonces?

—Ah, sí, y ojalá no lo fuera. Es un asqueroso de tomo y lomo. Trata a las mujeres como si fueran barro en la suela. No soporto a los hombres así. Espero que usted no sea de esos, inspector.

—Ni se me ocurriría —respondió Bone—. ¿Cómo lo sabe?

—He tenido a unas cuantas de sus ex por aquí después de que las deja, aprovisionándose de automedicación. A veces hechas un mar de lágrimas o dispuestas a abrirle un nuevo... Ni idea de qué le ven, maldito Paul Newman de Poundland, aunque yo preferiría comprar bolsas de basura antes que malgastar una libra en eso. Así que sí, me lo conozco bien, a ese parásito. A veces pienso que deberíamos cambiar el nombre del garaje por el de Servicio de Asesoramiento para Ex de Burns.

—¿Iba conduciendo?

—No, va en su bici. Para de camino a casa desde su trabajo, ahí, en esa fábrica nueva de juguetes sexuales. Dios santo. ¿Qué demonios inventarán luego? En mis tiempos, tenías suerte si conseguías un cuarto de sherbet lemons, ya me dirá usted algo con pilas y lucecitas de mierda.

—Desde luego —dijo Bone, fingiendo comprender a qué se refería.

—El mundo entero está maldito y obsesionado con el sexo. Eso les da a tipos como él permiso para sacar lo peor de sí mismos.

—Entonces, ¿lo ve la mayoría de las noches?

—No, normalmente entra cuando mi turno ya ha terminado, así que no tengo que aguantar su cara de suficiencia. Anoche mi relevo llegó tarde, así que me tocó la poco envidiable tarea de tener que atenderle —levantó la vista—. No será Burns a quien han encontrado en la carretera, ¿verdad?

—Nuestras pesquisas siguen en curso, señora Black.

—Ay, Dios. Si era un ciclista, tiene que ser él. ¿Está seguro de que fue un accidente? Porque hay un ejército de mujeres cabreadas que harían cola para atropellarlo. Y a mí me costaría contenerme, la verdad —captó la expresión de Bone—. No se preocupe, inspector Poirot. No tengo coche y no conduzco desde la guerra. Tendría que secuestrar un tanque para pasarle el culo por encima.

—¿Podría decirme qué compró?

—Siempre lo mismo. Tres bridies. Vamos a ver, ¿quién se come dos de esas bombas de manteca? Solo de pensarlo se me dispara la acidez crónica. Patatas fritas y tabaco de liar con papelillos. La dieta de los campeones, ¿eh?

—¿Y no vio ningún coche pasar por delante del garaje después de que se fuera?

—Que yo recuerde, no. Estaba en la caja fuerte unos minutos, ingresando parte de la recaudación, así que esos macarras del volante podrían haber pasado rugiendo perfectamente.

—Está bien. Gracias, señora Black —dijo Bone, poniéndose en pie —. No la entretengo más y la dejo con su hermana.

—Ach, no va a ir a ninguna parte. Ahora me lo estoy pasando bastante bien —sonrió.

—Puede que volvamos a llamarla, pero llámeme si se le viene algo a la cabeza —le entregó su tarjeta.

—¿Cualquier cosa? —le guiñó un ojo de nuevo.

Bone dio un paso atrás.

—No se preocupe. Solo le estoy tomando el pelo.

Salió de la habitación a toda prisa, deseando la relativa seguridad del pasillo del hospital. Al cruzar la puerta, chocó con Gallacher, que venía a paso ligero en sentido contrario.

—Dios, perdona, jefe. No te había visto.

—¿Qué haces aquí, Duncan? —preguntó Gallacher, recogiendo unos papeles desperdigados por el suelo.

—Visitando a una testigo. Pensé que estabas en la central —Bone se acercó y ayudó a Gallacher a recuperar los documentos.

—Sal conmigo, Duncan —dijo Gallacher.

Bone lo siguió por el pasillo hasta la entrada.

Cruzaron el aparcamiento y entraron en una plaza cuadrada, rodeada por maceteros de hormigón llenos de flores desvaídas y malas hierbas, y con bancos a los lados que habían visto días mejores. Gallacher se sentó en el más cercano.

—¿Qué pasa? ¿Por fin han dado carpetazo a la Unidad de delitos rurales? —Bone se sentó a su lado.

—Es Denise —Gallacher se recostó.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Hace un par de semanas notó un bulto.

—Joder.

—Ayer nos dieron los resultados. Es maligno.

—Lo siento muchísimo, señor. Es una maldita faena. ¿Van a operar?

—De todo: cirugía y quimio, pero...

—¿Qué?

—Es estadio tres, Duncan. Les preocupa que se haya extendido; ya sabes, ganglios linfáticos y posiblemente órganos. La están sometiendo a unas pruebas horribles. Se pasó una mano por el pelo, demasiado engominado, y suspiró.

—Denise es una auténtica fiera, Roy. Va a poner a esto de rodillas.

—Se lo diré. No todos los días la comparan con Rocky.

—Ya sabes lo que quiero decir. Es más dura que toda la UNIDAD DE DELITOS RURALES junta. Tendría que serlo, estando casada contigo — Bone sonrió.

—Sabes que la cosa debe de ser grave cuando no te dicen cuáles son sus probabilidades. Lo único que sueltan son cosas como *estamos trabajando todo lo duro que podemos* y *está en el mejor lugar posible*, y otras chorradas manidas por el estilo.

—Ella *está* en el mejor lugar posible — Bone echó un vistazo al jardín desolado y descuidado.

—He tenido que insistir en venir con ella hoy. Quería que me fuera a trabajar. Dijo que solo iba a estorbar. Es una mujer de armas tomar.

—Hizo lo correcto, señor. Puede que lo diga, pero le necesita.

—No, lo dice en serio. Dijo que el trabajo me quitará las neuras y evitará que sea un coñazo. Se echó a reír, pero se le volvió a ensombrecer el gesto.

—Bueno, no se ha perdido gran cosa, así que no se preocupe —dijo Bone.

Gallacher se volvió y estudió el rostro de Bone. —Eres un pésimo mentiroso, Duncan. No se te ocurra jamás contemplar una vida de crimen. Llamé a la sala de incidentes hace unas horas y Baxter me puso al día. Así que, ¿dónde estamos ahora? Dijiste que estabas aquí visitando a un testigo.

—¿Está seguro, señor? Después de semejante bombazo, no parece muy correcto ponerse a parlotear de esto.

—Venga, al grano.

—¿Así que sabe que el atropello con fuga en la aldea de Cullenbrae ha pasado a ser una investigación por asesinato?

—Sí, y estabais en proceso de intentar identificar a la víctima.

—Ahora creemos que se trata de un vecino de Cullenbrae, el señor Martin Burns.

—¿Creéis o lo sabéis?

—Un noventa y ocho por ciento seguros. Varios testigos de la aldea han confirmado su identidad, aunque aún estamos esperando una identificación de la científica. Ya no hay duda de que se trata de una investigación por asesinato.

—De acuerdo, bien. Habrá que hacer algún tipo de comunicado público. ¿Han aterrizado ya los buitres?

—Sí, ya hicieron una aparición poco deseada en el lugar del crimen.

—¿Incluido tu amigo?

—Curiosamente, aún no le he visto.

—No es propio del señor McKinnon.

—Hay un cordón alrededor del pueblo, así que con suerte los mantendremos fuera todo el tiempo que podamos.

—Por ahora, físicamente al menos, pero existen las redes sociales y los teléfonos.

—Correcto. Por eso tenemos que avisar a los vecinos, sobre todo porque algunos de los más mayores se vieron atrapados en el circo

mediático durante los asesinatos de los Sneedon.

—No pueden quedar muchos, ¿verdad?

—Se sorprendería.

—Por favor, no me digas que crees que podría haber una conexión.

—Mente abierta por ahora. Pero ya sabes que la casa sigue ahí, y deja en ridículo al castillo de Drácula como localización de película de terror.

—Esto podría avivar todo tipo de recuerdos.

—Y no solo con los vecinos.

—Sí, me imagino a McKinnon revolcándose en la historia de los Sneedon como un cerdo en la mierda ahora mismo —suspiró Gallacher—. Entonces esa declaración es prioritaria.

—Quizá, si se lo contamos primero a los vecinos, podamos mantenerlo tapado un poco más.

—De acuerdo. Me encargo. ¿Algo más?

—Rueda de prensa. ¿Te ves con ánimo? Puedo intervenir yo.

—Con una declaración basta a estas alturas, así que déjamelo a mí.

—Necesitaremos registrar la propiedad de Sneedon; Walker creyó ver a alguien en una de las ventanas.

—¿Alguien escondido?

—Es posible.

Gallacher pensó un momento. —Probablemente lo mejor sea solicitar una orden de registro y mantener las cosas lo más simples posible.

—También tenemos a unos niñatos quemarruedas entre los sospechosos y a un conspiranoico con más cámaras apuntando a la calle que la noche de los Óscar en Sunset Strip. Por lo visto, el hermano de Sneedon le ha contratado para cuidar de la casa mientras intenta hacerse con la escritura. Además, hay un hippie fumeta que estaba saciando el hambre voraz del colocón cerca de la escena más o menos a la hora del asesinato y como mil exnovias furiosas de la víctima, todas potencialmente pidiendo sangre.

—Vaya cosecha para menos de veinticuatro horas.

—Ni un minuto de respiro.

Se quedaron en silencio un momento.

El aullido de una ambulancia al pasar les rompió la calma.

—Espero que esté bien, señor. Y usted también —dijo Bone—.

—Un día cada vez. Es lo que hacemos siempre.

—Dale mis mejores deseos, pero por favor no le cuentes lo que he dicho. A pesar de las pruebas en contra, aún le tengo bastante cariño a mis partes.

—¿Y tú cómo estás, aparte de tus partes? —preguntó Gallacher.

—Oh, olvídate de mí. Estoy bien.

—¿TEPT?

—Tranquilo, todo bajo control. De verdad, nada de lo que preocuparse conmigo. ¿Qué viene ahora?

—La operación es a primera hora de mañana.

—Dios. Al menos, como dices, lo tienen todo controlado.

—Evidentemente mañana no estaré, así que tendrás que quedarte al mando. Pero ella no me va a dejar por ahí sin hacer nada, así que será solo un día o dos.

—Ningún problema.

—Pero estoy al otro lado del teléfono, día y noche.

Bone asintió.

—Lo digo en serio, Duncan. Informes periódicos, por favor.

—Señor.

—Y mantén esto entre nosotros por ahora, hasta que sepamos con seguridad qué está pasando.

—Por supuesto.

Gallacher se quedó mirando a Bone un momento y luego volvió en sí. —¿No tienes un asesinato que atender?

Bone se levantó y se marchó. Ya en el coche, sonó su teléfono.

—¿Sheila? —dijo Bone.

—Señor, Criminalística acaba de confirmar que el ADN tomado del cuerpo es el de Martin Burns. Por lo visto, consta en nuestros archivos.

—¿Por qué?

—Receptación; ocho meses, hace seis años.

—Vamos a tener que forzar la puerta de su vivienda.

—Además, tengo la dirección particular de Gary Speed.

—¿Han vuelto ya Mark y Will?

—Todavía no.

—Vale, ¿puede llamar a Mark y redirigirlos? Pero dígales que tengan cuidado. Parece una familia con la que no conviene meterse.

Doce

—Sinceramente, es lo más gracioso que he visto en años —dijo Harper, sujetándose los costados de dolor—. Venía riéndome desde la fábrica de Love Candy hasta la casa de Speed en Northview Avenue, y me duelen las costillas.

—No sigas. La maldita cosa me tenía arrinconado contra la pared. Peor que mi tía Muriel. En Navidad te cazaba y te plantaba un morreo en toda regla.

—¡Por favor! —dijo Harper.

—Incluidos nuestros perros.

—Bien merecido por tomarle el pelo al tipo del control de calidad.

Mullens aparcó junto a una hilera de casas municipales destartaladas.—Vaya tugurio. ¿Crees que traen a paisajistas famosos para arreglarles las fachadas?

—¿Qué? —preguntó Harper.

—Los colchones destripados y manchados, y los carritos de la compra hechos trizas. O a lo mejor son instalaciones artísticas de la cómo-se-llame.

—¿Tracey Emin?

—Esa misma.

—¿Alguna vez paras?

—Solo intento aligerarnos el día, joven Skywalker.

—Oh, creo que esa casilla ya la has marcado, Mark.

Se bajaron y cruzaron la calle.

—Mira el coche —dijo Harper y se detuvo junto a un llamativo Citroën Saxo morado, con ruedas sobredimensionadas, un enorme alerón trasero y un asiento del conductor digno de la próxima misión de la NASA a Marte.

—Por el amor de Dios. Qué pérdida de tiempo y dinero, toda esa mierda. Al final del día, sigue siendo el viejo vehículo de movilidad de tu difunta abuela, ¿no? —se quejó Mullens—. ¿Se creen que a las chicas les va a encantar o qué?

—Extensiones de su inseguridad —respondió Harper—. Mira las matrículas.

—TIGER1 —dijo Mullens—. Apuesto a que también tiene una lata de desodorante Lynx en la guantera.

Harper rodeó la parte trasera del coche y se arrodilló junto al parachoques.—¿Ves esto?

Mullens se le unió.

La esquina estaba arrancada, con una sección de fibra de vidrio al aire colgando de forma precaria por debajo.

—Y arañazos por el lateral, aquí también —Harper pasó el dedo por una hendidura profunda en la pintura.

—¿Eso es sangre o barro reseco? —preguntó Mullens.

—Espera —Harper corrió de vuelta al coche de servicio, rebuscó en el maletero y volvió con una bolsa para muestras—. ¿Tienes algo para rascar esto?

Mullens se palpó los bolsillos.—¿Esto vale?

—¿Un tenedor? —exclamó Harper, mirando el utensilio.

—Mi mejor tenedor para el curry, ese —Mullens se encogió de hombros.

Harper guardó con cuidado parte de los restos.

—A ver qué tiene que decir por sí mismo James Bond —dijo Mullens.

En la puerta principal, Mullens se detuvo.—¿Hueles eso?

Harper olió el aire.—¿Skunk?

—Casi se puede ver —Mullens se abanicó la nariz con la mano. Golpeó el picaporte oxidado.

Unos momentos después, la puerta se abrió de golpe y salió una nube de humo. Dos chavales, en plena conversación, casi chocaron

con los dos detectives en el umbral.

—¿El señor Speed? —preguntó Mullens.

Los chicos se echaron atrás, sorprendidos.

—Sí..., o sea, quiero decir que no está en casa —farfulló Speed, y luego soltó una risita.

Su colega se unió.

—Policía —dijo Mullens.

Alzaron sus tarjetas colgadas al cuello.

—¿Podemos hablar un momento?

—¡Joder! —exclamó Speed, y se les escabulló a empujones.

Mullens se dio la vuelta de golpe y agarró la chaqueta de chándal de Speed, pero este se zafó y siguió corriendo. El segundo chico volvió a toda prisa al interior.

Mullens persiguió al primero y Harper, al segundo.

Antes de que Mullens pudiera alcanzarlo, Speed saltó a su coche y, con un petardazo enorme, salió disparado calle arriba. Mullens corrió al coche de servicio y se lanzó tras él derrapando.

El Saxo se coló por el cruce al final de la calle, saltando chispas del alerón delantero por lo bajo. Siguió hasta un semáforo.

Mullens encendió la sirena del coche.

—¡Quédate en rojo! —gritó.

Pero cambiaron justo cuando se acercaba y el coche del chaval pasó a toda pastilla. Al cruzar la High Street, giró a la derecha y luego un brusco giro a la izquierda hacia The Crow Road, rumbo a las colinas.

Mullens hundió el pie en el acelerador del coche de servicio, pero el motor trucado del chaval estaba más que a la altura.

—Vauxhall de mierda —refunfuñó Mullens.

Metió segunda a tirones y empezó a subir la fuerte pendiente. Cuando llegó arriba, la carretera se enderezó y Mullens apretó el coche todo lo que daba. La distancia entre ambos se acortó hasta quedar a tiro del parachoques trasero destrozado del Saxo. Se abrió para adelantarlo y obligar al chaval a parar. Pero un tractor salió de un portón a la carretera a unos metros.

—¡Mierda! —pisó el freno, pegó un volantazo y se metió dando tumbos en la cuneta.

El tractor pasó rugiendo a un pelo de arrancarle el lateral del coche. El granjero le sacudió un puño airado. Mullens exhaló y siguió a toda pastilla, pero al tomar la siguiente curva ciega, el Saxo había desaparecido.

—¿Dónde estás? —Miró a derecha e izquierda y volvió a frenar. El coche derrapó hasta detenerse.

Vio el Saxo atravesando a toda velocidad un campo. Metió la marcha atrás de golpe, dio la vuelta y cruzó un paso canadiense para meterse en un camino de granja. Corrió hasta ponerse en paralelo con el Saxo. De pronto, este se detuvo, con las ruedas atascadas en la tierra arada y embarrada. La puerta del conductor se abrió de un portazo y Speed salió rodando. Mullens se detuvo a un lado y fue corriendo tras él. El chico echó a correr, tropezando por el campo hacia una hilera de árboles y el río.

—¡Por el amor de Dios, déjelo ya! —le gritó Mullens.

Pero Speed siguió esprintando. Al llegar a los árboles, el chico se detuvo. Mullens bajó el ritmo hasta paso ligero.

—Vamos, Gary. No tiene adónde ir —resolló Mullens.

Speed le hizo una peineta y saltó.

—¡Subnormal! —vociferó Mullens.

Corrió hacia allí. El borde del campo daba paso a una caída en vertical hasta el río. Speed estaba en la orilla, con el barro hasta las rodillas, y el agua, que corría rápida, a apenas unos pasos.

—¿Qué está haciendo? —le gritó Mullens desde arriba.

Speed intentó soltarse, pero las piernas se le hundieron más.

El chico gimió y jadeó. —Sáqueme de aquí. Me hundo. La voz le tembló cuando le entró el pánico.

—Estoy pensando en dejarle ahí un rato.

—¡Por favor! Me estoy yendo para abajo.

—Esa agua está cada vez más cerca, desde luego —sonrió Mullens.

Un par de vacas anduvieron parsimoniosas por la orilla y olisquearon con cautela el aire cerca de Speed.

—Quítemelas de encima. Odio a las putas vacas.

—Podría haberlas usado, zoquete —Mullens señaló un tramo de escalones de madera a pocos metros.

Bajó y se detuvo en el último peldaño. Las vacas echaron a correr al verle avanzar con su trote torpe hacia ellas.

—¡Rápido! —gritó el chico.

—Ay, ay... ¿y a qué venía ese paseíto inesperado por las lomas?

—Vamos, ¡esto me está chupando hacia dentro!

—Gary Speed, queda usted detenido por...

—No es mi material. Alguien se lo trajo a la casa.

—Ah, empecemos de nuevo, entonces. Gary Speed, queda usted detenido por...

—¡Sáqueme de esta mierda apestosa primero, por favor!

Mullens se inclinó, le agarró el brazo a Speed y sacó al chico de un tirón. Sus piernas, enfangadas y malolientes, emergieron con un sonoro «chof». Lo arrastró hasta terreno seco.

—¡Joder, gracias! —dijo Speed con alivio.

Mullens le agarró la chaqueta del chándal, toda llena de barro, y lo puso en pie a tirones.

—Las llaves —ordenó Mullens, sin aflojarle la presa.

—Siguen en el coche.

—¡Vale! —Mullens hizo que el chico subiera a empellones los escalones y regresara campo a través.

—¡Vienen vacas! —gritó, justo antes de que llegaran al coche de servicio.

Speed se tiró al suelo como si esperara que se lanzaran en picado sobre él desde arriba.

—Levántese, maldito imbécil —Mullens lo alzó.

Abrió la puerta.

—Ahora siéntese ahí, y como haga un solo movimiento, le vuelvo a tirar al barrizal con las vacas.

Empujó a Speed al asiento trasero; la ropa, que apestaba, pringó de barro toda la tapicería. —Si este fuera mi coche, le habría tirado al río antes. Cerró la puerta de un portazo y la bloqueó. Speed gimoteó detrás.

Mullens llamó a Harper.

—¿Estás bien?

—Todo bien por aquí. El segundo corredor, detenido y de camino. Hemos encontrado a otro tipo escondido en la casa. ¿Dónde estás?

—Te lo cuento luego, pero el payaso pringado de mierda de vaca también ha caído, por fin, y está apestando la parte de atrás de este coche de servicio que una vez estuvo impoluto. Y, por una vez, no es culpa mía.

—¿Qué?

—Da igual. ¿Paso y te recojo?

—No te preocupes. Me vuelvo en el furgón. Nos vemos en un rato de vuelta en el adefesio.

Mullens colgó y se sentó al volante. —Jesucristo, va a tener que cambiar de colonia, amigo —abrió la ventanilla—. A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí —dijo—. Queda usted detenido bajo sospecha de asesinato...

—¿Cómo? —chilló Speed—. Yo no he asesinado a nadie —sollozó.

—No interrumpa. Huir del lugar del delito...

—Jo, venga, ¿qué es esto?

—Ah, ahora me ha hecho perder el hilo. Asesinato, escena del crimen, ah, sí, conducción con intención de herir o matar a un agente de policía...

—Eso son gilipolleces. ¡Solo estaba aparcando! —protestó el chico.

—Mire, si va a seguir interrumpiendo, podemos estar aquí todo el día. Cierre la boca y déjeme terminar.

Y así siguió hasta que Mullens completó la detención y Speed se dejó caer en su asiento empapado de fango y sollozó como un crío durante todo el camino de vuelta a la comisaría.

Trece

Cuando Bone y Walker regresaron a la casa de Burns, el equipo de primera respuesta ya los estaba esperando.

—Estamos a punto de entrar, señor —dijo el agente de respuesta.

—Vale. Me da rabia pedir esto, pero ¿tienen guantes y cubrezapatos de protección que podamos tomar prestados?

—Sí, señor. Fue hacia el vehículo aparcado enfrente y volvió con el equipo.

Tras una breve pelea con las gomas, los detectives estuvieron listos.

—Primero usted —dijo Bone al agente.

Se reunió con su compañero, que empuñaba un ariete. Bone y Walker se hicieron a un lado y un agente lo estampó contra la puerta, a la altura de la cerradura. Astillas salieron despedidas en todas direcciones. La puerta se abrió de golpe y chocó contra la pared interior. El de uniforme se apartó y Bone se asomó al sombrío pasillo del fondo.

—¿Hueles eso? —dijo.

—UHU —dijo Walker.

—Hola a ti también.

Walker suspiró. Bone se inclinó por el hueco, alargó la mano y tanteó hasta dar con un interruptor.

El recibidor estaba abarrotado de maderas cortadas de varias formas y tamaños que casi llegaban al techo.

—Joder. Esto parece un B&Q —dijo Bone.

Pasó a duras penas junto a un grueso haz de listones de dos por dos apoyados contra la pared y entró. Aparte del botín de la selva amazónica, el pasillo era espartano, con las paredes cubiertas de un antiguo papel pintado Anaglypta color magnolia y una bombilla desnuda colgando del techo.

Walker recogió unas cartas que estaban equilibradas sobre una estantería volcada.

—Facturas en rojo —dijo, y las dejó donde estaban.

Bone se volvió y registró los bolsillos de un abrigo colgado tras la puerta. Sacó de uno un trocito de papel y lo alzó hacia la luz amarillenta y tenue.

—Un recibo de... Entornó de nuevo los ojos. —Dos fish and chips, una pinta y vino blanco.

—Comida para dos y, ya sé que no es propio de mí hacer suposiciones sexistas, pero lo del vino blanco me sugiere compañía femenina. ¿Dice dónde?

Bone volvió a entornar los ojos. —Está muy descolorido.

—Déjame. Le quitó el papel. —The Methuen Arms, Clachan.

—¿Dónde está eso?

—No estoy segura. ¿La meto en una bolsa?

Bone asintió. Walker sacó de su bolso una bolsa de pruebas del tamaño de un puño y metió dentro el recibo.

Siguieron hasta el salón. Un butacón raído estaba colocado en el centro, frente a un voluminoso televisor de válvulas que se equilibraba de forma precaria sobre una mesita auxiliar. Junto a la butaca, había una mesita cargada de latas vacías de sidra y un cenicero rebosante. Bone escogió una de las colillas y la olió.

—Hierba.

Aparte de una lámina enmarcada de una desvaída escena de montañas escocesas sobre una chimenea alicatada, las paredes estaban desnudas y cubiertas con el mismo papel Anaglypta.

—¿Ni rastro de un teléfono? —preguntó Bone.

Walker se encogió de hombros.

Se dieron media vuelta y siguieron por el pasillo. La estrecha cocina de estilo años cincuenta del fondo era un caos; ollas y platos sucios amontonados en el fregadero y en cualquier hueco que quedaba en las encimeras, y más latas de sidra y periódicos desparramados sobre una mesa de cocina encajada contra la pared. Walker señaló un segundo cenicero lleno.

—Un hombre al que le gusta darse una caladita —dijo ella.

Bone se acercó a la puerta trasera. Echó atrás el cerrojo y salió.

—Ven a ver esto —llamó.

Walker le siguió.

El patio estaba hasta los topes de más madera, con algunos montones medio cubiertos por lonas mugrientas, cuyos extremos aleteaban con el viento.

—¿Qué hay ahí dentro? —Walker señaló un cobertizo en la parte de atrás.

Bone se acercó y probó la puerta. Se abrió con un crujido y escapó un fuerte hedor a pegamento. Se tapó la nariz, entró y encendió la luz. Dos tubos fluorescentes sobre sus cabezas parpadearon hasta encenderse, iluminando un taller largo y estrecho lleno de muebles a medio hacer, paneles decorativos tallados, mesas de tres patas y sillas rígidas de comedor sin asiento. Alrededor de la zona de trabajo, las herramientas colgaban de ganchos; estanterías cargadas con más madera y cajas de tornillos, clavos y otra ferretería variada.

Walker se acercó al banco largo del centro de la sala. Un armario de caoba estaba de lado, su puerta yacía a su lado junto con varias herramientas de talla, botes y tubos de colas, adhesivos, masillas y pastas. Walker cogió un bote abierto de un litro de pegamento con una brocha asomando por arriba.

—Creo que ya he encontrado de dónde viene ese olor tan encantador —dijo.

—Aquí también hay un bidón de lo mismo. Bone dio unos golpecitos a un gran recipiente de plástico arrimado a la pared del fondo, y retumbó como un bombo de banda.

—Son preciosas —dijo Walker. Se arrodilló junto a una hilera de puertas de armario alineadas a lo largo de la pared lateral y pasó el

dedo por uno de los delicados diseños florales tallados.

—Eso es artesanía de verdad —dijo Bone.

—Muebles quizá, pero desde luego no carácter, por lo que se dice.

Bone dio un paso atrás. —Pero sigue sin haber teléfono. Bien, dejemos que el equipo de criminalística se ponga con esto y a ver si encuentran algo más con lo que podamos trabajar.

Walker le siguió fuera.

—Con suerte, Will y Mark tendrán más a partir del trabajo de Burns.

Bone miró el reloj. —Bien, creo que ya basta por hoy en Amityville. Me pasaré por el Clachan de camino de vuelta para reclamar esos recibos y luego voy a dar la jornada por terminada. Si pudieras ponerte en contacto con el equipo para ver si hay novedades, entonces te sugiero que tú y el equipo os vayáis también a casa. Mañana, otra vez madrugón y jornada larga.

—Vale. Te llamo si hay más novedades.

—Hasta mañana. Bone asintió, cansado, a modo de despedida.

—Si no te veo antes.

—Sin ánimo de ofender, Rhona, pero eso espero que no. Sonrió y se separaron.

Catorce

Gary Speed se desplomó sobre la mesa de la entrevista, arrancando el barniz de la superficie con la uña. Mullens y Harper se sentaron enfrente.

El joven quinqui pegó un bote en el asiento.

—Señor Speed, buenos días. Mullens miró el reloj. —Perdón, buenas tardes.

—Yo no he hecho na'. Speed alzó las manos.

—Doble negación, Gary. Eso significa que lo has hecho todo —dijo Harper.

—¿Qué? Quiero decir, no sé de qué va nada de esto. Me estoy pelando de frío aquí sentado en esta mierda. Speed tiró del chándal embarrado. —Es una vulneración de mis derechos humanos.

—Por supuesto —dijo Mullens—. Y arreglaremos eso en cuanto nos ayude con unas preguntas. No debería llevar mucho. Ya nos conocemos, claro, pero aún no ha conocido a mi colega, el agente detective Harper, ¿verdad?

—Me la suda. Speed cruzó los brazos.

Mullens preparó la grabadora.

—¿Van a encender eso? —preguntó Speed.

—Para nuestros registros, y dado que está detenido, es lo que hacemos.

—Esto es una broma. Yo no he hecho na'... nada, quiero decir.

Mullens pulsó grabar y empezó con la introducción.

—Me empujaron dentro. Eso es agresión. Podía haber muerto. Me estaba tragando.

—Tiene derecho a un abogado, y podemos organizarlo —continuó Mullens.

—¿Un abogado? No conozco a ningún abogado. Estoy sin un duro.

—Podemos encargarnos. ¿Quiere que lo hagamos? Aunque, como advertencia, tardará unas horas en venir el abogado de oficio.

—¿Unas horas?

—Me temo que sí. Mullens hizo una mueca.

—¿Sentado con esta peste a boñiga de vaca?

—¿Quiere que se lo gestione?

—Bah, vaya al grano. Speed soltó un suspiro.

—Entonces, ¿está conforme con que prosiga sin asistencia letrada?

—¡Sí!

—¿Por qué salió huyendo cuando fuimos a su casa?

—No me escapé. Solo me apetecía dar una vueltecita.

—¿Así que no se dio cuenta de mí, con las sirenas aullando y las luces parpadeando justo detrás de usted?

—Correcto.

Mullens golpeó la mesa con la mano. —Déjese de gilipolleces, Speed. Tu supuesto colega se está mordiendo los puños en los calabozos mientras hablamos, y estoy seguro de que también tendrá mucho que decir sobre por qué salió por patas.

—¿Están aquí?

—Oh, sí. Mis compañeros informaron de un olor bastante potente en su propiedad.

—Mi hermano lleva siglos dando la brasa al ayuntamiento por las alcantarillas. Apestan que tumban.

—No, es un olor más exótico, de los potenciados con químicos.

—Ah, ¿sí?

—Y tanto. ¿Está cultivando skunk en su domicilio?

—¿Skunk? ¿Quiere decir cannabis?

Mullens suspiró y dio unos toques en la mesa.

—No, nunca. Yo no me drogo. Eso te destroza. Speed puso una mueca de desprecio.

—No le conviene jugar conmigo, cenutrio. Hay agentes por toda su casa ahora mismo, y encontrarán su granjecita, así que, yo que usted, lo admitiría antes de que las cosas se le pongan muchísimo peor.

—Ni idea de qué habla. Speed se encogió de hombros.

—¿Está trabajando para su viejo, es eso? —Mullens se recostó—. Vaya personaje pintoresco, ¿eh, agente detective Harper?

—Yo diría más bien gentuza de lo más rastrera —dijo Harper.

Mullens echó una ojeada a su compañero.

—Eh, no ponga verde a mi padre. No tiene nada que ver con nada.

—Ah, sí, porque está en prisión por doble asesinato —dijo Mullens—. Debe de ser durísimo para usted, vivir a la sombra de tan ilustre gentuza de poca monta.

—Es para consumo propio.

—Ah, ahora vamos avanzando —dijo Mullens—. Así que usted puede fumarse quinientos kilos en, ¿qué?, ¿un día? Y supongo que los dos mil en billetes de cinco y diez que los agentes confiscaron en el local eran del dinero de su reparto de periódicos.

—Lo saqué de mis ahorros para comprar unas cosas para mi coche.

—Ah, sí, su coche. Eso nos lleva al siguiente tema candente del día. ¿Estuvo conduciendo anoche la susodicha centrifugadora?

—¿Qué? ¿Anoche?

—Vamos. Esto empieza a ser doloroso —suspiró Mullens.

—Eh... no me acuerdo.

—Se vio su coche circulando a toda velocidad por Cullenbrae. Usted y un grupo de sus amigos estuvieron en el pub sobre las seis y media de la tarde; después, a las diez y treinta y tres, las cámaras de CCTV le grabaron incordiando al dependiente de la gasolinera en la Star Service Station de Cullenbrae.

—Pues sí, ahora me acuerdo. Fuimos allí a tomar algo temprano antes del partido.

—¿Qué partido?

—Fútbol. Copa de Europa. El Celtic jugaba contra el AC Milan, fuera de casa. ¿No lo sabía?

—¿Cuándo salió del pub? —insistió Mullens.

—Debió de ser poco después de las nueve. El partido empezaba a las nueve cuarenta y cinco.

—Entonces, ¿qué hacía en la gasolinera a las diez y media?

—En el descanso. ¿Es que no ve usted fútbol, entonces?

—¿Fue desde la Northlands Estate hasta la Star Service Station en Cullenbrae por un pack familiar de Monster Munch?

—Me apetecía dar una vuelta. ¿Qué quiere que le diga?

—¿Quién iba con usted en el coche?

—Solo mis colegas.

—¿Robert Delaney y Joseph Crampton? Nuestros invitados al fondo del pasillo.

—Del y Cramps, sí, pero le dirán lo mismo. Era el descanso y salimos a la caza de más alcohol —alzó la vista—. Y antes de que pregunte, yo era el conductor designado.

—Sí, claro.

Speed se recostó. —Mire, agente. Vale, de acuerdo, puede que estuviéramos fumando un poco de hierba cuando ustedes aparecieron por allí, y supongo que me pude haber puesto un pelín nervioso. Ya me habían amonestado antes por tenencia, así que me preocupaba que esta vez me imputaran. No quiero ir a prisión. Solo tengo dieciocho años. —Apretó la boca.

—agente detective Harper, ¿puede mostrarle al señor Speed las fotos, por favor?

Harper sacó un iPad.

—A efectos de la grabación, el agente detective Harper está mostrando al señor Speed fotos de un Citroën Saxo, matrícula TIGER1.

Harper giró la pantalla. —¿Puede confirmar que es el titular de este vehículo?

—Lo soy, sí.

Harper pasó las imágenes. —Ahora le enseño al señor Speed una segunda fotografía. ¿Puede explicar cómo parece que la parte trasera de su coche ha sufrido daños considerables en el alerón?

—Qué mal se ve en esa foto. No me lo puedo creer. Ese alerón me costó tres meses de sueldo.

—¿Y bien? —apremió Mullens.

—De vuelta del pub, atropellé a un ciervo. Salió de la nada. Mi profesor de autoescuela me dijo que nunca diera un volantazo, sino que apuntara recto, porque si no puedes perder el control y acabar todos muertos.

—¿Un ciervo?

—Sí, y de un tamaño de la hostia, además.

—¿El animal sobrevivió?

—Ni idea. Salió corriendo, o cojeando. Seguramente palmó —Speed alzó la vista—. No iba borracho ni colocado ni nada, si es eso lo que está pensando.

—Entonces, ¿no fue un ciclista?

—¿Un ciclista? ¿Una persona, quiere decir?

—A menos que los ciervos hayan desarrollado habilidades que desconozco, sí, un hombre en una bici.

—No, por supuesto que no. Lo habría denunciado. Fue un ciervo, se lo digo yo. Un maldito bicho a rayas enorme. Joder. ¿De eso va todo esto? ¿Cree que me llevé por delante a alguien en la carretera y me di a la fuga?

—Tiene antecedentes, señor Speed, como acaba de demostrar.

—Eso fue por tenencia, no por matar a nadie. Speed exhaló. —Esto es una puta pasada.

—Le planteo, señor Speed, que embistió al ciclista, quizá por accidente o incluso a propósito. A lo mejor a usted y a sus colegas les hizo gracia tirarlo de la bici.

—Ni de coña, tío.

—A lo mejor iba tan colocado que ni lo vio.

—No había tomado nada. Iba conduciendo. Adoro mi coche. No quiero perder el carné.

—Usted se largó. Pero luego, un poco más adelante, ¿la paranoia del skunk pudo con usted y entró en pánico? "¿Y si me ha apuntado la matrícula?" "Se irá a la pasma." Y sus colegas quizá se metieron también. "Nos van a pillar, al trullo." "Hay que arreglarlo." ¿Fue así?

—Tonterías. Fue un ciervo.

—¿Volvió y lo encontró aún con vida? Quizá le reconoció. Y la cosa se puso peor. ¿Fue entonces cuando decidió simplificar y rematarlo?

—Yo no podría hacer algo así.

—Sus supuestos colegas no van a decir lo mismo. Todos le van a dejar con el culo al aire para salvarse el pellejo.

—Esto es una puta pesadilla. Atropellé a un puto ciervo. Su cara se descompuso y gimió. —Solo cultivo un poco de hierba para mis amigos.

—¿Qué amigos?

—Mis colegas, y alguna gente de por ahí, ya sabe, que me echó una mano. No la vendo, es para consumo propio. Y ya está. No atropellé a nadie y me di a la fuga, joder.

—¿Entre sus colegas hay alguien de Cullenbrae? Martin Burns o Stu Mason, por ejemplo.

—No voy a delatar a nadie.

—Sin duda ayudaría si colaborase, señor Speed.

—No soy un chivato, punto. Se secó las lágrimas de la cara.

—Le voy a dar unos minutos, señor Speed, y le sugiero que acepte nuestra oferta de un abogado. Mullens alargó la mano hacia la grabadora. —Entrevista en pausa mientras el sargento detective Mullens y el agente detective Harper entrevistan a más personas de interés en la investigación del asesinato de Cullenbrae.

—Yo no hice esta mierda de la que están hablando.

En el pasillo, Mullens y Harper salieron al hueco de la escalera.

—¿Alguna noticia sobre la muestra de sangre tomada del coche? —preguntó Mullens.

Harper comprobó su móvil. —Todavía no.

—Vale, dejémosle que se cueza un poco mientras entrevistamos a los demás. Mullens se detuvo. —Espere, ¿qué día es hoy?

—Miércoles, ¿por qué?

—¿Qué hora es?

—Mire su propio reloj.

—Mierda —dijo Mullens—. Saco a mi padre a la tienda de fish and chips miércoles sí, miércoles no. Se me había olvidado por completo.

—Si necesita irse, no pasa nada. Puedo encargarme de las entrevistas.

—¿Usted, solo? No lo creo.

—No, con Sheila, o si el jefe y Rhona vuelven, nos lo repartimos.

—¿Está seguro?

—O hay corroboración o no, y por lo menos los tenemos por cultivo, así que, ¿qué puede salir mal? Harper sonrió.

—Se me está volviendo un poco listillo, ¿lo sabe?

—Aprendí del maestro.

—A eso voy.

—Bueno, si va a insultarme, puede que no le haga—

—Vale, gracias, joven Jedi. Le debo una.

—¿En paz?

—Ese aullido de recién nacido vale mucho más que esto, pero queda anotado.

—Anda, váyase ya —dijo Harper—.

Mullens salió pitando por la puerta trasera.

Quince

Tras un par de vueltas equivocadas, Bone por fin dio con The Methuen Arms, escondido por un callejón detrás de la iglesia del pueblo de Clachan. Entró en un minúsculo aparcamiento junto al precioso edificio del pub, del siglo XVIII, y estacionó entre un Mercedes de gama alta y un Range Rover casi del doble de tamaño que el Saab de Bone.

—No dejes que te intimiden, Bertha —dijo Bone.

Le dio unos golpecitos al salpicadero y salió. Alzó la vista hacia la fachada del pub, cubierta de hiedra. Le resultaba vagamente familiar, pero no habría sabido decir por qué. Cruzó el aparcamiento y entró.

—¡Que te den! —chilló, muy cerca de su oreja, una vocecilla aguda y cascada.

Bone se volvió en redondo. Un miná, posado en una jaula, ladeó la cabeza y le lanzó una mirada torva.

—¿Qué quieres? —graznó.

—¡Morris! —gritó una segunda voz desde más allá de la entrada.

—¡Morris! —repitió el miná—. ¡Que te den!

Se oyó una carcajada general.

—Buenas noches a ti también —le dijo Bone al pájaro.

Este volvió a ladear la cabeza y se rascó el pico.

—¡Una pinta de 80! —repitió como un loro.

Bone se acercó al barman, que sonreía, apoyado sobre una barra de caoba profusamente tallada.

—Perdone al pájaro, señor. Tiene una boca como una fosa de purines.

—Conozco a alguien exactamente así —dijo Bone.

—Pero si le suelta tacos, es que le cae bien.

—Ajá, eso también.

—¿Qué le pongo?

Bone echó un vistazo alrededor. Recuerdos de golf cubrían hasta el último centímetro de pared: palos antiguos, fotos firmadas y enmarcadas de estrellas del golf, copas y trofeos, y, justo encima de la cabeza de Bone, una bolsa de golf de tartán, carcomida por las polillas, colgaba de una viga. Asomaban tres palos de madera por el extremo.

—¿Señor? —apremió de nuevo el barman.

—Perdone, estaba admirando la decoración. ¿Qué es esa bolsa?

—Esos son los palos de Old Tom Morris.

—¡Que te den! —se carcajeó el miná desde la puerta.

—¡No tú, Morris! —bramó el barman.

Dos hombres en el extremo de la barra volvieron a reírse.

—¿Qué quieres? —replicó el pájaro.

—¿Quién? —siguió Bone.

—¿No sabe quién es Tom...? —el barman se detuvo y echó un vistazo al pájaro—. ¿Quién es?

—Lo siento, el golf no me va mucho.

El pub quedó en silencio y la clientela se volvió a mirarlo.

—Yo no lo diría muy alto por aquí. Lo van a enterrar a dos metros bajo el búnker del hoyo trece —sonrió el barman.

—Soy el inspector jefe Bone de la comisaría de Kilwinnoch —dijo Bone.

—¿Comisaría?

Bone alzó su acreditación.

—Dios... sabe que lo del hoyo trece era broma, ¿no?

—¡Payaso! —graznó el miná.

—No se preocupe. Busco información sobre uno de sus clientes. —Bone abrió la mochila, sacó una fotocopia del recibo y la dejó

sobre la barra—. El señor Burns y otro cliente cenaron aquí el uno de septiembre. ¿Recuerda con quién estuvo esa noche?

—De eso hace más de un mes. Tenemos muchas reservas, y por esas fechas se alojaron aquí Bubba Watson y su séquito americano.

—Supongo que es un golfista estadounidense, ¿no?

—Está de broma, ¿no? —el barman repasó el recibo con la mirada—. Eso es del bar, no del restaurante. Déjeme que consulte las reservas. —Desapareció por la parte de atrás.

—¡Cenutrio! —chilló el miná.

—¿Qué quieres? —le gritó uno de los hombres de la barra.

Pero el pájaro guardó silencio.

—Entonces no le gustas *tú,* ¿eh? —bromeó Bone.

El hombre le frunció el ceño y reanudó su acalorada conversación con su compañero de copas.

En ese momento se abrió la puerta principal y entraron tres golfistas, vestidos con estridentes trajes de cuadros; uno, con unos plus-fours de tweed, sujetaba una bolsa enorme atestada de palos con fundas de gorros con borla. El miná dio brincos en la jaula, cacareando de emoción como una bruja vieja.

Los hombres se acercaron a la barra.

—¿Pero quién coño se cree que es? —dijo uno al grupo—. Eso son dos rondas más por la misma maldita pasta.

—¡Vete a tomar por culo, otra vez no!

—¡Vete a tomar por culo! —repitió el miná.

—Ya veo de dónde lo saca. —Bone asintió a los hombres.

—¿Qué?

—El portero malhablado.

—Ah, sí, Morris —dijo el primero, y puso los ojos en blanco ante sus amigos.

—¡Capullo! —graznó el pájaro.

Se retiraron a una mesa y, al cabo de un instante, el de los plus-fours volvió.

—¿Ha salido usted esta tarde? —preguntó a Bone—. El viento estaba de espanto. —Se volvió hacia sus amigos—. Desde luego, esto no es Florida, ¿eh, chavales?

—No, no juego al golf. —Bone sonrió.

—Qué suerte. Es el juego del diablo.

—Entonces, ¿es usted caddie?

—Por desgracia, sí. Unos pringaos todos. Hoy en día es un oficio para pardillos. La pasta ya no se parece en nada a lo que era. Pensarías que todas estas estrellitas soltarían el dinero, pero es justo al revés. Quejarse, quejarse y quejarse. Por no hablar de sus agentes tacaños, de culo prieto. En los viejos tiempos, se nos respetaba. Hice de caddie una vez para Lee Trevino y me invitó con la familia a su rancho en Florida. Un hombre generoso, amable. Ahora no. Tiburones y tacaños con cara de esfínter.

Volvió el barman. —Perdone, inspector. El libro se había esfumado, pero lo he encontrado. Lo dejó al lado del recibo.

—¿Es usted policía? —preguntó el caddie.

—Me temo que sí.

—¿Habéis oído, chavales? Pepsi Max para todos. —Le dedicó a Bone una sonrisa.

—¿Lo de siempre para todos, entonces, Jim? —dijo el barman—. Os las llevo en un minuto.

— El grupo soltó una carcajada, y el caddie volvió a su mesa.

—Bien, déjeme que eche un vistazo. —El barman abrió el libro.

—Fue el día uno, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Martin Burns.

El barman pasó las páginas y se detuvo a mitad. Recorrió con el dedo las fechas del registro, desplegadas a lo largo de las dos páginas.

—Aquí está. —Golpeó el libro con los nudillos—. En realidad se quedó una noche. Espere. —Retrocedió unas páginas más—. Y otra vez tres semanas antes.

—¿Estancias de una noche?

—Sí.

—¿Habitación doble?

—Correcto, sí.

—¿Recuerda con quién venía?

—Voy a buscar a la jefa un momento. —Desapareció de nuevo por la parte de atrás.

Instantes después, volvió con una mujer menuda a su lado que se parecía inquietantemente a Nicola Sturgeon.

—Esta es mi mujer, Martha, inspector. El detective quiere información sobre uno de nuestros huéspedes, Martin Burns.

—¡Hola, guapa! —chilló el miná cuando vio a la patrona.

—Hola para ti también. —Le lanzó un beso al pájaro.

—Amor de despensa, inspector, puro y duro —dijo el casero.

—Inspector jefe Bone, señora. ¿Recuerda haber tomado las reservas del señor Burns? Ha reservado una habitación doble varias veces.

—Sí, me acuerdo. —Se volvió hacia su marido—. Es ese tipo, ¿ya sabes? —Le hizo un gesto con la cabeza.

—¿El qué? —respondió el barman, con la mirada perdida.

—Ya sabes, con novias distintas cada cinco minutos.

—¡Ah, él! ¿Ese es? —dijo el barman—. Perdón, inspector, sí que le conozco.

—Quizá deberíamos pasar atrás —dijo Martha.

La pareja de la mesa más cercana se quedó mirándolos.

—Por aquí. —Levantó la trampilla lateral del mostrador.

Bone la siguió por la parte de atrás hasta un despacho a mitad de un pasillo estrecho.

—Cuidado con esa viga —dijo.

Pero Bone se agachó demasiado tarde y se dio un cabezazo contra el tronco que tenía delante de la cara. Soltó un alarido y se frotó la frente.

—Hice eso casi todos los días durante meses después de mudarnos —dijo ella.

Bone calibró su tamaño y se preguntó cómo.

Siguieron hasta el final y entraron en un despacho desordenado.

—No quería decir nada ahí fuera, porque en este pueblo es peor que el maldito *Emmerdale* —dijo—. Hizo sitio en una silla junto a su mesa—. Siéntese un segundo.

Apartando papeles a un lado, abrió la agenda.

—Así que el señor Burns reservó una habitación el... —pasó las páginas— el uno de septiembre.

—Un momento, voy a coger mi cuaderno.

—Se las apunto yo. —Rebuscó por el escritorio y sacó un bolígrafo y un cuaderno de entre los trastos que tenía delante. Revisó las entradas—. Así que el veintitrés de agosto es su primera estancia de este año.

—¿También reservó el año pasado?

—Es posible, pero eso estará en una agenda de reservas más antigua. ¿Quiere que lo compruebe?

—Quizá más tarde. Siga.

Apuntó a toda prisa la primera fecha. Miró un poco más adelante. Luego, el diecisiete de septiembre, el dos y el diez de octubre. Arrancó la hoja y se la entregó.

—Es un intervalo bastante corto. ¿Recuerda con quién venía?

—Era una mujer distinta cada vez. No pasó desapercibido —abrió mucho los ojos y volvió a mirar el libro—. Pero estas dos de octubre fueron la misma persona. Y la última fue —ejem— movidita.

—Siga.

—Recuerdo que tuvieron una bronca de campeonato. Los dos dándose de lo lindo en la habitación. Nuestro piso está en la parte de atrás del pub y, por desgracia, los metí en la habitación que da a nuestro dormitorio. Estuvieron horas, y luego por la mañana él desayunó solo.

—¿Se unió a él después?

—Ya se había ido. Salió pitando a medianoche. Oí su coche salir quemando rueda del aparcamiento.

—¿Tiene un nombre?

—Lo siento, no. Solo el de él. Era rubia, muy atractiva, con pinta de tener dinero. Ni idea de qué le vería.

—¿La reconocería si la volviera a ver?

—Yo diría que sí, desde luego.

—¿Recuerda la marca y el modelo del coche que conducía?

—Oh, era pijo. Un BMW grande, de la Serie no sé cuántos. Plateado o gris, creo, aunque no estoy segura. Recuerdo que Barry, el grandullón de ahí, dijo que le gustaba uno, y yo pensé que se

refería a ella —se echó a reír—. Espere un momento, debo de haber apuntado la matrícula. Tuvimos un lío terrible con un cliente hace un tiempo: dijo que habían dañado su coche y quería denunciarnos. Resultó ser otro coche, e intentaba colárnosla.

—Hay gente para todo, ¿eh?

—Ni se lo imagina, inspector. En fin, ahora llevo un registro de los vehículos de todos los huéspedes y hemos puesto carteles para recordarles que usan nuestro aparcamiento bajo su propia responsabilidad. Perdón, que me estoy enrollando —pasó el dedo por la entrada—. Aquí está. —Volvió a girar el libro.

—Estupendo, gracias. Si se fue a medianoche, ¿cómo volvió el señor Burns a casa?

—Preguntó dónde estaba la parada de autobús más cercana y se fue andando. No sé qué pasaba entre ellos, pero seguro que esa caminata de cuatro millas y las tres horas de espera del número 3 le hicieron pensar un poco —sonrió.

—¿Y sus acompañantes anteriores?

—Ni fuegos artificiales ni huidas a medianoche. Muy acaramelados, por lo que recuerdo.

—¿Siempre lo traían en coche?

—No, creo que las veces anteriores conducía él. Su coche no era nada pijo. Una tartana y hecho un asco. Ahí está su número de matrícula.

—¿Y no han vuelto desde entonces?

—Nanay. Amor haciendo aguas, ¿eh? —Cerró el libro.

—De acuerdo, gracias de nuevo.

De camino a la salida, saludó con la mano a los caddies arremolinados, conspirando en la esquina.

—Que te jodan —carcajeó el mainá— cuando se fue.

—Que te jodan a ti también, descarado —sonrió al pájaro.

Este ladeó la cabeza y lo escrutó, midiéndole las fuerzas.

Bone se retiró a su coche antes de que emprendiera su siguiente agresión verbal y llamó a Baxter.

Dieciséis

Mullens irrumpió en la residencia de su padre y fue corriendo hasta la recepción.

—Hola, Julie. Siento muchísimo llegar tarde.

—Sin problema. Tu padre ha estado tan ricamente jugando al Scrabble con sus colegas en la sala mientras te esperaba. Creo que ya lleva el abrigo puesto, listo para salir.

—Gracias.

Mullens atravesó a toda prisa y vio a su padre en una mesa alargada con sus compinches de siempre.

—No, no, no, así no se escribe wanker, Jimmy —rugió su padre.

Mullens se acercó.

—Perdona el retraso, pa. ¿Estamos listos para irnos?

—Díselo tú, Mark. Es W-A-N-K... —se detuvo—. —Espera.

Mullens bajó la vista al tablero. Su padre había formado toda una colección de tacos, algunos con acierto y otros no tanto, pero todos de lo más ofensivos.

—Creo que el único que está jugando eres tú, pa —dijo Mullens.

Los residentes se habían apiñado en torno a George y miraban sin expresión el tablero o las paredes del fondo.

—Sí, ya lo creo. Juego sucio. Wankers con cara de póquer. E-R. Eso es. Te lo dije, Jimmy, no A-R. Es wanker, con E-R. Qué wanker. —se rió tan fuerte que acabó tosiendo.

—Vámonos, pa, antes de que montes una pelea.

—Oh, eso estaría bien. Mejor que quedarme aquí esperando a palmarla, joder.

De vuelta en recepción, Mullens saludó con la mano a la encargada de guardia.

—Nos vemos el viernes —le gritó la gerente.

—El sábado, querrás decir —dijo Mullens.

—No, lo hemos cambiado porque el tiempo va a ser absolutamente horrible el sábado. Te mandé un correo la semana pasada.

—¿Viernes? ¿Este viernes?

—No lo has leído, ¿verdad?

—Perdón.

—¿Qué ha hecho ahora? —terció George desde su silla.

—¿Es a la misma hora?

—Sí, de cuatro a seis de la tarde. Si ahora te supone demasiado lío, no te preocupes. Tenemos de sobra.

—No, no, reuniré a la tropa. Déjamelo a mí.

—Solo si estás seguro.

—Es culpa mía por despistado. Yo me encargo.

—Genial. Estoy segura de que todos lo agradecerán mucho.

—¿Tú crees? —Mullens puso una mueca.

—¿La tropa? ¿Nos vamos a Arnhem? —intervino de nuevo George.

—A la freiduría, pa. No se lo digas a la gerente. Miró hacia ella y le guiñó un ojo.

Ella le meneó un dedo reprobatorio y sonrió.

Mullens empujó la silla de su padre por el lateral del edificio, bajó por una rampa y salió por la puerta trasera.

—Santo Dios, hijo, ¿estás intentando sacudirme las tripas hasta que se me salgan por el culo? —protestó George, bamboleándose en la silla.

Siguieron hasta el Burngreen y se encaminaron hacia el templete de la música. Algunas flores aún estaban en flor, bordeando los paseos a ambos lados y en parterres circulares en el centro de los céspedes, primorosamente cuidados.

—El ayuntamiento se ha superado este año, ¿eh, pa?

George gruñó.

Mullens entornó los ojos mirándole. —¿Todo bien? Estás preocupantemente callado.

—No todos somos barriles vacíos, ¿sabes? —dijo George, fingiendo acento de Newton Mearns.

Aparecieron dos chavales por delante, uno con un eccema desbocado que le devoraba casi cada centímetro de la cara.

—Jesús —murmuró George al acercarse.

—Pa. Compórtate —ordenó Mullens.

—Creo que te has pasado con el pepperoni, chaval —gritó George.

Mullens hizo una mueca. —¡Pa!

—¿Qué has dicho? —preguntó el cani.

—No le hagáis caso, chavales —Mullens sonrió. Puso los ojos en blanco.

—No sabía que Pizza Express repartía ahora a pie —continuó George.

—Escucha, Jabba el Hutt. ¿Quieres probar suerte conmigo? —replicó el chico dando un paso al frente.

Mullens enseñó su acreditación, que todavía le colgaba del cuello.

—¡Lárgate! —le gruñó.

El segundo, que sujetaba una botella de Buckfast, intentó ocultarla a hurtadillas a su espalda.

—¡Y tira eso ya!

—Vaya desperdicio de buen brebaje —volvió a colarse George.

—Lo que diga Jabba —dijo el segundo chico.

—¡Ahora! —cortó Mullens.

El chico lo tiró en la papelera más cercana y la pareja siguió andando. Mullens se volvió, y ambos le enseñaron el dedo.

—Pa, por favor. Si no te comportas, te llevo de vuelta ahora mismo. Mullens suspiró.

—Más bueno que el pan, yo. George se removió en la silla de ruedas.

De detrás del quiosco de música salió una joven delgadísima como un lápiz y vestida de cualquier manera. Empujaba un cochecito

con la parte de abajo cargada de compras y arrastraba a su lado a un niño pequeño acalorado que se resistía.

—¡Vaya patas! —se rió George.

—Dios mío, ampárame. —Mullens soltó el aire por las mejillas.

—Oye, reina, ¿eso es raquitismo o has tenido tantos críos que tus patas ya están en formación de túnel permanente?

—Vale, se acabó. Basta. —Mullens giró a la derecha y empujó a su padre a toda prisa fuera del parque y por el callejón.

—Oh, venga ya. Ha sido gracioso.

—No, ha sido una puta grosería.

—Basta ya de ese puto lenguaje de carretero, muchacho. No eres demasiado mayor para una azotaina bien dada.

Mullens suspiró y contuvo la respiración para el último tramo del largo y tortuoso camino hasta la freiduría.

A la entrada, se detuvo.

—Ahora, te portas bien aquí dentro, y nada de chistes de la Mafia, ¿vale?

George se encogió de hombros.

Cuando el señor Sandino los vio, interrumpió el vaivén de la freidora y salió de detrás del mostrador para saludarlos.

—Señor George y Mark. Me preguntaba si quizá hoy no ibais a venir.

—Perdone, hemos llegado un poco tarde. Hemos tenido un encontronazo con dos don nadie en el Burngreen. O mejor dicho, ha sido George.

—Ah, George, eres un hombre muy gracioso.

—No hace tanta gracia con un ojo morado —dijo Mullens.

—¿Ves? Hasta Don Corleone aprecia mi sentido del humor.

—¡Pa! —Mullens golpeó la silla. —Lo siento muchísimo, señor Sandino.

—Jaja, tu padre me hace reír. Don Corleone. —Se arrodilló. —¿Voy a hacerte una oferta que no podrás rechazar?

—Sí, con mucha sal y vinagre —respondió George.

—Entonces, ¿cómo te va esta semana? —preguntó el señor Sandino.

—Están intentando envenenarme ahí dentro.

—Te cuidan bien, George. Mark siempre lo dice.

—¿La Gestapo? ¿Estás de coña?

—Ja, la Gestapo. Esa es buena.

—Y ponen esa maldita música sin parar... ¿Cómo lo llamas, Mark?

—¿Música?

—Sí, puto disco o alguna bazofia de esas que Bonzo escucha aquí en su habitación a todo trapo. Le digo una y otra vez que baje el jaleo, pero ¿lo hace?

—¿No te apetece un bailecito, entonces?

—¿Contigo? ¿Te has cambiado de acera, Marlon?

—Papá, por el amor de Dios —Mullens se balanceó incómodo sobre las puntas de los pies.

El señor Sandino alzó la vista y le guiñó un ojo.

—Sabes, George, mi abuelo Giuseppe luchó con los partisanos para parar a ese tarado de Hitler y a su Gestapo. Le dieron una medalla por ello, además. Te la enseño la próxima vez, ¿eh?

—Héroe —dijo George—. Ya no quedan suficientes hoy en día... Se retorció el cuello para mirar a su hijo con el ceño fruncido.

—Llámame Carlos, ¿recuerdas? —dijo el señor Sandino.

—Yo conocí a Giuseppe —dijo George.

—¿Le conociste?

—Sí, trabajó conmigo en los autobuses hasta que lo echaron por tirarse a la hija del jefe.

—Ja, ese no es el mismo Giuseppe. Mi abuelo vino después de la guerra con solo su abrigo y la dirección de un amigo de la familia que vivía aquí.

—Papá, deja que el señor Sandino termine —dijo Mullens.

—Empezó vendiendo patatas fritas en un carrito que empujaba por Kilwinnoch. Lo levantó todo desde la nada hasta esto. Alzó los brazos y sonrió con orgullo.

—¿Cuántos malditos Giuseppe hay? Era él, te lo digo.

—Vale, papá. ¿Te apetece ya el té? —intervino Mullens.

—Voy a preparártelo, justo como te gusta, George.

—Con salsa marrón, y nada de racanear con la sal como haces siempre. Se relamió.

—¿Dónde está Marco esta tarde? —preguntó Mullens.

—Se ha ido a algún festival de música con su novia —respondió el señor Sandino.

—¿Tiene novia? Me alegra oírlo.

—Sí, otra. Ya no le sigo el ritmo. Cualquier día me dice que voy a ser abuelo, manda narices. El chaval tiene el cerebro en los pantalones, y siempre se le están cayendo. Se echó a reír.—Solo estamos celosos, ¿eh, George? Ay, volver a ser joven.

—Tu madre y yo no parábamos, como conejos en nuestros tiempos —dijo George.

—¡Papá, no! —dijo Mullens.

George se encogió de hombros. —Solo digo.

—Pues no lo digas. Mullens llevó aparte al señor Sandino.

—Solo el bridie hoy. Tengo órdenes estrictas de la residencia porque tiene el colesterol alto.

—He puesto un bridie en el horno, como siempre.

—Estupendo, gracias. Rebozado y frito, probablemente lo mataría. Mullens dio un paso atrás.— Dios, acabo de fallar un gol cantado.

El señor Sandino le dio un codazo.

—Y será mejor que pegues unas cuantas de esas tortitas de verdura para que parezca que viene con patatas. Si no, vamos a tener la Tercera Guerra Mundial.

—Ahora mismo. El señor Sandino volvió a la freidora y reanudó lo que estaba removiendo.

Entraron dos ancianos con boinas planas.

—Dios santo, no me digas que ese de ahí en ese artilugio es George Mullens —dijo uno de los hombres, acercándose.

—¿Por qué a mí? —murmuró Mullens.

—¿Quién coño eres tú? —dijo George.

—Ah, sí, el George de siempre. El hombre soltó una risita. —¿No te acuerdas de mí?

—Mi papá tiene demencia. Así que puede que te suelte alguna burrada.

—Pues la debe de tener desde hace una barbaridad de tiempo. El viejo volvió a reír. Se inclinó sobre la silla.

—Sandy McRorie, George. Trabajamos juntos allí arriba, en Muirhead Machine Tools.

George se quedó mirando al hombre un instante y luego sonrió. —Ah, Sandy de Crow Road.

—Ese mismo. Me alegra verte.

—Me acuerdo de ti.

—Sí. Seis años estuvimos allí arriba. Debe de ser del setenta y tres al...

—Tú eres el capullo que me birlaba el bocata cada puto día, enano avaricioso y rastrero.

—Perdona, Sandy —dijo Mullens, ya casi completamente exhausto.

—Memoria selectiva, por lo que veo, ¿eh, George? —dijo el viejo.

—Entonces, ¿cuántas veces fue que te pateé el culo? —siguió George.

—Tú no me pateaste el culo. Sandy se volvió hacia su colega y se encogió de hombros. —Que no.

—¿Tienes demencia o qué? Apenas pasaba una semana sin que yo te diera una patada o un puñetazo en alguna parte de la cara o del culo. Te lo pateo ahora mismo, si quieres. George se removió en la silla. —Sácame de esto, Mark, para poder plantarle la bota en el flaco trasero a esta rata ladrona.

—Os dejo con lo vuestro —dijo Sandy, y se retiró hacia la puerta —. Ya cogeré mis patatas luego, Carlos.

El señor Sandino saludó con la mano y disimuló una sonrisa.

—Me dejas sin palabras, papá —dijo Mullens.

—Siempre hay una primera vez, supongo —dijo George—. Me iba a robar las patatas.

El señor Sandino volvió con un bridie caliente, envuelto y recién salido del horno.

George desgarró el papel. —¿Dónde están mis patatas?

—Oh, no. Espera un momento, George. El señor Sandino salió disparado hacia la freidora, llenó una bolsa con unos cuantos buñuelos de verdura y se los entregó a George.

—Un cucurucho pequeño de patatas, mi buen amigo.

—Vamos a comerlas en el parque, ¿eh, papá? Mullens le arrebató la bolsa antes de que George pudiera comprobar el contenido.

—Eh, caballero, y tú mantén también las zarpas fuera —dijo George.

Mullens le pagó al señor Sandino y empujó a su padre hasta la puerta.

—Nos vemos en dos semanas, George —dijo el señor Sandino con otra sonrisa cálida.

—Sí, saluda a la señora Corleone de mi parte —dijo George.

—Ja, ja, eres un hombre muy malo.

Mullens se despidió del señor Sandino con un gesto de disculpa y, con la ya familiar sensación de hundimiento profundo volviéndole al estómago, llevó de vuelta a su padre hacia el Burngreen.

Diecisiete

Cuando Bone por fin llegó a la finca de su mujer, Michael estaba delante de la casa, enjuagando con la manguera su bici boca abajo. Al meter el Saab en el patio, el chico saludó con la mano y siguió lavando las ruedas. Bone aparcó y se bajó.

—Eh, hijo —dijo, acercándose.

El chico se volvió y apuntó la manguera hacia él; un chorro de agua salpicó la grava justo delante de sus pies.

—Ni se te ocurra —Bone sonrió—. ¿Dónde ha estado eso? —Miró el cuadro lleno de barro.

—A campo a través con mis colegas —respondió Michael.

—¿Así que nada de abrazos? —Bone abrió los brazos.

—¡Papá! —exclamó Michael.

Se chocaron los puños, el saludo preferido del crío, que tenía diez años.

—Ten cuidado con eso —dijo Bone—. Espero que lleves siempre el casco.

—Sí —suspiró Michael.

—Y mantente fuera de las carreteras principales.

—Vamos *a campo a través,* papá. De eso se trata —dijo Michael con sorna.

—¿Está tu madre por aquí?

—Con las gallinas. —Miró por encima del hombro de Bone.

—Vale. —Bone empezó a alejarse, pero se dio la vuelta, le arrebató la manguera a su hijo y le dio un remojón rápido.

El chico soltó un gritito y una risita a la vez y trató de coger la punta de nuevo, pero Bone la soltó, y una cascada de agua salpicó contra la pared. El chico se detuvo.

—¿Quién es ese? —dijo Michael, mirando por encima del hombro de Bone.

El reportero del *Chronicle*, Colin McKinnon, se demoraba junto a la verja.

—Cierra la manguera, hijo —Bone se acercó a McKinnon—. ¿Qué está haciendo?

—¿Podría hacerle unas preguntas sobre el atropello con fuga en Cullenbrae?

—No. ¿Qué hace usted aquí, en mi propiedad?

—No estoy en su propiedad. Esto es una vía pública y, dado que vuelve a evitarnos, he pensado en venir a buscarle.

—Está traspasando todos los límites. Ahora estoy fuera de servicio. Esta es mi casa. Esto es una invasión de la intimidad.

—¿Ya han averiguado quién era el conductor?

—Le advierto, McKinnon: si insiste, mandaré a agentes de uniforme y haré que le detengan por acoso.

—No creo que eso se sostenga, ¿le parece? Venga, Bone. Deme algo, o me veré obligado a desenterrar el pasado.

—Esto no tiene nada que ver con ningún caso anterior.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Le estoy advirtiendo...

—¿Cómo lo está llevando su testigo, la señora Hepworth? Debe de estar bastante hecha polvo.

—¿Cómo ha averiguado su nombre?

—Me lo ha chivado un pajarito. —McKinnon soltó una risita desdeñosa.

—Muy bien, voy a llamar ahora mismo. —Bone buscó su teléfono.

—Vale, me voy.

—Si le veo otra vez cerca de mi casa o de mi familia...

—Quizá, si me mantuviera al día, no sentiría la necesidad de venir a buscarle. El público tiene derecho a saber.

—Estoy tan harto de su excusa del «interés público» para publicar basura sensacionalista y mentiras.

—Eso es calumnia —dijo McKinnon.

—Nos vemos en el juzgado, cucaracha. Ahora, ¿se va a ir? Tengo aquí mismo el número de la comisaría.

McKinnon lo saludó con un gesto y se alejó con parsimonia. Bone resistió la tentación de darle una patada en el culo. Exhaló y volvió al patio. Michael se había ido. Rodeó la casa y bajó por el sendero hasta el gallinero. Alice estaba dentro de la jaula, sujetando un gallo grande y examinándole la pata.

—Hola, cariño —dijo Bone, acercándose a la malla, y al instante se le calmó el pulso.

—Por fin has vuelto —dijo Alice.

Abrió la puerta y se coló antes de que se escaparan las aves. Se inclinó sobre el animal y besó a su mujer en la sien.

—Tiene un absceso. Alice giró con cuidado la pata del gallo.

—Vaya. Pobre Mark. ¿Qué lo ha causado?

—No estoy segura. Igual ha sido por alguna riña.

—¿Marido picoteado? —sonrió, pero ella no correspondió.

Dos gallinas corrieron hacia él, cacareando y picoteando alrededor de los pies de Bone.

—Buenas tardes, Sheila y Rhona —dijo con una sonrisa, y se agachó para saludarlas.

—No sé si me hace gracia que las llames a todas por las de tu equipo —dijo Alice.

Dejó al gallo en el suelo. Este se sacudió las plumas y se pavoneó hasta el lado opuesto del corral.

—Anda, si hasta se parecen, ¿no?

Alice suspiró. —En fin, qué buenas noticias lo del escáner.

—Ha sido un alivio —dijo Bone.

De pronto, Alice le echó los brazos al cuello. —Estaba tan preocupada esta vez... No sé por qué. Tenía un mal presentimiento de que algo no iba a estar bien.

—No, está todo bien. ¿Por qué pensabas eso? ¿He estado comportándome de forma rara?

—No más que tu yo habitual y cargante —lo soltó—. A lo mejor son todos esos sueños intranquilos que has estado teniendo o algo así, y sí que has estado un pelín más callado de lo normal.

—¡Toma! —exclamó Bone—. Por ti, digo. Por fin cierra su bocaza despotricadora.

—Me lo dirías si hubiera algo más, ¿verdad?

—Claro que te lo diría.

La abrazó de nuevo, y ella le apretó con fuerza.

—No puedo respirar —bromeó.

Las gallinas se arremolinaron y le picoteaban los pies a Bone.

—Tu equipo está celoso —Alice se echó a reír—. Mark, en particular, parece embobado.

El gallo dio un picotazo al cordón del zapato de Bone.

—Ni lo digas —dijo Bone.

—Anda, te voy a poner algo de comer. Estás jodidamente demacrado. —Alice cerró con llave el gallinero y se volvieron a la cocina.

Bone se dejó caer, reventado, en la silla junto a la mesa.

—Entonces, ¿qué dijo exactamente el especialista? —preguntó Alice y le tendió una taza grande de café—. Es descafeinado, por cierto. Necesitas tu sueño de belleza. Sonrió.

—Todo está bien. No hay nada raro en el escáner. —Bone dio un sorbo y suspiró.

Se sentó enfrente. —¿Día duro?

—Muchas idas y venidas, lo de siempre. Solo que me siento un poco cansado.

—Ahí oigo un «de».

—De la constante maldita carnicería. Ya sé que somos homicidios y delitos graves y todo eso, pero a veces me gustaría rescatar gatos de los árboles, ¿sabes?

—Eso es cosa de los bomberos —bebió un sorbo—. Dios, qué asco. Perdona.

—Eso es lo que quería ser de crío. Tendría que haber seguido mi sueño.

—¿Qué querías ser? —interrumpió Michael desde la puerta. Se acercó arrastrando los pies.

—Ey, hijo. Pensaba que ibas a salir con la bici.

—Qué va. He llegado al nivel seis en *Sporadica 5*.

—Guau, qué bien. Ah, y por cierto, ¿de qué demonios estás hablando? —preguntó Bone, y agarró a su hijo.

—Suéltame —dijo Michael, apartándose—. —En mi consola, ¿sabes?

—Solo bromeo, y el nivel seis es para flojos. Podría llegar al diez con la gorra.

—Solo llega hasta el nueve, papá. Michael frunció el ceño.

—Así de bueno soy. Tienen que inventar un nivel nuevo solo para mí —bromeó Bone.

—Sí, claro.

—Y *tú* necesitas dejar eso ya y terminar los deberes, Michael —dijo Alice.

—Ya está todo hecho.

—Pues quiero verlo.

—Jo, mamá. Está terminado. ¿Tengo que hacerlo?

—Me gustaría verlo, ¿te parece? —preguntó Bone.

—Son mates. No lo vas a entender, papá.

—Gracias. Que sepas que fui el campeón de mates de mi clase en el cole.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

—Quién te ha visto y quién te ve. —terció Alice.

—¿Por qué no subo en diez minutos y me enseñas lo que has hecho?

—Sporadica 5 hasta entonces? —suplicó Michael.

—Vale, tira. Pero será la última del día, ¿de acuerdo?

—Trato hecho. Michael fue a estrechar la mano de su padre, pero la retiró y salió corriendo, riéndose.

—Eres demasiado blando —dijo Alice.

—Y por eso me quieres, ¿o es que en secreto te pirran mis habilidades con el álgebra?

—Ah, esa palabra me suena vagamente. Alice alzó la taza, luego cambió de idea.

—Eso tiene fácil remedio. Bone sonrió.

—¿No estabas agotado?

—Soy capaz de pillar un segundo aire.

—Sí, lo que tú digas. Se levantó y abrió la nevera. —¿Qué quieres para cenar? Se dio la vuelta de golpe.

Estaba detrás de ella.

—No contestes a eso.

Se rieron y se abrazaron.

—Ojalá también rescataras gatos. —susurró. Le pasó el dedo por la cicatriz de la sien. —No me estás ocultando nada sobre esto, ¿verdad?

Bone se detuvo, sopesando si contarle las andanzas de Cucú-Tras alrededor de su cráneo, pero cambió de opinión. —Está todo bien. No hay de qué preocuparse.

Ella lo apartó. —Vale, ve a poner en vereda a ese preadolescente de arriba, y yo intentaré averiguar qué demonios podemos hacer con catorce huevos, medio bote de judías con tomate y tres patatas con moho.

Dieciocho

Por tercera vez aquella noche, el zumbido de un sensor de movimiento despertó a Donald Fagan de un sueño intranquilo. Saltó de la cama, cogió la bata y bajó las escaleras.

Manoseó la alarma hasta que dejó de pitar, se dejó caer junto al monitor y lo encendió. La pantalla cobró vida a trompicones, llenando la habitación de una luz grisácea. Tecleó y seleccionó la vista nocturna de la cámara de la calle. Todo estaba en calma.

—Otro maldito zorro —murmuró.

Cambió de canal a la cámara encaramada en lo alto del poste del telégrafo frente a Brae Hill House. Se inclinó más. La cancela parecía estar abierta. Se frotó los ojos somnolientos y volvió a entornar la vista.

—¡Joder! Se levantó de un salto y, de un armario del recibidor, cogió su bate de béisbol y una linterna.

Salió a toda prisa, cruzó la calle y se detuvo ante la cancela abierta, que chirriaba de un lado a otro con el viento. La cadena y el candado yacían en el suelo. Habían forzado el cierre. Encendió la linterna y dirigió el haz hacia la casa en ruinas y el jardín asilvestrado. La luz barrió de un lado a otro los enredos de arbustos y viejos árboles retorcidos, pero no alcanzó a ver a ningún intruso. Apuntó con la linterna a la puerta principal, pero estaba cerrada. Alzó el bate y avanzó con precaución.

A mitad del sendero, un ruido tenue llegó desde un lateral del edificio. Se detuvo y contuvo la respiración. El sonido de música se desvanecía y volvía con la brisa. Giró la cabeza. Venía de la parte trasera de la casa. Abandonó el sendero, se abrió paso a empujones por la maraña espesa de arbustos hasta el muro lateral y se deslizó entre la maleza.

En la esquina posterior volvió a detenerse. La música sonaba más alta. Asomó la cabeza. La oscuridad envolvía el jardín de atrás, pero en el extremo más alejado una débil luz se filtraba entre el follaje. Enfocó la linterna al suelo, localizó el sendero y se acercó sigilosamente hacia la luz, procurando no rozar el alto muro de ortigas que se cerraba a ambos lados. Al llegar a la hilera de árboles del fondo, serpenteó entre ellos y, al borde, se agachó.

La luz y la música procedían de un viejo pozo de ladrillo encajado junto a la tapia. Alzó de nuevo el bate y avanzó.

—¡Está usted en propiedad privada! —gritó.

Miró alrededor del claro y hacia la casa, pero no había nadie.

—¡Estoy armado y soy jodidamente peligroso!

Se acercó al pozo. La música creció. La voz suave y acariciadora de Frank Sinatra, cantando *Some Enchanted Evening*, se elevaba desde el hueco.

—Vale, deja de tomarme el pelo —dijo.

Una rama estrecha cruzaba el hueco, con una cuerda gruesa atada en su centro. Se inclinó sobre el borde. La cuerda caía hacia la penumbra. De su extremo colgaba una pequeña caja iluminada. La melodía de Sinatra y su orquesta rebotaba en las paredes y se elevaba hacia él.

Estaba a punto de dirigir el haz de la linterna hacia el fondo del pozo cuando recibió un golpe en la espalda. El impacto lo lanzó hacia delante. Se agarró a los ladrillos para salvarse, pero un segundo golpe lo hizo pasar por encima del pretil.

La cabeza le estalló contra el borde y el filo dentado, abollado y afilado del candado le enganchó el cuello, abriéndole la piel y el músculo y perforándole la yugular. Cayó en volandas, pero los pies se le enredaron en la cuerda. Al precipitarse hacia el fondo, la radio, atada al extremo, giró como loca alrededor de sus tobillos,

trabándoselos. La cuerda se tensó. Su cuerpo dio un violento tirón y osciló de un lado a otro, los brazos colgando por encima de la cabeza, a unos centímetros del suelo.

Gimió en una bruma semiconsciente, pero la sangre manaba a borbotones de la herida del cuello y se ahogaba mientras le inundaba la cara, le entraba en los ojos y le subía por la nariz. La interpretación aterciopelada de Sinatra de «Some Enchanted Evening» resonaba a su alrededor.

Sollozó y boqueó, incapaz de respirar, ahogándose en su propia sangre. Intentó balancear el torso para escapar del torrente, liberar las piernas, tocar el suelo con las manos, pero un dolor lacerante le cruzó el pecho. Convulsionó, el cuerpo retorciéndose como un pez en un anzuelo. Con un último y ensangrentado estertor, el corazón se le paró, los miembros se le aflojaron y su caparazón maltrecho e inerte se meció suavemente de un lado a otro, al compás metronómico de los últimos compases de la canción de Sinatra.

Diecinueve

Bone se despertó con el leve sonido de música que venía del salón de la planta baja. Miró a Alice, que yacía boca abajo a su lado, con la cara hundida en la almohada. Se deslizó fuera de la cama. En el rellano, se asomó al pasillo. La luz se filtraba por debajo de la puerta del salón. Bajó con cautela, procurando evitar el peldaño que crujía cerca del final.

Empujó la puerta con cuidado. El chico pelirrojo estaba junto a su Dansette. Las puertas acristaladas estaban abiertas de par en par, y la luz de la luna iluminaba la extensión del lago más allá de la terraza de madera.

Bone intentó hablar, pero la voz se negó a obedecer.

"Delilah" sonaba quedamente en el tocadiscos. El chico señaló el plato. El volumen se intensificó. El chico levantó el brazo y arañó la aguja por la superficie del LP y la dejó caer de nuevo en el verso inicial. Repitió el movimiento una y otra vez.

Bone se acercó. Intentó detenerlo. El chirrido de la aguja desgarrando las estrías del disco se intensificó. La velocidad y el tono de la canción aumentaron. El chico sonrió y siguió. Bone extendió la mano. Pero el chico seguía justo fuera de su alcance.

Bone se tapó los oídos y, por fin, la voz le volvió.—¡Para!

Una mano le agarró del brazo. Se volvió en redondo.

—Duncan. Está bien. Duncan —la voz calmada de Alice penetró el ruido blanco que se disparaba dentro de su cabeza—. Duncan.

Despierta.

Abrió los ojos. Alice estaba a su lado, sujetándole la cara entre las manos.

—Estás soñando —susurró—. Está bien.

Bone miró a su alrededor. El chico, la Dansette y el salón de su cabaña se habían desvanecido. Estaba de nuevo en la casa de campo.

—Vuelve a la cama —dijo Alice.

Lo llevó despacio escaleras arriba.

Bone se tumbó en la cama y, a los pocos segundos, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando Alice le preguntó qué había pasado, al principio no pudo recordarlo, pero luego el recuerdo de su sueño lúcido fue volviendo poco a poco.

—¿He estado sonámbulo? —preguntó Bone. Se sentó al borde de la cama y se puso los calcetines.

—Sí, y bastante raro, además. ¿Es algo nuevo, entonces?

—Perdona por asustarte así. Sí, por desgracia, probablemente sea otra manifestación de mi TEPT.

—¿No estabas mucho mejor?

—Vale, no he sido del todo sincero contigo.

—¿Cómo? —replicó Alice—. Sabía que había algo que no me estabas contando.

—No es nada de lo que haya que preocuparse, pero el fragmento alojado en mi cerebro se ha movido. No mucho, y no está causando ningún daño, pero el especialista dijo que podría alterar los efectos de mi TEPT.

—Sonambulismo —Alice negó con la cabeza.

—Tengo estos sueños con un chaval pelirrojo que parece que ahora me sigue a mí, en vez del monstruo de Frankenstein.

—¿Qué chaval?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que es rarísimo.

—Ay, Duncan. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte, y esto apenas ha empezado a pasar.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo ese crío?

—Volvía a estar en la cabaña. El chico estaba poniendo "Delilah" en la Dansette.

—¿La Delilah de Tom Jones?

—Es una larga historia, pero estaba tirando de la aguja adelante y atrás. Rascándola por el vinilo.

—¿Es por eso por lo que gritaste "para"?

—¿Ah, sí? Oh, perdona por asustarte así.

—¿Entonces está yendo a peor?

—No he caminado dormido antes, al menos, que yo sepa.

—¿Le hablaste de estas nuevas alucinaciones al especialista?

—Sí. Dijo que tenía que ver con que el fragmento estaba presionando una zona nueva del cerebro, o algo así.

Alice frunció el ceño.

—Pero insistió en que no había absolutamente nada de qué preocuparse. He got up and tried to hug her, but she pulled away. —Siento no haber sido sincero.

—No me ocultes nada, Duncan. Pensé que habíamos quedado en que, si íbamos a intentar que esto funcionara, seríamos sinceros al cien por cien.

—Sí, tienes razón, y lo siento.

—¿Has sacado esto en tus sesiones de terapia?

—Todavía no, pero lo haré ahora.

—¿Y tu jefe?

—Eso es complicado.

—No, Duncan. Con él también tienes que ser sincero. Ese es el trato.

—Su mujer está enferma.

—¡No!

—Se encontró un bulto y los médicos están preocupados. Hoy pasa por quirófano.

—Oh, es horrible para ella, para los dos.

—Pero esto queda entre nosotros, ¿vale?

—Por supuesto. ¿Cuándo se enteró?

—Solo en los últimos días. Ya ves por qué me cuesta soltarle mis mierdas encima de la mesa.

—Pero tienes que hacerlo, Duncan.

—Lo sé. Elegiré el momento.

—Que sea muy pronto, ¿vale? Y ni una mentira más. Si no, iremos de cabeza al mismo lío en el que estábamos antes.

—Trato hecho —asintió Bone.

—Por cierto, ¿qué edad tiene el chico que ves?

—Parece de unos nueve o diez, de la misma edad que Michael.

Alice se estremeció.

—Lo sé. Es un poco inquietante.

—¿Un poco? —volvió a estremecerse—. A veces eres jodidamente raro.

—¿A veces? —se rió—. Vale, será mejor que me ponga las pilas. Hay gatos ahí fuera que necesitan ser rescatados.

—Prométeme que te lo tomarás con calma y te retirarás si ves que tienes que hacerlo.

—Suenas como el Super.

—Lo digo en serio, Duncan.

—Ya lo sé. Vigilancia. Vigilancia. Vigilancia. Es nuestro lema en terapia.

—Pues aplícatelo —Alice le dio un codazo.

Le dio un beso en la mejilla. —Gracias por estar ahí para mí otra vez.

—Anda, vete a trabajar antes de que se te ocurran más tonterías.

Ella lo apartó, pero él la rodeó con los brazos.

Apoyó la cabeza en su hombro. —Ojalá dejaras de asustarme con esa cabeza tuya tan chiflada.

—Yo también.

Su móvil sobre la mesa chilló al encenderse. Y casi se sacudió hasta el borde.

Siguió abrazándola. El móvil cayó al suelo.

—Contesta al maldito cacharro —dijo Alice.

—¿Tengo que hacerlo? —lo recogió—. —Sargento Brody, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo, y sonrió a Alice.

—Buenos días, señor. Siento llamar tan temprano. Han informado de un allanamiento en el número diecinueve de Brae Hill, Cullenbrae.

—Esa es la casa de Donald Fagan, ¿no?

—Correcto, sí. Por eso he pensado que mejor le llamaba.

—De acuerdo, ¿puede llamar a Rhona y decirle que me veré con ella allí arriba en veinte minutos?

—Señor. Colgó.

—Perdona, Alice. Tengo que irme.

—Claro que sí. No has desayunado nada.

—Pillaré algo por el camino —mintió.

Se puso a buscar sus zapatos.

Veinte

Cuando Bone y Walker llegaron al lugar, dos agentes estaban de pie frente a la puerta principal abierta de la casa de Fagan.

—Buenos días, señor, señora —dijo uno de los agentes cuando los detectives se acercaron.

—¿Son ustedes los agentes que han dado el aviso? —preguntó Bone.

—Sí, señor. Empezamos el turno a las siete y, al dar una vuelta rápida, vimos la puerta así. Y como no salió nadie cuando llamamos, entramos y encontramos el sitio patas arriba.

—¿Y no hay rastro del propietario? —preguntó Bone.

—No, señor.

—Bien, echemos un vistazo.

—Y también eso. El segundo agente señaló al otro lado de la calle, hacia la casa abandonada. La cancela estaba de par en par, la cadena y el candado esparcidos por el sendero.

—¿Han entrado?

—Llegué hasta la puerta principal, pero parecía seguir bien asegurada.

—¿Cómo se llama, muchacho? —preguntó Bone al primer agente.

—Agente Mellon, señor.

—De acuerdo, agente Mellon, venga conmigo. Rhona, tú revisa la casa de Fagan.

—Señor.

Bone cruzó la calle con el agente detrás.

—Aquí es donde ocurrieron esos asesinatos, ¿verdad, señor? —dijo con ansiedad.

—Correcto.

—Parece sacado de una peli de terror. Me da yuyu.

—No es exactamente el Ritz, no —dijo Bone—. ¿Así que dijo que probó la puerta principal?

—Estaba asegurada, sí.

Bone se agachó y comprobó el candado de la cadena. —La han forzado.

Empujó la cancela y esta se abrió de golpe con un chirrido agudo. Al agente Mellon se le puso la piel de gallina.

Avanzaron a empellones entre la maleza hasta la puerta principal. Bone giró el pomo y empujó, pero no cedió.

Bone examinó las ventanas del frente. Los oxidados paneles de hierro atornillados a los marcos parecían intactos y no había señales de entrada forzada.

—Vamos por detrás. Usted vaya por ahí y nos vemos al otro lado.

—¿De la casa, quiere decir? —preguntó Mellon.

—A no ser que Freddy Krueger le coja antes —Bone sonrió.

—¿Quién? El agente joven puso mala cara.

—Da igual.

—No estoy seguro de poder pasar entre tantas zarzas, señor. El agente Mellon se abrió paso a codazos entre el enredo de zarzas.

—Haga lo que pueda.

Bone se subió la cremallera del abrigo y se escurrió por el lateral del edificio. En la esquina, una rama de zarza volvió de golpe y las espinas le arañaron la cara. Soltó un alarido de dolor.

—¿Está bien, señor? —gritó el agente Mellon desde el otro lado del edificio.

—¡Malditas zarzas! —vociferó Bone, y siguió adelante.

En la esquina trasera de la casa, vio un hueco en la maleza y, agachándose, se coló hasta el jardín trasero, relativamente libre de vegetación demoníaca. Se sacudió los restos del abrigo y registró con la vista el espacio de delante. Un alto muro de piedra rodeaba el

perímetro, con una maraña de árboles, arbustos y un prado salvaje de hierbas y flores silvestres entre medias.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —dijo el agente Mellon.

Bone se dio la vuelta en redondo.—Jesús, no se me acerque así a traición.

—Lo siento, señor.

—¿Cómo ha llegado aquí tan rápido?

—El sendero. Está bastante despejado por ese lado.

—Ahora me lo dice, caray. Bone pasó el dedo por el arañazo ensangrentado del dorso de la mano.

—Bastante surrealista, ¿verdad? —dijo el agente, mirando el cuadrado recortado en el césped.

—Shh. ¿Lo oye? —interrumpió Bone.

El sonido de la música se extendió por el jardín.

—Sí. ¿Es una radio?

—¿De dónde viene? —preguntó Bone, alzando la vista hacia la parte trasera de la casa—. No de ahí. Viene claramente de por allí, cerca del muro.

—O del otro lado. ¿Quizá el vecino? —sugirió el agente Mellon.

—Por allí no hay vecinos. ¿No es solo un arroyo y un barranco?

—Oh, sí, desde luego.

Empezaron a cruzar el césped.

En el centro del jardín, Bone se detuvo. —¿Y ahora dónde?

—Detrás de esos árboles—dijo Mellon.

—Cuando llegaron a un manzano retorcido y medio muerto, Bone volvió a detenerse y a mirar entre las ramas nudosas.—Allí, junto al muro. ¿Qué es eso?

—Parece un pozo. El agente hizo una mueca.

Siguieron adelante. El suelo anegado chapoteaba bajo los pies.

Se acercaron a la estructura circular de ladrillo que se alzaba a unos cuatro pies del suelo. El volumen de la música se intensificó. Bone tropezó con un objeto y estuvo a punto de caer en el barro.

—¡Mierda! —maldijo.

Una placa de acero esférica estaba medio enterrada bajo hojas podridas. Hizo palanca con ella para mirarla más de cerca. Un tramo del borde estaba arañado y doblado hacia arriba.

—La tapa —dijo Bone.

Siguieron hasta el pozo. Bone se inclinó sobre el brocal.

—La música viene de ahí abajo. Se asomó a la oscuridad.

—¿Qué es esto? Mellon pasó la mano por una gruesa rama cubierta de musgo que yacía atravesada en el centro y se detuvo en la cuerda atada en medio. —La música viene de aquí, sin duda.

—No me jodas, Sherlock.

Bone sacó el móvil del bolsillo, encendió la linterna y dirigió el haz al vacío de abajo, siguiendo el descenso de la cuerda.

El haz pasó por un objeto, pero estaba tan abajo que la luz era demasiado tenue para identificar qué era.

—¿Tiene su linterna? —preguntó Bone.

Pero el agente ya se la había arrancado del cinturón y proyectaba el haz dentro del pozo.

—¿Puede distinguir qué es eso? —preguntó Bone.

Los dos haces rebotaron por la cavidad, pero la luz seguía siendo demasiado débil.

—Bien, vamos a subir esto y a ver qué hemos pescado —dijo Bone.

El agente se inclinó sobre el borde y agarró la cuerda. Se le escapó con un chasquido de entre los dedos. —Pesa muchísimo, señor.

Entre los dos tiraron hasta tener cuerda suficiente para apartarse del abismo. Mellon se enrolló el sobrante a la cintura y clavó las botas en el lateral del pozo para hacer palanca.

—Fui campeón de tira y afloja en la Academia —dijo el agente, avanzando poco a poco la cuerda hacia arriba y fuera del agujero.

Bone ayudó en lo que pudo, pero su fuerza no era rival para la de su joven y fornido ayudante. El agente resoplaba; la cara se le iba tornando de un tono cada vez más púrpura con cada tirón de la cuerda. Bone cogió la linterna de Mellon y la apuntó al pozo. El haz alcanzó a vislumbrar la suela de un zapato.

—¡Oh, Cristo! —exclamó Bone.

—¿Qué? —jadeó el agente.

—Siga —ordenó Bone.

Mellon gimió y continuó. De la penumbra emergieron unas perneras y un torso.

Bone se inclinó y agarró lo que sospechaba que eran las piernas de Fagan. Un par de zapatillas empapadas en barro asomó por el brocal. El agente estuvo a punto de perder el agarre, y el calzado de Fagan volvió a desaparecer, casi arrastrando a Bone con él.

—¡Siga tirando! —gritó Bone, y cuando el cuerpo estuvo lo bastante cerca, tiró del pijama y trató de aferrar la cintura del cadáver.

—Ayúdeme a sacarlo —dijo Bone con voz áspera, aún forcejeando con el cadáver que pendía.

—No quiero soltar la cuerda. Aguante. El agente Mellon dejó escapar un rugido primigenio y, con un tirón descomunal, las piernas cayeron por encima del borde.

—Ya lo tengo. Usted cójale por la cintura. —dijo Bone.

El agente se acercó aún más y, con el brazo extendido, agarró una pernera. Luego, cambiando de postura, consiguió rodear con ambos brazos las caderas del cadáver. Alzaron el cuerpo por encima del brocal y cayó de golpe sobre la tierra embarrada a sus pies.

Fagan.

Bone se dejó caer al suelo, jadeando por el esfuerzo. Mellon tosió, tuvo arcadas y corrió hacia un arbusto para vomitar. Señaló con la mano la cabeza de Fagan. La tenía echada hacia atrás. Una hendidura profunda y abierta le cruzaba la garganta. La cara de Fagan estaba embadurnada de sangre seca que se pegaba en grumos a su pelo erizado.

—Eso, amigo mío, es lo que parece: una garganta degollada —dijo Bone.

El agente volvió a vomitar.

Veintiuno

Walker rodeó la puerta principal de Fagan, y el agente empezó a seguirla. Ella se detuvo.

—No, vaya por el lateral y compruebe la puerta trasera. Me reuniré con usted allí.

El agente desapareció y Walker siguió adelante.

—¿Señor Fagan, hola? —llamó—. ¡Soy la inspectora detective Walker!

Al final del pasillo, se detuvo en la puerta del salón y escuchó. Pero todo estaba en silencio. La empujó con el puño. La habitación había sido desvalijada. Los muebles volcados, los cajones colgando de los aparadores y, junto a la pared del fondo, todo su equipo de monitorización de CCTV yacía en la moqueta.

Fue sorteando el desorden. Los cables habían sido seccionados, y parecía que alguien había arremetido a mazazos contra los dispositivos de grabación. Había componentes, placas de circuitos rotas, tornillos, paneles metálicos y astillas de plástico esparcidos por el suelo. Siguió hasta el dormitorio. Las grabaciones de Fagan habían desaparecido. Las estanterías estaban vacías, los armarios y los cajones volcados sobre la cama.

Junto a la cama, examinó lo que había esparcido por el edredón: ropa, calcetines, calzoncillos, junto con algunos papeles, manuales de instrucciones y el típico revoltijo que se acumula en los cajones del dormitorio.

Regresó al salón.

El agente estaba en el umbral. —No hay rastro del propietario, señora. Pero la puerta trasera estaba abierta.

—¿Forzada?

—No lo creo.

Fue a la cocina y comprobó. —Probablemente salió por aquí.

Salió al pequeño patio-jardín, rodeado por un alto muro de piedra cubierto de musgo.

—¿Sabe qué hay al otro lado? —preguntó.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Se acercó y, de un salto, se encaramó arriba. —Hay un sendero estrecho entre unos árboles. Parece que vuelve a la carretera por un lado y sube la colina por el otro. Saltó al suelo y se sacudió el musgo de la chaqueta.

—Podría haber usado la puerta, aquí, en la esquina. Walker sonrió.

—Ah, ni lo vi. En fin, lo daré por mi entrenamiento del día.

Tiró del picaporte de la puerta de madera del muro, y esta se abrió con un chirrido. Asomó la cabeza, luego siguió el sendero pegada al muro, dobló la esquina y salió a la carretera. Dio media vuelta y lo siguió entre los árboles hasta unas improvisadas escaleras de piedra talladas en el suelo. Agarrándose a las ramas que sobresalían, trepó y continuó por el bosque hasta alcanzar lo alto de una cresta.

Torció a la derecha y los árboles se abrieron para revelar la vista de la aldea abajo, con las chimeneas de Brae Hill House apenas visibles. Volvió a internarse por el sendero en el bosque y siguió adelante.

A su espalda, crujió una rama. Se volvió y escuchó, pero el único sonido era el susurro de los árboles. Siguió. En lo alto de la loma, divisó un viejo puente ferroviario cubierto de maleza. Lo cruzó y se detuvo a mitad de camino. La casa de Fagan, Brae Hill House y la plaza principal del pueblo quedaban ahora a la vista, con las colinas de Campsie al fondo, bañadas por un sol radiante.

—¿Por qué hace aquí un tiempo tan jodidamente gris y húmedo? —murmuró, apartándose de la cara el pelo empapado de bruma.

La vieja línea de ferrocarril continuaba al otro lado y desaparecía al rodear un saliente de la pared rocosa. Cruzó el puente y siguió por la vía hasta que desembocó en un camino en lo alto del acantilado.

Entre la niebla aparecía, más adelante, una hilera de tres garajes cerrados. Estaban encajados bajo una cornisa baja de la pared de roca. Cada uno tenía puertas metálicas oxidadas de distintos colores desvaídos y una variedad de candados y cerrojos.

Sacudió el primero y luego revisó por el lateral de la hilera buscando alguna ventana, pero los garajes quedaban embutidos bajo un saliente profundo en la roca.

Avanzó por la hilera, probando cada puerta. En la tercera se detuvo. Había marcas de neumáticos, ya secas y llenas de barro, sobre el asfalto que salían de una de ellas. Sacó el móvil e hizo un par de fotos. De rodillas, examinó la cerradura colocada en el centro de la puerta, pero, con un encogimiento de hombros, se contuvo y no intentó forzarla ni arrancarla.

Un hombre con una chaqueta Barbour y un collie bajó por el camino hacia ella. El perro echó a correr, meneando el rabo. Walker se puso en pie y aplaudió, pero eso pareció excitarlo aún más y el animal saltó intentando lamerle la cara.

—¡Gip, ven aquí! —gritó el hombre al perro, y este volvió de inmediato a su lado—. —¿Puedo ayudarla? —preguntó con suspicacia.

—Soy la inspectora detective Walker de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Sabe quién es el dueño de estos garajes?

El perro se sentó sobre su zapato, con el rabo dándole en la pernera.

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—¿Son todos suyos?

—Uso el primero y alquilo los otros dos. Soy Robert Barrowman. Soy propietario de la pequeña explotación al final del carril, justo ahí arriba. ¿Hay algún problema?

—¿Quién alquila los otros dos? —Acarició la cabeza del perro, feliz.

—El segundo está vacío por el momento, y el en el que está es de Martin.

—¿Martin?

—Burns. Puedo enseñarle el mío por dentro, si quiere.

Se acercó al primer garaje. El perro lo siguió. Abrió el cerrojo y tiró de la manilla. La puerta se alzó con un chirrido estridente. Un hedor rancio a pescado salió de golpe.

—Perdone el olor —dijo el granjero—. Esta tarde me voy de pesca y guardo todo el equipo aquí. Mi mujer no permite que esté en ninguna parte de la casa. A mí me viene bien porque puedo comprar material y ella no tiene por qué enterarse. Se volvió. —No le dirá que he dicho eso, ¿verdad?

Walker asomó la cabeza al interior sombrío, atestado de cañas, carretes, redes, recipientes de plástico de varias formas y tamaños, y abrigos y prendas impermeables colgadas.

—Y le aseguro que no soy furtivo, si es lo que está pensando. Voy a pescar a los lagos con un club.

—Está bien, gracias. No se preocupe. Ha habido un incidente en la carretera de entrada a Cullenbrae y estamos realizando pesquisas en la aldea.

—Lo vi. Intentaba llegar a mi campo alto y me hicieron dar la vuelta. He oído que ha muerto alguien. ¿Es cierto?

—Ha dicho que Martin Burns le alquila el del final. ¿Desde cuándo? —preguntó Walker.

—Oh, desde hace años.

—¿Qué guarda ahí dentro?

—Sé que solía guardar algunos de sus muebles ahí. Fabrica armarios y cosas por el estilo.

El perro gimoteó.

—Chist, Gip —ordenó Barrowman, y, con un gruñido, el perro corrió hacia Walker y se sentó.

—Por cierto, es precioso.

El perro le lamió la mano.

—Los collies están como cabras, pero este es de los buenos. ¿A que sí, Gip, campeón?

El rabo del collie se puso a toda máquina y dio un salto y empezó a correr en círculos.

—¿Ve lo que digo? Siéntate —ordenó al perro, y este obedeció obedientemente.

—No tendrá usted una llave, ¿verdad? —continuó Walker.

—¿Del garaje de Martin? Me temo que no. Pero ese garaje tiene una ventana en la parte de atrás. Creo que podría haber espacio suficiente para colarse y echar un vistazo dentro. Estoy seguro de que serán muebles, eso sí. ¿A qué viene el interés por su garaje?

—Todo forma parte de nuestras investigaciones, señor Barrowman.

Walker se acercó al garaje del extremo. —¿Por la parte de atrás, ha dicho?

—Sí, debería haber un huequecito entre el muro y el acantilado.

Rodeó el lateral hasta la parte de atrás del garaje. Efectivamente, había un hueco con una ventanita en medio del muro, pero el espacio apenas llegaba a un pie de ancho, y el agua de lluvia caía a chorros por la pared del acantilado, cubierta de musgo y empapada.

—Estupendo —murmuró.

Se quitó la chaqueta y, poco a poco, se escurrió por el espacio angosto, con la espalda raspándole contra la roca. Tiritó cuando el agua se le coló por el cuello de la camisa y le bajó por la nuca. Siguió adelante, y el hueco se estrechó aún más. Con un último empujón, consiguió estirar la cabeza lo suficiente para echar un vistazo por la esquina de la ventana.

El cristal estaba empapado y asqueroso. Se inclinó más y usó el hombro para limpiar el vidrio. Había un coche aparcado dentro. Maniobró la pierna para ayudarse a ajustar la postura. Era un Volvo familiar antiguo. Se estiró otra vez, pero no pudo avanzar más, y la matrícula quedaba oculta por el borde inferior del marco de la ventana. Intentó retirarse despacio, pero enseguida se dio cuenta de que estaba atascada. Empujó de nuevo, pero el torso no cedía.

—Perdón. ¿Señor Barrowman? —llamó. —¿Hola?

—¿Sí? La voz de Barrowman cortó el rumor del agua corriendo.

—¿Puede ayudarme a salir?

—Espere.

Un ruido crujió a su espalda, y una mano tiró de su camisa; luego tiró de su hombro izquierdo. Torció el cuerpo para dejar que el

granjero tirara con más fuerza. Por fin, salió poco a poco y cayó hacia atrás en el sendero lateral. El perro de Barrowman saltaba a su alrededor como si estuviera jugando con él.

—¡Gip! —bramó de nuevo Barrowman, y el perro se calmó.

—Gracias —dijo, limpiándose el barro y la mugre de la cara y la camisa.

—He asistido a unos cuantos partos de nalgas de corderos en mi vida, así que esto no ha sido ningún problema. Sonrió. —¿Está bien?

—Aparte del chapuzón salvaje improvisado, estoy bien. Se sacudió el agua del pelo y tiró del frente de la camisa, helada y empapada.

—¿Ha conseguido echar un vistazo dentro?— preguntó Barrowman.

—¿Sabía que el señor Burns tiene un Volvo familiar?

—¿Eso es lo que hay ahí dentro? No, no lo sabía. No sabía que condujera. Pensaba que estaba en contra de ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—La vida moderna. No le gusta mucho el siglo veintiuno, ni el veinte, puestos a ello. Siempre está quejándose de cómo Gran Hermano usa nuestros teléfonos y de internet para espiarnos. Que les aproveche, es lo único que puedo decir. No van a sacar muchos secretos de Estado de mí y de mis perros. Aunque, siendo sincero, no recuerdo la última vez que le vi por aquí, en los garajes. Pero nunca le he visto conducir por ahí en él.

—¿Y dijo que el garaje del medio está vacío?

—Sí, lo vacié hace como dos años, cuando murió el viejo señor Forder, y nadie lo ha alquilado desde entonces.

—¿Tiene una pata de cabra o algo para hacer palanca y arrancar el candado del garaje del señor Burns?

—Eso podría dañar la puerta. No estoy seguro de que sea buena idea, y ahí dentro está su propiedad. ¿Tiene autoridad para hacerlo?

—Me temo que sí.

Barrowman chasqueó la lengua.

—Nos estará ayudando con nuestras pesquisas.

—Estupendo, pero no me ha dicho cuáles son esas pesquisas.

—Hace dos noches, al señor Burns lo atropelló un vehículo.

—Cristo. ¿Está bien?

—Me temo que no. Así que entenderá por qué es imperativo que entre en su garaje.

—Cristo, sí, por supuesto. Es una maldita desgracia. Él... ¿fue un coche... un accidente o...?

—¿Podría ayudarme aquí? —interrumpió Walker.

—Sí, solo un pequeño susto, ¿sabe?

—Lo es, sí.

—Déjeme echar un vistazo. Se volvió hacia su perro. —Gip, siéntate y quieto.

El perro obedeció, y el granjero desapareció entre sus aparejos de pesca.

—Y si tiene guantes de goma de protección, también nos vendrían bien.

Instantes después, salió con un martillo de uñas y un par de Marigold amarillos chillones.

—¿Esto serviría? Uso los guantes para destripar pescado, así que quizá estén un poco mugrientos.

Ella le cogió los objetos, volvió a la puerta del garaje y, con cuidado de no pisar las huellas de neumático, introdujo la uña del martillo entre la cerradura, la calzó y la giró, y luego, con una sola palanca rápida y contundente, arrancó la cerradura de su alojamiento y esta cayó al suelo. Echó atrás el pestillo y levantó la puerta.

Las huellas llegaban hasta la parte trasera del coche. Entró. Un gran abollón afeaba la esquina posterior, el piloto trasero izquierdo colgando de su anclaje. Sacó el móvil y tomó unas fotos de los daños. En el parachoques metálico, desgarrado, se adhería una materia seca de color pardo rojizo. Siguió por el lateral para inspeccionar el resto del coche. Un largo arañazo recorría la puerta delantera del acompañante y el retrovisor había sufrido daños. Hizo un par de fotos más. Se puso los guantes, se llevó los dedos a la nariz y hizo una mueca.

—Cada vez mejor.

Siguió hasta la puerta del conductor y probó el tirador. Para su sorpresa, se abrió.

Más barro ensuciaba el suelo y los pedales; las mismas manchas pardo rojizas en el salpicadero y el volante.

Registró alrededor del asiento y comprobó rápido la parte trasera. En el suelo, bajo el asiento del acompañante, había una caja de herramientas abierta, con una colección de utensilios de formas extrañas asomando por arriba.

Regresó junto a Barrowman, que aguardaba junto a la entrada abierta con una expresión de ansiedad en la cara. Cerró la puerta.

—Voy a enviar a unos agentes. ¿Puede quedarse hasta que lleguen?

—Sí, por supuesto.

—Me temo que quizá tenga que cancelar su salida de pesca, porque vamos a tener que acordonar los tres garajes de momento.

—No creo que esté con humor para pescar ahora. Esperaré aquí.

—Bien, gracias. No tardarán nada. ¿Cuál es el camino más rápido de vuelta a la plaza principal?

—Todo recto por el callejón, bifurcación a la derecha, y la plaza está al final de la cuesta. Dos minutos.

—De acuerdo. Echó a andar y se detuvo. —No entre y manténgase bien apartado, también el perro.

—De acuerdo —gritó Barrowman.

A mitad de la cuesta, sonó su móvil. Era Bone.

—Vuelva aquí ahora mismo —dijo.

—Voy de camino, señor.

Veintidós

Walker se tomó un momento para asimilar lo que estaba viendo.

—Es sin duda Donald Fagan.

—Lo es —dijo Bone.

—Entonces, ¿dijiste que estaba colgado por los pies?

—Atado o enredado, aún no estoy seguro de cuál, y la radio se había enganchado en la cuerda. Fue lo que nos llamó la atención. Seguía soltando música a todo trapo. Garganta cortada, y parece que se desangró cabeza abajo.

—Ya lo veo. Horrible.

—La Científica está de camino, así que tendremos que dejarlo aquí de momento. Bone se volvió hacia el agente, que se mantenía todo lo lejos que podía del cadáver tumbado en la hierba a los pies de los detectives.

—¿Puede vigilarlo hasta que llegue la Científica?

—Señor —dijo el agente y, apartando la mirada, se acercó un poco.

—Hay algo que quiero enseñarte —dijo Bone a Walker.

Ella lo siguió de vuelta hasta la mesa y las sillas de bistró junto a la casa.

—¿Han cortado la hierba aquí? —preguntó Walker.

—Creo que sí, y el cenicero está lleno de colillas.

Se inclinó sobre la mesa y examinó el contenido.

—Unas cuantas parecen relativamente recientes —dijo Bone.

—Alguien ha estado por aquí.

—A la vista está, y no ha terminado precisamente bien.

— —¿Posiblemente Fagan? Al fin y al cabo, estaba cuidando la propiedad.

—¿Era fumador? —preguntó Walker. No vi nada que lo indicara cuando le tomamos declaración. Suelo olerles el humo.

—Creo que tenemos causa suficiente para entrar en la propiedad, ¿no te parece?

—Desde luego, si es lo que quieres hacer. Walker entornó los ojos ante las ventanas tapiadas. Se estremeció y se frotó los brazos.

—¿Seguro que no quieres quitarte esa ropa mojada?

—Estoy bien. La chaqueta ha absorbido la mayor parte. Subió al patio de hormigón y se acercó a la puerta trasera. Sacudió el panel de acero atornillado al marco. —Está completamente agarrotado por el óxido. Creo que necesitarías un equipo especializado para cortar eso.

Se desplazó hasta la primera ventana. También estaba fuertemente asegurada. Rodeó el lateral de la casa y saltó de nuevo al césped descuidado. Más adelante, llegó a una ventana más pequeña, cerca del suelo. Golpeó el panel de acero, y este vibró. Faltaban los pernos; el rectángulo de metal pesado estaba suelto y apoyado en el alféizar.

—Échame una mano —le gritó a Bone.

Entre los dos bajaron la plancha al suelo. Detrás, la ventana estaba abierta.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo Bone—. Déjame...

Pero Walker ya estaba medio dentro y, tras una brevísima pausa, desapareció en la oscuridad del interior.

—¿Estás bien? —preguntó Bone hacia la penumbra.

—Sí, es el sótano.

Bone la siguió, aunque con bastante menos gracia. Se dejó caer por el borde y aterrizó con un golpe en el suelo, a los pies de Walker. Ella le ayudó a incorporarse.

—Huele a humedad que apesta. ¿Hay luz? No veo un carajo —dijo.

—Dudo que haya corriente. Walker sacó el móvil y encendió la linterna. El haz iluminó una sala casi vacía, pero al otro lado había varios objetos grandes, de formas extrañas, cubiertos con lonas y atados con cuerda.

Walker se acercó a un interruptor en la pared. Lo accionó y, para su sorpresa, un fluorescente justo encima de sus cabezas cobró vida a trompicones.

—¿Suministro eléctrico? —preguntó Bone. Tiró de las cuerdas atadas alrededor del objeto más alto.

—Mark, ¿eres tú ahí debajo? —bromeó—. Y, tirando del borde de la lona, dejó al descubierto la esquina de un armario ropero. —Muebles.

Se dio la vuelta, pero Walker no estaba allí.

—¿Rhona?

—Aquí arriba —llamó desde más allá de una puerta abierta al fondo del sótano—.

La siguió y subió por un empinado tramo de escaleras de madera desvencijadas que conducían a un pasillo mohoso, cubierto de telarañas.

—¿Dónde estás? —volvió a llamar.

—El salón. Por aquí.

Siguió de nuevo su voz y la encontró en un salón eduardiano, revestido de caoba y cubierto de polvo y telarañas, iluminado por una araña que colgaba de una cornisa ornamentada. Unas pinturas enmarcadas y desvaídas de paisajes africanos decoraban las paredes, y la cabeza disecada de una gacela los miraba desde una enorme chimenea de madera dura. Había más muebles envueltos en lona reunidos junto a uno de los ventanales tabicados que ocupaban todo el ancho de la estancia.

—Joder. No sabía que los Sneedon eran tan ricos —dijo Bone.

—El colonialismo sigue vivo en Cullenbrae —dijo Walker—. O quizá delirios de grandeza.

Siguieron por una puerta de conexión que daba a una cocina de proporciones similares que parecía una pieza de museo de los años treinta. Walker se acercó a una antigua cocina Aga oxidada encajada

entre unos armarios de cocina vetustos. Apoyó la mano en la puerta del horno.

—¿A ti te parece que está caliente? —preguntó.

Bone tocó la superficie. —Sí, sí que está caliente. ¿Está encendida?

Giró la ruleta de uno de los fuegos, y siseó.

—¿Electricidad *y* gas? Pensaba que esta casa estaba abandonada.

Bone se acercó a un fregadero Belfast mohoso y muy arañado. Había un tenedor cruzado en el desagüe con restos de comida acumulados alrededor.

—Creo que alguien ha estado comiendo —dijo.

Pero Walker había vuelto a desaparecer.

—¿Dónde estás ahora? —gritó.

Volvió al pasillo. Walker estaba junto a una escalera de caoba que serpenteaba por el centro del edificio.

—Por el amor de Dios, deja de hacer eso —dijo.

Alzó la mano. —He oído un crujido que venía de arriba.

—Claro que sí. ¿Qué sería de nosotros sin el crujido de rigor?

Se oyó un golpe fuerte arriba y cayeron sobre ellos copos de yeso.

Empezaron a subir las escaleras, se detuvieron en el primer rellano y volvieron a escuchar.

Un segundo crujido.

—Ahí —Walker señaló la primera puerta.

Se acercaron con cautela. Bone se inclinó y negó con la cabeza. Empujó la puerta con suavidad y esta se abrió lentamente. Asomó la cabeza por el marco.

Había una cama individual arrimada a la pared, algunas prendas esparcidas por el suelo y una pila de platos y tazas apilados encima de una mesilla.

Walker se deslizó hasta una puerta contigua al otro lado de la habitación. Probó el picaporte, pero estaba cerrada con llave.

—Había, sin duda, alguien, o algo, moviéndose por aquí —susurró Walker.

—¿Algo? —preguntó Bone, abriendo mucho los ojos.

—No estarás asustado, ¿verdad, jefe? ¿No pensarás que es tu alucinación paseándose por aquí arriba?

—No me extrañaría nada. Tiene antecedentes —dijo Bone.

De repente, una puerta dio un portazo al otro lado de la pared. Bone salió disparado al rellano. Una figura pasó a empujones y lo tiró al suelo. Walker bajó las escaleras a la carrera. Al incorporarse, Bone fue detrás. Abajo, el que corría había desaparecido, y atravesaron de nuevo el salón y luego a la cocina. Pero no había rastro. Walker corrió hasta la puerta de atrás, pero estaba cerrada. Volvieron al vestíbulo.

—¿Nos lo hemos imaginado? —preguntó Walker.

—Mi hombro dolorido dice lo contrario —Bone se frotó el brazo.

Walker vio la puerta del sótano entornada. —¿Salir por la puerta de entrada?

La abrió de un tirón y bajaron de un salto la escalera. La figura, un hombre mayor con un mono mugriento, estaba junto a la ventana, intentando colarse por la estrecha rendija.

—Policía. ¡Alto! —gritó Bone.

Se abalanzó y le agarró la pierna al hombre que huía. Pero este soltó una patada; la bota le acertó a Bone en el pecho y lo hizo caer de espaldas al suelo. Walker intervino, le sujetó los brazos, lo arrastró de vuelta al interior y lo redujo contra el suelo.

—¿Adónde cree que va? —dijo ella.

Bone se levantó a trompicones y se sentó sobre las piernas pataleantes del fugitivo.

—¡Quítense de encima! —gimió el hombre, con la cara aplastada contra el suelo de hormigón—. No tengo dinero, si es eso lo que buscan.

Lo voltearon boca arriba. Era barbudo, con el pelo largo, mugriento, enmarañado, gris y amarillento que le tapaba la cara. Era mayor de lo que Bone había pensado, teniendo en cuenta la fuerza con la que había intentado escapar y su ágil intento de trepar por la ventana.

—Llévense lo que quieran. ¡Déjenme en paz!

—Somos agentes de policía. ¿Qué hace usted en esta casa? —preguntó Bone.

Intentó zafarse otra vez, pero los detectives apretaron el agarre.

—Le dejaremos incorporarse cuando se calme —dijo Bone.

El hombre exhaló, por fin relajó las extremidades y Bone lo sentó.

—¿Se va a portar bien ahora?

—Déjenme en paz. El hombre hablaba con un acento pulido del West End de Glasgow.

Walker le enseñó su identificación. —¿Qué hace usted en esta propiedad?

El hombre se quedó mirando la placa. Cerró los ojos y respiró hondo. —Sin comentarios —murmuró.

—¿Ha forzado la entrada? ¿No tiene dónde vivir? —preguntó Bone.

—Sin comentarios —repitió el hombre.

—¿Cómo se llama? —insistió Bone.

El hombre bajó la cabeza como si intentara desconectarse de los detectives.

—Sabe que esto es una propiedad privada. Podemos detenerle por allanamiento, ¿entiende?

—Sin comentarios —murmuró el hombre.

—¿Tuvo alguna pelea con alguien en el pozo, al fondo del jardín?

—Sin comentarios.

Bone suspiró. —Ya he tenido bastante de esto.

Los detectives pusieron al hombre en pie.

—Queda usted detenido por sospecha de allanamiento en la propiedad conocida como Brae Hill House —dijo Bone.

El hombre chasqueó la lengua. —¿Por qué no me deja la gente en paz?

—No tiene que decir nada, pero, si lo hace, podrá ser usado como prueba ante un tribunal de justicia, ¿lo entiende?

—¡Entiendo que no he hecho nada malo!

—Ve a por el agente —dijo Bone.

—Pórtese bien, ¿de acuerdo? —dijo Walker al hombre. Lo soltó y volvió a salir por la ventana.

Un par de minutos después, regresó con el agente y, entre los dos, forzaron la puerta del sótano hasta abrir apenas una rendija.

Sacaron al hombre a la luz y Bone fue detrás.

—Vamos a necesitar un acceso más fácil que este —protestó Bone, frotándose los moratones.

El hombre divisó el cuerpo de Fagan, tendido de cualquier manera al fondo del jardín.

—¿Qué demonios es eso? —Se le quedó la boca abierta de la impresión.

—Esperamos que pueda decírnoslo —dijo Bone.

El hombre volvió a bajar la cabeza. —Sin comentarios.

Veintitrés

El equipo se mantuvo con gesto adusto alrededor del panel de la investigación, ahora cubierto por una compleja red de líneas, flechas, encabezados, nombres e imágenes.

—La madre que lo trajo. Y yo que pensaba que la película *Ring* era de lo más macabro —rompió el silencio Mullens.

—¿Sabemos quién es la víctima? —preguntó Baxter.

—Aún no tenemos una identificación definitiva, pero casi con total seguridad es Donald Fagan —dijo Bone.

—Supongo que el hombre de negro y su equipo ya están en la escena —dijo Harper.

—Sí, apenas habían vuelto a la base cuando tuvieron que volver a cargar las furgonetas y regresar. Con suerte tendremos en breve un primer informe suyo. Pero hay más.

—¿Más que eso? —preguntó Mullens.

—Rhona y yo encontramos una forma de entrar en la casa de los Sneedon por el sótano, y estaba claro que alguien vivía allí o la estaba ocupando. Tras un registro rápido, descubrimos a un hombre, posiblemente sin hogar, en la propiedad. Intentó huir, pero le atrapamos.

—Le atrapé yo —añadió Walker con una sonrisa.

—Ahora está bajo custodia, a la espera de tomarle declaración.

—¿Alguna idea de quién es? —preguntó Baxter.

—Fue muy poco colaborador.

—¿Y no llevaba nada encima?

—Aparte de pulgas y algo de cereales resecos en la barba, no —respondió Bone—. Como he dicho, puede que sea un sintecho que usa la propiedad vacía como refugio.

—Pero eso es como la prisión de máxima seguridad de Northlands, ¿no? —preguntó Harper—. ¿Crees que puede ser responsable de la muerte del señor Fagan?

—Quizá Fagan le sorprendió cuando intentaba entrar.

—Pero, señor, la comida, la ropa de cama y los platos sucios sugieren que llevaba allí bastante tiempo —dijo Walker.

—¿Podría haber pasado inadvertido para Fagan hasta anoche? —sugirió Bone.

—Fagan era obsesivo con la seguridad, y parece poco probable que se le escapara un viejo vagabundo torpón rompiendo su línea de defensas electrónicas y de acero. ¿Y qué hay del montaje elaborado en el pozo: la radio, la cuerda?

—Cierto. Podemos retenerle por ahora por allanamiento de morada hasta que averigüemos quién es.

—La destrucción de las cámaras de Fagan y la retirada de las grabaciones también sugieren que alguien no quiere que las veamos —dijo Walker—. Quizá captó a nuestro asesino la noche del atropello y fuga, y luego este necesitó deshacerse de las pruebas y del testigo.

—Si es que los asesinatos están relacionados. No tenemos pruebas concretas para suponerlo por ahora.

—Oh, venga ya, señor —interrumpió Mullens.

—Repito: como no tenemos absolutamente ninguna prueba que relacione a este supuesto okupa con los delitos, por ahora tenemos que asumir que el asesino sigue suelto.

—Y cada vez más desesperado, por lo que parece —dijo Baxter.

Bone se volvió hacia el panel de la investigación. —¿Qué es esto? —Señaló una flecha que unía al tabernero y a Burns.

—Estaba a punto de contárselo, señor —dijo Baxter—. Hice un poco más de indagación sobre los residentes de Cullenbrae, como pidió, y encontré algo interesante. El dueño del Clachan Arms, Gronin, tiene un pasado bastante turbio con antecedentes como

perista. Hace cinco años le condenaron por receptación y cumplió dieciocho meses por reincidencia, que incluía dos cargos de lesiones graves.

—Vaya, vaya.

—Y no solo eso: también descubrí que tenía un cómplice al que acusaron y sentenciaron junto con él. Nada menos que el señor Martin Burns.

—¿Así que eran socios en el delito?

—Por lo visto, Burns ayudaba a Gronin a conseguir el material falso. El fiscal no pudo probar que Burns fuera el ladrón, pero le pillaron con mercancía robada en el coche. Gronin entró en prisión y Burns recibió una condena de nueve meses suspendida por ser la primera infracción.

—¿Por qué iba a omitir eso Gronin? Seguro que sabe que vamos a sacar sus antecedentes a la luz —preguntó Bone.

—Especialmente cuando le había contratado para trabajar en su pub —dijo Walker.

—Vale, tenemos que volver a hablar con Gronin. ¿Mark y Will?

—En ello —dijo Mullens.

—Luego está el coche de Burns —dijo Walker—. Esta mañana lo encontré en un garaje de alquiler con daños en la parte trasera que parecían compatibles con una colisión fuerte.

—¿El coche de Burns? —preguntó Harper.

—Sí, las matrículas coinciden con las que me diste ayer, señor.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Se atropelló a sí mismo? —dijo Mullens.

—Había una caja de herramientas detrás, llena de utensilios similares al arma homicida.

—Escariador cónico —dijo Baxter.

—Sí, ese —asintió Walker—. El coche ha sido incautado. La Científica lo está examinando ahora.

—También comprobé el segundo juego de matrículas que sacaste del posadero, y el coche era de alquiler de una empresa llamada Happycars, con sede en Milngavie —dijo Baxter—. Llamé a su oficina y hablé con una empleada muy puntillosa.

—Apuesto a que eso no duró mucho —dijo Mullens.

—Sí, superado el malentendido inicial, fue muy colaboradora y encontró los datos. El coche se alquiló los días dos y diez de octubre a una mujer de St Andrews llamada Kathleen Fisher.

—¿St Andrews? La red de Burns se extendía lejos —murmuró Bone.

—Me pregunto si era una de sus clientas —sugirió Walker—. ¿Quizá le estaba montando una cocina nueva?

—El eufemismo de toda la vida —dijo Mullens.

—¿Tiene una dirección, Sheila? —preguntó Bone.

—Por supuesto. Y llamé a un fijo, pero no contestó nadie. También comprobé el registro de la propiedad y los archivos del ayuntamiento, y Kathleen Fisher heredó la vivienda de sus padres cuando fallecieron.

—Puede que tengamos que pedir a la comisaría de St Andrews que se pase por la casa de la señora Fisher —dijo Bone.

—Yo me encargo —asintió Baxter.

—Excelente trabajo —sonrió Bone—. ¿Qué hay de los familiares más cercanos de Burns y de algo más de la Científica?

—La madre de Burns murió cuando él tenía tres años. Lo crió su padre, ya también fallecido. Nada de huellas, señas de identificación ni ADN por parte de la Científica, incluido el escariador cónico.

—¿Marcas de neumáticos y pintura?

—Tráfico ha señalado quemadas de aceleración. Los neumáticos muy probablemente son imitaciones baratas de Goodyear, pero faltan las muestras para confirmarlo. Dejad que vuelva a comprobar lo de la pintura —regresó a su mesa y tecleó en el teclado—. Comprobaciones en curso. Lo siento.

—Frustrante por todos lados.

—Y noticias aún más frustrantes —interrumpió Harper—. Ya han llegado los resultados de la muestra tomada del parachoques del Saxo de Gary Speed.

—¿Y?

—Sangre de ciervo reseca. Así que parece que se libra.

—Aparte de su granja de skunk en el desván, claro —dijo Mullens —. Le hicimos admitir el cultivo, pero insistió en que nunca lo vendía. Dijo que era solo para consumo propio y de amigos.

—Intenta rebajar la condena —dijo Bone.

—Sí, pero los dos mil en billetes de cinco y de diez recuperados en su casa le bastarán al fiscal, seguro —dijo Mullens.

—Pero Will tiene razón, queda fuera de sospecha en lo que respecta al asesinato de Burns.

—Dijo que algunos de esos supuestos amigos viven en Cullenbrae, pero se negó a concretar.

—Vale, entonces tendremos que volver a entrevistar a los vecinos.

—Un segundo asesinato en Cullenbrae va a sentar de maravilla —dijo Walker.

—Sí, los payasos de la prensa se van a mear de la risa con esto —dijo Mullens.

—Ya lo han hecho. Walker volvió a su mesa y regresó con el *Chronicle*, el periódico. El titular decía *Horror Hamlet*, con el subtítulo debajo: La maldición maligna de Cullenbrae regresa.

—... joder —murmuró Bone.

—Más puto jamón que en la granja de cerdos del viejo Jake Whyte —dijo Mullens.

—Vale, empecemos por Gronin y a ver adónde nos lleva —dijo Bone—. Y procura no destrozar otro coche del parque, Mark.

—¿Vuelven a quejarse los de Suministros de ti?

—Nunca es buena idea cabrearlos ahí abajo.

—Cierto. Me portaré bien. Mullens siguió a Harper hacia la salida.

—Esa será la primera vez —replicó Bone.

—Vale, Rhona, vamos a ver qué ha hecho Brody con nuestro sospechoso sin techo — —Bone se volvió hacia Baxter—. Una vez que el sargento Brody lo haya fichado, ¿puede enviar su foto de ficha a albergues, ONG y servicios de apoyo para ver si podemos identificar a nuestro invitado misterioso? Sospecho que no será muy colaborador, pero me fijé en que tiene un acento de Glasgow bastante pijo, así que puede que sea del West End o de barrios más arbolados del lado sur.

—De acuerdo. También presionaré a la científica —dijo Baxter—. Mañana movidita. ¿Puedo repostar primero? Sacó un paquete de cigarrillos del bolso.

—Venga, tira.

—¿Y el super? —preguntó Walker a Bone.

—Le llamaré en breve. Vamos a ver primero adónde nos lleva todo esto.

—¿Seguro? Quiero decir, suele estar encima de ti si no le mantienes al día.

—Lo haré, pero aún no —dijo Bone—. Vamos.

Walker le siguió fuera.

Salieron por la puerta trasera para evitar a la prensa y pasaron junto a Baxter, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Ve un segundo por delante, Rhona —dijo Bone.

Ella siguió.

—¿Puedo pedirle un favor, Sheila? —preguntó Bone.

Baxter giró la cabeza y sopló una bocanada de humo alejándola de él.

—¿Puede volver a revisar los archivos de Robert Meiklejohn y comprobar si hay fotos suyas de niño, quizá con nueve o diez años?

—¿Quiere que consulte los expedientes del Asesino del Cucú-tras?

—Sí.

—No quiero entrometerme, pero ¿todo bien, señor?

—Sí, solo estoy siguiendo una pista, intentando cerrar un cabo suelto. Todo forma parte de mi proceso de curación.

—Ah, sí, claro.

—Yo le echaría un ojo, pero usted es muchísimo más rápida que yo para estas cosas.

—Por supuesto, ningún problema.

—Pero quédese esto para usted, ¿de acuerdo? No querría que el súper se enterara y se preocupara sin necesidad.

—Queda entre nosotros. Esperó hasta que él estuvo a suficiente distancia antes de dar otra calada larga y profunda a su cigarrillo.

Veinticuatro

Un coche patrulla se detuvo al borde de la plaza del pueblo. Dos agentes se apearon y se reunieron con Mullens y Harper.

—Bien, vaya por el lateral del pub con el agente detective Harper y cubran la parte de atrás—dijo Mullens—. Nosotros entraremos por la puerta principal.

Harper soltó una risita.

—¿Qué? —Mullens frunció el ceño.

—*La jungla de cristal* 5. El garito del pueblo—rió Harper.

—Tiene antecedentes, Will. Solo andad con ojo, ¿de acuerdo?

Siguieron cruzando la plaza. Harper y el agente desaparecieron por el lateral, y Mullens continuó hasta la entrada. La puerta estaba cerrada y había desaparecido el cartel que solía ponerse en la acera anunciando los almuerzos. Miró su reloj.

—Ya es un poco tarde para seguir cerrado, ¿no? —le dijo al agente.

Probó la puerta y esta se abrió de golpe.

—¿Hola? ¿Señor Gronin? —llamó hacia la penumbra.

Las luces de la barra y de los dispensadores de bebidas estaban apagadas.

—El sargento detective Mullens, de la comisaría de Kilwinnoch, ¿está ahí, señor Gronin? —volvió a llamar.

Un estruendo, seguido de un alarido agudo, llegó del otro lado de la pared trasera. Mullens y el agente corrieron por la puerta de

conexión hacia el salón, pero el cuartucho estaba vacío.

Un segundo y un tercer golpe sonaron en la parte de atrás del pub. Volvieron al bar público, rodearon la barra y salieron por detrás. Harper y Gronin forcejeaban por el suelo de la cocina, junto a una mesa volcada. Harper tenía las piernas trabadas en la cintura de Gronin, pero estaba perdiendo el agarre a toda velocidad.

Mullens se abalanzó para ayudar, pero Gronin se zafó, atizó a Harper en la cara con el codo y dio un salto para ponerse en pie.

Se volvió y le rugió a Mullens, con los puños en alto. Mullens se acercó con calma. Gronin lanzó el brazo, pero Mullens asestó un único puñetazo en la papada del tabernero que lo dejó en el aire un segundo. Salió despedido hacia atrás por encima de la mesa volcada y cayó con un estrépito descomunal sobre una torre de cacharros, haciendo saltar ollas, sartenes y utensilios en todas direcciones.

Harper se puso en pie, llevándose la mano a la mejilla. Corrió hacia Gronin, que yacía en el suelo hecho un ovillo, inconsciente. Le puso las esposas.

—Para que aprendas a no subestimarnos —Mullens negó con la cabeza—. ¿Dónde está el agente con el que ibas, Will?

—Aquí, señor—dijo el segundo agente, arrodillado junto a su compañero al fondo de la sala.

—Ha venido directo a por mí desde el patio—dijo desde el suelo, desorientado, el agente, frotándose la cabeza—. Me atizó con eso. Señaló una sartén de acero que yacía a sus pies.

—¿Había una mujer con él aquí?—preguntó Mullens.

—No, no lo creo—dijo Harper. Se presionó la mandíbula con la palma.

—Oí un grito de mujer. Mullens frunció el ceño.

—Ah, eh... creo que quizá he sido yo. Me agarró del pelo. Justo de las raíces, ya sabes, lo peor.

—*La jungla de cristal*, y una mierda—gimió Mullens.

Gronin se ladeó. El cucharón de sopa que se tambaleaba sobre su pecho resbaló y cayó con estrépito al suelo de piedra.

—Bien, cara de nabo. David Thomas Gronin, le detengo por... bueno, empecemos por agredir a dos agentes de policía y por resistencia a la autoridad, y ya veremos a dónde nos lleva eso.

Mientras Mullens seguía leyendo la advertencia, Harper salió tambaleándose por la puerta trasera.

El monovolumen de Gronin estaba aparcado junto a la puerta del patio. El maletero estaba abierto. Iba cargado de muebles antiguos. Había una caja empujada debajo de una cómoda georgiana. Harper la sacó. Dentro había adornos de plata y oro envueltos en plástico de burbujas y joyas metidas en bolsitas. Una caja cuadrada de color rojo carmesí en medio le llamó la atención. La tapa llevaba en relieve el logotipo de la firma de relojes Omega.

Volvió a la cocina. Gronin estaba ya incorporado y protestaba a voz en grito.

—¿Agrediendo a agentes? Probad al revés, capullos—se frotó la barbilla—. Y ese fue un golpe de suerte. La próxima vez no tendréis tanta puta suerte.

—Oh, espero que haya una próxima vez —dijo Mullens—. Dame la oportunidad de usar mi puño de verdad. Se volvió hacia los dos agentes. —¿Está bien? —le preguntó al primero, que ya estaba en pie.

—Sobreviviré —gruñó el agente.

—No gracias a Hans Gruber, aquí presente —le gruñó Mullens a su prisionero—. Llévenlo de vuelta a comisaría.

—Allá vamos. El agente se acercó con cautela y le agarró los brazos esposados a Gronin.

—¡Bú! —le gritó Gronin en la cara, y el agente dio un salto—. Este cerdito fue al mercado, este cerdito...

—Cierra el pico o lo haré por ti, para siempre —dijo Mullens.

Los dos agentes se lo llevaron.

—Parece que el dueño del pub estaba haciendo limpieza. Harper asintió hacia la furgoneta del patio.

—Imitaciones, supongo; de ahí el asedio del Nakatomi Plaza.

—Vale, ¿podemos dejar ya mi *Die Hard* metedura de pata?

—Ah, ¿entonces la has visto?

—Catriona me obligó. Le encanta.

—Vaya, ha subido muchos enteros en mi estima. Igual te la robo. Si le sugiero algo así a Sandra, amenaza con cortarme los cojones

mientras duermo. ¿No erais vosotros dos unos frikis zumbados de *Star Wars* de los que se atiborran de comida vegana?

—Soy bastante más friki que ella.

—Pones el listón muy alto, Will. ¿Estás bien? Mullens se volvió para examinar la cara de su compañero—. —Vas a lucir un buen moratón ahí. A tu prometida le parecerá sexy.

—Se preocupará aún más por mí.

—Si gritas así cada vez que te haces un corte con un folio, yo también me preocuparía.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—¿Cuánto hace que me conoces?

Harper gimió.

—¿Algún daño en el vehículo?

—Nada.

Siguieron a los agentes de vuelta por el pub y salieron a la plaza.

Mullens se detuvo junto al coche de parque. —No diré ni pío, pero a cambio puede que necesite que hagas algo por mí.

—Dios, no me gusta cómo suena eso.

—Bien, a ver qué tiene que decir de sí mismo el de los cojones por cerebro.

—¿Qué es?

Mullens arrancó el motor. —Eso estropearía la sorpresa.

A Harper se le hundió un poco más el estómago.

Veinticinco

Arriba, en recepción, Bone pulsó el timbre del mostrador y Brody salió de la parte de atrás.

—¿En qué habitación está el sintecho? —preguntó Bone.

—Era el equipo de incidentes por teléfono; el hombre se ha desplomado en el furgón, de camino. Se lo han llevado al General de Falkirk.

—¿Urgencias?

—Sí. Por lo visto, ha tenido algún tipo de convulsión y han llamado a los del SAMU para ayudar.

—Dios santo. Esta investigación... Acabo de estar ahí arriba. Hoy alguien me está tomando el pelo, pero bien.

—Lo siento, señor.

—Sí, le culpo a usted por completo, sargento. A usted y a ese unicornio de la suerte suyo.

—Pues ya no tiene tanta suerte. Va de camino al vertedero más cercano.

—Exacto, karma puro.

Bone se encaminó hacia las puertas. Walker le siguió.

—No, iré solo. Será mejor que se quede aquí al pie del cañón.

—Señor —dijo Walker, y volvió a la sala de incidentes.

Bone inspiró hondo y salió. El corrillo de periodistas reunidos fuera se había multiplicado desde que había entrado.

—Espero que no se hayan enterado ya.

Se dio la vuelta y salió por la puerta trasera.

En Urgencias, un médico adjunto cruzó a paso vivo la concurrida sala de espera.

—¿Es usted el agente que quiere hablar con el hombre que estaba convulsionando? —preguntó.

—Sí, el inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch.

—Sígame —dijo el médico.

Avanzaron por un pasillo con boxes a ambos lados.

—¿Está bien? —preguntó Bone.

—Está un poco aturdido, pero estable, y las convulsiones han remitido.

—¿Es epiléptico?

—No, ha sufrido un ataque de pánico grave y la bajada brusca de oxígeno le ha provocado una convulsión.

—¿Le ha dicho su nombre?

—Le ha dicho a una de las enfermeras que se llama Ronald, pero todavía no tenemos apellido. —Se detuvo ante una sala de exploración del fondo y descorrió la cortina—. Hola, Ronald, hay un agente de policía que quiere verte.

Ronald estaba incorporado en una cama alta; su cuerpo esquelético apenas se adivinaba bajo una sábana de lino blanco que hacía juego con el color de su expresión demacrada y surcada. Una enfermera flotaba a su lado.

—Usted —gruñó el anciano.

—Has sufrido un ataque de pánico, Ronald, y eso te ha provocado una convulsión. Pero te hemos examinado y ahora estás bien —dijo el médico.

—No deseo hablar con ese hombre. —Ronald alzó el brazo y señaló a Bone con un dedo nudoso.

—Me temo que tengo que hablar con usted, Ronald. ¿Ese es su nombre real?

El anciano siguió frunciendo el ceño.

—¿Por qué sufrió usted un ataque de pánico en el vehículo policial, Ronald?

—Solo quiero que me dejen en paz —gruñó el hombre.

—¿Cómo entró en Brae Hill House?

A la enfermera se le cayó una carpeta con pinza y esta repiqueteó en el suelo.

—Perdón —dijo ella—, y lo sujetó al pie de la cama.

—¿Usó unas cizallas en la cerradura? —continuó Bone.

El hombre respiraba con dificultad.

—Inspector, quizá debería darle a Ronald un poco más de tiempo para recuperarse —dijo el médico.

—Nos ayudaría mucho si pudiera decirnos su nombre completo —insistió Bone.

El anciano negó con la cabeza.

—Perdone —interrumpió la enfermera—. ¿Podría hablar con usted un momento, inspector?

La siguió afuera, y ella corrió la cortina con energía hasta cerrarla.

—Creo que es Craig Sneedon.

—¿Cómo?

—Ya sabe, el hermano de ese tipo que mató a sus padres, al vecino y a algunos del pueblo. Fue cuando mencionó Brae Hill House, ahí supe que estaba en lo cierto. Lo reconozco a él y a su voz por un documental que vi hace unos meses. Salía ahí, lo entrevistaron después de que pasara todo. Ese programa se me quedó grabado.

—Pero dice que se llama Ronald.

—Bueno, estoy casi segura de que ese de ahí es Craig Sneedon. Era mucho más joven, claro, pero es esa voz. Toda esa historia me pone los pelos de punta. Recuerdo que hablé con un colega mayor que estaba en Urgencias aquella noche. Dijo que las heridas de bala eran horribles. ¿Y sabe que el padre sobrevivió unas horas? Tremendo.

Bone volvió a entrar. —Entonces, ¿por qué ha vuelto a su antigua casa familiar, Craig?

El anciano alzó la vista, sorprendido. —Me llamo Ronald.

—Vamos, señor Sneedon, sabemos quién es. Esto no tiene sentido. ¿Por qué entró por la fuerza en su propia casa?

El anciano suspiró. —No forcé la entrada. Vivo allí.

—¿Cómo?

—Déjeme volver a casa.

—¿Es usted hermano de Henry Sneedon?

Él asintió.

—Entonces, ¿por qué cambiarse el nombre, Craig?

—¿No se cambiaría usted el nombre después de lo que pasó?

—¿Y dice que vive en la casa?

—Sí. Se removió bajo la sábana. —Hay una disputa en curso entre mi hermana y yo por el testamento de nuestros padres y la herencia.

—¿Qué incluía la casa?

—Eso es. Mi maldita hermana se niega a aceptar que mis padres me dejaron la casa, aunque ella recibió el resto de su patrimonio. La cosa fue de mal en peor y, en 2018, por Navidad, descubrí que había contratado a una empresa de demolición para entrar y arrasar Brae Hill House. Fue la gota que colmó el vaso, así que, a regañadientes, regresé del extranjero para intentar arreglar el desaguisado que había creado y apartar a mi hermana de mi vida de una vez por todas.

—¿Así que dice que lleva viviendo en la casa más de cuatro años?

—Correcto.

—¿Pero cómo es posible? Nadie en Cullenbrae nos ha mencionado esto, y la propiedad es como Fort Knox.

—Cuando me mudé, sencillamente no volví a salir.

—¿Nunca?

—Tuve lo que podría describirse como un colapso, y mi agorafobia preexistente se descontroló.

—¿Así que no ha salido de la casa?

—Uso un pequeño rincón del jardín trasero que no se ve desde ninguna parte.

—Pero si no salía nunca, ¿cómo comía? Seguro que en todo ese tiempo habrá necesitado un médico o un dentista, o alguien así.

—Tengo buenos genes. Y el señor Fagan me cuida bien. Le pago para que me compre lo imprescindible y mantenga la casa segura.

—El señor Fagan nos dijo que estaba en el extranjero.

—Es muy leal. Me ha mantenido a salvo todo este tiempo y le estoy muy agradecido.

—Entonces, ¿su relación con el señor Fagan es buena?

—Diría que es como un hermano para mí, pero sería desacertado. Ahora, si eso es todo, me gustaría irme a casa. Miró al médico. —Me encuentro lo bastante bien.

—Me temo que el cadáver que vio en su jardín era el del señor Fagan, —dijo Bone.

—¿Cómo? —exclamó Craig. —¡No! Le tembló el cuerpo.

—No le va a ser posible volver a casa por ahora, ya que su casa y el jardín son ahora un importante escenario de un crimen.

—No... No. —repitió. —¿Cómo? Acabo de verlo. Eso no puede ser.

—¿Cuándo fue eso?

—Vino con algo de comida y me advirtió. Tres días... Eso... La boca del anciano se quedó abierta.

—¿Advertirle de qué?

—De que la policía estaba atendiendo un accidente al final del camino, que no me preocupara si oía sirenas. Era muy atento en esas cosas, siempre.

—¿Oyó a alguien forzando la entrada a su propiedad anoche?

—Oí ruidos en el jardín, pero supuse que eran los zorros, que han estado activando las alarmas de Donald. Bajó la cabeza. Tomó dos o tres respiraciones profundas. —¿Por qué sigue pasando esto? ¿Cuándo va a acabar todo este dolor? —murmuró.

—¿Y no lo vio al día siguiente ni más tarde esa misma noche?

—No. Suele pasarse cada dos días, así que no lo estaba esperando.

—Lo siento, pero tengo que preguntarle esto, señor Sneedon. ¿Mató usted a Donald Fagan?

—¡Dios mío, no! ¿Por qué iba a hacer yo eso? ¿Por qué iba a hacerlo nadie? Era tan amable. Era mi vínculo con el mundo. Dependo de él cada día. ¿Por qué iba a hacerlo? Su respiración se intensificó.

El médico se acercó y le tomó el pulso al anciano.

—Respira despacio, Craig, como te enseñé antes, le dijo al hombre, cuyo torso subía y bajaba bajo la sábana. —Con calma. Le presionó la frente con la palma.

La respiración del anciano se fue calmando poco a poco.

El médico dio un paso atrás. —inspector, ¿puede hablar un momento?

Bone lo siguió al pasillo.

—Está al borde de otro ataque de pánico. Creo que necesita más tiempo. Si sigue, podría convulsionar otra vez.

—De acuerdo, lo dejaré por ahora, pero voy a tener que enviar a un agente para que le eche un ojo.

Volvieron a la habitación.

—Tendremos que hacerle algunas preguntas más cuando se encuentre mejor, señor Sneedon, —dijo Bone.

—Solo quiero irme a casa, —sollozó el anciano.

Bone asintió al médico y se marchó.

De camino al coche, le sonó el móvil.

—¿Rhona?

—La científica ha sacado huellas del volante del coche de Burns y las ha cotejado con Stuart Mason.

—¿El electricista jipi?

—Ajá.

—Tráigalo, —dijo Bone.

—Los de uniforme ya van de camino para recogerlo, —respondió Walker.

Bone soltó un suspiro. —A este paso nos vamos a quedar sin salas de interrogatorio.

Veintiséis

Gronin se recostó en la silla y recorrió con la mirada la sala de entrevistas. —Acoso, puro y duro. Estoy en vuestros archivos, así que pensáis que soy presa fácil. El mismo disco rayado de siempre.

Mullens lo miró en silencio unos instantes más. —Vale, voy a dejárselo todo lo claro que pueda, señor Gronin. ¿Estuvo usted implicado con el señor Burns en la adquisición y venta de bienes robados?

—¿Y por qué cree eso, detective?

—Oh, quizá por cómo agredió a dos de nuestros compañeros. ¿Le apetecía otra temporada en Northlands High Security, eso era?

—El madero vino a por mí. Me defendí.

—¿Agente detective Harper? —dijo Mullens.

Harper abrió su bloc de notas con un chasquido. —Al registrar su propiedad y su furgoneta, hemos recuperado cuatro piezas de mobiliario antiguo: un aparador de época georgiana, dos sillas de la Regencia y un armario de roble. Además, dos jarrones en miniatura de plata, piezas de joyería, entre ellas un collar de oro de señora, una pulsera y una colección de anillos engastados con diamantes, rubíes y esmeraldas, y un reloj Omega antiguo de oro con estuche.

—Las joyas eran de mi madre. Las heredé cuando falleció. O debería decir cuando falleció mi padre. Luego, en la testamentaría, me las adjudicaron. Tengo pruebas.

—¿Y los muebles?

—Son piezas de recuperación, todas restauradas.

—¿Y quién se los restauró?

—Vale, ya sé por dónde vais.

—¿Y a dónde quiere ir a parar? —preguntó Mullens.

—Le pagué a Martin para que me ayudara.

—Ah, sí, compañeros de fechorías.

Gronin alzó la vista.

—¿Por qué no nos habló de su historial delictivo con el señor Burns? ¿Es esa la verdadera razón por la que se puso nervioso y atizó a dos agentes de policía? ¿Trataba de darse a la fuga, eh?

—Ya le he dicho que uno de los de uniforme vino a por mí primero. Gronin suspiró y apoyó las manos sobre la mesa. —Vale, mire. De vez en cuando encuentro algo interesante en un mercadillo de maleteros o en una venta por liquidación y le pido a Martin que me ayude a arreglarlo y restaurarlo. Luego lo revendo y él se lleva un porcentaje. Aunque casi todo son trastos. A veces teníamos suerte y nos caía algo que de verdad valía un par de perras, pero creo que solo ha pasado una vez.

—Alucinante —bufó Mullens.

—¿Qué?

—Un perista y proveedor traficando con mercancía legal.

—Ex perista. Le digo que todo eso ya quedó atrás. Tengo recibos de todas esas piezas.

—¿Así que contrató a su antiguo socio delictivo como camarero por puro altruismo?

—Le eché una mano. Me daba pena. Sinceramente, seguramente me sentía culpable por meterle en el lío.

—Muy noble, y además una tapadera estupenda. Ingenioso.

—No era una tapadera. Fue culpa mía que lo trincaran y lo metieran entre rejas. Fui un gilipollas y no debería haberle involucrado. Es un carpintero con mucho talento. Solo quería echarle una mano, enmendar el daño, ¿sabe?

—Debió de escocerle un poco, eso de que él se escapara de prisión mientras usted seguía dentro.

—Como he dicho, entonces era un imbécil de campeonato y me llevé lo que me merecía. A él deberían haberle puesto una simple

amonestación y punto. Fue completamente desproporcionado.

—Y así lo recibió de nuevo con los brazos abiertos. De vuelta a su negocio.

—Déjalo ya. No.

—Y en esas noches largas y oscuras, cuando los parroquianos ya se habían ido y contabais la miseria que apenas llenaba la caja, ¿nunca os tentó volver juntos a ese negocio de ganar dinero fácil, quizá ampliar a algo aún más lucrativo?—insistió Mullens.

—Tonterías, y de las gordas. ¿Por qué cuesta tanto creerlo? Los dos tenemos años de experiencia, así que ¿por qué no ponerla al servicio de algo legal?

—Yo lo llamaría antecedentes, no experiencia.

—Es la verdad. Sé que igual le sorprende, pero existe algo llamado estar rehabilitado.

—He notado que no ha mencionado de dónde sacó el reloj antiguo—interrumpió Harper.

Gronin se removió en la silla.

—¿Y bien?—apremió Mullens.

—Sé que esto pinta mal, pero Martin me pidió que hiciera tasar el reloj.

Mullens se echó a reír.

—Es la verdad. Jesús.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace cosa de una quincena. Me dijo que alguien se lo había regalado y que quería quitárselo de encima.

—¿Por qué?

—¿Qué cree? Por la pasta. Estaba sin un duro.

—¿Y se creyó que no era una falsificación?

—Me aseguró que alguien se lo había comprado de broma, como siempre llegaba tarde a todo. A decir verdad, al principio me sonó a cuento chino: parecía un regalo demasiado caro para ser una broma. Incluso llegué a pedirle que me enseñara un recibo.

—¿Y se lo enseñó?

—Prometió que sí, pero yo seguía esperando.

—Este cuento es más alto que la Torre Nakatomi, señor Gronin.

—Es jodidamente cierto. Tengo cajones llenos de fotos de mi madre llevando algunas de esas joyas.

—¿Cómo era su relación con Donald Fagan?

—¿El de las cámaras, en lo alto de la colina? Vi los furgones de la policía allí arriba. ¿Le ha pasado algo?

—Responda a la pregunta.

—Es un tipo pequeñajo y raro. Entra en el pub y pone a la gente de los nervios con sus teorías chorras sobre alienígenas. Un colgado inofensivo.

—¿Tiene motivo para hacerle daño?

—Sí, claro, y si lo tuviera se lo diría, ¿verdad? Pues no. Es solo ese chiflado que se ha autonombrado Jefe de Seguridad de Brae Hill House.

—¿Qué sabe de eso?

—Nada. No me acerco jamás a ese sitio. Entonces, ¿también me están acusando de haberle hecho algo ahora?

Mullens se recostó.

—Ya lo he dicho y lo volveré a decir. Acoso. Les he dicho la verdad y no tienen absolutamente nada. Admítanlo. Gronin se cruzó de brazos.

Mullens se inclinó hacia la grabadora.—Entrevista pausada a la una treinta y ocho.—Pulsó el botón.

—¿Se ha acabado esta pantomima? ¿Puedo irme?

—Espere aquí, por favor—dijo Mullens, poniéndose en pie.

—Oh, venga ya.

Harper siguió a Mullens fuera.

—Es un cabrón escurridizo. No me fío de sus cejas—dijo Mullens.

—¿Sus cejas? Tengo más cuidado con esos malditos puños como apisonadoras que tiene. Sé que me voy a arrepentir de preguntar esto, pero ¿qué es lo que no te inspira confianza de sus cejas?

—Dice una cosa y sus cejas dicen otra.

—Ahora estoy más convencido que nunca de que cuando te moriste unos minutos en aquel hotel, en realidad no te recuperaste y ahora eres una especie de zombi andante y gracioso. ¿Qué demonios quieres decir?

—Proclamaba su inocencia, pero las cejas le daban sacudidas y iban por todas partes.

—Le estaban delatando. ¿Es eso lo que dices?

—Exacto.

—Dios... Ya lo que me faltaba por oír. ¿Entonces qué hacemos?

—Revisamos estos efectos y, si aparecen recibos, empezamos de cero; pero, mientras tanto, solo con esos puños se ha ganado pasar la noche en el calabozo.

—Sí, no es así como un hombre inocente recibiría a la policía en su casa.

—Vamos a consultarlo con el jefe. ¿Sigue interrogando?

—Ni idea —dijo Harper.

Fueron por el pasillo y Mullens llamó a la puerta de al lado, pero la sala estaba vacía.

—Espera aquí —dijo Mullens, encogiéndose de hombros, y volvió a recepción.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó al sargento de guardia Brody —. Pensaba que estaba interrogando al sintecho de la sala cuatro.

—Se ha ido al hospital. El tipo se desplomó en el furgón de camino.

—¿Se desplomó?

—Una especie de ataque, según los agentes.

Mullens encontró su móvil y llamó a Bone, pero no obtuvo respuesta.

—Mierda. Bajó otra vez. —El jefe está en el hospital. Al sintecho le ha dado un patatús de camino. He intentado llamarle, pero no ha respondido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Harper.

—Devuélvelo a los calabozos hasta que vuelva Bone —dijo Mullens.

Harper se subió las gafas por el puente de la nariz.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Mullens.

—Si lo que dijo Gronin es cierto, ¿quién crees que le compró a Burns un reloj tan caro?

—A mí me suena robado, la verdad.

—Pero su rollo de que Burns llega siempre tarde al trabajo encaja con lo que dijo aquella de RR. HH. de la fábrica Love Candy sobre Martin. Si miente, es un detalle raro para colar.

—Pero luego están esas cejas dementes.

—Sabe que se expone a una probable condena de cárcel otra vez, así que las cejas están preocupadas. Dios, ya me lo estás contagiando.

—Mmm. Te estás poniendo demasiado bueno en esto para mi gusto, joven Obi.

—Igual bajo un momento a la sala de efectos y le echo otro vistazo a ese reloj.

—¿Te gusta para ti, eh?

—Solo quiero revisarlo otra vez. Satisfacer mi curiosidad.

—Vale, intentaré localizar al jefe, o al menos intentarlo.

Se separaron, y Harper cruzó el patio hacia el almacén.

Veintisiete

La encargada del depósito de pruebas fulminó a Harper con la mirada. —¿Tienes autorización?

—Solo quiero echar un vistazo rápido.

—Lo siento, pero sin firma, no hay miradita —replicó la encargada—. Vamos, que podrías ser un genio del crimen intentando manipular pruebas vitales.

—Te estás quedando conmigo, ¿no?

La encargada soltó una risita y desapareció en el almacén. Salió instantes después con una bolsa de evidencias y se la entregó. —No te quito ojo, Raffles.

Harper alargó la mano para cogerla.

—Para el carro. La encargada lo detuvo. —Estás primero. Metió la mano bajo el mostrador y sacó un par de guantes de examen.

Harper se los puso, sacó la caja del reloj y la dejó sobre el mostrador. Con cuidado soltó el cierre y levantó la tapa.

—Vaya pieza —dijo la encargada, asomándose por encima de la mesa—. Mi abuelo tenía uno de esos.

Harper giró la caja para examinar el reloj por todos los lados.

—El suyo era de dieciocho o veinticuatro quilates. Se lo regaló la destilería donde trabajaba cuando se jubiló. Justo lo que necesitas, un reloj de precisión para recordarte que se te acaba el tiempo. Y, efectivamente, estiró la pata seis meses después.

Harper alzó la vista.

—Perdona, ¿te estoy distrayendo?

—Un poco, sí —respondió Harper.

Sacó el reloj de la caja. Pesaba en la palma. Le dio la vuelta y comprobó la trasera.

—Es automático. Calculo que lo sacaron en el sesenta y ocho o nueve. Ahora valdrá una fortuna, diría.

—Espera un segundo. Lo acercó.

—¿Estás intentando contaminar esto a propósito? Encontró un segundo par de guantes y se los calzó con un chasquido muy oficial.

—Nota la calidad de esto —dijo, y se lo acercó a la muñeca—. Creo que me sienta bastante bien. Si fuera una ladrona de guante blanco como tú, no me importaría birlar este.

Harper sacó con cuidado el interior forrado de terciopelo que servía de soporte.

—¿Qué haces? No destroces la puñetera cosa.

Debajo había una diminuta etiqueta de cartón metida en la esquina inferior de la caja. Hizo palanca y la alzó.

—Grassmarket Antiques.

—Edimburgo —dijo la encargada—. Pijo. Tiene sentido.

Sacó el móvil y le hizo una foto a la etiqueta y a la caja. Luego la devolvió a su sitio y recolocó el soporte. —¿El reloj? —dijo.

—Ay, esperaba que se te olvidara que aún lo tenía.

Lo colocó en el soporte y cerró la caja con un chasquido.

—Gracias —dijo.

—Sin problema, Raffles. Iba a dejar la caja en la bolsa cuando se detuvo. —Espera. Aún tienes el reloj, ¿verdad? Apuesto a que has hecho algún juego de manos ahí. ¿Quizá debería mirar dentro otra vez?

—Déjalo ya. Harper soltó un suspiro y se marchó.

Atravesó corriendo el aparcamiento y subió las escaleras de tres en tres hasta la sala de incidentes.

—Creo que puede que tenga una pista. He encontrado una etiqueta de comercio en la caja del reloj. Se sentó en su mesa. —Grassmarket Antiques. Se puso a teclear. —Bingo. Veintitrés, Victoria Street, Edimburgo. Tendrán registro de la compra y del comprador, quizá.

—Pero si Burns lo birló, entonces el legítimo propietario puede ser un pobre desgraciado cualquiera —dijo Mullens.

—Vaya a comprobarlo, Will —intervino Walker—. Buen trabajo.

—¿Quiere que acompañe al joven Poirot? —preguntó Mullens.

—No, le necesitamos aquí. Siga, Will.

—Por fin libre. Harper le lanzó una mueca a Mullens. Agarró la chaqueta y salió disparado.

Veintiocho

Cuando Bone regresó del hospital, Walker le salió al paso y bajaron directamente a la sala dos.

—Estoy seguro de que hoy los dioses han decidido mantenerme alejado de la máquina de café —dijo Bone.

Entraron. Stu Mason estaba sentado en el borde de la silla, los codos sobre la mesa, mordiéndose las uñas.

—Gracias por venir, señor Mason —dijo Bone.

—No tenía mucha elección, ¿verdad? Se secó las manos en su camiseta rasgada de Led Zeppelin y se apartó de los ojos el pelo grasiento de un manotazo.

—Ah, sí, cierto —sonrió Bone.

Los dos detectives se sentaron enfrente.

Mason se echó hacia atrás, la mirada clavada en el suelo.

—inspector jefe Bone. Ya nos hemos visto, y esta es mi colega, la inspectora detective Walker.

Mason alzó la vista.

—He oído hablar mucho de usted. Por fin nos conocemos, ¿eh? —dijo Walker.

Bone se inclinó, encendió la grabadora y recitó el preámbulo. Cuando terminó, se echó atrás y se quedó mirando a Mason un instante. Mason volvió a roerse las uñas.

—¿Sabe por qué le hemos pedido que viniera hoy, señor Mason? —preguntó por fin Bone.

—No. Mason se encogió de hombros.

—¿Ni una pista?

—No tengo ni idea y, la verdad, estoy bastante molesto.

—Sí, ya lo veo. ¿Por qué está molesto?

—¿Por qué cree? Nunca he tenido problemas con la policía y me están intimidando.

—Bueno, ambos sabemos que eso no es del todo cierto, ¿no?

—Bah, eso fue hace años. Me pillaron con una cantidad mínima de costo y un poli tiquismiquis me detuvo. Me fui con una amonestación.

—Que pasó a ser una condena suspendida cuando le pillaron otra vez, por otro poli tiquismiquis.

—Vale, me gusta echar algún porrito de vez en cuando, ¿y qué? En California es legal, ¿sabe?

—La víctima del atropello ha sido identificada como Martin Burns —dijo Walker. Hizo una pausa para dejar caer la bomba.

—¿Qué? Ni de coña. No puede ser... Esto es demencial. Se recostó, negando con la cabeza en aparente incredulidad.

—Antes hemos recuperado el coche de Martin Burns en un garaje de alquiler en Cullenbrae.

—Vale. Tragó saliva y se le agrandaron los ojos.

—El parachoques trasero del coche estaba bastante dañado y fragmentos de sangre seca tomados de la pintura y del retrovisor han sido identificados como pertenecientes al señor Burns. En otras palabras, su coche se usó en el atropello y fuga.

—Nada de esto tiene sentido. ¿Por qué me cuentan todo esto? Es muy angustioso.

—Tras una inspección forense más detallada, encontramos sus huellas en el volante. ¿Cómo se explica?

—Ay, Cristo. Se frotó la cabeza.

—¿Entonces?

—Un momento, puedo explicarlo.

—Somos todo oídos, señor Mason —dijo Walker.

—Hace unos meses rehíce la instalación eléctrica de la casa de Martin a cambio de usar su coche. Nuestra furgoneta estaba fuera de juego y teníamos que llevar las cerámicas de Cait a ferias

artesanas y cosas así. No podíamos permitirnos faltar a ninguna. Es nuestro único ingreso, y solo la factura del gas de ese horno está por las nubes. Así que eso hicimos.

—¿Tiene algo por escrito, correos, mensajes, recibos que prueben ese acuerdo?

—No lo sé. Solía quedar con él en el pub y lo apañábamos así.

—Qué conveniente, ¿no?

—Pues sí. Nos sacó del apuro y me parecía un trato justo —dijo Mason, cuya aparente conmoción viró con rapidez hacia la rabia.

—Al no tener pruebas...

—Oh, venga. No pueden pensar en serio... Quiero decir, mírenme —alzó los brazos—. ¿Tengo pinta de ser el tipo que querría matar a alguien?

—Se sorprendería mucho, señor Mason.

—Esto es una locura. Yo no maté a Martin. ¿Por qué iba a hacerlo? Nos salvó de la ruina.

—Fueron las únicas huellas encontradas en el vehículo.

—Pues no uso guantes de conducir. ¿Qué quiere que le diga?

—Yo le digo que, por algún motivo, usted tuvo un desencuentro con el señor Burns, quizá por dinero. ¿Se negó a pagarle materiales que había comprado?

—No. Le dije cuánto costaban las cosas y me dio el importe en efectivo para ir a comprarlas al cash and carry. Esos recibos los tengo por ahí.

—Usted mismo ha dicho que le cuesta pagar facturas y mantenerse a flote. Está en el límite, cerca de la ruina, como lo ha llamado.

—Somos pobres, inspector, no psicópatas.

—Y que él se aprovechara de usted de esa manera bastaría para que se le fuera la cabeza.

—Mundo de fantasía.

—Y entonces, enfurecido, ¿se fue a los garajes y sacó el coche de Burns? Quizá solo pensaba destruirle la propiedad o prenderle fuego como venganza, o quizá sabía que volvía a casa de su turno de noche, en su bici, por un carril oscuro, un punto negro de

accidentes. Sería la ocasión de cualquiera para una venganza de verdad. La única que compensaría la traición a su acuerdo.

—¿De dónde sacan esta basura? Sin ánimo de ofender, inspector, pero ¿ustedes viven en una especie de universo paralelo en el que todo el mundo es culpable de asesinatos brutales? No tuve nada que ver con la horrible muerte de Martin. Puede que no fuésemos uña y carne, pero nos respetábamos. Me parecían fabulosas sus vitrinas. A Cait también. Es desgarrador que lo hayan matado. Pero mis huellas están en el volante de su Volvo porque le cogí prestado el coche tres días antes del accidente. Tengo recibos que demuestran que compré materiales para la nueva instalación eléctrica de su casa y también puedo encontrar la factura del alquiler del puesto en la feria de artesanía.

—Cuando le tomé declaración en su propiedad, vi unas luces en un armazón al fondo de su estudio —continuó Bone—. Dijo que las usaba para hacer fotos promocionales de las cerámicas de su mujer.

—¿Por dónde íbamos? Vale, sí. Mason cruzó los brazos.

—Hace un rato hemos detenido a un tal Gary Speed, que ha admitido suministrar skunk y otras drogas recreativas a los vecinos. Al registrar su propiedad, encontramos un laboratorio de skunk en el desván con un equipo de iluminación ultravioleta que se parecía notablemente al que vi en su estudio.

Mason exhaló. —Mira, admito que me doy algún que otro porro. Gary Speed me pidió que le construyera un armazón. Y a cambio me daría algo de hierba, solo para mi consumo. Pero eso no tiene absolutamente nada que ver con Martin. No formamos parte de ningún gran cártel de la droga, si es por ahí por donde vas. Lo próximo será acusarme de ser Pablo Escobar.

—Parece que hace bastantes trueques, señor Mason, —dijo Walker.

—Se llama trueque de toda la vida, detective. Es lo que hacemos los pobres desgraciados. Lo siento, pero les he dicho la verdad. Ahora, si van a acusarme de posesión de skunk, adelante, pero no tienen más prueba que mi admisión. Pero se lo digo ya: si siguen con esta farsa ofensiva de que yo asesiné a Martin, iré directamente a la Autoridad de Quejas contra la Policía por acusaciones falsas, por

no hablar de la prensa. Es de chiste y otro ejemplo de maderos intentando meter con calzador lo que no encaja para cuadrar las estadísticas y cubriros de una puta vez las espaldas.

—Parece un poco enfadado para alguien que proclama su inocencia, señor Mason, —dijo Bone.

—Ah, ¿y se supone que debo estar contento con todo esto, eso es?

—¿Esto? —preguntó Bone.

—Condenas indebidas. Es que no pueden evitarlo. No tienen derecho a retenerme aquí.

—¿Tenía algún pique con Donald Fagan?

—¿El chalado del sombrerito de papel de aluminio? No me molesto con él. Mientras mantenga sus cámaras lejos de mi casa y se guarde para sí sus teorías conspiranoicas, no tengo ningún problema con ese pobre viejo.

—¿Así que nunca una palabra más alta que otra?

—En el pasado hemos tenido discusiones acaloradas en el pub, pero ya no gasto energías en él. La vida es demasiado corta, demasiado valiosa. Y la estoy desperdiciando ahora mismo aquí dentro.

—Entrevista pausada a las cuatro y dieciocho de la tarde, —dijo Bone.

Detuvo la grabadora.

—¿Qué? Mason alzó las manos.

—Por favor, espere aquí. Bone se levantó.

—¿Me van a acusar? ¿Puedo irme? ¿En qué quedamos, inspector?

Bone se marchó y Walker le siguió fuera y cerró la puerta.

—Creo que dice la verdad, —dijo Walker.

—¿Qué partes?

—Todas. Afirma que tiene pruebas que respaldan su versión, y es fácil de comprobar. Sinceramente, es todo muy verosímil.

—Pero está tan enfadado.

—Comprensible, teniendo en cuenta lo que acabamos de acusarle. Y creo que tiene un problema con la autoridad. Simplemente no creo que haya un móvil, o al menos no uno lo

bastante fuerte como para explicar varios asesinatos brutales. Y su historia sobre el desprecio de Gronin hacia Fagan encaja con lo que me dijo Gronin el primer día que le conocí. Le llamó «loco de atar».

—¿Pero es suficiente para degollar a alguien y colgarlo en un pozo? Estos asesinatos están premeditados y siguen pautas constantes. Gronin es un animal, pero Mason puede que sea un poco más taimado.

—Simplemente no creo que tengamos pruebas suficientes para retenerle. Podríamos pedir una prórroga basándonos solo en las huellas, pero no creo que nos la concedan.

Bone suspiró.

—Sugiero que le tengamos un poco más, a ver qué podemos encontrar. Y luego decidimos, —dijo Walker.

—Gracias, señor, —dijo Bone con una sonrisa.

—Perdón, ¿estoy llevando yo otra vez la batuta?

—No, vas bien, como siempre. Bone se apretó con el dedo la cicatriz para intentar aliviar la migraña inminente.

Volvieron a la sala de entrevistas para darle la buena noticia a Mason.

Veintinueve

Grassmarket Antiques estaba a mitad de Victoria Street, en el centro de Edimburgo. Brillantes adornos de oro y plata, joyas y relojes de bolsillo llenaban el ventanal georgiano. Harper probó la puerta, pero estaba cerrada. Se asomó por el cristal y vio una flecha dibujada a mano que señalaba una campanilla con un cartel debajo que gritaba: ¡LLAMA! Pulsó el botón y, desde dentro, sonó un tintineo tenue. De entre las sombras emergió una figura y, con un clonc y un clic, la puerta se abrió.

—Perdona por eso. Estaba comiendo —dijo un hombre mayor con una rebeca beis abrochada de cualquier manera. Se secó la boca con una servilleta y miró una larga gota de yema de huevo seca en el pecho. —Menudo pringue. Limpió el estropicio y dio paso a Harper.

La tienda era un brillante batiburrillo de antigüedades de mil formas y tamaños. Del techo colgaba una maraña de arañas y viejas luminarias, bajas, que hacían que el espacio pareciera aún más abarrotado.

—¿Buscas algo en particular? —preguntó el hombre, escurriéndose alrededor de un mostrador-vitrina.

—Soy el agente detective Harper, de la comisaría de Kilwinnoch. Quiero preguntarte por un reloj que quizá vendisteis.

—Agente detective, vaya, vaya. No pareces lo bastante mayor, hijo. Pensé que venías buscando algo para el cumpleaños de tu

madre, quizá.

—No te preocupes, me lo dicen constantemente. Le echo la culpa a mis genes nórdicos.

—Bueno, detective, ¿un reloj, dices?

—Sí, un Omega Constellation, posiblemente de alrededor de mil novecientos sesenta y nueve. Creo que se compró en tu tienda. Te lo enseño.

Cogió el móvil y abrió la galería.

El anticuario buscó por encima del mostrador y luego por detrás.

—¿Buscas las gafas? —Harper señaló el par que le colgaba de una cadena al cuello.

—Ay, Dios. No te hagas viejo, hijo. Es lo único que puedo decir. Se las puso y estudió la foto.—Ah, sí, recuerdo ese reloj. Muy elegante, y estos con el diamante engastado son bastante raros, una edición muy limitada, lo que sube el precio. Oro de dieciocho quilates, con estuche y, aparte de unos arañazos en el cristal frontal, en conjunto, una pieza preciosa.

—¿Sabes quién lo compró y cuándo se vendió?

Abrió una puerta detrás del mostrador y se deslizó hasta un cuarto-taller con antiguas máquinas de hierro, flexos y un banco desordenado encajado a presión en el espacio. Rebuscó bajo el banco y regresó.

—¿También restauras antigüedades, entonces? —preguntó Harper.

—Joyería, sobre todo, y algún que otro retoque menor de relojes, pero algo como el Omega, les recomiendo a los clientes enviarlo a reparadores oficiales o al fabricante para restauración; de lo contrario, puede perder valor.

Dejó sobre el cristal un libro de registro grueso, encuadernado en cuero y bastante ajado, y lo abrió.—Tengo la sensación de que fue hace tres meses.

Fue pasando páginas y deslizó el dedo por las filas de anotaciones a mano. Siguió, hoja a hoja, hasta que por fin el dedo se detuvo a media página.

—Aquí. Golpeó el libro con el dedo. —Ya me acuerdo. Una chica encantadora. Muy guapa.

—¿Te dio su nombre?

—No lo creo... —se detuvo—. Pagó con un cheque. Asintió.

—¿Un cheque? Hacía tiempo que no veía uno.

—Sí, aunque no te lo creas, yo tampoco. Pero funcionó sin problema. Comentó que usaba una cuenta antigua para que su marido no se enterara. Creo que era un regalo de aniversario.

—¿Puedo preguntar cuánto pagó por ella?

—Regateó de lo lindo. Creo que al final me lo bajó hasta dos. Comprobó la anotación en el libro.

—¿Doscientos?

—No, no. Dos mil. Ah, me equivoco: mil novecientas; aún más dura negociando de lo que recordaba. Sinceramente, probablemente vale el doble, pero tengo gastos y, bueno... Fue una venta rápida.

—¿Tienes registros bancarios de la venta? ¿Podría salir ahí su nombre?

—Dame un minuto y veré si puedo encontrar el extracto. Desapareció de nuevo hacia la trastienda.

Harper deambuló por la tienda y se detuvo junto a una vitrina llena de broches. Se inclinó para examinar una rosa de plata del tamaño de un penique con un diminuto rubí en el centro.

El tendero regresó.—Aquí estamos. No me creo que lo haya encontrado tan fácil. Mi mujer debe de haberlos organizado a mis espaldas. Lo hace, y se lo agradezco un montón; si no, abriría la tienda en pijama. Soltó una risita con tos.

Harper volvió al mostrador.

—Aquí está el pago: mil novecientas, pagadas por una tal Ms Kathleen Fisher.

—¿Puedo sacar una foto de esto?

—Claro que sí. ¿Hay algún problema con el reloj, o ha sido robado o algo así?

—No, no, nada de eso.

—Tengo el registro de compra del reloj, por si piensas que trato con mercancía robada.

—Oh, no, en absoluto. Pero el historial de compra sería muy útil. A lo mejor, si pudieras enviarme copias de eso. Harper se palpó los bolsillos y encontró una tarjeta.—Ahí tienes mi teléfono y mi correo.

El tendero estudió la tarjeta.—Aún no termino de creerme que no estés en el colegio. Alzó la vista y sonrió.

—A veces, ojalá lo estuviera —respondió Harper—. Por cierto, he visto un broche en tu vitrina de ahí. ¿Cuánto cuesta?

—A ver. El tendero siguió a Harper.

—Ese de ahí.

—Sí, muy bonito. Supongo que no será para tu madre.

—Para mi prometida. Le encantan las rosas.

—¿Y a qué mujer no? Qué romántico. Abrió la vitrina y desenganchó el broche de su soporte.—Plata de ley con rubí engastado. Creo que es de finales de la época victoriana. Está marcado en cuarenta libras, pero siendo para tu prometida, te lo dejo en treinta.

—¿Veinticinco?

—Oh, otro Del Boy. Veintiocho, y esa es mi última oferta.

—Trato hecho.

—Siempre que me invites a la boda.

—Aún no hemos encontrado fecha, y cuestan un dineral.

—Ach, bueno, no lo dejéis para demasiado tarde o se cansará de ti, y la boda va de vosotros dos. ¿Qué más da que os caséis en una caja de zapatos bajo un puente, mientras os queráis?

—Díselo a los parientes y amigos de Catriona.

El tendero guardó con cuidado el broche en su caja, lo envolvió con destreza para regalo con un lazo color champán plateado y se lo entregó a Harper.—Ahí lo tienes. Y ya me das las gracias después de que te las dé ella. Guiñó un ojo.

Harper pagó, le hizo una foto al extracto bancario y el tendero lo acompañó a la puerta.

Treinta

En el hueco de la escalera, Bone estaba a punto de bajar a los calabozos cuando Baxter lo llamó desde arriba.

—¿A qué vienen esas prisas, Sheila?— Corrió hacia arriba para encontrarse con ella.

—Will acaba de llamar desde Edimburgo.

—¿Qué demonios hace por allí?

—Es largo de contar, pero ha seguido la pista a la afirmación de Gronin de que Burns le pidió tasar el reloj Omega, y que el reloj se lo regaló a Burns una admiradora.

—Dicho finamente, ¿puedes ir al grano?

—La persona que compró el reloj fue una tal Kathleen Fisher.

—¿Esa mujer misteriosa de St Andrews?

—He seguido indagando.

—Sí, ¿y?

—¿Recuerdas que dije que la propiedad la heredó la señorita Fisher de sus padres? Pues bien, cuando llamé a la comisaría local, dijeron que la casa se usaba para alquileres vacacionales. Revisé varias empresas de alquiler por internet y al final la encontré. El nombre de contacto de la propiedad figura como Kathleen Anne Hepworth.

—¿Cómo?

—Los registros de la agencia de alquileres se cambiaron hace cuatro años, cuando Kathleen Fisher se casó.

—Santo Dios. Pero Rhona dijo que insistió en que le dijo que se largara—, dijo Bone.

—Por lo visto, no. La habitación en el Methuen Inn, el coche de alquiler y el reloj caro los compró ella usando su apellido de soltera y una cuenta bancaria registrada en la propiedad de St Andrews.

—Presumiblemente para que su marido no se enterara. Menudo sitio más turbio, Cullenbrae. Bien. Vamos a necesitar más salas de interrogatorio. Ahora tenemos más sospechosos que en una cena de Agatha Christie. Y creo que vamos a necesitar una unidad de apoyo que nos siga hasta la casa de la señora Hepworth.

—Además, Cash ha estado antes buscándote.

—¿Ha vuelto ya de la escena del crimen?

—Temporalmente. Dijo que estaría en su despacho una hora o así.

—¿Cuándo ha sido eso?

Miró el reloj. —Hace cosa de dos horas.

—Se me ha escapado. ¿Dijo qué quería?

—No, lo siento.

—¿Y nada todavía desde la escena del crimen?

—No, todavía no.

—Vale, le llamaré.

—Oh, señor.— Lo detuvo. —¿Me pidió que encontrara esa información sobre Cucú-Tras? He encontrado algo. No sé si le servirá de algo.— Le entregó un sobre A4 precintado.

—Gracias.

Desapareció escaleras arriba. Bone se quedó mirando el sobre un segundo. Lo dobló en tres, lo metió en el bolsillo de la americana y llamó a Cash, pero dio tono sin que nadie respondiera. Miró el reloj y fue a buscar a Walker.

En la propiedad de los Hepworth, Bone y Walker saltaron del Saab y un coche patrulla se detuvo detrás de ellos.

Bone se acercó. —Tenemos a una persona de interés para la investigación en la propiedad, la señora Annie Hepworth, de unos treinta y tantos. Existe la posibilidad de que intente fugarse, así que necesito que cubráis todas las vías de escape, por delante y por detrás.

—Señor. —La agente asintió.

Bone se acercó a la casa y llamó a la puerta. No hubo respuesta.

—¡Policía, abra! —gritó Bone. Sacudió la puerta otra vez.—Señora Hepworth, ¿está ahí dentro?

Walker miró por las puertas plegables. La cabeza del señor Hepworth asomó por encima de la isla de la cocina. Momentos después, se abrió la puerta principal.

—Perdone, no le oí, inspector Bone. ¿Tiene alguna noticia sobre el atropello con fuga?

—Necesitamos hablar con su esposa, ¿está en casa?

—No, ha salido.

—¿Sabe adónde? —preguntó Bone.

—Suele salir a correr por la montaña a esta hora. —Miró el reloj —. Sí, estará fuera un par de horas más.

—¿Podemos pasar?

—Por supuesto, sí, pero tengo una reunión por Zoom en diez minutos con unos clientes en Arabia Saudí.

—Quizá quiera cancelarla. Me temo que tenemos una orden de detención contra su esposa, señor Hepworth.

—¿Cómo? —dijo Hepworth, alarmado.

—En relación con el asesinato del señor Martin Burns.

Hepworth se echó a reír. —¿Lo dice en serio?

—¿Le importa si mi compañero echa un vistazo rápido?

—Cómo, o sea... ¿cómo puede pensar algo así?

—Es imperativo que encontremos a su esposa, señor.

A Hepworth se le vino el alma a los pies. Walker desapareció en el interior de la casa.

—¿Por dónde sale a correr su esposa? —prosiguió Bone.

—¿Cree que Annie lo mató? —preguntó Hepworth, con la voz temblorosa—. Esto tiene que ser una especie de broma, ¿no? —Se trabó al hablar.

—Tenemos motivos para creer que su esposa está directamente implicada en la muerte del señor Burns.

—Es una puñetera ridiculez. Ella no es capaz de algo así. Por el amor de Dios. Tiene que haber un error, algún fallo en alguna parte. Ustedes los cometen continuamente.

—Tenemos motivos para creer que su esposa mantuvo una aventura con el señor Burns.

Hepworth se quedó mirándolo un momento. —¿Él? ¿Y ella? Esto es una locura absoluta. Él es...

—Nuestras pruebas apuntan a ello. Lo siento.

Se quedó mirando a Bone un instante y luego se dejó caer en la mesa de la cocina. —Es un sapo feo y sin encanto. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Cómo podría? —Negó con la cabeza—. Todo esto está mal.

—¿No tenía ni idea?

—Qué zorra —murmuró Hepworth.

—¿Por dónde sale a correr su esposa? —preguntó Bone de nuevo.

—Por Brae Hill, en algún punto de lo alto de los Campsies. No tengo ni idea, igual que no tengo ni idea de cómo demonios he acabado casándome. —Alzó la vista hacia Bone—. Pero espere, ¿y su coche? Está perfectamente. No tiene daños. ¿Cómo iba a haberlo atropellado? Seguro que habría abolladuras o sangre o algo por todas partes.

Walker reapareció y negó con la cabeza a Bone.—Sin rastro, señor.

—Ya les he dicho: ha salido a correr. ¿Creen que iba a encubrir a esa zorra ahora?

—Lo siento, señor. Le agradeceríamos que se mantuviera tranquilo —dijo Bone.

—¿Tranquilo? Estará bromeando. Entran aquí y me dicen que mi mujer se ha estado follando a algún troglodita y luego lo ha asesinado. No es precisamente una clase de meditación trascendental, ¿verdad?

—Entiendo que esto es muy angustioso, pero tenemos que encontrar a su esposa antes de que haga alguna estupidez.

—¿Cómo qué? ¿Acostarse con otro o pasarle por encima con un puto tractor? Sacó el teléfono del bolsillo y aporreó los botones con rabia.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bone.

—La estoy llamando.

—Por favor, no haga eso. Es importante que no la alertemos de...

Un teléfono sonó al otro lado de la cocina.

—Genial. Ahora también se ha dejado el teléfono.

Walker se acercó a un gran sofá en el rincón del fondo y encontró el teléfono enterrado bajo un cojín. Se lo llevó.

—Hay dos mensajes en la pantalla. Uno se envió a las dos y cuarenta y tres y el otro a las dos y cuarenta y cuatro de la tarde, de un tal CM. El primero dice '¿Dónde?' y el segundo: 'Allí estaré'. ¿Sabe quién es CM, señor Hepworth? —preguntó Walker.

—¿Otro de sus follamigos? No lo sé.

—¿Puedo ver eso? —preguntó Bone. Estudió la pantalla.—¿Sabe su contraseña, señor?

—Ah, sí. Si hubiera sabido eso, a lo mejor habría descubierto la puta infiel que es.

—Señor, por favor —dijo Walker.

Bone pulsó el botón de encendido y la pantalla volvió a iluminarse.

—Dos agentes se quedarán aquí con usted, señor Hepworth —dijo Bone.

—¿Qué, por si me quito la vida? Seguramente es lo que ella querría. No le daría ese gusto.

—Por favor, permanezca en la casa y, si su esposa se pone en contacto con usted, avísenos.

—Ah, sí, claro que sí.

Bone salió de la casa a paso vivo. Walker echó a correr tras él.

—¿Jefe? —dijo Walker, dándole alcance.

—Sé perfectamente quién es CM. Es la rata de alcantarilla McKinnon. Reconozco el número de móvil del memo.

—¡El idiota! Ha ido a reunirse con ella.

—Vamos a necesitar a Will y a Mark. ¿Puedes decirles que estén pendientes de sus teléfonos?

—¿Adónde vamos?

—*Chronicle's* offices. Apretarles las tuercas a esos cabrones.

Treinta Y Uno

—Lo siento, el editor está en una reunión. No pueden irrumpir así —dijo la recepcionista del *Chronicle*, nerviosa, echando a correr tras los dos detectives mientras atravesaban el edificio.

—¿Dónde es la reunión? —preguntó Bone.

—Eh, en su despacho, en la cuarta planta, pero de verdad creo que deberían esperar aquí mientras yo...

Pero Bone y Walker ya estaban en el ascensor.

Al final del pasillo acristalado, Bone empujó la puerta del editor sin llamar. Un pequeño equipo de plumillas estaba sentado alrededor del amplio escritorio del editor. Todos se giraron al unísono.

—¿Señor Lampard? —preguntó Bone, ojeando al hombre calvo y desaliñado tras el escritorio.

—Inspector jefe Bone —dijo el editor—, y se puso en pie.

—Necesitamos hablar con usted ahora mismo.

—Si me dan cinco minutos, termino con esto.

—¡Ahora! —rugió Bone.

El editor hizo un gesto para que los asistentes se fueran y, una vez despejada la sala, se acercó a Bone. —Esto está fuera de lugar, inspector. Estamos en mitad de una reunión.

—¿Dónde está McKinnon? —lo cortó Bone.

—¿Cómo?

—¿Dónde está su editor de asuntos sociales?

—Está fuera, con una historia, creo.

—¿Dónde?

—Me temo que no me lo ha dicho. Ayer lo único que me comentó fue que tenía un bombazo entre manos, pero que no me contaría más hasta tenerlo mejor atado.

—Oh, venga ya. Le daría usted luz verde para seguir, seguro. ¿Quedó para verse con Annie Hepworth?

—¿La testigo del atropello con fuga?

—No me venga con gilipolleces. Si McKinnon ha quedado con la señora Hepworth, su vida puede estar en peligro. Así que dígame dónde está.

El editor regresó a su silla. —Entonces, ¿ella es la responsable de la muerte de Martin Burns?

—¿Habla en serio? ¿Está rascando una historia ahora? Dígame dónde está —replicó Bone en seco.

—Sinceramente, no lo sé. Se quedó pensando un momento. —Pero hay alguien que podría saberlo. Cogió el teléfono de mesa.

—Carol. Hizo una pausa. —Sí, no te preocupes. Está bien. Miró a Bone. —¿Puedes pedirle a Charlie Parrie que venga a mi despacho con carácter de urgencia?

—¿Quién es? —preguntó Bone cuando colgó.

—El fotógrafo de Colin. Suele salir con él a los reportajes, pero lo vi en la cafetería hace unos veinte minutos.

Un par de minutos después, llamaron a la puerta y entró un joven de pelo largo, con chaleco y vaqueros de campana.

—¿Querías verme? Miró a los dos detectives y frunció el ceño. —Ah, la policía.

—Charlie. ¿Sabes dónde va a encontrarse Colin con Annie Hepworth esta mañana?

—¿Quién es esa?

—Venga, no tenemos tiempo —suspiró Bone.

El editor asintió.

—No me lo dijo, pero me pidió que estuviera de guardia y que me llamaría.

—¿Así que sin dirección ni ubicación? —preguntó Walker.

—No. Dijo que ella había insistido en que fuera solo, así que me dijo que esperara a que me llamara.

—Colin podría estar poniéndose en grave peligro, Charlie —dijo Walker.

—Sinceramente... —rebuscó el teléfono—. —Espera. Deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bone.

—Hace un tiempo estuvimos juntos en un curro, un evento con mucha gente, ya no recuerdo dónde.

—¿Y? —apremió Bone, impaciente.

—Me perdí una foto importante, lo cual fue un fastidio, así que le convencí para añadir Buscar mi teléfono a su móvil de trabajo. Tocó de nuevo la pantalla. —Parece que está... —amplió el mapa—. —Por el embalse de Craigmallon.

Giró el teléfono.

—Es él, ahí, ¿ves?, cerca de ese edificio junto a la pista del bosque.

El icono desapareció.

—Qué raro. Manoseó la imagen.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó Bone.

—Ni idea.

—¿Ha apagado el teléfono?

—Eso no debería afectar a nada.

—Bien. Si se pone en contacto con usted, infórmenos de inmediato. Bone se volvió hacia el fotógrafo. —Y ni se te ocurra.

—¿El qué? —El fotógrafo se encogió de hombros.

—Hablo en serio. Como un puto pelo de tus cojones se acerque a menos de diez millas de Craigmallon, haré que un agente armado te vuele la puta cabeza. Eso vale para cualquiera de vosotros. ¿Me está escuchando, señor Lampard?

—¿Amenazas? —dijo el editor.

—¿Quién ha hablado de amenazas?

Bone salió hecho una furia.

Treinta y Dos

McKinnon se detuvo en un cruce y volvió a comprobar el mensaje de Annie Hepworth.

Llevaba casi una hora conduciendo, adentrándose cada vez más en los Campsies. Paró en el desvío que ella le había indicado. La pista anegada parecía casi intransitable para su Corsa. Se encogió de hombros, hizo pasar el coche a través de una cancela estrecha y prosiguió. El coche botaba con violencia al caer en bache tras bache. A eso de un cuarto de milla, la parte delantera se hundió de repente y el coche se caló. Lo volvió a arrancar, aceleró, pero no pasó nada. Lo intentó de nuevo y los neumáticos patinaron en el barro.

—Joder.

Abrió la puerta y se bajó. Sus zapatos desaparecieron en el barrizal.

—¡Dios mío!

La pista serpenteaba junto al borde de un arroyo, con las colinas alzándose a ambos lados. Miró hacia delante. A lo lejos se distinguía un edificio borroso, con el tejado asomando por encima de la niebla baja. Avanzó chapoteando por la pista, tropezando un par de veces. A medida que se acercaba al edificio, la niebla se disipó. Era un bothy ruinoso y destartalado, con parte del tejado desaparecido.

—¿Por qué coño aquí? —murmuró, e intentó sortear otro charco de barro, pero cayó de lleno en él.

Cuando llegó al muro lateral del bothy, lo usó de apoyo para abrirse paso por el barro hasta una puerta principal carcomida por la humedad. Se agachó y entornó los ojos para mirar por una ventana baja, con los cristales rajados y mugrientos. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Annie, soy yo.

Nadie contestó.

Tiró del tirador metálico oxidado y la puerta casi se vino abajo de las bisagras podridas. La apartó como pudo y entró.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Soy Colin McKinnon, del Kilwinnoch *Chronicle*.

El interior era un caos sórdido y asqueroso de barro y muebles viejos y podridos.

—Me pediste que nos viéramos. Ya estoy aquí. Se adentró un poco más, casi tropezando con un armario destrozado que yacía hecho pedazos a sus pies.

—¿Señorita Hepworth, Annie?

Vio una segunda puerta. Se acercó sigilosamente y la empujó. Una ráfaga de viento atravesó el lugar y la puerta se estrelló contra el muro lateral.

Dio un salto hacia atrás. —¡Jesús!

Avanzó hacia una estancia aún más destrozada que la anterior. Las paredes estaban ennegrecidas; un boquete en el tejado dejaba ver unas vigas chamuscadas y empapadas tiradas en un embrollo en el suelo. El viento silbaba y le azotaba, golpeándole la cara con lluvia helada.

—Dijiste por teléfono que querías poner las cosas en su sitio sobre Martin Burns. Estoy aquí para ayudarte a hacerlo —gritó—. Habría preferido el bar de un hotel cómodo, pero, bueno, tú decides.

Se secó los ojos. El sonido de una música le revoloteó alrededor. Se apretó un dedo contra una oreja y volvió a escuchar. Venía de la esquina más alejada, de un mueble mural que aún se sujetaba valiente a una pared al descubierto. Arrastró los pies por el fango y abrió la puerta. Se desprendió y le cayó sobre los dedos de los pies.

—¡Cabrones! —gritó. Echó un vistazo por encima del hombro—. ¿Esto es algún tipo de tomadura de pelo?

Dentro sonaba una radio portátil pequeña con una melodía indistinta. La sacó y subió el volumen.

—¿Taylor Swift, en serio? La devolvió al mueble, sacó el móvil del abrigo y tomó un par de fotos.

—¡Te dije que nada de teléfonos! —gritó una voz a su espalda.

Se dio la vuelta, pero recibió un golpe con fuerza en el costado de la cabeza con el extremo de una pala. Se desplomó, inconsciente, sobre el suelo embarrado, y el pómulo se le agrietó al estrellarse contra la losa dura.

Treinta y Tres

—¿Este? —preguntó Bone.

—Sí, el embalse de Craigmallon está por la cancela de la izquierda y al final de la pista.

Bone detuvo el coche. —¿Dónde están? —dijo, buscando a Mullens y Harper, que se suponía que debían reunirse con ellos allí.

—Ahí vienen, con la caballería —dijo Walker, señalando la fila de vehículos que asomaba por la cima de la colina.

Bajaron. El viento empujó a Bone de lado contra el coche.

—Jesús, cómo brama aquí arriba —dijo. Escudriñó las nubes de tormenta que corrían por la cresta de Graigend Cap, alzándose sobre ellos. Se abotonó el abrigo.

—Señor, mire esto —dijo Walker, arrodillándose junto a la cancela abierta—. Han reventado esto a golpes. —Recogió un eslabón de cadena roto.

Llegaron los vehículos, y dos agentes saltaron de una de las furgonetas de respuesta armada y montaron un control. Mullens y Harper se acercaron, con un tercer agente de la unidad de respuesta armada siguiéndolos.

—¿Por qué nuestros sospechosos siempre eligen estos jodidos parajes dejados de la mano de Dios? —preguntó Mullens, forcejeando por controlar las faldillas del abrigo, que le aleteaban en torno a la cintura.

—Cortesía de la unidad de respuesta armada —dijo el agente—, y entregó chalecos antibalas al equipo.

—Buenas tardes, sargento Dalgleish —dijo Bone.

—¿A qué nos enfrentamos?

El equipo se agrupó para intentar bloquear lo peor del viento, la lluvia horizontal y el granizo.

—Posible situación con rehenes. Mujer, treinta y tantos; podría ir armada y ser peligrosa; mantiene retenido a un periodista del *Chronicle*, también treintañero.

—No será Colin McKinnon, ¿verdad?

—¿Quién si no?

—¿Les dejamos que se apañen, entonces? —dijo el sargento.

—Tienta, sí.

—¿Ha dicho que podría ser una situación con rehenes?

—Sí, por eso tenemos que andar con pies de plomo aquí. Es improbable, pero podría haber una explicación perfectamente inocente para todo esto.

—Sí, claro —dijo Mullens.

—La ubicación del GPS de McKinnon indica que podrían estar atrincherados en un edificio a menos de un cuarto de milla, justo antes del embalse. Hay dos pistas. Le sugiero que divida su equipo, Bill, pero quédense atrás y permanezcan a la espera hasta que yo les dé la orden.

—Hablando de eso. —Dalgleish metió la mano en la caja y sacó radios de campaña.

—Vale, vamos. Mark y Will, vosotros por la de arriba y nosotros por la de abajo.

—Y estaré en la Escocia de lluvia a cántaros antes de que vo... —Mullens intentó cantarlo, pero se atragantó con la última palabra.

Se pusieron los chalecos y se separaron en la cancela. Bone y Walker siguieron por la pista principal. Bone se volvió y les hizo un gesto a los agentes de la unidad de respuesta armada para que redujeran el paso. Continuaron y, en la curva, volvió a detenerse.

—¿Alguna señal, Mark? —pulsó el botón de la radio—. ¿Mark?

La radio crepitó.

—Nada, señor —siseó la voz de Mullens.

Siguieron avanzando a trompicones, y la senda estaba cada vez más encharcada.

—Menos mal que me he puesto hoy las botas impermeables. Walker miró sus Doc Martens manchadas de barro y negó con la cabeza.

En un recodo del camino, apareció a lo lejos la orilla del embalse, envuelta en bruma y bordeada de coníferas.

—Hay un coche en el arcén más adelante —dijo Walker.

—Es el maldito Corsa de McKinnon. Siempre está aparcado en la carretera frente a la comisaría.

Se acercaron con cautela. Bone volvió a hacer un gesto a los agentes de la unidad de respuesta armada para que se mantuvieran atrás.

—Parece que se quedó atascado en el barro. Walker le dio una patada al neumático trasero medio sumergido.

Bone abrió la puerta del conductor y registró la guantera y el bolsillo de la puerta.

—Nada. Llamó de nuevo a Mullens.

—Acabamos de llegar a la parte alta del embalse, pero no hay señales de vida —la voz de Mullens crepitó por el diminuto altavoz.

—Hay huellas recientes de botas en el camino, siguen hacia el agua —dijo Walker.

Siguieron adelante. Al otro lado de los árboles apareció un refugio ruinoso.

—Puede que sea aquí —dijo Bone—. Vaya por detrás. Tenga cuidado.

Se acercaron sigilosamente a la puerta, que se balanceaba con el viento. Bone le indicó a Walker que rodeara por la parte de atrás. Se deslizó por el umbral. La estancia estaba vacía. Continuó entre los escombros y una charca profunda en el centro hasta un boquete desmoronado en el tabique interior. Se coló y salió a un aguacero. Junto al muro del fondo, vio una radio portátil tumbada de lado dentro de un mueble de pared. Trepó por encima del armazón en A calcinado y la recogió, pero tocó sin querer el botón de encendido. Atronó una estridente canción pop.

Una mano le agarró del brazo. Dejó caer la radio y se dio la vuelta de un tirón.

—Soy yo —dijo Walker, echándose atrás antes de que su puño en el aire le diera en la nariz.

—Por el amor de Dios, Rhona. Recuperó la radio y la apagó.

—Pensé que me había oído. Aquí no hay nadie —dijo Walker.

—Pero parece que nuestro sospechoso sí ha estado. Hay marcas de arrastre enlodadas en el suelo de allí, y se ha movido parte de la madera podrida.

Siguieron el rastro, que desaparecía y reaparecía entre charcos y escombros, hasta una puerta a la que le faltaban tres de los cuatro paneles. Walker la empujó y, con un crujido, se desprendió del marco y se desplomó al suelo, salpicando agua lodosa por los ya empapados pantalones de Bone.

—Perdón, señor —dijo Walker.

—A estas alturas me da igual.

Las profundas hendiduras de los tacones en la tierra húmeda continuaban por el lateral del refugio y bajaban hasta la pista, donde se perdían.

—Por aquí ha estado un coche —dijo Bone—. Ha salido por allí, hacia el embalse.

Siguieron caminando. Más allá de una hilera de pinos silvestres, se abrió la vista del embalse.

Había un BMW aparcado al final de la pista, a pocos metros de un embarcadero bajo y estrecho que se internaba un buen trecho en el embalse.

Bone entornó los ojos para ver a través de la bruma. —¿Hay dos personas en ese coche?

—Sí —dijo Walker.

—Mierda, lo tiene ahí dentro con ella.

Treinta y Cuatro

McKinnon se removió y abrió los ojos. Un dolor lacerante le cruzó la parte superior del cráneo. Alzó la mano, pero tenía las manos atadas. Intentó dar sentido a las formas en la niebla que se arremolinaba en su estado de semiconsciencia. Se recostó y enfocó el objeto cambiante justo delante de él. Los rasgos de Annie Hepworth fueron formándose poco a poco. Estaba sentada a su lado. Entornó los ojos y volvió a enfocar. Estaba en un coche, con la extensión abierta del embalse directamente delante.

—¿Qué... —intentó hablar McKinnon, pero tenía la garganta en carne viva, reseca—. Agua...

Ella se inclinó y le acercó una botella a los labios. Dio un sorbo torpe y volvió a atragantarse.

—No tenemos mucho tiempo —dijo en voz baja—.

—¿Por qué has...? —hizo una mueca cuando otra sacudida de dolor le recorrió la cara. Alzó las manos y notó la sangre manando de una herida profunda en la mejilla.

—Te dije que no trajeras el móvil.

—No hacía falta que me soltaras un palazo.

— —¿Que me cuentes qué? —gimió.

—Quiero que hagas algo por mí.

—Si implica que me vuelvan a atizar con una pala, no cuentes conmigo. —Hizo una mueca al hablar.

—Quiero darte una declaración que he preparado, y quiero tu palabra de que la vas a publicar.

—¿Mataste a Martin Burns?

—Tienes que prometer que publicarás mi declaración íntegra, y entonces te dejaré ir.

—No puedo prometer publicar así como así lo que cualquiera quiera. ¿Cómo voy a...?

Abrió la guantera, sacó un cuchillo de verduras y lo dejó sobre el salpicadero.

—Vale, vale. Lo prometo. Palabra por palabra.

Del abrigo sacó un fajo de papeles doblados. Iba a tendérselos, pero se detuvo. Exhaló.

—Me he pasado la vida entera teniendo que sobrevivir a la implacabilidad del abuso masculino. Condescendencia, miradas lascivas, piropos groseros, manoseos, magreos contra mi voluntad, avergonzada por mi cuerpo y humillada de todas las formas imaginables. Que si soy demasiado guapa, que si no lo soy bastante. Que si soy un robot asexuado, que si soy una zorra. Que si soy demasiado ambiciosa. Que si lo estoy buscando. Que si soy una vaca despiadada.

—¿Mataste a Martin Burns?

—No me interrumpas. Que no me merezco el trabajo porque llevo la falda demasiado corta o porque soy rubia. Que si soy tonta. Que si voy de listilla. Me han tratado con crueldad para tenerme enganchada. Que si soy una cazafortunas, una devorahombres taimada. Que si lo estoy pidiendo. Que si soy una zorra. Que debo de ser bollera. Toda mi vida, una y otra vez, hasta que se normaliza. Tú cállate, túmbate y aguanta.

Inspiró hondo otra vez.

—Y luego estaba Burns. Solo quería un momento en el que mandara sobre mis propios deseos, sobre mi cuerpo. Pensé que Burns era mi salida. Una manera de recuperar algo de control y escapar del misógino abusivo con el que me casé.

—¿Tu marido te maltrata?

—No con los puños. Pero raramente pasa un día sin que me denigre de una forma u otra. Creí que Burns era distinto, pero qué

equivocada y qué estúpida fui. Debería haber sabido que sería igual que todos los demás, pero resultó peor.

—¿Qué hizo?

—Durante unas semanas fue todo paparruchas románticas. Me engatusó por completo. Tenía una manera de hacerte sentir, bueno... Luego descubrí que no podía mantenerla dentro de los pantalones. Le dije que se había acabado y que se largara y me dejara en paz, pero...

—¿Qué?

—Me amenazó con contárselo a mi marido. Romper deliberadamente nuestro matrimonio. Y la única manera de que se callara era que yo siguiera acostándome con él.

—¿Y lo hiciste?

—Me sentí tan avergonzada, tan rota. Pero sus amenazas fueron a más y, desesperada, cedí.

—Pero ¿por qué, si tu matrimonio era tan horrible?

—Esa es la retorcida ironía de todo esto. Sigo queriendo a mi marido. Simplemente no podía hacerle eso.

—¿O era su abultada cuenta bancaria lo que te preocupaba perder?

—Ya empezamos. Me preguntaba cuánto tardarías en volver a las andadas. Yo tengo mi propio dinero. Vendí mi empresa hace dos años y tengo más en el banco que él. Otro martillo misógino con el que machacarme. Por lo visto, que yo tenga más dinero que él es una afrenta a su hombría. No hay nada que le encoja más la polla que una mujer con éxito.

—Entonces, ¿cuánto tiempo duró esto?

—Unas pocas semanas. Pero luego, simplemente... se me cruzaron los cables.

—¿Y atropellaste a Martin?

—Nunca pretendí matarlo. Al menos al principio. Solo quería herirlo. Que sintiera lo que es que te maltraten como él me estaba destrozando a mí. Pero cuando lo vi arrastrándose por la carretera como la asquerosa larva que es, me nublé. Todos esos años de mierda me vinieron encima, y lo terminé, de una vez por todas. Tomó aire con un estremecimiento. —Cuando le supliqué que parara,

que me dejara en paz, ¿sabes lo único que dijo? '*Eh, ¿qué quieres que te diga? Tengo ojo para las mujeres.*' Bueno, eso se lo dejé bien arreglado.

—Pero ¿qué hay de la segunda víctima?

—Quería que todo acabara, pero siguió. Ese lunático de Fagan me había grabado con una de sus jodidas cámaras de seguridad e intentó sacarme dinero. Para entonces, ya estaba harta. Se acabó.

—Así que le degollaste. ¿Se merecía eso?

—Fue un accidente. Se lo cortó cuando le empujé y cayó.

—Venga ya. Todo esto está calculado. Lo de las radios. Eso es de psicótico.

—¡No digas eso! —exclamó Hepworth.

—Entonces, ¿ese es tu plan? ¿Ir liquidando poco a poco a todo el género masculino? ¿Soy yo el siguiente? Se retorció en las ataduras.

Miró por el retrovisor. Vio a Bone en la orilla. Dobló deprisa su declaración y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Vale, ya la tengo, así que suéltame y me pondré con ello —dijo McKinnon, con el pánico volviéndole a subir al pecho.

Cogió el cuchillo.

—No, espera. Por favor, no lo hagas —suplicó McKinnon.

—Dame las manos. Volvió a mirar al retrovisor.

—Lo prometo. Por favor, no hagas esto.

—¡Hazlo!

Extendió los brazos temblorosos. Ella cortó la cuerda de un tajo.

—Ahora, sal —dijo ella.

—¿Qué?

—Sal de una puta vez.

Treinta Y Cinco

Un agente de la unidad de respuesta armada echó a correr hacia ellos. —¿Nos encargamos a partir de ahora, señor?

—No, mantenga su línea. Déjeme hablar con ellos. No queremos que esto se nos vaya de las manos. ¿Tiene un megáfono o algún medio de comunicarse con ellos?

El agente volvió con su grupo y regresó instantes después con un megáfono de bolsillo del tamaño de su puño.

—¿Eso es lo mejor que tiene?

—Son más potentes de lo que parecen.

—Eso espero, maldita sea.

Bone cogió el aparato y buscó el botón de encendido. El agente se inclinó y accionó el interruptor de la base. El altavoz soltó un chillido agudísimo que taladró los oídos. El agente se lo arrancó de las manos y bajó el volumen.

—Ya veo a qué se refiere —dijo Bone, frotándose la oreja.

—El volumen se regula aquí, en el lateral.

—Sí, ese lo veo, agente, —dijo Bone—. Necesito acercarme más.

—No estoy nada seguro de que sea buena idea, señor —dijo el agente.

—Lo que él dice —añadió Walker.

—Esperad a mi orden, ¿de acuerdo? Tenemos que intentar hacerla entrar en razón.

Bone dio unos pasos hacia delante y luego unos cuantos más. Cuando estuvo a unos diez metros, encendió el megáfono.

—Annie, soy inspector jefe Duncan Bone. El altavoz volvió a chillar y bajó el volumen. —Escucha, Annie. Si dejas marchar a Colin McKinnon, podrás hablar conmigo cara a cara, tú y yo a solas. Cuéntame lo que ha pasado. Puedo ayudarte. Solo deja que se vaya y me sentaré contigo. Soy muy buen oyente.

El motor del coche arrancó.

—Podemos solucionarlo juntos. Colin no forma parte de nada de esto. Se contuvo de añadir: *Oh, sí, ya lo creo que lo es.* —Vamos, Annie. Tú y yo. Nos tomaremos todo el tiempo que necesites. Haré que los demás se vayan.

La puerta del acompañante se abrió y, segundos después, McKinnon salió a trompicones.

Bone se giró en redondo. —¡Es el rehén! ¡Quietos! —vociferó.

La puerta se cerró de un portazo, el motor rugió y el coche aceleró, pero el bajo de la gabardina de McKinnon quedó atrapado. Corrió al lado, tirando de él frenéticamente y luego intentando sacar los brazos de las mangas, pero la velocidad aumentó y tropezó con sus propios pies; brazos y piernas le azotaban contra el costado del coche.

Bone dejó caer el megáfono y echó a correr tras el coche. Este voló por el espigón y, con un golpe sordo, salió disparado del extremo y se precipitó en el embalse, levantando una enorme columna de agua. Bone esprintó por la pista y golpeó el tablón del muelle con cada zancada. El coche flotó unos metros, las olas se calmaron a su alrededor. McKinnon había desaparecido. Luego, lentamente, la parte delantera empezó a hundirse. En segundos, el chasis se puso vertical y el coche se hundió como el Titanic a toda pastilla.

Mientras corría, Bone se quitó el abrigo, la chaqueta del traje, se descalzó de una patada y se lanzó al agua helada justo cuando la parte trasera del coche desaparecía bajo la superficie.

Bone nadó a toda prisa hacia el círculo de burbujas que siseaba en la superficie. Tomó tres bocanadas profundas de aire y se sumergió. El coche reposaba en vertical en el fondo, justo debajo de

él. Se inclinó y se aferró al parachoques trasero. McKinnon estaba debajo, braceando, tirando del cinturón del abrigo para intentar liberarse de la puerta del acompañante.

Bone rodeó el chasis y, usando la manecilla de la puerta trasera, se impulsó hacia McKinnon. El periodista le devolvió la mirada con los ojos desbordados de terror y pánico. McKinnon le agarró de la camisa, pero Bone lo apartó de un empujón y tiró de la manecilla del acompañante. Pero la puerta no cedía. McKinnon le echó el brazo al cuello. Esta vez Bone le soltó un puñetazo y el otro lo soltó.

Bone probó de nuevo la puerta y esta se abrió de golpe, liberando el bajo atrapado del abrigo de McKinnon. Por fin libre, McKinnon pataleó con furia hacia la superficie. Bone se metió en el coche a nado. Annie Hepworth estaba inconsciente, desplomada hacia delante sobre el cinturón de seguridad. A Bone le ardían los pulmones por falta de oxígeno y luchó contra el impulso de volver a la superficie. Forcejeó con la hebilla hasta que por fin el cinturón cedió.

La señora Hepworth se desplomó de lado hacia él. La agarró por los hombros y la arrastró por encima de la palanca de cambios, pero los pies se le habían quedado enganchados en los pedales. Pasó la mano por el asiento y accionó la palanca de reclinado. El cuerpo inerte de la señora Hepworth se hundió hacia atrás, y Bone maniobró para liberar las piernas.

La arrastró hacia la puerta abierta, pero empezó a fallarle la lucidez. No recordaba dónde estaba la superficie ni el fondo. Estaba perdiendo el conocimiento; los pulmones eran ya un horno de dolor. Aflojó el agarre y la señora Hepworth flotó libre. Dos agentes de la unidad de respuesta armada aparecieron a su lado. Uno sujetó a la señora Hepworth, el segundo agarró a Bone y, juntos, nadaron hacia la superficie.

El agente puso a Bone boca arriba en el agua y nadó hasta la orilla. Bone jadeó buscando aire, pero tragó bocanadas de agua. Más agentes lo izaron hasta el embarcadero. Cayó de lado, ahogándose y tosiendo. Cerca, otros agentes trabajaban con la señora Hepworth, que yacía tendida boca arriba. Y, al otro lado, McKinnon estaba de rodillas, tosiendo hasta echar los pulmones.

Walker echó a correr hacia ellos.

—¿Está... ella... bien? —jadeó Bone.

El cuerpo de la señora Hepworth se convulsionó. Los agentes la giraron de lado y vomitó medio embalse.

Bone miró a McKinnon. —Tú... puto... idi... —volvió a farfullar.

—Creo que lo que mi jefe intenta decir es: menuda jodida idiotez.

McKinnon alzó la mano para intentar hablar, pero otro ataque de tos pudo con él.

—Los sanitarios vienen de camino, señor. Parece que hoy ha salvado a dos —gritó uno de los agentes de la unidad de respuesta armada.

El teléfono de Bone sonó desde su chaqueta a mitad del embarcadero. Walker fue a cogerlo.

—Es Cash —dijo ella.

Bone hizo un gesto para que se lo pasara.

—Duncan, he estado intentando localizarle toda la tarde. Hemos encontrado un cabello en la ropa de la víctima del pozo. Lo hemos identificado como perteneciente a una mujer, rubia, de unos treinta y cinco años. Hola, ¿está ahí?

—Por una vez, vamos muy por delante... de usted, Andrew —dijo Bone y colgó.

Mullens y Harper llegaron corriendo por el embarcadero.

—Justo a tiempo, chavales. No —dijo Walker.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Mullens.

—Me apetecía un poquito de... baño en aguas abiertas —jadeó Bone—. Detenedla a ella y dadle una patada en el culo a él. —Se volvió y fulminó con la mirada al periodista medio ahogado—. Ahora me debes una. Eres mío.

McKinnon volvió a tener arcadas y vomitó por el borde.

Después de que los sanitarios examinaran a Bone y le dieran ropa de abrigo, Walker insistió en llevarle a casa.

Condujo su Saab hasta el patio de Alice y apagó el motor.

—Vale, voy a admitir algo, y no quiero que me lo eche en cara —dijo, entregándole las llaves.

—¿Qué? —preguntó Bone.

—Bertha es, en realidad, un cochecillo bastante agradable de conducir cuando no tiene prisa.

—Ja, se lo dije. Es muy especial.

—No diría tanto. Diría más bien una entrañable parienta chocha a la que la familia tolera por los pelos. —Lo miró—. ¿Quiere que le ayude a entrar?

—No empiece otra vez. Soy nadador salvaje. Me encuentro bien.

—Es solo que tiene usted un aspecto un poco pocho con ese forro polar rosa que le han dado los sanitarios.

—A mí me parece bastante favorecedor —dijo Bone—. Estoy más que dispuesto a llevarla a casa. No hacía falta que me condujera.

—No, no. Puedo ir andando desde aquí, no se preocupe. Me vendrá bien despejar la cabeza.

—Allá usted, con sus propias piernas. —Se encogió de hombros.

—Lo ha hecho bien, señor —asintió Walker.

—No estoy seguro de que la señora Hepworth me lo agradezca cuando empiece su cadena perpetua en Northlands. Hasta mañana, Rhona.

Walker se bajó. Bone suspiró. Ella llamó a la ventanilla.

—Perdone, señor. Casi se me olvida por completo. Esto se le cayó del bolsillo de la chaqueta cuando se la quitó en el embarcadero.

Le entregó el sobre de Baxter.

—Ah, el pago del chantaje. Pensé que lo había perdido —dijo Bone.

Walker saludó con la mano y se alejó, saliendo del patio.

Bone se quedó mirando el sobre cerrado un momento, preguntándose si su cerebro agotado y hecho trizas podría con el contenido. Alzó la vista. Alice venía corriendo desde la casa. Rápidamente metió el sobre en la guantera, la cerró de un golpe y bajó del coche para salir a su encuentro.

Epílogo

—Vale, ¿adónde vamos? —preguntó Harper. Se agarró al cinturón mientras Mullens tomaba otra curva a toda velocidad—. ¿Y por qué tan jodidamente rápido?

—Chitón, ya llegamos tarde —sonrió Mullens.

—¿A qué? —exclamó Harper, frustrado.

Pero Mullens siguió conduciendo como un loco. Por fin, y para gran alivio de Harper, redujo en un cruce y se metió en una calle residencial.

—¿No es aquí donde está la residencia de tu padre? —preguntó Harper, y entonces vio puestos, banderines y una carpa pequeña en el campo de juegos de enfrente—. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó de nuevo.

—Jesús, haces demasiadas preguntas. Me estás taladrando la cabeza.

—Soy policía, joder. Es mi trabajo —gruñó Harper.

Mullens entró en el aparcamiento y se detuvo junto a un minibús, cerca de un bloque de vestuarios de hormigón junto a la valla perimetral. Un grupo de adolescentes desaliñados, algunos con uniforme escolar y la camisa por fuera, merodeaban encorvados junto a una puerta lateral abierta.

—Espera aquí un segundo. Se bajó de un salto.

—¿Pero qué demonios pasa? Harper miró, confuso.

Un hombre con chándal apareció por el lateral del vehículo y habló con Mullens un momento. Mullens entró en la furgoneta y, segundos después, salió de nuevo con una caja entre los brazos. Volvió al coche y golpeó la ventanilla de Harper con la caja. Harper salió.

—Este es Malc Skene, Will. Codirige conmigo el equipo juvenil de fútbol de Raphorse. Malc, te presento a Will.

—Lo que quiere decir es que yo entreno y el bocazas este se zampa los bocatas del equipo mientras están entrenando.

—Eso es difamación, eso es —replicó Mullens.

—Vale, ¿en qué os estoy echando una mano? —respondió Harper, temiéndose la respuesta.

Mullens le plantó la caja en los brazos a Harper.

—¿Qué es esto?

—Nos falta un jugador para el cinco contra cinco.

Harper la abrió. —Estás de coña.

—Venga, va, le prometí a la residencia de mi padre montar un partido especial para los carcamales y ayudar a recaudar para el fondo del jardín.

—Pero soy un negado en el mejor de los casos, y con esto... —Harper volvió a mirar dentro de la caja, entornando los ojos.

—Seguro que lo eres, pero este equipo puede que te dé ese toque letal.

—Sí, suicidio.

—Pero me debes una —Mullens le guiñó un ojo.

—No juego al fútbol desde el cole y, aun entonces, normalmente me negaba como objetor de conciencia. ¿Estás intentando humillarme a propósito?

—Claro que sí, cenutrio. Vamos a darles a los residentes un rato de risas. Los demás están por la labor, ¿a que sí, chavales? —Echó un vistazo al mar de caras mustias.

—Mark, de verdad eres un coñazo. No te preocupes, los chavales son inofensivos, en su mayoría.

—¡Eh! —gritó la chica de delante.

—Esa es Rachel, nuestra máxima goleadora —dijo Mullens—. ¿Qué tal, Rach?

—Ah, sí, ahora resulta que soy un chaval, por lo visto. Sería la chica inútil si no os ganara yo sola todos los partidos —frunció el ceño.

—Perdona, Rach. Se me ha ido la lengua.

—Pues se me irá la bota directa a tus putos huevos si me lo vuelves a decir.

El equipo soltó risitas.

Mullens se volvió hacia Harper. —Yo que tú me mantendría lejos de ella —le susurró.

—Joder. Toma una decisión, gilipollas —dijo Rach—. Y tú te quejas de tu equipación —exhaló.

—Me has puesto en una situación imposible, cabrón —dijo Harper, por fin.

—Oh, sí. Vamos, Will —dijo Mullens, dándole un codazo a su colega contrariado—. Es por una buena causa.

—No la mía. Harper entornó los ojos hacia la caja otra vez y puso una mueca.

—¿Estamos dentro? —preguntó Malc con cautela.

Harper suspiró. —Esto es una pesadilla. Bueno, vale. ¿Dónde puedo cambiarme?

—Así me gusta. Venga, equipo, un gran aplauso para Will —dijo Malc.

Los jugadores miraron al entrenador en silencio, todos a una. El larguirucho del fondo se pasó disimuladamente el dedo por el cuello.

—No les hagas caso, Will. Solo te están tomando el pelo —dijo Malc—. Hay cabinas ahí dentro. No tardes. Estamos a punto de empezar.

—Igual ni me queda.

—Eso espero —sonrió Mullens—. Será mejor que te pongas a ello antes de que el resto del equipo coja todas las taquillas.

Harper desapareció.

Mullens le guiñó un ojo a Malc y sonrió.

Malc miró el reloj. —¿Decimos que sacamos en diez minutos?

Mullens echó un vistazo al campo de juego hacia las filas de puestos y los banderines que ondeaban suavemente al sol. Algunos

residentes ya estaban junto a la banda. Escudriñó los rostros, pero no vio a su padre. Se le acercó la directora de la residencia.

—Qué bien que hayas podido venir, Mark. Perdona otra vez por el cambio de fecha, pero mira qué tiempo tan estupendo.

—Sin problema. Al equipo le hizo ilusión salir antes del cole, así que todos ganamos. Al final, solo nos faltaba uno, pero encontré un recambio de emergencia. A ver si lo puedes identificar —soltó una risita Mullens—. ¿Son pasteles de carne lo que veo por ahí?

—Caseros, de filete y de carne picada, y nos han donado tantos pasteles que hemos tenido que sacar un par de mesas más.

Mullens se quedó boquiabierto ante las torres y bandejas de bizcochos Victoria y milhojas de crema pastelera. Le rugió el estómago con estrépito.

—Ni se te ocurra —dijo Bone, acercándosele por detrás a hurtadillas.

Le dio un golpe en el brazo a Mullens y lo sacó de su arrobamiento.

—Has venido. Gracias por venir —sonrió Mullens.

—¿Estás de broma? Esto había que verlo, sí o sí.

—¿Nosotros?

—Oh, sí. Señaló con la cabeza hacia la residencia.

El resto de la unidad de delitos rurales apareció en la entrada, junto con la novia de Harper, Catriona.

—¿Cuándo sale el Niño Maravilla? —preguntó Walker, saltando la pendiente hacia el campo.

—Anda, esto es la leche. No esperaba que os presentarais todos. Y Catriona, gracias por tu ayuda —dijo Mullens.

—Un placer.

—Aunque después de lo que estás a punto de presenciar hoy, puede que te tiente cancelar esos planes de boda —añadió Mullens.

—¿Qué planes de boda? —sonrió Catriona.

—Vosotros dos —interrumpió Walker.

Se abrazaron.

—Qué alegría veros a todos —dijo Catriona.

—Sí, cuánto tiempo —dijo Bone.

—Esta es Fiona, la sufrida directora de la residencia. Mullens la llamó con un gesto para que se acercara.

—No le hagáis caso. Me encanta mi trabajo. Encantada de conoceros, y gracias por venir y apoyar el evento.

—Y echad un ojo a todo ese papeo de ahí —dijo Mullens.

—¡Eso es una barbaridad de tarta! —dijo Baxter. Se desabotonó la chaqueta de tweed.

—¿Un pelín de calor con tu rebaño de ovejas, Sheila? —preguntó Mullens.

—Un poco.

—Sí, la comunidad se ha volcado para apoyarnos. Ha sido bastante conmovedor —dijo la directora.

—¿Qué es todo esto, entonces? Mullens' dad appeared in his wheelchair, pushed by a carer who looked like they needed counselling.

—¿Todo bien, pa? Mullens asked.

—Es una pequeña recaudación de fondos para nuestros jardines, George —dijo la cuidadora.

—Espero que no sea otra de las noches de chicas de tu madre, Mark. Nos vamos a tener que atrincherar otra vez en el salón, mantener a esas mujeres asilvestradas bien lejos de nosotros, sobre todo a la... ¿cómo se llama?

—¿Jean Churnside?

—Sí, Voddy Churngut. Como la dejemos entrar, te deja seco en segundos.

Bone hizo una mueca.

—No, estás a salvo, no te preocupes —dijo Mullens—. Pa, estos son mis compañeros del curro. ¿Conoces a mi jefe, el inspector jefe Bone?

—Soy Duncan, George. Ya nos hemos visto un par de veces —dijo Bone.

—¿Eres uno de los intrusos de ese pedazo de atontado que hiberna en su cuarto día y noche, poniendo esa mierda horrenda que llamáis música?

—Sí, ese mismo —intervino Walker.

—Ah, ¿tu nuevo ligue, Mark? —preguntó George, y puso cara de aprobación.

Walker se echó a reír. —Preferiría una colonoscopia por los ojos antes que salir con su hijo, señor Mullens. Sin ánimo de ofender.

George soltó una carcajada. La silla vibró y la cuidadora agarró las empuñaduras. —Me cae bien —balbuceó.

—Mira los puestos y toda la comida, pa —intentó distraerlo Mullens.

George frunció el ceño. —¿Dónde está la furgoneta de los helados? Me apetece un doble nugget.

—Va a haber un picnic en un ratito, George, con un montón de cosas para comer —intentó la gerente.

—O un ninety-nine. Y cómprale a tu madre un Mivi.

—Te llevo con tus colegas, ¿eh, George? —dijo la cuidadora.

Lo empujó hacia la creciente fila de residentes, y los detectives fueron detrás.

Un silbato sonó al otro lado del parque.

—Hala, hala, allá vamos —dijo Mullens.

Los jugadores salieron del vestuario equipados de pies a cabeza con disfraces.

—Fue idea de Geek Features. —Mullens señaló acusador con el dedo a Catriona.

—Es un duelo *Star Wars*/*Star Trek* —dijo Catriona—. Bueno, se suponía que lo sería, pero la tienda de disfraces cerca de nuestro piso en Stirling solo pudo prestarnos dos o tres trajes, así que hemos tenido que improvisar.

—Ya lo veo —Bone soltó una risita—. Pero están todos geniales. ¿Cómo conseguiste convencerles para que lo hicieran?

—Todos se apuntaron enseguida, bueno, excepto nuestra máxima goleadora, Rachel McAdams. Me dijo que me metiera el disfraz de la Princesa Leia donde me cupiera, así que ella es Chewbacca, y al gran Lanky Lennie le tocó la china. Es el que lleva la minifalda ajustada con las rosquillas donadas por los Dawson pegadas a ambos lados del coco.

—Me encanta el tipo con la sábana y la calva de goma que parece a punto de engullirle toda la cabeza. ¿Quién se supone que

es? —preguntó Bone.

—Talosian Observer, de Talos Cuatro, la serie original. Salen en un episodio doble llamado *The Menagerie* donde... —empezó Catriona.

—¡Gracias! —la interrumpió Mullens—. ¿Ves a lo que me refiero? Llevo toda la semana aguantando a esta lunática desatada.

—Entonces, ¿dónde está nuestra estrella? —preguntó Baxter, ya sin chaqueta y mucho menos colorada.

—Ahí viene ahora.

Harper apareció de soslayo por detrás del minibús con un traje de Darth Vader enorme, completo con un casco negro brillante, una capa que arrastraba peligrosamente por el suelo y un sable de luz de plástico infantil iluminado. Echó a correr para alcanzar a sus compañeros de equipo, pero tropezó con la capa y su sable salió disparado por el campo.

El equipo estalló en carcajadas.

—Pobre Will —contuvo las lágrimas Walker—.

—Pero si tiene una carita de bueno —intervino Catriona—.

Harper miró, azorado, a su prometida y a sus compañeros, que no paraban de reír, con los móviles en alto. Negó con la cabeza, hizo un pequeño baile y una reverencia, pero por poco volvió a perder el equilibrio.

—¿Qué coño es esto? —interrumpió George—. ¿La plantilla de los Kilwinnoch Rangers está otra vez puesta hasta las cejas de crack?

Bone oyó una voz conocida a su espalda.

—Otra vez escaqueándose, por lo que veo —Gallacher bajó por el sendero a paso marcial—. Pasaba por aquí y he pensado en pasarme. Espero no haberme perdido el espectáculo.

—Justo a tiempo, señor —dijo Mullens—. ¿Cómo está Denise?

—¿Lo sabe? —preguntó Bone, sorprendido.

—Sí, perdón por eso, Duncan —dijo Gallacher—. He cambiado de idea y he llamado a cada uno por separado para contarles qué estaba pasando, con la condición de que nadie dijera una palabra a los demás. Para mantenerlo sin levantar la liebre.

—Bueno, su plan ha funcionado. Entonces, ¿cómo está ella? —preguntó de nuevo Bone.

—Ya ha salido de quirófano y el especialista fue muy positivo. Más que antes de la operación. Aún tienen más pruebas que hacer, pero creen que lo han pillado y que no se ha extendido.

Bone exhaló.—¡Qué alivio!

—Aún no está fuera de peligro y es probable que haya más rondas de quimio, pero puede que sea un poquito más optimista que hace unos días.

—Tenemos los dedos bien cruzados, señor —dijo Baxter.

—En fin. Bien hecho con el caso. Igual debería pasar menos por la oficina. Parece que resolvéis investigaciones a toda mecha.

—Sí, posiblemente la resolución más rápida en la historia delictiva de la Policía de Escocia. Me encanta cuando todo encaja.

—Ignorando el hecho de que casi te ahogas —dijo Walker.

—Ah, sí, he oído que ya es oficialmente un héroe, Duncan.

—Sí, claro —bufó Bone.

—¿Ha visto ya a nuestro joven agente detective, señor? —preguntó Mullens.

—¡Dios santo! El chaval se ahoga ahí dentro.

—Exacto —se rió Mullens.

Malc pitó con el silbato y el partido dio comienzo. Los cuidadores, desde la banda, animaban a los residentes a agitar banderas, pero solo uno o dos obedecieron. La primera patada al balón fue a parar a los pies de Harper. Retrocedió como si el balón fuera una bomba sin detonar, pero volvió a tropezar con la capa y cayó encima del máximo goleador, Chewbacca. Los dos rodaron por el suelo, enredados en los disfraces.

—¡Arriba, Darth! —gritó Bone.

—¿Qué demonios hace ese yeti con esa monja? —dijo George.

—No es una monja, Pa. Es Darth Vader.

—¿Garth? ¿Lo sabe la Madre Superiora? Apuesto a que Garth se lo está pasando de puta madre en ese convento.

—¡Pa!

El partido siguió en un caos tan torpe como ridículo. Cuando Malc pitó el final, Harper había conseguido caerse o esquivar el balón más veces que las de los dieciocho goles del marcador. Se desplomó en el

césped, agotado. El equipo, los cuidadores y unos cuantos residentes menos sobresaltados aplaudieron y vitorearon.

Catriona echó a correr y ayudó a Harper a quitarse el casco. Mullens se les unió.

—¿Estamos en paz ya? —resolló Harper.

—Oh, creo que sí —se rió Mullens—. Te he apuntado a un entrenamiento la semana que viene.

—En la Estrella de la Muerte —dijo Catriona.

—No empieces. Sé perfectamente quién ha urdido esto —Harper se secó el sudor que le corría por la cara color remolacha.

—Lo has hecho de maravilla. Creo que serías un gran Darth Vader —Catriona se inclinó y le besó la mejilla—. Uf, estás empapado.

—Si el requisito principal del trabajo es permanecer horizontal el mayor tiempo posible —dijo Mullens.

—No volveré a ver a Chewbacca con los mismos ojos —dijo Harper.

—Picnic en cinco minutos —gritó la directora.

Malc se acercó. —Bien hecho, recluta nuevo. Lo has hecho de maravilla. Bueno, no realmente, pero es la intención lo que cuenta. Será mejor que te cambies antes de que las langostas caigan sobre toda esa comida.

Los cuidadores llevaron a los residentes hasta una mesa larga, rebosante de comida y refrescos. Mullens volvió con su padre.

—Os voy a dejar con el cariño y me marcho. Tengo que volver al hospital —dijo Gallacher.

—Gracias por sacar tiempo, señor —dijo Mullens.

—Ha valido cada penique. Supongo que todas esas fotos en vuestros móviles aparecerán misteriosamente en el tablón del comedor del personal el lunes por la mañana, ¿no?

—Por supuesto, señor —dijo Mullens.

Gallacher les hizo un gesto con la cabeza y se marchó.

Un par de minutos después, los jugadores jóvenes, ya en ropa de calle, se sentaron, dispuestos a darse un atracón.

—Vale, todos. ¡A comer! —gritó la directora desde la cabecera de la mesa, y empezó el frenesí alimenticio.

—Papá, este es Will. Es mi compañero en el curro. Él era Darth —dijo Mullens.

—Bien ahí, pedazo de golfo.

—¿Qué? —preguntó Harper.

Mullens alzó las manos. —Ni se te ocurra preguntar, Will. No, en serio. Ni lo intentes.

George se volvió hacia su compañero de residencia, Frankie, que estaba ocupado embutiéndose en la boca un triángulo entero de sándwich de jamón. —El chaval es una monja. ¿Te lo puedes creer? —Le dio un codazo a su colega.

—Un chorrito de WD-40 —murmuró Frankie con la boca llena de pan. Salpicó el brazo de George con migas húmedas.

—Joder, Frankie. George se sacudió los restos.

Bone colocó un único triángulo de sándwich en su plato de papel.

—¿Eso es todo? —dijo Walker—. Por Dios, señor.

—Vale, vale. Bone escogió el pastel más pequeño de una bandeja de cuatro pisos y lo colocó junto al sándwich.

—Creo que la última vez que te vi comer fue hace cuatro meses.

—Tres, no exageres.

—Qué buenas noticias lo de la mujer del superintendente, ¿verdad? —dijo Walker.

—Sí, antes pintaba bastante negro, pero parecía de mejor ánimo.

—Con él siempre es difícil saberlo. Su cara de humor va, por lo general, de severo a culo apaleado, pero sí, tienes razón. Creo que hasta le pillé sonriendo una o dos veces.

—Dios santo —dijo Bone. Dio un mordisquito al sándwich.

—Sabes que probablemente te darán un reconocimiento —prosiguió Walker.

—¿Por salvar a un asesino y a un escarabajo pelotero? Mierda autocomplaciente. No lo creo —suspiró Bone—. ¿Leíste el artículo de McKinnon?

—Lo leí, sí. Y, en honor a la verdad, la sanguijuela y su pasquín publicaron íntegra la declaración de Annie Hepworth. Era cosa seria. Si me hubieran tratado como a ella, no sé si habría sido capaz de contener mi rabia.

—Una condena absoluta del comportamiento atroz de los hombres hacia las mujeres.

—Pero al final sí asesinó a dos de ellos, así que quizá ha socavado un poco su argumento —Walker le hincó el diente a una rebanada enorme de tarta Victoria—. Dios mío, esto es increíble.

—Un asunto triste y lamentable —dijo Bone.

—Como siempre.

Un alboroto en el otro extremo interrumpió su conversación.

—¿De qué te ríes? —bramó George a uno de los jugadores jóvenes sentado enfrente.

—Nada —dijo Lanky Lennie, pero su sonrisa se ensanchó.

George se inclinó, cogió un pastel de ángel de uno de los expositores y se lo lanzó al chico. Le dio de lleno en la cara y le resbaló por la barbilla hasta el regazo.

—¡No, papá! —Mullens agarró el brazo de su padre.

Una ola de risas recorrió la mesa. El chico recogió el pastel y le salpicó a George con un poco de la nata.

—Por Dios, no hagas eso —dijo Mullens.

Sus compañeros se giraron para ver qué pasaba. George se zafó del agarre de su hijo y, arrancando a manotazos montones de sándwiches y pasteles, los disparó a través de la mesa. Su amigo, Frankie, le imitó y lanzó el medio sándwich que le quedaba por encima del hombro. Fue a parar al pelo de George. Los cuidadores se precipitaron hacia ellos, pero ya era demasiado tarde para detener la represalia de George. Le estampó un milhojas de crema en la cara a Frankie.

—¿Qué, qué tal esos plátanos, eh?

—Un chorrito de WD-40 —dijo Frankie, y lamió aquel batiburrillo cremoso.

El equipo del otro lado ya estaba completamente armado y descargó una andanada de comida contra los residentes de enfrente.

—¡Ya basta! —bramó Malc, pero los adolescentes los ignoraron y continuaron con el asalto.

Los cuidadores apartaron la comida a toda prisa, pero la batalla campal ya había pasado el punto de no retorno y había demasiado material tentador sobre la mesa. Mullens negó con la cabeza,

recuperó un triángulo gigante de tarta Victoria de un expositor, se recostó y se puso a hincarle el diente. Los cuidadores fueron retirando a los residentes de la primera línea uno por uno. George se volvió hacia su hijo y, al verlo atacar un segundo pastel, se inclinó y le estampó la punta en la cara. La nata se desparramó por los lados del bizcocho.

—¿Disfrutando del picnic, hijo? —se rió George.

La cuidadora se lo llevó en la silla.

—Ay, ¿adónde vamos?

—Hora de irse a casa, alborotador —dijo la cuidadora, salpicada de pastel.

La directora se acercó, con el pelo lleno de mermelada, que le chorreaba por la mejilla.

—Bueno, no ha estado mal —dijo Mullens.

—Vaya estupidez —dijo ella, enfadada.

—Así es mi padre —dijo Mullens—. Ya te avisé.

—No, no él. Esos idiotas de ahí —señaló, acusadora, a los adolescentes empapados en comida que aún se lanzaban proyectiles comestibles.

—Bueno, se han reído todos, ¿no? —sonrió Mullens.

—No tiene gracia —la directora intentó reprimir una sonrisa—. Mira cuánta comida desperdiciada.

—Oh, no sé yo. Yo estaría encantado de ayudar a recoger todo eso. ¡Hasta mañana, papá! —gritó Mullens a su padre, que seguía protestando a voz en grito y con palabrotas.

George volvió a hacerle la V con los dedos y se chupó las yemas.

—Otro día sin sobresaltos en la vida de George Mullens —se rió Mullens.

—Y el lastre de su hijo —dijo Bone, despegándose un éclair de chocolate aplastado de la solapa de la chaqueta.

Después de ordenar al equipo juvenil de fútbol de Raphorse que pidiera disculpas uno por uno a la directora y a los cuidadores, Malc y Mullens volvieron a meter a los adolescentes pringados de nata y gelatina en el microbús.

Bone se despidió y volvió a su coche. De la guantera sacó el sobre y escogió una copia fotográfica en color desvaída de seis por

cuatro. Reconoció enseguida la granja cochambrosa y disfuncional del padre del Cucú-Tras Killer. El ceñudo Meiklejohn padre estaba de pie junto a una puerta principal abollada, con la pintura ampollada. A su lado, un chico pelirrojo. Iban de la mano. El chico sonreía, su mirada intensa y de ojos pequeños taladrándole el cráneo a Bone.

—¿Qué te traes ahora entre manos, Cucú-Tras? —Estudió un instante más los rasgos ya familiares del chico, buscando pistas en la expresión que pudieran aportar alguna respuesta a esta nueva y no deseada manifestación de su TEPT. Con un suspiro cansado, guardó la imagen en el bolsillo, puso en marcha el Saab y se fue a casa.

EL INSPECTOR JEFE BONE REGRESA EN...

QUE ARDA TODO

Un thriller criminal escocés del inspector jefe Bone
(Libro 7)

Una familia destruida. Un mensaje grabado en humo. Un asesino que caza a quienes juraron curar.

Cuando los bomberos se enfrentan a un feroz incendio en una vivienda en Kilwinnoch, hacen un hallazgo escalofriante: los restos calcinados de un médico y su familia, y un mensaje críptico garabateado en las paredes — Ante todo, no hacer daño.

Para el inspector jefe Duncan Bone, es una confirmación aterradora. Un asesino psicópata está apuntando a médicos, y el infierno no ha hecho más que empezar. Mientras el pánico se apodera del pueblo, Bone debe enfrentarse no solo a un homicida que se alimenta de las llamas, sino también a las cicatrices de su propio pasado, en el que rozó la muerte.

Con su equipo al límite y la comunidad rezando por su seguridad, Bone debe detener a un asesino que sabe convertir la confianza en terror. Si falla, el próximo fuego podría arrasar con todo lo que ama.

La séptima entrega que acelera el pulso de la serie de thriller policíaco escocés del inspector jefe Bone — puede leerse de forma independiente. Ambientada entre las dramáticas colinas de Campsie Fells, en Escocia, Que Arda Todo es un noir policial oscuro y atmosférico, perfecto para los fans de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride.

Disponible ya en **Kindle Unlimited** — únete a los miles de lectores enganchados a la serie negra escocesa del inspector jefe Bone.

Lo que dicen los lectores sobre la serie del inspector jefe Bone:

⭐⭐⭐⭐⭐ "Un thriller brillantemente escrito ambientado en la hermosa Escocia — muy recomendable."

⭐⭐⭐⭐⭐ "He encontrado a mi nuevo autor favorito. Imposible de dejar."

⭐⭐⭐⭐⭐ "Ágil, crudo, con humor de principio a fin. ¡Me ha encantado!"

⭐⭐⭐⭐⭐ "Un detective roto, un asesino que le toca todos los resortes — una lectura fabulosa."

Opiniones de los lectores